VIDA RURAL



ERNESTO MARTINEZ DE ALVA


SEAL OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA
LET THERE BE LIGHT
1868

VIDA RURAL

PROPIEDAD
DE A. MORENO S.
Morelia Mich.
1 = II = 1936

VIDA RURAL

LOS CAMPESINOS DE MEXICO

POR

ERNESTO MARTINEZ DE ALVA

TALLERES GRAFICOS DE LA NACION
MEXICO, D. F.—1933

RIO FLORIDO

I

El pequeño valle de Río Florido se encuentra rodeado de montañas y solamente tiene una salida, allá por el suroeste, que permite el paso de las aguas que de estas montañas bajan formando el Río Florido. La sierra del Coyote está al norte; la del Tzenzontle, al oriente; por el sur está la del Muerto y, al poniente, la sierra Leona.

El valle de Río Florido está en un lugar de la zona templada de México, que, por hallarse rodeado de montañas y contar con grandes bosques, una corriente de agua que nunca se seca, y campos siempre cultivados, goza de un clima delicioso: la Naturaleza ha vertido allí todos sus encantos. En las montañas hay hermosos bosques de pino, encino y oyamel; en el fondo del valle, los ahuehuetes o sabinos se desarrollan magníficos a lo largo de las riberas del Río Florido, y en las tierras de labor crecen vigorosos el maíz, el trigo, el arvejón y el frijol, y en las huertas de las haciendas y en los solares del pueblo, el ciruelo, el chabacano, el durazno, el membrillo, el aguacate, el naranjo y el nogal ponen sus notas alegres o graves. En los potreros de las haciendas luce la yerba que habrá de servir para el sostén de los animales de trabajo: bueyes y mulas, y los de cría: vacas, toros, borregos y cerdos.

Del rincón que forman las sierras del Coyote y del Tzenzontle baja, riendo, el Río Florido, que ve aumentado su caudal de aguas cristalinas por arroyos y arroyuelos que bajan de las faldas de los cerros. Poco a poco se va perdiendo esa risa, y ya al extremo del pueblo de Río Florido, las aguas del río corren mansamente, hasta llegar al punto en que salen del valle, por la Cañada, donde se agitan y retuercen para precipitarse en torrente y seguir su curso hacia el mar.

II

En el valle de Río Florido, que los habitantes llaman simplemente valle Florido, no sólo está el pueblo del mismo nombre, que podía ser la capital del valle, sino también otros pueblos, menos extensos e importantes, que reconocen a Río Florido como el centro de sus actividades. Río Florido está casi en el centro del valle, y al noroeste está Metepec, en las faldas de la sierra del Tzenzontle; San Pablo está al suroeste, en las estribaciones de la sierra del Muerto, y la Cañada, al pie de la sierra Leona.

Hasta antes del año de 1916, las tierras y los montes que comprende el hermoso Valle Florido estaban repartidos entre dos enormes haciendas: la de Concepción, o como se la llama comúnmente, la Concha, y la de la Cañada. Todos los pueblos, salvo Río Florido, estaban en terrenos de las haciendas, y ni la capital del valle se escapó de que parte de las tierras de su fundo legal pasaran a poder de los dueños de La Concha. Algunas pequeñas propiedades habían permanecido, hasta entonces, aferradas al pueblo.

Este sencillo reparto de la tierra, en el valle, se vió seriamente comprometido allá por 1917, cuando pasaron por allí algunas fuerzas carrancistas y quisieron que todos los campesinos, dentro de las zonas dominadas por ellas, tuvieran tierras propias. La dotación de tierras estaba en manos de los elementos militares, y el ejido, así constituído toscamente, con mano militar, fué la base de la acción agraria que posteriormente habían de realizar los gobiernos. El general que mandaba la columna llamó a campesinos y peones, y les ofreció las tierras de la Concha y de la Cañada; pero más eficaces que sus promesas fueron las palabras que el cura lanzó desde el púlpito, y a pesar de que las tierras quedaron como habían estado hasta entonces, ya los espíritus habían sido sacudidos por los acontecimientos.

Ahora, al recorrer el valle, notamos que los largos lienzos de piedra tirados a cordel, que subiendo y bajando las sierras lo atraviesan en varias direcciones, han sido rotos en muchas

partes, el mapa actual del valle es muy diferente del de 1916. Las haciendas de la Concha y de la Cañada son más chicas y sus terrenos se han alejado de los pueblos; alrededor de Río Florido hay una zona de tierra cultivada en pequeñas parcelas, que corresponde al ejido de este pueblo, que llega hasta las cumbres de la sierra, y comprende labor, pastos y bosques, con sus aguas. Las dos haciendas fueron afectadas para dotar de ejido a este pueblo. El pueblo de San Pablo también tiene tierras ejidales, que, como las del pueblo de la Cañada, fueron tomadas a la hacienda de este nombre. Sólo queda sin ejidos el pueblo de Metepec, totalmente incluído en terrenos de la hacienda de la Concha.

III

Si vemos el valle desde un aeroplano, distinguiremos algunos aspectos de la nueva distribución de la tierra: la hacienda de la Concha está inculta, salvo algunas pequeñas fracciones alrededor de Metepec; la de la Cañada está totalmente cultivada, exceptuados los terrenos de que fué dotado San Pablo; las tierras del ejido de Río Florido, lo mismo que las del ejido de la Cañada, se ven cubiertas de vegetación y manchones de tierras en barbecho.

Dos cintas de acero culebrean por el sur del valle, siguiendo el contorno de la sierra del Muerto: es la vía del ferrocarril, que comunica el valle del Río Florido con la capital de la República, por un extremo, y con un puerto en el Océano Pacífico, por el otro. La estación del ferrocarril se llama también "Río Florido," y está situada precisamente al sur del pueblo de ese nombre.

Tres caminos, polvorientos en tiempo de secas, y lodosos en el de aguas, corren por el valle; todos ellos parten de Río Florido: uno que sale al oriente y atraviesa tierras de la Concha, pasa por el casco de la finca, llega a Metepec, sigue subiendo por las faldas de la sierra del Muerto y, atravesándola, se pierde en tierras lejanas. Este camino se bifurca a poco de salir de Río Florido para que una de sus ramas llegue a San

Pablo, y luego, torciendo hacia el suroeste, á la estación de Río Florido. Allí termina el camino. El otro sale de Río Florido siguiendo el curso del río, el cual cruza de trecho en trecho; pasa por el pueblo de la Cañada, sigue por la garganta de salida del valle, entre la sierra Leona y la del Muerto, para perderse más allá.

En este valle de Río Florido se desarrolla nuestra historia.



LA LOCALIDAD Y EL PAIS

I

Río Florido está dentro del enorme territorio que constituye México. Es un punto en relación con los dos millones de kilómetros cuadrados que se encuentran comprendidos entre las fronteras norte y sur y los litorales del Golfo de México, por el oriente, y del Océano Pacífico, por el occidente. Alrededor de Río Florido están campos de cultivo, pastizales y bosques, y luego se encuentran las tierras de otros pueblos, hasta las cumbres más altas de las montañas que forman el valle. Fuera del valle hay otros campos y otros pueblos; las montañas siguen formando otros valles, éstos se van empequeñeciendo a medida que se adentra uno en las montañas, y en ellas deja de haber cultivos como los de Río Florido; solamente se hacen en pequeños manchones de tierra vegetal que dejan los bosques o en los que hay entre los cerros y montañas, y allí donde las montañas se van empequeñeciendo y son, primero, cerros, y después, humildes colinas, las tierras cultivables aumentan, hasta ser tan extensas que los límites de las llanuras se pierden en la lejanía. En este territorio de montañas y grandes planicies y pequeños valles hay millares de poblaciones, y quince millones de mexicanos.

En el norte encontramos una enorme planicie limitada, a oriente y occidente, por las Sierras Madres. Esta planicie, de trecho en trecho interrumpida por pequeñas serranías, se va estrechando a medida que se camina hacia el sur, y su nivel se eleva en esa misma relación, hasta que llegamos al centro del país, región de los grandes valles: el Bajío, el valle de México, el de Toluca y el de Puebla. La altura de estos valles está entre los mil quinientos metros y los dos mil cuatrocientos sobre el nivel del mar; las enormes montañas que los forman

están tan cercanas unas de otras que cierran el horizonte por todos lados. Entre estas montañas se encuentran las más elevadas de México: los volcanes como el Popocatépetl, el Nevado de Toluca y el Iztaccíhuatl siempre cubiertos de nieve. Seguimos caminando al sur, y las enormes Sierras Madres, oriental y occidental, se van uniendo; los valles que se forman entre ellas son cada vez más pequeños, hasta desaparecer por completo en un nudo de montañas. Desde este nudo hacia el sur, las montañas van perdiendo altura hasta desaparecer en el Istmo de Tehuantepec, y volver a surgir, en una sola cordillera, en el Estado de Chiapas, desde donde se interna hacia Guatemala, país fronterizo del sur.

De las cumbres de las Sierras Madres se desprenden montañas y cerros que posteriormente desaparecen, para dejar lugar a llanuras más o menos grandes, que terminan en el mar.

Tanto en el extremo noroeste, como en el sureste, se desprenden tierras que constituyen penínsulas. La península de California está en el extremo noroeste; es un espinazo de montañas que se hunde en el mar sin formar verdaderas costas con planicies cultivables; la dirección de esta península es de norte a sur. La península yucateca se desprende hacia el norte de la Sierra Madre que atraviesa el Estado de Chiapas, y a diferencia de la de Califronia, es ancha y de pequeña elevación.

Las lluvias, por una parte, y la configuración del territorio, por otra, hacen que las corrientes de agua, los ríos, sean numerosos y casi todos de poca importancia, salvo unos cuantos. En el norte encontramos el río Bravo, que durante una parte de su curso sirve de límite internacional con Estados Unidos; los ríos más importantes que desembocan en el Golfo de México, aparte del río Bravo, son el Pánuco, que sale de los valles de la altiplanicie y artificialmente sirve de desagüe al valle de México; los ríos Grijalva y Usumacinta, que forman una verdadera red de canales en territorio del Estado de Tabasco; y por el occidente, desembocando en el Océano Pacífico, tenemos los ríos Yaqui y Mayo, en el Estado de Sonora; el Santiago, anteriormente conocido por Lerma, porque toma el nombre de Santiago a su salida de la Laguna de Chapala; el río Balsas, que sirve de límite a los Estados de Guerrero y Mi-

choacán en parte de su recorrido. Todos los demás ríos que hay en el territorio de México son de poca extensión y muchos de ellos, torrenciales.

II

Los climas de México son muy variados; pues encontramos desde los más calurosos y húmedos, en Veracruz, Tabasco, Campeche, Oaxaca y Chiapas, hasta los más fríos y secos, en Chihuahua, por la sierra Tarahumara; y entre estos extremos existen todos los tipos intermedios y las variantes, de acuerdo con la combinación de los principales elementos que influyen para la formación de los climas.

El calor disminuye a medida que los lugares considerados son más y más septentrionales, y ya en el extremo norte la diferencia de temperatura, de verano a invierno, es considerable, mientras que es muy uniforme en las localidades del sur. Cerca del nivel del mar, en las costas, el calor es fuerte; pero la ascensión por las faldas de las montañas lo mitiga hasta el grado de que hay frescura en las cumbres y hielos perpetuos en las montañas más elevadas.

La lluvia es copiosa en la parte sur del territorio, y a lo largo de las costas, y varían las lluvias desde un metro hasta más de dos metros, anuales. La lluvia disminuye en los valles del interior y sigue decreciendo hacia el norte, hasta llegar a sólo veinte centímetros de lluvia anual en las enormes planicies fronterizas.

En este territorio, tan variado en cuanto a climas, la vegetación es igualmente diversa: desde los bosques tropicales de caoba, cedro y chicozapote, hasta los encinos, nogales, pinos y oyameles de los bosques de los climas templado y frío. Los cultivos que el hombre hace presentan la misma fisonomía: café, cacao, tabaco y caña de azúcar, y cebada, trigo, papa y camote; los primeros, en climas tropicales, y los segundos, en los templados y fríos.

El hombre, por su parte, también es reflejo de la naturaleza, sobre todo cuando la industria y la cultura propias no le han permitido alejarse de aquélla. El habitante de las costas y de los climas tropicales y bajos es negligente, porque encuen-

tra al alcance de su mano los frutos inmediatos de la naturaleza y poco tiene qué hacer para obtenerlos: la naturaleza lo hace todo, y el hombre disfruta de sus obras; pero a medida que nos alejamos de esas condiciones, la naturaleza se va oponiendo, más y más, a los trabajos del hombre en la tierra; hay que proteger y cuidar las plantas y los animales; hay que estar en constante vigilancia por las variaciones del clima, y en estas zonas el trabajo del hombre tiene que completar lo que falta en la naturaleza: el hombre es más trabajador, más batallador, más perseverante en sus esfuerzos, más previsor. En donde la naturaleza hace casi todo, el hombre no tiene necesidad de cooperar con el hombre; pero allí donde el hombre es casi nada y la naturaleza se opone constantemente a sus actividades, el hombre tiene que reunirse con otros y la cooperación es la norma de vida, al revés del caso anterior en que el individualismo domina.

Los habitantes del país no se encuentran aislados sino en muy contados casos: forman comunidades, rancherías, congregaciones, pueblos, aldeas, villas y ciudades. Cada uno de estos grupos es asiento de actividades diversas que tienden a asegurarse la vida y hacer mejor la de cada uno; los trabajos de unos tienen que servir a los demás; las cosechas que unos levantan han de servir para la alimentación de otros; los servicios de vecino a vecino, de compañero a compañero, se extienden hasta abarcar, primeramente, a los habitantes de un mismo núcleo; después se extienden a otros núcleos colindantes, y más ampliamente, a todos los mexicanos. México entero, como unidad, coopera con los demás países de la Tierra.

Esta vida en sociedad es la que constituye la base de toda nación, y deja de haber patria cuando los intereses de los individuos son egoístas y cada uno busca, exclusivamente, su propio beneficio. La colaboración instintiva que se establece entre los habitantes no es la base para asegurar la unidad del conjuto; de aquí que los pueblos y naciones sigan caminos tan tortuosos, tan llenos de recodos, de vueltas, de bifurcaciones y encuentros y que a cada paso se presenten sorpresas que recibir y obstáculos que vencer. Solamente la colaboración inteligente y

orientada hacia un fin preciso, siempre lejano, es la que puede consolidar los grupos, los pueblos y las ciudades, formando, de todo ese conjunto heterogéneo de hombres e intereses, una sola unidad con aspiraciones y principios semejantes, que se mueven simultáneamente hacia esos mismos fines: solamente así se forman las verdaderas patrias y solamente así tiene razón de ser un país.



EL FRESNO

Tienes silencio y paz, tienes frescura,
tienes modestia: juntos, raros dones;
con tu solemne majestad impones
y al corazón deleita tu figura.

Juegos y amores a tu sombra pura
mil veces viste, y oyes las canciones
del poeta que sueña, o amargos sones
del fúnebre tropel que se apresura.

Arbol de la provincia y los hogares
con su paz, su silencio, su apacible
vida serena que diluye suave;

a tus ramas, a veces seculares,
con infinita calma intraducible,
pasta el cordero y se adormece el ave.

Angel Ma. Garibay.



EXPLOTADORES Y EXPLOTADOS

En la casa de Gejo el tiempo no corre sin dejar algo de provecho; Juana, su mujer, es el ama de la casa. Tiene 25 años de edad y por su aspecto puede verse que está sana de cuerpo y de alma, y que cada hijo le ha traído una nueva experiencia de la vida. Hacendosa y llena de bondad, pero con la energía del que ve más adelante y se siente responsable de su pequeña comunidad; cuida de la casa y de los animales, secunda a Gejo en los trabajos del campo y en los negocios que tiene en el pueblo, y viene a constituir el centro de las actividades, tanto materiales como sociales, en su hogar.

Pasa el día en medio del trajín de costumbre; por las noches platica con Gejo, ya que sus hijos están dormidos; remienda la ropa y prepara los trabajos del día siguiente, o bien, cuando hay visita, anima y alegra la reunión, tomando parte activa en ella con las observaciones atinadas que de tiempo en tiempo hace. Todos los amigos de Gejo la tienen en alta estima y a menudo le piden consejo.

Esta noche de diciembre se cuela un vientecillo frío, que da ganas de estar cerca de la lumbre, y por eso están alrededor del fogón Gejo, don Juan, maestro rural de Río Florido; Manuel, agente o Jefe de Zona del Banco Agrícola del Estado; don Pancho o simplemente Pancho, abogado de pobres y paladín de las causas del pueblo; don Matías, padre de Gejo, antiguo mayordomo de la Concha, que se ve, como suele decirse, en los ojos de su hijo, a quien reprocha haberse metido a agrarista, pero que ya no está seguro de que la hacienda sea mejor que el ejido.

Con semejante compañía Juana está contenta, y aunque los negocios que se tratan dicen los demás que son "de hombres," ella los escucha al mismo tiempo que prepara unos buñuelos.

Gejo sueña en hacer de los hombres un grupo de hombres-ángeles que se quieran fraternalmente, que piensen con rectitud y vean y hagan en todos momentos el bien a los demás; seguros de que, a la postre, el bien será para ellos mismos; reconoce que no todos piensan y obran como él mismo quisiera, pero no pierde la esperanza de que un día llegará, tarde, posiblemente, en que se realice su hermoso sueño; así es que no deja de inquirir las causas de todo lo que se refiere a la sociedad humana. En este momento ese es el tema de la conversación.

GEJO.—¿No será posible que todos los del pueblo lleguen a formar una gran familia? ¡Es tan triste ver que cada quien va jalando por su lado!

PANCHO.—Eso no se podrá realizar hasta que se borren las diferencias de clase que se han establecido en la sociedad; mientras haya explotadores y explotados será difícil que todos piensen, sientan y obren de igual manera.

DON MATIAS.—Puntualicemos: ¿Quiénes son los explotadores y quiénes los explotados? Yo creo que, si ponemos en claro esta cuestión, podemos arreglárnoslas para ir borrando esas diferencias.

DON JUAN.—La división es muy clara a mi entender: los explotados son los que trabajan; y quienes disfrutan de su trabajo, los explotadores.

JUANA. *(Moviendo la miel de los buñuelos.)*—Dígalo más claro, don Juan, que mi padre no quiere entender que los dueños de la tierra son los explotadores y los peones, los medieros y los arrendatarios, los explotados.

DON JUAN.—¡Si esto es tan claro como la luz, don Matías! El peón hace que la tierra produzca: él prepara la tierra, él siembra, él da las labores y, finalmente, cosecha. El dueño de la tierra ¿qué hace, para que ésta produzca? Usted ha de decir que el amo pone el dinero para pagar los jornales...

¡Que ponga su montón de pesos en la tierra y espere a que salgan las milpas y que las mazorcas entren a la troje!

DON MATIAS.—Y entonces, ¿qué se hace de los jornales que paga la hacienda?

DON MANUEL.—Los jornales no son sino una parte del producto que en la cosecha se levantará; la otra parte es la que queda en manos del dueño de la tierra, por ser el dueño, por tener el dinero, y por tener la razón de la fuerza.

Por otra parte, don Matías, fíjese bien en las cosas: la tierra fué hecha para todos; así lo dice la Biblia. Cuando aparecieron los primeros hombres, ¿quién era el dueño de la tierra? Ninguno, sino que todos usaban de ella según necesitaban. Pero después hubo unos más listos que los demás, que dijeron: esta tierra es mía. Naturalmente que tomaron las mejores. Los que nacieron después de aquel primer reparto y los mismos que vivieron entonces, ¿qué tuvieron que hacer, para poder vivir? Trabajar para los que se hicieron dueños de las mejores tierras de cultivo, de los pastos y de los bosques. Ahora ya todas las tierras tienen dueño; no se puede pensar en caminar tanto, tanto, que se llegue algún día a alguna parte en que la tierra no tenga dueño. ¿Qué tienen que hacer estos hombres, que son todos los desheredados de hoy, para poder vivir? Trabajar para el dueño de la tierra; no les queda otra salida.

DON MATIAS.—Ya esto me va convenciendo, amigo. Ya veo bien por qué todos los que llegan a hacer un poquito de dinero, en lo primero en que piensan es en comprar un rancho o una hacienda, que mientras más grande, mejor.

DON MANUEL.—Pero añada, don Matías, que la tierra que buscan no es la que está en la punta del cerro, sino la más cercana a los pueblos, donde hay, al mismo tiempo que tierras, hombres que trabajen para ellos y población que tenga qué comer con los productos que los primeros ayudaron a producir. Solamente cuando hay hombres se puede explotar a la tierra o, mejor, la tierra es el medio seguro para explotar a los hombres.

DON JUAN.—Dice muy bien el ingeniero y, a propósito, me estoy acordando de lo que decía Colón a los Reyes Católicos cuando relataba el descubrimiento de América: "Estas tierras, Majestades, valen más por los indios que en ellas se encuentran, que por el oro y la plata que hay en sus entrañas."

GEJO.—Así, pues, la tierra sirve para que unos hombres exploten a los demás; pero no siempre es lo mismo: allí tienen a don Nicomedes, el tendero, que lo mismo le gana al hacendado que le vende las cosechas y le pide prestado para las rayas, que al peón que va a comprarle las velas para alumbrar su jacal o el rebozo con que ha de cobijarse su mujer.

PANCHO.—Este don Nicomedes, como todos los comerciantes, muerde a las dos partes: al explotador y al explotado; sabe colocarse muy bien entre los productores, por un lado, y los consumidores por el otro. Si la cosa va bien, sus negocios, también; y si la cosa va mal, sus negocios siguen bien. El comerciante siempre gana, aunque los demás pierdan. Pero también tenemos qué decir que hay otro tipo de explotadores: los políticos, que llenan de humo la cabeza de sus votantes y los llevan a elegirlos, para poder explotar la cosa pública.

GEJO.—Apenas es creíble que todo este mundo de explotadores esté sobre el jornalero, el obrero del campo o de la ciudad; pero siempre sobre el que trabaja y produce: en el campo, los terratenientes, los arrendatarios, los agricultores en pequeño que tienen peones, los usureros, los que alquilan animales y máquinas, los comerciantes, los políticos, es decir, todo el mundo. En la ciudad es la misma cosa, pero se diferencian un poco los explotadores: en lugar del terrateniente, está el dueño de la fábrica, y el dueño del taller, en vez del agricultor en pequeño.

DON MATIAS.—Este es el orden en que están las cosas en el mundo. ¿Qué se puede hacer?...

JUANA. *(Mientras aumenta el montón de buñuelos.)*—¡Cómo, don Matías! ¿Qué se ha de hacer? ¿Está usted conforme en que semejante injusticia siga gobernando al mundo? Como estamos ahora no ha estado siempre; las cosas han cambiado, y esto nos hace pensar que podemos hacer algo para que los cambios venideros sean para hacer justicia a los que ahora son explotados.

DON MATIAS.—¡Estas mujeres creen que el mundo se ha de arreglar a su mero gusto!

GEJO.—Juana tiene razón, padre, ¿por qué ha de ser siempre la misma vida? ¿Por qué el que trabaja y produce tiene que mantener y soportar a todos esos parásitos? ¿Es natural que las gallinas tengan corucos y las reses garrapatas?

DON MATIAS.—Pero ¿qué tienen que ver los corucos y las garrapatas con los terratenientes y los comerciantes?

GEJO.—¡Casi nada, padre! Unos viven de las gallinas, otros de las reses, y los últimos de los trabajadores.

DON MATIAS.—¿Y qué piensas hacer, Gejo?

GEJO.—Pues habría que hacer una ley pareja: que todo mundo trabaje, y que el que no lo haga vea de qué vive: ¡a ver si como los camaleones... de puro aire!

Los buñuelos de Juana hicieron más agradable la velada, y después de verles el fin los visitantes, fueron saliendo rumbo a sus casas.



EL HACENDADO Y EL COMERCIANTE EXPLOTAN AL EJIDO

I

El doctor Nacho Quinina iba del brazo de don Carlos, camino de la tienda de abarrotes y ultramarinos "El Puerto de Bilbao" de don Nicomedes. Ya la noche había caído; las consultas del doctor habían terminado y la tertulia, iniciada en la botica del doctor, proseguía en la calle, para no cortar el hilo de la conversación y continuarla con los demás parroquianos que noche a noche se reunían en "El Puerto de Bilbao."

DON CARLOS.—Ya le digo, doctor: yo no puedo aguantar que estos léperos agraristas, que estaban de peones en la Concha, me vengan ahora a querer mandar y no dejen que los novillos anden en los potreros. Si esos potreros son míos, doctor, muy míos... La ley... ¡Qué ley ni qué ocho cuartos!...

DOCTOR QUININA.—Ya sabe, don Carlos, que con estas revoluciones las basuras se levantan; pero ya cambiará la cosa; no es posible que esto se pueda llamar vida. Los de arriba siempre han de ser los de arriba, y el propietario, el hacendado tendrá que ganar, y los peones volverán al tajo, que para eso nacieron.

DON CARLOS.—Pero es que, mientras, yo no puedo ver con calma que hayan movido los lienzos del potrero y se me paren los peones en las trancas y se rían de mí, en mis meras barbas...

Mientras esto hablaban, llegaron a la puerta de la tienda de abarrotes. Esta, que llevaba, como decimos arriba, el pomposo nombre de "El Puerto de Bilbao," tenía que pertenecer a un ex súbdito del ex Rey de España, que no podía pasar por que

su reino se hubiera vuelto república, y se había hecho el firme propósito de no regresar a su patria hasta que estuviera en el trono don Alfonso XIII. La tienda era un tugurio oscuro y sucio que olía a especias, chile, melcocha, aguardiente, lienzos, suela y a muchas otras cosas más. Detrás del mostrador estaba el dependiente partiendo azúcar, y don Nicomedes, en mangas de camisa, se había sentado en un equipal de Guadalajara, para platicar a gusto con sus amistades, que constituían el círculo de los personajes más notables del pueblo de Río Florido: don Carlos, dueño de lo que queda de la antigua hacienda de La Concha; don Nacho Quinina, médico del pueblo, que no pudo encontrar clientela en la capital del Estado por falta de título, y también de estudios; dueño de la botica "Nuestra Señora del Refugio;" don Jesús, diputado, emparentado con la aristocracia del Valle; y don Cleofas, presidente municipal, agricultor en mediana escala, ricachón.

II

Solamente faltaban don Carlos y el doctor Quinina, para completar la tertulia de esta noche; pero llegaron a tiempo que los otros estaban terminando una partida de dominó.

DON CLEOFAS.—¡Buenas noticias, don Carlos! Ya ve cómo se recibe a los amigos. ¿Ya sabe lo que se dice? ¡Casi nada, amo! Como qué ya el Sindicato de Agricultores está consiguiendo que se suspenda el reparto de tierras; se acabaron los ejidos; los agraristas tendrán que ir a buscar tierras al Bolsón de Mapimí. ¿Qué le parece?

DON CARLOS.—Tan buena es la noticia, que ya ni la creo, Cleofas.

DON NICOMEDES.—¿Les he de volver a decir que no hay para qué preocuparse de los agraristas?

DON CARLOS.—¡Cómo a usted ni modo que le vayan a repartir la tienda!

DON NICOMEDES.—No es eso, don Carlos; pero hay muchos modos de ver la vida. Usted ya no quiere trabajar la tierra, porque le han quitado un pedazo. ¿A quién perjudica

con eso de dejar las tierras abandonadas? Usted es el que sufre, y los demás se quedan riendo.

DON CARLOS.—Lo hago como protesta por la aplicación de esas leyes, que no saben a quién van a fastidiar; pero han de ver que, sin hacendados, la tierra no trabaja ni produce, y los agraristas se tendrán que morir de hambre, porque ni quien les vaya a dar trabajo: allí tienen su ejido.

DON NICOMEDES.—Hay que ser prácticos, amigo: que le quiten a uno las tierras; veremos cómo hemos de compensarnos. Yo lo que haría en su lugar sería: arrendar las yuntas sobrantes, a diez cargas de maíz por temporada. ¿Qué le hace el tiempo? Que trabajen ellos; usted cosecha el maíz. ¿Que le han quedado pocas tierras y quiere tener el gusto de trabajar?, pues arriende algunas del ejido, ya que esas ni contribución pagan, y tenga la seguridad de que se las dejan, no por diez pesos que usted cobraba, sino por cinco. ¿Que tiene dinero usted y no hay hipotecas en donde colocarlo?, tráigaselo para acá, y verá las cosechas que levantamos sin trabajar; no más nos ponemos a comprar al tiempo.

DOCTOR QUININA.—Eso se llama hablar como Salomón.

DON CARLOS.—Cierto que se puede hacer así, y el dinero vendrá como en ferrocarril; pero ¿he de dejar que esos agraristas hagan lo que se les pegue la gana?

DON NICOMEDES.—Pero si ya no se les puede hacer nada; si el licenciado tuvo que dejar el pleito que a usted lo dejó sin camisa; no queda más remedio que aprovechar el tiempo.

DON CARLOS.—¡Y pensar que uno de los conquistadores fué el que nos heredó la merced que le diera el Rey!

DON JESUS.—Y acuérdese también del señor canónigo que se las arregló muy bien cuando don Benito Juárez. El también les dejó una buena parte de las tierras. Pero si ahora hemos perdido con los de la Comisión, ya ganaremos más adelante.

Solamente don Cleofas no pudo volver a hablar, y nadie se volvió a acordar de que estuviera por allí.

La plática continuó por el mismo camino, y al fin de la tertulia, cuando el sereno tocaba las diez de la noche, don Carlos había resuelto arrendar tierras en el ejido; arrendar yuntas a los ejidatarios, y se había puesto de acuerdo con don Nicomedes para comprar al tiempo la cosecha de los agraristas.

DON CARLOS.—Conque ya sabes, Cleofas: apriétale a los agraristas, y desde mañana empiezas a platicar con ellos que yo les puedo arrendar yuntas; y ya les mandaré a Epitacio, el mayordomo, para que les arriende por mi cuenta tierras para siembra.

Mientras en el ejido todo mundo piensa en trabajar para hacer que la tierra produzca y disfrutar de la libertad que el ejido les proporciona, en el círculo de notables del pueblo se conspira para explotar a los hombres, mediante todos los elementos combinados del hacendado y del comerciante. ¡Cuídate de ellos, ejidatario!



DISTRIBUCION DE LA AGRICULTURA Y LA GANADERIA DEL PAIS

I

En virtud de las diversas condiciones que predominan en las diferentes regiones del país, en cada una de ellas, o en varias, simultáneamente, se pueden producir determinadas cosechas, criar ganados o llevar a cabo explotaciones forestales. Ninguna de las regiones se puede enorgullecer de producir todo lo que necesita para su vida y sus comodidades, a menos que, como los indígenas trashumantes o las tribus de vida miserable, apenas traten de llenar su vida vegetativa, y eso a base de frutos silvestres y un poco de maíz. Siempre ha habido necesidad de cambios entre las diferentes regiones: unas envían sus ganados, otras, cereales; las de más allá, frutas; las que se encuentran cubiertas de bosques, maderas, leña y carbón o resina; y así es como se consigue que en todas partes se encuentren los elementos indispensables para la vida de los individuos, sobre una base de los productos de todo el país. Antiguamente, esos cambios se dificultaban; había que recorrer enormes distancias a pie, a caballo, en burro, o bien en diligencia y carros tirados por animales; pero cuando los rieles del ferrocarril penetraron por regiones de diversos productos o posibilidades, los transportes fueron siendo más baratos, la conducción más sencilla y menos sujeta a accidentes, los intercambios aumentaron, y en cada región se fué haciendo más y más necesaria y costeable la producción de artículos para los cuales las condiciones eran más propicias.

El maíz, que se cultiva en toda la superficie del territorio, no rinde los mismos productos en todas partes, ni tampoco se cultiva en la misma proporción: Jalisco, Guanajuato, Michoacán, Puebla, Durango y Veracruz son los Estados en que la pro-

ducción es superior al consumo y están en condiciones de mandar la semilla a todos los demás Estados, en que la producción no es suficiente. Pero como la producción de este cereal está estrictamente sujeta al temporal, cuando viene un mal año, México entero carece de maíz suficiente para el consumo; y entonces, Estados Unidos, Argentina y aun Africa constituyen la fuente de aprovisionamiento.

El trigo, cereal igualmente importante, solamente se cultiva en las regiones templadas y frías. Los principales productores son los Estados de Guanajuato, Jalisco, Puebla, México y Coahuila. Nuestras cosechas nunca son suficientes para el consumo de este cereal, aparte de que la clase de trigo se ve dominada por los blandos y falta la mezcla de duros para poder fabricar buenas harinas. Solamente en Coahuila se cultivan trigos duros. Año tras año, México tiene que importar trigo en grandes cantidades, y lo hace de Estados Unidos, de Canadá y de Argentina.

El frijol se cultiva en todas las regiones agrícolas de México; lo mismo en las partes frías de Chihuahua, Coahuila y Nuevo León, que en las calientes de Veracruz, Tabasco y Guerrero. Naturalmente que las variedades son distintas: en las regiones templadas dominan las variedades bayas, ojo de liebre, garbancillo, etc., mientras que los cultivos de tierra caliente se especializan en negro, de exportación. Los altos derechos de exportación llegaron a nulificar ésta, y los cultivos de Veracruz se redujeron considerablemente.

El algodón se cultiva especialmente en la parte norte de México, y las fuentes principales de aprovisionamiento, para las fábricas de hilados y tejidos, son La Laguna, la frontera norte, en valle de Juárez, Laredo y Matamoros. En Veracruz y Colima se cultiva igualmente, lo mismo que en Guerrero; pero sus cosechas no han llegado a tener importancia hasta la fecha. No siempre alcanza la cosecha para las necesidades, y en otras ocasiones hay excedente que exportar; esto se debe a que la superficie que se puede sembrar en la Laguna, la región algodonera por excelencia, está sujeta a las avenidas del río Nazas, y éstas no son regulares año con año.

El ajonjolí es cultivo de tierra caliente, y Michoacán y Guerrero son los Estados en que la producción es máxima. Ya no

es bastante la cosecha, y en los últimos años ha habido necesidad de importar ajonjolí chino.

El arroz es cultivo de climas con verano caliente, sin que tenga necesidad de humedad atmosférica, pero sí una gran cantidad de agua de riego. Sonora, en la región del Yaqui, produce enormes cantidades que pasan de la mitad del consumo del arroz en México; Michoacán produce grandes cantidades; Morelos figura entre los Estados que mayor cosecha levantan; le siguen Veracruz, Tabasco, Puebla y Colima. Antiguamente había necesidad de importar arroz americano o chino, y en la actualidad hay necesidad de exportar los sobrantes de la producción.

La caña de azúcar es cultivo propio de tierras templadas y calientes: Tamaulipas, al sur, Veracruz, Puebla, Morelos, Michoacán, Jalisco, Nayarit y Sinaloa son los Estados en los cuales se cultiva en mayor cantidad. Esta cosecha sirve de base para la elaboración del azúcar, del piloncillo y del aguardiente. En la actualidad, estamos exportando, con pérdida, el azúcar, mientras se vende caro en los mercados mexicanos. Hay restricciones para el cultivo de esta planta.

Respecto al tabaco, se cultiva en tierra caliente el de clase fina, ya sea oscuro o rubio. Los tabacos corrientes se producen en tierras templadas. Veracruz, Chiapas y Nayarit son los Estados principales de este cultivo. El tabaco oscuro mexicano rivaliza con los más finos del mundo.

El café se cultiva principalmente en los Estados de Veracruz, Puebla y Chiapas. Nuestros productos son comparables a los mejores del mundo y se clasifican en los mercados como cafés finos. El grueso de la producción se exporta a Estados Unidos; los cafés inferiores quedan para el consumo nacional.

El cacao más fino que se produce en el mundo es el de Tabasco y Chiapas; pero la producción es insuficiente para el consumo, y hay necesidad de importar todos los años cacao inferior, de Venezuela y principalmente de Java.

El chile es un producto netamente nacional. Se cultiva en casi todos los Estados, pero los principales son Aguascalientes, Jalisco, Michoacán y Puebla.

II

En cuanto a ganadería, las fuentes de aprovisionamiento de sus productos se encuentran casi todas en la parte norte del país, aunque algunos Estados, como Veracruz, Chiapas, Oaxaca, Michoacán, Guerrero y Jalisco entregan al mercado diversos ganados.

El núcleo más importante de ganado vacuno lechero se encuentra alrededor de la ciudad de México, y el que le sigue está en Puebla.

Los ganados vacunos para carne dominan en Sonora, Chihuahua, Coahuila, Jalisco, Michoacán y Veracruz.

El ganado caballar, en Tamaulipas, San Luis Potosí, Zacatecas y Durango.

En esos mismos Estados se encuentran los ganados asnales y mular.

El ganado lanar, en Durango, Zacatecas y San Luis Potosí, principalmente.

El ganado cabrío, en Coahuila, Zacatecas y Guanajuato.

El ganado porcino, en Michoacán, Jalisco, Guerrero, Oaxaca y Chiapas.

De los productos ganaderos, hay algunos que no son suficientes para el consumo nacional: la manteca se importa en grandes cantidades de Estados Unidos, y su escasez ha dado lugar a la fabricación de mantecas vegetales; la lana que se produce en México no es de buena calidad, ni hay en cantidad suficiente para las fábricas de tejidos. La que falta, se importa de Australia y Argentina.

Nuestras zonas boscosas han ido reduciéndose rápidamente, de tal manera que solamente en algunas regiones encontramos bosques explotables: en Chihuahua, Durango, Michoacán y México, se explotan bosques a base de pino, oyamel y encino; en Veracruz, Tabasco, Campeche, Yucatán, Oaxaca y Chiapas se explotan bosques de cedro, caoba y palo de rosa; en Campeche y Yucatán están los bosques de chicle.

México es pobre en maderas de construcción de importancia mundial, y tiene que importarlas. Por otras causas, también tiene que importar maderas que posee; porque en el país no pueden ser preparadas convenientemente, debido a que la industria forestal no se encuentra desarrollada.

ELIGE BIEN TU COMITE, EJIDATARIO

I

Los primeros llamamientos a libertad que resonaron en el valle de Río Florido se vieron apagados por las prédicas que el señor cura lanzaba desde el púlpito y que cuchicheaba al oído de las mujeres del pueblo: ¡No tomes tierras del ejido; esas tierras son del hacendado; si las tomas, haz de cuenta que estás robando!...

Pero esos anuncios de libertad dejaron su semilla en el pueblo. La miseria era mucha; el despotismo de los hacendados y de las autoridades no dejaban que la gente se moviera; la cárcel, la tienda de raya, el mayordomo... La semilla germinó en aquella tierra; pronto quedó formado un núcleo de peones y de agricultores en pequeño, en minúscula parcela de tierra, que se dió a sí mismo el nombre y las funciones de Comité Particular Ejecutivo Agrario.

Nadie esperaba la noticia, ni se supo cuándo ni de dónde habían salido el Comité y la solicitud de tierras que hicieron los vecinos de Río Florido. Un día llegó la noticia al pueblo de que don Carlos había sido notificado por la Comisión Local Agraria; el censo se levantó; la posesión provisional fué dada a los vecinos por el Gobernador del Estado; la Comisión Nacional Agraria dictaminó, y la resolución Presidencial cayó como una bomba. En el valle de Río Florido se había constituído el primer ejido, y éste era precisamente el de Río Florido. La Concha, hacienda de don Carlos, fué afectada sin que hubieran valido las influencias, el dinero, la política y las intrigas. La ley había sido aplicada.

El primer Comité Particular Administrativo, que había sido elegido para el primer año de la posesión definitiva, estaba formado por hombres buenos y valientes, que habían resistido a todas las vejaciones y las habían contestado; porque, antes,

también habían resistido a la tentación; y pensaban que sus acciones habían de dar a ellos y a sus hijos la libertad que por tantos siglos había estado enterrada en las tierras de la hacienda. Aquellos buenos hombres del Comité tenían entusiasmo, pero les faltaba iniciativa para llevar por buen camino el ejido y para animar a todos; para estudiar los problemas del ejido y los de la comunidad; no habían visto el mundo y no podían seguir el camino con la misma presteza que los demás. Como honrados no había otros; pero eso no era suficiente para ser los directores de los demás ejidatarios.

Un año dura en funciones un Comité, y hay que cambiarlo, hay que ensayar elementos nuevos y dejar parte de los antiguos para que ayuden con su prudencia y conocimiento a los jóvenes que quieren caminar demasiado aprisa. La Junta General de Ejidatarios había sido convocada por el ingeniero don Manuel, Jefe de Zona, cajero del Banco Regional, en funciones de representante de la Comisión Nacional Agraria. El domingo debería tener lugar la junta.

II

Ya a las diez de la mañana del domingo la troje en que hacía sus reuniones el ejido estaba casi llena. Había *quórum*, como dice el diputado.

Se pasó lista de asistentes; estaban la mayoría que la ley marca, y dos terceras partes más de ejidatarios.

El Jefe de Zona habló en estos términos:

"Todos los movimientos necesitan caudillos, necesitan guías que los conduzcan: se necesitó un Madero, un Carranza y un Zapata para conducir la revolución al triunfo; pero si aquéllos fueron guías de movimientos revolucionarios, también se necesitan, para los fuertes movimientos sociales y económicos: el ejido es algo que tiene que desarrollarse y engrandecer, tiene que sufrir un cambio de la situación en que se encuentra hacia un futuro mejor: ¿quién o quiénes han de guiarlo? El Comité ha sido designado por la ley para desempeñar el papel de guía de la comunidad; a él le está reservado el derecho de buscar los medios para

que el ejido progrese, y tiene, en cambio, la obligación de hacer por el ejido lo que el padre hace con sus hijos: llevarlos a la mayor edad y dejarlos a sus propias fuerzas, cuando ya puedan vivir independientes y constituir nuevas familias. Los miembros del Comité son los responsables de la vida del ejido y del camino que tome; así, pues, compañeros ejidatarios, hay que tener cuidado de escoger a personas que tengan toda la confianza de ustedes y reúnan las cualidades indispensables para ser jefes y líderes. Honestos, trabajadores, justos, con experiencia de la vida y amplia visión del problema y del porvenir del ejido; valientes, para que sepan arrostrar los peligros del camino; prudentes, para que no comprometan la obra que se les encomienda; ambiciosos, para que alienten el mejoramiento comunal; abnegados, para que se entreguen a la causa del ejido completamente y sin reservas; de inteligencia clara, para que comprendan rápidamente la orientación que deben imprimirle a toda la organización del ejido y a la agraria en total."

La elección de Comité se llevó dentro del mayor orden, y al final del cómputo todo mundo aplaudió al Comité que resultó electo:

Presidente: Gejo.
Secretario: Paulino.
Tesorero: Ambrosio.

Gejo, Paulino y Ambrosio protestaron cumplir con su deber y pidieron a todos los ejidatarios que les ayudaran en la grande obra del ejido, porque solamente contando con todos los ejidatarios se podría hacer un trabajo que redundara en beneficio no solamente del ejido sino también de la comunidad de Río Florido; pues no deseaban llevar a los hogares de los ejidatarios únicamente la abundancia y el bienestar sino a toda la población del lugar. Deseamos, dijeron, extender los beneficios del ejido y del agrarismo a todos los hombres de buena voluntad.

El primer paso para la salvación del ejido está en la elección de sus jefes y en el respeto que se les tenga por su autoridad.

El Comité anterior hizo la entrega de lo que tenía a su cuidado; las cuentas del ejido, los comprobantes de los gastos y ciento cincuenta pesos que aún había en caja; lo mismo hizo con todo lo que había comprado para las oficinas y las herramientas. Se levantó el acta y todos la firmaron.



LA ESCUELA RURAL

No hace mucho tiempo que el ejido de Río Florido aún carecía de escuela rural para los hijos de los ejidatarios. Estos tenían que caminar algunos kilómetros para poder asistir a las clases que daba una viejecita, cuya ciencia no pasaba mucho de saber escribir, leer y contar. Naturalmente que no podía enseñar más que estas cuantas cosas, y muy pronto los muchachos dejaban a esa viejecita.

Un buen día llegó un joven maestro, humilde, sin pretensiones, pero que, aparte de sus estudios, tenía una gran bondad, un deseo inmenso de ser útil a la comunidad, de animar la vida del grupo de labriegos con el entusiasmo de quien ha visto muchas cosas, ha conocido la vida y desea hacer otra muy diferente en el lugar en que el destino lo ha colocado. Don Juan se llama el maestro rural que llegó a Río Florido.

La vida, que pasaba inadvertida en Río Florido, cambió de repente: los ejidatarios se sintieron animados, se sorprendieron de haber pasado tantos años desconocidos los unos de los otros: se estaban reuniendo en la casa de don Juan, a quien llamaron don Juanito; se fueron comprendiendo, y encontraron que dentro de cada uno de los compañeros de trabajo en la tierra, había algo más de lo que se habían imaginado; todos tenían deseos de ser mejores, todos tenían entusiasmo por hacer algo en beneficio del ejido, del pueblo y de sus hijos. No sabían de dónde había llegado esa nueva naturaleza que nadie conocía; pero sí sentían que mucho había que atribuir a la presencia de don Juanito.

Nadie había podido hacer que los ejidatarios se preocuparan por la educación de sus hijos, y ahora estaban listos para que la parcela de la Escuela fuera la más buena del ejido, la que tuviera los cultivos más bien hechos y rindiera las cosechas más abundantes y mejores. En la parcela de la Escuela no había nada, ni una simple choza, y poco tiempo después de la

llegada de don Juanito, como por encanto, se vió crecer una construcción maciza, de piedra y mezcla, que había de ser la Escuela Ejidal y, al mismo tiempo, la casa del maestro.

La construcción fué hecha por todos los ejidatarios. Nadie faltó: ni las mujeres ni los muchachos dejaron de ayudar para que la Escuela fuera levantada rápidamente y tuviera todas las comodidades: amplios salones para las clases, un despacho para don Juanito y un gran salón donde se reunirían los ejidatarios para celebrar sus juntas, que antes se efectuaban en una de las trojes del pueblo; también había un gallinero ocupado por cincuenta gallinas y cinco gallos giros; un corral para las cabras y los borregos, y un pequeño establo para dos vacas, que habían de proporcionar la leche necesaria a la familia del maestro.

¡Daban ganas de ir a la Escuela Ejidal! El aire que allí se respiraba era de bondad, de aliento, de cosas mejores que las que se sentían metiéndose en el cuartito ahumado y casi negro, en que daba sus clases la viejecita que había enseñado a leer y a escribir a los que ahora ya son mozos. Nadie podía imaginarse que aquellos campesinos rudos hubieran podido construir aquella Escuela Ejidal, que, para ellos, casi llegaba a ser un palacio en donde los hijos de los ejidatarios y éstos mismos iban a poder saborear algo más elevado que lo que se encontraba en otras partes. ¡Qué bien empleado había sido el tiempo y el trabajo dedicado a la construcción de la Escuela!

Ya hecha la Escuela, arreglada la habitación de don Juanito, no faltaba sino embellecer todo aquello: los jardines y la hortaliza fueron sembrados por los muchachos, bajo la dirección de don Juanito; y las mujeres dieron para la Escuela las mejores plantas que tenían en sus casas; los hombres plantaron árboles alrededor de la parcela escolar, y si antes ésta pasaba inadvertida para el viajero y los ejidatarios la rodeaban por estar abandonada, ahora la Escuela era el centro de las miradas de todos y el punto de reunión de todas las familias de los ejidatarios y de algunos agricultores en pequeño, aparceros y arrendatarios, que se sentían atraídos por semejante bienestar, bondad y limpieza.

Don Juanito se preocupó porque aquello quedara completo; porque no faltaran los cuadros con plantas y animales; porque los mapas del Estado y de la República estuvieran colgados

en las paredes blancas de las clases; porque los cuadros con las figuras de las plagas de plantas y animales estuvieran visibles en el salón de reuniones, para que los campesinos los conocieran, y porque la pequeña biblioteca tuviera los libros necesarios, no solamente para la enseñanza de los niños sino también para la educación e ilustración de los grandes.

Los campesinos sentían que aquello era muy hermoso y les parecía increíble que ellos mismos hubieran tomado parte activa en su realización. ¡Cuántos años habían pasado sin haberse siquiera visto inclinados a semejante obra y, ahora, allí estaba para que todos la admiraran y gozaran de ella plenamente! Aquello era, en lo material, obra de todos ellos; pero el entusiasmo que anima y el espíritu de trabajo, de unión y de ambición de cosas mejores, eran obra de don Juanito! ¡El espíritu del maestro rural había hecho posible aquella maravilla, y habría de realizar aún cosas mayores!



1857-1917

I

Cuando un pueblo se reúne para discutir y formar la ley que ha de regirlo, realiza uno de los actos más trascendentales de su vida, porque en esa ley va a establecer las normas que lo han de gobernar, va a pesar su historia desde su nacimiento como pueblo hasta ese instante, y a resumir, en unas cuantas palabras, la filosofía que de la vida tiene, el concepto de las cosas y de los hombres, y la autoridad del Estado, como representante del mismo pueblo.

Sólo de tiempo en tiempo llegan a realizarse estos hechos tan importantes: cuando inician su vida independiente y cuando los efectos de sus leyes y los actos de sus gobernantes han hecho patentes los errores cometidos al formular leyes anteriores, o bien, cuando esas leyes ya no se ajustan a las actuales necesidades vitales de esos mismos pueblos. Cada una de esas reuniones marca una etapa definitiva en la vida de los pueblos, y las leyes que de allí resultan, señalan los grandes lineamientos: la vida que se quiere vivir, las aspiraciones que en esos instantes se tienen, y la solución que se entrevé a los problemas que se agitan, incapaces de ser resueltos por las leyes entonces en vigor.

¿Quién puede hacer una Constitución y quién puede modificarla? El pueblo es el que puede disponer, en cualquier tiempo, de sus leyes y de su Constitución, ya que es el soberano que fija las leyes por las cuales se gobierna a sí mismo. Lo mismo que el pueblo puede hacer una nueva Constitución, puede modificar la anterior o reformarla completa o parcialmente para ajustarla a sus nuevas condiciones de vida, a sus nuevas aspiraciones, ambiciones, anhelos o necesidades. Unas veces son los propios legisladores elegidos por el pueblo quienes se encargan de hacer esas modificaciones o cambios; otras, son los pue-

blos mismos, que, sintiéndose no comprendidos por quienes gobiernan, se lanzan a la lucha y se constituyen en sus propios legisladores.

México ha tenido dos momentos importantes en su vida independiente: 1857 y 1917, en los cuales se ha puesto a realizar la obra magna: formar su ley fundamental, la Constitución, de la cual han de derivarse todas las demás.

II

1857

Cada una de esas Constituciones ha tenido un espíritu de guía y dirección: la primera, la de 1857, tomando del ambiente mundial las corrientes espirituales que guiaban a los hombres, estableció un régimen de libertad que llegó a poner a los hombres y sus intereses sobre la vida del país y sobre los intereses del Estado; estableció la competencia, destruyó barreras que se habían ido consolidando hasta entonces, para que el comercio pudiera realizar plenamente lo que los economistas aconsejaban como mejor para la vida de los pueblos; pero el hombre, el pueblo y el país quedaron en manos de los terratenientes, de los propietarios del suelo, desconociendo y aun ignorando los principios fundamentales de la vida de una nación: la tierra y el hombre.

Los resultados de esta Constitución, que por más de medio siglo sirvió para regir al país, no fueron tan pequeños que pudieran haber pasado inadvertidos. La concentración de las tierras en unas cuantas manos, la impotencia del Estado o del pueblo, para modificar esa situación que lentamente iba llevando al país a ser propiedad de unos cuantos y que en sus manos quedara todo el pueblo mexicano; los derechos del hombre dondequiera lesionados, y los intereses de los hombres, sobre los hombres mismos; y eran los intereses solamente de unos cuantos los que hacían pesar su influencia sobre todo el pueblo. Los legisladores, falsos representantes del pueblo, y representantes sólo de los grandes y poco numerosos intereses de una clase privilegiada por la misma Constitución, no quisieron ver la rea-

lidad, y hubo necesidad de que el pueblo mismo, con las armas en la mano, se hiciera oír, y finalmente dejara en manos de nuevos elementos representativos de sus esperanzas, deseos y necesidades, la labor de modificar o rehacer una ley que no había servido para realizar la noción de igualdad, de independencia y de supremacía del hombre sobre los intereses, y del país sobre los hombres.

III

1917

La revolución triunfante se empeñó en revisar la Constitución y en rehacerla, si acaso lo necesitaba. Había que imprimirle el espíritu de los nuevos tiempos y poner a los hombres, a las cosas y a los intereses en su lugar, y sobreponer la soberanía del país sobre los intereses de los hombres y sobre éstos mismos.

La Constitución de 1917 conserva la forma, la arquitectura y el arreglo de la de 1857; pero su espíritu ha cambiado. En los artículos 27 y 123 se han puesto los principios fundamentales de la Constitución: en el 27 ha quedado establecido el principio de soberanía del país; la propiedad que él tiene sobre las tierras y las aguas que constituyen el territorio nacional, herencia de los derechos de la corona española; los derechos que el Estado tiene de dar a la propiedad privada las modalidades que sean necesarias en vista del interés social; el reconocimiento de las comunidades rurales; la obligación que se impone al Estado de ajustar el reparto de la tierra entre los elementos que de ella viven, a fin de evitar la explotación que el latifundista hace de los hombres arrancados de la tierra, y en el artículo 123 se especifican los derechos de los obreros, de todos los trabajadores que venden sus energías y su trabajo, ya sea físico o mental, las obligaciones de los patrones; el derecho de huelga; el de agrupamiento de los obreros en forma de sindicatos, para defender sus derechos y, en general, los principios de toda legislación posterior sobre trabajo.

La actual Constitución aún requiere el estudio de todos sus elementos y las correcciones que el tiempo tiene que ir señalando; pero será el país mismo el que se encargue de señalar las

deficiencias y de pedir las modificaciones que requiera. ¿Cómo será esa petición: pacífica o airada? Solamente el tiempo podrá decidir este punto; pero hemos de estar convencidos de que, cuando los representantes del pueblo no estudian la situación de éste ni tratan de que las leyes sigan las necesidades del pueblo, éste exige que se le oiga, y aun cuando no lo desee, tendrá que recurrir a las armas si el caso lo amerita, si las modificaciones que requiere son de tal magnitud, la testarudez de sus legisladores o directores trata de imponerse sobre la voluntad y los intereses del país.



EL EJIDO DEBE ABASTECER LAS NECESIDADES DE LOS CAMPESINOS

I

En el ejido de Río Florido, los campesinos tienen tierras suficientes para hacer sus trabajos y cultivos cómodamente: una yunta de tierra la dedican al cultivo del maíz; y como antes que llegue la pizca y el corte de rastrojo deben tener ya terminada la siembra de trigo, mientras que la mazorca se va formando en las cañas de maíz, ellos preparan la tierra, siembran el trigo y abren las regaderas que habrán de utilizar posteriormente para el riego. En total, los ejidatarios de Río Florido disponen de dos yuntas de tierra, como parcela ejidal.

El campesino cuida tanto de sus animales de trabajo como de su propia familia, y cuando no hay rastrojos en la parcela tiene que andar buscando pastos en donde poder apacentar su ganado, que aparte de los bueyes o mulas de trabajo, tiene unos dos burritos, dos o tres vacas con sus respectivos becerros, y unas cuantas cabras o borregas. Esos ejemplares del Arca de Noé, junto con el puerquito, las gallinas y los guajolotes que se quedan en el corral de la casa, forman parte integrante de la familia y están cuidados con todo el esmero de que los campesinos son capaces. Las tierras de pasteo o los potreros son tan indispensables para el ejidatario como la misma parcela de cultivo.

Las tierras de labor, cuando están solamente sujetas a las lluvias, no rinden cosechas tan buenas como cuando se dispone de agua para los riegos y dejan las plantas de estar sujetas a las eventualidades de los buenos y de los malos temporales. Los ganados están en condiciones parecidas: necesitan del agua tanto como de los buenos pastos; y los hombres, igual que los demás seres que lo acompañan en la vida, están a merced de la

cantidad y calidad de las aguas que puedan tener para beber y bañarse. Si las tierras son necesarias, las aguas no lo son menos; y el ejido de Río Florido tiene tierras y aguas en cantidad suficiente para todas sus necesidades.

La leña del bosque es indispensable para que los alimentos puedan prepararse y para que las mujeres puedan echar las tortillas, que son el "pan nuestro de cada día" en la choza del campesino. Las tablas para hacer el humilde mobiliario y construir la choza, y los morillos para construir los tejados de las casas y los tejabanes bajo los cuales se guarece el ganado, así como los postes para las cercas, tienen que salir del monte. Y el ejido de Río Florido tiene todo lo que puede necesitar en cuanto a bosques, sin esperanza de que se agoten, si siguen explotando el monte tan ordenadamente como lo van haciendo hasta la fecha.

Río Florido es un ejido excepcional en cuanto a sus tierras, aguas, pastos y montes; aunque así podían haber sido dotados muchos otros ejidos.

II

Los ejidatarios de Río Florido no pueden comprender cómo es posible que haya otros pueblos cuyos ejidos no tengan las cualidades del suyo; así solamente se podrá entender la conversación que tuvieron los ejidatarios de Metepec y La Cañada con los de Río Florido.

Martín y Jesús son del ejido de Metepec; Carlos y Juan, del de La Cañada.

MARTIN.—Venimos a verte, Gejo, para saber la razón de lo del arrendamiento de unas tierras del ejido. Ya no podemos vivir allí: en unos cuantos días hacemos las siembras de maíz; los chamacos se quedan para dar las labores, y nosotros tenemos que salir del pueblo a ganarnos la vida, donde podemos encontrar trabajo; y ya saben ustedes que los hacendados no nos lo quieren dar; ora la hacemos de peones, ora de comerciantes. Ya se imaginarán cómo se quedan las mujeres: el cincolote no se llena de mazorca con el maíz que pizcamos; las tortillas nos las están haciendo muy chiquitas, y muchas veces ni así alcanza...

GEJO.—Pero nosotros no tenemos tierras que arrendarles. Martín. Las que tiene el ejido apenas alcanzan para la gente de aquí, a dos yuntas por cada jefe de familia.

JESUS.—Pero si ustedes son casi unos latifundistas... ¡Dos yuntas!... Ya quisiéramos tener una para cada uno de los del pueblo.

GEJO.—Pero ¿qué ustedes no pidieron que les dieran tierras bastantes para poder vivir? ¿Qué no se acuerdan de lo que dice el artículo 27 de la Constitución? Los ejidos deben ser bastantes para satisfacer las necesidades de los pueblos, y la tierra que los pueblos necesitan no es la del panteón, para enterrarlos, sino para vivir de su producto, de las cosechas que los campesinos levanten con su trabajo.

MARTIN.—Los ingenieros nos dijeron que no podían afectar más tierras de la hacienda; que cuando pidiéramos la ampliación, entonces nos darían las que faltaran...

GEJO.—Pero, por lo que veo, ustedes nunca se ocuparon de ver el catecismo agrario: las ampliaciones sólo las pueden dar diez años después de la posesión definitiva y únicamente para la gente que no haya tenido parcela en el primer censo de la resolución presidencial.

MARTIN.—Pues sí que sabíamos todo eso; pero en Metepec hay mucha gente y poca tierra, y tenemos que buscar dónde trabajar.

GEJO.—Los del Comité sí quieren ayudar a ustedes, pero no arrendándoles tierras, porque eso solamente lo pueden hacer los hacendados, que explotan a los arrendatarios y a los medieros; lo que hemos pensado es proponer a la Junta General de Ejidatarios que acepten que algunos de los de Metepec pasen al ejido nuestro, donde les daremos una parcela a cada uno; pero solamente podemos recibir veinte jefes de familia. Si pudiéramos darles más tierras, lo haríamos; pero no creemos justo que los de Río Florido queden en las mismas condiciones que los de Metepec.

MARTIN.—Pero ¿de veras?... ¿A veinte aceptan con ustedes?... Yo me vengo para acá.

JESUS.—Y yo también.

GEJO.—No, muchachos; vamos a proponer que el Comité de Río Florido escoja a los veinte que han de venir, si ellos quieren; porque no vamos a recibir a Prudencio, que es borracho, ni a Julián, porque ustedes saben lo que es de politiquero; ni a Jacinto, porque conocen que le gusta andar pizcando en las milpas ajenas; y ya saben que aquí con nosotros, la gente tiene que trabajar y andar muy derechito.

Mañana tenemos la Junta General y casi es seguro que la mayoría apruebe la proposición del Comité; así es que vengan mañana por la razón.

Confundidos, Martín y Jesús, con la bondad de Gejo y la generosidad del Comité y del ejido de Río Florido, salieron haciendo comentarios y señalando de antemano quiénes iban a escoger para que pasaran al ejido que les ofrecía la vida a los que no tenían tierras en Metepec.

III

Los ejidatarios de la Cañada tenían otro problema en su ejido, y de aquí las gestiones que hacían con Gejo.

GEJO.—Y ustedes ¿todavía quieren leña del monte? No, muchachos, el Comité no quiere que el monte del ejido se acabe sin provecho para el pueblo; aunque cuando eso suceda, ya no vivamos ni ustedes ni nosotros. Dicen los compañeros que lo más que podrán hacer será venderles la leña muy barata, y solamente para sus casas, no para venderla en el pueblo.

CARLOS.—Pero si a ustedes ninguna falta les hace el dinero; ustedes tienen todo lo que necesitan. En cambio, nosotros...

GEJO.—Si tenemos todo, nuestro trabajo nos costó, y ya saben que tenemos mucho qué hacer: el puente para atravesar la barranca del Gorrión; la biblioteca del ejido; el pago del señor maestro de la Escuela; los gastos para sostenerla, y, además, tenemos que cuidar el monte y gastar en repoblarlo, porque si no, al cabo de unos cuantos años ninguno de nosotros encontrará siquiera un palo para hacer leña.

A todo este razonamiento tan juicioso, Carlos y Juan nada tuvieron qué decir, y hubieron de conformarse con pagar, aunque fuera muy barata, la leña que necesitaban para sus casas.

Gejo ha visto todas estas cosas y todavía no puede creer que el ejido de Río Florido sea una excepción entre los ejidos; pues para él los mandatos de la Constitución y de las leyes deben ser acatados inflexiblemente, cuando se trata, sobre todo, de los beneficios del campesino y de la sociedad entera.



ORGANIZACION DEL EJIDO

I

La tarde del día de la elección del nuevo Comité comieron en casa de Gejo, el Secretario y el Tesorero del ejido, don Juanito, el ingeniero don Manuel y Pancho, quienes después siguieron de plática para orientarse sobre lo que tenían que hacer.

Gejo quería transformar el ejido; cambiar las costumbres que se habían ido estableciendo; ayudar a los compañeros para que explotaran mejor la tierra; que en los hogares de todos hubiera mayor comodidad; que las mujeres no tuvieran que estar tantas horas agachadas sobre el metate para moler el maíz; que los muchachos tuvieran una buena escuela en que aprender las cosas que él no había sabido sino después de muchos años de lucha y de esfuerzo; que para todos la vida fuera más agradable y más fácil; y no solamente esto, sino que pretendía hacer que el ejido entrara a formar parte integrante de toda la comunidad, y que en la población se les tomara en cuenta a ellos, a los agraristas, dejando de ser el rebaño que hasta entonces habían sido, ya que todo mundo los consideraba como si aún fueran los peones de las haciendas comarcanas y solamente tenían que obedecer lo que los otros mandaban... y muchas otras cosas más.

La cabeza de Gejo estaba llena de ideas, de proyectos y de tantas cosas, realizables unas, irrealizables las otras, que quería poner orden en todo aquello y solamente iniciar lo que pudieran llevar a cabo, dejando los demás proyectos para cuando las condiciones fueran favorables.

DON JUANITO.—Vas muy aprisa, Gejo: no hay que correr tanto; que las oportunidades se van presentando poco a poco, y a cada cosa le llegará su turno.

DON MATIAS.—Este muchacho ya quiere cambiar el mundo a su gusto, y lo hará porque tiene voluntad; pero hay que contar con que los otros no se dejarán ganar tan fácilmente.

GEJO.—Sí, padre; lo hemos de hacer. Los otros no están organizados; cada quien se va por su lado y no saben lo que tienen qué hacer.

DON MATIAS.—Sí saben lo que tienen qué hacer, Gejo: explotar a los pobres que se dejan.

DON MANUEL.—Lo que debemos hacer, Gejo, es poner en orden todos los proyectos, darle su lugar a cada uno, y principiar, desde luego, por lo primero que haya que hacer.

DON JUANITO.—Muy bien, ingeniero, tome lápiz y papel y escribamos.

DON MANUEL.—Con el lápiz y el papel que pedía don Juanito—primero hemos de arreglar el ejido; después, habremos de estudiar la cuestión agrícola y ganadera y el bosque: son cuestiones de administración interior. En segundo lugar, veremos la manera de hacer obras que sirvan para todos; la escuela, los canales de riego, los puentes que faltan, que así daremos oportunidad a los ejidatarios de tener elementos mejores y mayores facilidades para trabajar; en tercer lugar, habremos de ayudar a las familias de los compañeros para que puedan vivir mejor, y tengan también sus diversiones; en cuarto orden, hay que extender la acción del ejido de Río Florido a todos los ejidos del valle, para que se vaya haciendo un trabajo de acercamiento y comunidad de intereses; y, cuando esto se haya realizado, o ya podamos contar con los compañeros de los demás ejidos, nos organizaremos todos para emprender la batida contra los otros. Esto ya viene a ser la política agrarista aplicada.

PANCHO.—Eso está muy bien, ingeniero, así es como debemos llevar adelante la organización, y al final, debemos tener en nuestras manos la presidencia municipal; después, nombraremos diputado a quien verdaderamente pueda representar los intereses del campesino, y no tener como diputado a un aristócrata apolillado que nada tiene de agrarista ni piensa como nosotros.

JUANA.—Pero en todo su plan no veo en qué lugar me toque a mí trabajar. Todo lo quieren para ustedes, y a las mujeres ¿nos van a dejar solamente en el fogón y con los muchachos?

GEJO.—No pienses eso, mujer, que ya tengo en qué ocuparte en todo esto: tú tendrás que trabajar en la mejoría de los hogares, ayudando a tanta mujer que no quiere dejar su vida de siempre; enseñándolas a ser verdaderas mujeres de casa; las enseñarás a cuidar a los chicos, a que sepan hacer de comer para que los hombres tengan gusto en saborear las tortillas con chile y el molito, cuando se sientan a comer en la punta del surco; tendrás que enseñar a que la gente se divierta; que las muchachas aprendan y ayuden en todo.

JUANA.—*(A don Juanito.)* ¿Ya oye usted, don Juanito, todo lo que quiere Gejo? Y yo que pensaba que me estaba haciendo a un lado; usted le dirá a su esposa que me ayude, porque, ¿de dónde voy a sacar tanta cosa?

GEJO.—Aquí todo mundo tendrá que trabajar, y cada uno hará su parte.

Ambrosio y Paulino, los otros dos miembros del Comité, no cabían en sí de asombro al ver que tantas cosas había por hacer, y que ellos también tendrían que tomar parte en el trabajo que se proyectaba. La costumbre de ver salir a trabajar a los hombres, a las mujeres quedándose en sus casas y a los *otros* imponiendo su voluntad, no les había permitido pensar en que las cosas se podían hacer mejor, y que el grupo de ejidatarios y los agraristas del valle podían llegar hasta aspirar a que se les tomara en cuenta y se les respetara como a los *otros*. Pero veían claro todo el programa que se estaba extendiendo ante sus ojos, e interiormente iban comprendiendo y aprobando todo el plan.

II

Las discusiones siguieron largo tiempo; los puntos importantes que hemos indicado fueron estudiados en detalle y a cada quien se le fué señalando la parte de trabajo que había de ejecutar y con quiénes debían colaborar. Quedaron en que los

puntos más importantes eran los siguientes, pero que después los aumentarían, según las condiciones en que se presentaran las cosas:

Programa de organización del ejido de Río Florido:

1º Arreglo interior del ejido:
1. El tamaño de la parcela ejidal.
2. Reparto de parcelas.
3. Distribución del 15% de las contribuciones.
4. Organización de la cooperativa.
5. Proyectos de mejoramiento material.
6. Proyectos de mejoramiento económico.

2º Organización social:
1. La Escuela Rural Edijal.
2. El mejoramiento del hogar rural.
3. Reuniones ejidales.
4. Trabajos de propaganda y acercamiento en los ejidos cercanos.

3º Organización política:
1. Unificación política dentro del ejido.
2. Unificación política entre todos los ejidos del valle.
3. La Presidencia Municipal.
4. Elección de diputados.

Nadie podría imaginarse que entre el pequeño grupo de campesinos y sus compañeros pudiera estarse planeando una labor tan amplia, tan completa y de tanto aliento como la que corresponde al programa anterior; pero aquellos hombres estaban viendo el porvenir y organizando sus fuerzas para emprender la campaña que corresponde a los grupos de campesinos, sobre todo si se encuentran en tierras ejidales.

La voluntad ha hecho más que ninguna otra fuerza en el mundo, y si no solamente se encuentra la voluntad de un solo hombre, sino la de varios que han de trabajar unidos, no hay quién ni qué cosa pueda resistir semejante empuje. La voluntad estaba en todos; el entusiasmo embargaba por igual a los que se encontraban compañeros en esta empresa; Gejo tenía la iniciativa y la voluntad, el entusiasmo y la fe; sus compañeros,

los conocimientos de la vida y de la naturaleza necesarios para caminar. ¿Quién iba a detenerlos? Nadie.

Gejo había de tomar la primera parte, la del ejido. Don Juanito, auxiliado por Juana, se encargaría de la segunda, la organización social; Manuel trabajaría con los encargados de las dos secciones anteriores; Pancho organizaría y llevaría a cabo la parte política. Pero aun cuando todos ellos tenían diferentes comisiones, los acuerdos de acción serían tomados en las juntas y todos ayudarían a los encargados y directores de las diferentes labores; solamente así se podía garantizar la unidad de acción y la armonía entre ellos.

Ya veremos lo que se llegó a realizar en el ejido de Río Florido.



E L   S O L

Sol redondo y colorado
como una rueda de cobre,
de diario me estás mirando
y diario me miras pobre.

Me miras con el arado,
luego con la rozadera,
una vez en la llanura
y otra vez en la ladera.

Me miras lazando un toro,
me ves arriando un atajo,
pero diario me ves pobre
como todos los de abajo.

Sol, tú que eres tan parejo
para repartir la luz,
habías de enseñar al amo
a ser lo mismo que tú.

No que el amo nos hambrea
y nos pega y nos maltrata,
mientras en nosotros tiene
una minita de plata.

(Labor redentora de escritores revolucionarios.)



LAS PARCELAS DEBEN SER FIJAS PARA TODO EJIDATARIO

I

No hacía mucho tiempo que Gejo había sido elegido Presidente del Comité y ya andaba investigando la forma de empezar sus trabajos de organización ejidal. ¿Qué es lo más importante y urgente que hay que hacer en Río Florido, y no solamente en Río Florido, sino en cualquier ejido? El pago de las contribuciones es importante, lo mismo que recoger el 15%; pero tenemos que arreglar algo más importante, porque eso se espera y no influye mucho en la explotación del ejido. ¿Por dónde principiar?

El consejo privado que tenía Gejo, los amigos que se habían dedicado con él y como él a estudiar el ejido, fueron llamados urgentemente un domingo. Iban a comer en casa de Gejo y en esos momentos, entre taco y taco, platicarían.

En la casa de Gejo se reúnen don Juanito, Paulino, Ambrosio, don Manuel y Pancho, que están sentados alrededor de la mesa; Gejo parte un cabrito asado que había preparado para sus amigos, y Juana atiende a todos.

GEJO.—Si hemos de formar la cooperativa, y si hemos de hacer algo por el ejido, lo primero que hay que hacer es dejar a cada ejidatario en su parcela. Solamente los que trabajan la tierra personalmente tienen derecho a ella; los demás, como Nicanor, Cleofas, Pedro y los demás, que usan peones para hacer los cultivos, y que explotan a los hombres, no deben siquiera pisar las tierras del ejido.

DON MANUEL.—Efectivamente; esos individuos, aunque figuren en el censo de la Resolución Presidencial, deben salir, no tienen derecho a parcela, y más aún, que hay muchos

pobres, trabajadores y cumplidos, que no tienen parcelas que cultivar.

GEJO.—Pero me han dicho que tenemos que aceptar a todos los que están en la Resolución Presidencial. ¿Podemos sacarlos del ejido?

PANCHO.—Ya lo creo, Gejo. El Presidente de la República no es infalible, y los ingenieros de la Comisión Nacional Agraria se equivocan muy a menudo, y no por eso hemos de continuar equivocándonos nosotros. Los comités ejidales tienen la obligación de limpiar al ejido y hacer que se cumpla con el espíritu de las leyes agrarias; la tierra del ejido solamente debe corresponder a quienes tienen los requisitos que las leyes señalan y cumplen con las obligaciones que esas mismas leyes les imponen. El censo ha de poder ser modificado siempre que sea conveniente para el ejido, para su vida y desarrollo. Los individuos que explotan a sus compañeros deben salir del ejido, aun cuando sea necesario modificar el censo.

DON MANUEL.—Esta limpia del ejido que se va a hacer ahora en Río Florido, tiene que hacerse en todos los ejidos, y en mismo Río Florido habrá que depurar de tiempo en tiempo la lista de los ejidatarios porque se suceden cambios entre la misma gente, y hay que seguir limpiando hasta que queden solamente los que merezcan trabajar las tierras ejidales.

Pero hay que tener en cuenta que no ha de ser el Presidente del Comité, ni el Comité entero el que va a poder hacer esos cambios, que éstos no son más que ejecutores de las resoluciones que se tomen en la Junta General de Ejidatarios.

GEJO.—Aunque las leyes no lo dijeran, yo llamaría a todos los compañeros, porque el ejido no es de nadie, ni del Presidente del Comité, ni del Secretario, sino de todos los ejidatarios, y ellos son quienes deben discutir y aprobar lo que crean conveniente. En el ejido no debe haber dictadores, aunque éstos sean muy buenos: la voluntad de la Junta General de Ejidatarios tiene que estar sobre los deseos y la voluntad de cualquiera.

DON JUANITO.—Gejo, se te olvida que no solamente los que trabajan con peones perjudican al ejido; hay otros que no hacen eso y que también trabajan contra el ejido: los que arriendan yuntas y cobran catorce y dieciséis bultos de maíz en la cosecha; los que han acaparado parcelas, y en lugar de tener una, como les corresponde, tienen tres, cuatro y más, dejando a otros sin tierra que cultivar; los que han tomado las mejores tierras sin merecerlas y solamente por haber sido amigos o compadres de los Comités que han pasado. Todos los ejidatarios tienen los mismos derechos, y debe hacerse justicia en el reparto de parcelas.

II

GEJO.—Muy bien; estamos de acuerdo en lo que hemos de tomar de base para limpiar al ejido; pero ¿cómo hemos de lograr que cada ejidatario siga siempre en la parcela que le toque? ¿Por qué ha de ser justo que el ejidatario quede al capricho de sus comités, y le quiten la parcela que ha mejorado con tanto trabajo y después se la den a un amigo o compadre del Presidente del Comité?

DON MANUEL.—Es cierto que pasa eso en los ejidos; pero no es un mal del ejido, sino de los individuos que lo manejan y que creen que las tierras son suyas y pueden hacer lo que les venga en gana. Y si en Río Florido, como tiene que ser en los demás ejidos, se acostumbra que el Comité no haga sino lo que se acuerde en la Junta General de ejidatarios, automáticamente quedaría desterrada esa práctica, y cada ejidatario permanecería indefinidamente en su parcela, a menos que cometiera actos contra el ejido. Hay una ley que se llama Ley del Patrimonio Parcelario Ejidal y tiene por objeto distribuir las parcelas entre los ejidatarios, darles un título que ya nadie podrá cambiar y señalar una parcela fija a cada ejidatario.

PANCHO.—Sí, ya conozco esa ley; pero su aplicación debe hacerse cuando ya el ejido mismo se ha depurado lo bastante para no ir a perjudicar a la gente, para que solamente venga a establecer claramente los derechos de cada ejida-

tario después que el ejido ha estudiado a cada uno de sus elementos y los ha encontrado dignos de seguir en la tierra ejidal; cuando ya el ejido se encuentre organizado y la ley venga a sancionar lo hecho por los mismos ejidatarios; pues, de otra manera, se cae en los mismos errores a que han dado lugar los malos censos. Por lo pronto, propongo que se haga la depuración del ejido; que se sepa quiénes tienen efectivamente derecho a parcelas y, después, que se haga un reparto de ellas, pero no como lotería o rifa, sino que se ponga al ejidatario mejor en la mejor parcela, porque solamente así se podrá garantizar el buen uso de la tierra. El reparto de las parcelas no debe dejarse a la suerte, sino a los merecimientos de cada uno.

DON JUANITO.—Yo había pensado mucho en esa manera de repartir la tierra: se deja al capricho del azar, se evita que la razón intervenga en lo que la razón debe juzgar, y se deja a la suerte lo que el hombre debe manejar con su inteligencia. Se hace de los hombres unos animales irresponsables; y si algo debe hacer el hombre, es no dejar que la casualidad intervenga tanto en sus actos, sino que su inteligencia y su razón las aplique en la resolución de sus problemas. Por evitar el mal de los favoritismos y la falta de control sobre el ejido se cayó en el error de dejar a la suerte la resolución de un problema de tanta trascendencia para el ejido como quien debe cultivar y usufructuar cada parcela.

PAULINO.—Pero si no hacemos el reparto en rifa van a decir después que tuvimos predilección por los que tomen las mejores parcelas.

GEJO.—Siempre dirán lo mismo, porque alegarán que ha habido trampa en la repartición; lo que necesitamos es un mecanismo que nos permita hacer el reparto en estricta justicia. ¿Qué opina usted, ingeniero?

DON MANUEL.—El reparto de las parcelas está íntimamente ligado con las contribuciones, y éstas, con el quince por ciento. En tierras iguales, el más trabajador y más inteligente para sus cultivos siempre tendrá que dar más que el flojo, que cree que la tierra sola le dará cosecha. No es jus-

to que el más trabajador entregue más, por quince por ciento, ni pague contribuciones por el flojo que abandonó la parcela. Creo que el ejidatario debe entregar, anualmente, una cuota que esté en relación con la bondad de la tierra y no con el trabajo del campesino casi exclusivamente de riego en tierras de segunda, habrá que dar menos que cuando se trate de riegos de primera; y en temporales, la cuota tiene que ser más reducida, y así, sucesivamente.

PANCHO.—En verdad; así habría justicia, ¿pero qué tiene que ver el pago del quince por ciento con el reparto de las parcelas?

III

GEJO.—Ya estoy viendo a dónde va el ingeniero: quiere que señalemos una cuota, como pago de arrendamiento de la tierra, y que aquélla corresponda al quince por ciento que daría en caso de ser trabajada bien. Ya estando señalada la cuota, que cada ejidatario tome la que quiera, comprometiéndose a pagar la cuota aquella anualmente. ¿No es así, ingeniero?

DON MANUEL.—Efectivamente, así es, pues sucederá como cuando hay una tierra que muchos campesinos quieren comprar: cada uno ofrecerá un precio por ella; y siempre, el mejor agricultor tendrá la mejor tierra, porque espera obtener más altos rendimientos en sus cosechas, por su mayor trabajo, en relación con la calidad de la tierra. ¿Quién se podrá quejar de un reparto en que cada ejidatario escoge la tierra por la que puede o quiere pagar? Además, se acabó el pleito de recoger el quince por ciento en cada cosecha; y nadie alegará que paga las contribuciones por los demás.

En la práctica, podemos repartir las contribuciones entre las parcelas del ejido, en relación con su calidad, con su distancia al pueblo, con los caminos que tenga, por la distancia al canal de riego, y por las demás razones que se encuentren. Habrá parcelas de diez pesos al año; pero también habrá de a peso. El que no quiera pagar los diez,

que tome una de menos calidad o más lejana o que reciba el agua después de otras parcelas.

DON JUANITO.—Ya este procedimiento es razonable, hay una base de estimación de cada ejidatario y de cada tierra, y se consigue que el reparto sea hecho equitativamente.

La discusión siguió toda la tarde, y a medida que estudiaban más el procedimiento que aconsejó don Manuel, les parecía el mejor y más práctico para hacer el reparto de parcelas ejidales.



NUESTROS ANTECESORES INDIGENAS

I

La historia que enseña el maestro rural ejidal de Río Florido, no es la historia que todos conocemos: él se olvida de los nombres de los reyes, de las mujeres que tuvieron, de las guerras que emprendieron y las conquistas que realizaron. Para don Juanito solamente existe la humanidad y sus diferentes ramas, con sus sufrimientos, sus anhelos y su espíritu; la historia, para él, no es la sucesión de nombres y fechas, sino las manifestaciones sucesivas que la humanidad ha tenido durante su desarrollo hasta llegar a la situación en que se encuentra ahora. Sus inventos no los aprecia por la precisión mecánica, ni sus descubrimientos por las ventajas materiales que de ellos se pueden derivar. Su espíritu analiza los hechos, y concluye: ¿Ha sido para mejorar a la humanidad? ¿Ha traído, este invento o aquel descubrimiento, un alivio para los males que la aquejan? ¿Hay alguna esperanza de redención para los humildes y los oprimidos?

Así como él estudia la Historia y mide y pesa los sucesos, así ha querido ir enseñando a los alumnos que tiene a su lado. Oigamos una de las clases que da en la Escuela Rural Ejidal de Río Florido.

II

Aún no sabemos si en cada continente ha tenido lugar, independientemente, la aparición del hombre; pues en diferentes partes del mundo se han encontrado restos de individuos que parecen establecer la historia animal del hombre: en Europa, Africa, Australia y China; pero en América no ha tenido lugar ningún hallazgo semejante.

Sin embargo, todos los sabios están más o menos de acuerdo en que la cuna del hombre se encuentra allá por el centro del Asia, y que de allí han salido familias y tribus que han pasado a las diferentes partes del mundo, poblando así la tierra, y tomando los caracteres que la Naturaleza les ha impreso por el medio en que se han desarrollado y vivido, y, así, se encuentran hombres blancos, amarillos, negros y rojos; pero sin que el color quiera decir nada respecto a sus cualidades como elementos de la humanidad.

Ese primer hombre, que no se parecía ni a los actuales salvajes, estaba muy cerca del animal y poco a poco ha ido evolucionando hasta llegar al hombre civilizado que conocemos ahora. Sobre la tierra podemos encontrar a este producto de la creación en todos sus estados de evolución, partiendo del salvaje; pero no más allá de él.

Los hombres que llegaron a América partieron, como todos los demás, del continente asiático, no se sabe si por el norte, atravesando el estrecho de Behring, sobre los hielos, en la parte más septentrional del continente, o bien, a la altura de lo que ahora conocemos por Perú, en la América del Sur. Cualquiera de estos puntos constituyó el centro de diseminación del hombre en tierras de América.

Podemos afirmar, casi con seguridad, que los primeros hombres que llegaron al Continente ya habían dejado de ser primitivos, y estaban a la altura de los que ahora conocemos por salvajes. Ya tenían herramientas, conocían el movimiento de los astros; algunas plantas y animales eran ya utilizados por ellos, y tenían religión.

La historia de México principia apenas unos cuantos siglos después de la iniciación de la Era Cristiana, y ya se relata que había habido poblaciones que largo tiempo antes habían desaparecido. Según los primeros datos concretos, unas tribus bajaron de allá del noroeste, de lo que ahora se llama Alta California, y emprendieron una caminata a lo largo de la costa del Pacífico, hacia el sur, y penetraron a la Altiplanicie por lo que ahora es el Estado de Jalisco. Estas tribus eran los toltecas, y encontraron otras, bárbaras, que poblaban la mayor parte del territorio: los otomíes, en los Estados de San Luis Potosí, Querétaro, Guanajuato, Michoacán, México, Puebla, Tlaxcala y

Veracruz; los pame en el norte; los ulmeca, xicalanga y la gran familia mixteco-zapoteca. Los mayas habían desaparecido ya de la península de Yucatán, dejando espléndidos monumentos que aún recuerdan su presencia. Se dice que fué la más vieja civilización americana.

III

Los movimientos del hombre, ya sea solo en familias o en tribus, obedecen, fundadamente, a las condiciones de la Naturaleza; y más aún, cuando su estado de civilización es muy rudimentario, cuando está tan cerca del animal que no puede poner de su parte los elementos necesarios para modificar las condiciones del medio en que vive o protegerse de ellas: el frío excesivo, así como el calor sofocante, no le permiten vivir cómodamente, y falto de habitaciones y vestidos confortables, tiene que abandonar las regiones frías y caminar hacia las que tienen clima más benigno; el calor de los trópicos y las enfermedades que allí son endémicas, diezman a las poblaciones humanas y las hacen salir o desaparecer; las tierras de cultivo, de las cuales el hombre no puede separarse, los van haciendo salir de las que se han empobrecido o que su estado de cultura no puede aprovechar; los climas en que las lluvias no son regulares y les permiten asegurar las cosechas de que viven, también es otro elemento de presión que la Naturaleza ejerce sobre el hombre, y lo hace abandonar su estancia y salir en busca de climas en que las lluvias le aseguren su vida.

Pero aparte de esos movimientos que la Naturaleza obliga al hombre a ejecutar, hay otros que se derivan de las condiciones mismas de los hombres; las poblaciones aumentan, los medios de vida son limitados, y parte de ellas tiene que salir en busca de otros lugares favorables, constituyendo nuevos pueblos; y las condiciones sociales, la opresión, las divisiones dentro del seno de las familias y de las tribus, también son motivos que han obligado a los hombres a emigrar de sus puntos de origen y a establecerse como pueblos independientes lejos de los núcleos de donde salieron.

La raza tolteca bajó del noroeste, y prácticamente no dejó familias en todo su recorrido, sino hasta haber entrado en la

zona templada y de lluvias regulares que encontró en Jalisco, y con deseos de mejores condiciones ocupó los altos valles centrales.

Las tribus que salen de sus regiones primitivas y emigran, entran conquistadoras; pelean y destruyen lo que encuentran, imponen su forma de vida y su cultura, y en algunas ocasiones también toman y mezclan a la suya, la que encuentran en las poblaciones conquistadas; pero siempre toman a las razas o tribus vencidas como esclavos o animales de trabajo, y viven explotándolos.

Tras el primer período de lucha y de conquista, viene el de gobierno pleno, de desarrollo de su cultura y asimilación de la de los vencidos. Le sigue el de conquistas y deseos de engrandecimiento guerrero, hasta que, agotado el ánimo y rotas las ligas interiores por los vicios, el pueblo aquel se desmorona y hunde por sí mismo, si antes no ha habido nuevos conquistadores que, a su vez, los sojuzguen y dominen, o bien las tribus dominadas sacuden el yugo y destruyen el poder de los conquistadores.

Las tribus toltecas no podían escapar de esa suerte, y su imperio terminó dejando su lugar a los chichimecas.

Estos siguieron el mismo desarrollo que los toltecas, aun cuando su sistema de dominio fué diferente: dentro del país dominado por los chichimecas se desarrollaban, paralelamente, diferentes tribus que los reconocían como señores, y el Valle de México vio establecerse y desarrollarse a xochimilcas, tecpanecas, acolhuas, chalcas, tlahuicas y tlaxcaltecas. Esta última tribu salió del Valle de México y fuera de los dominios de los chichimecas, por no soportar su señorío.

La tribu acolhua se desarrolló ampliamente, y cuando ya estaba en decadencia, los mexica, tribu procedente del noroeste, lo mismo que los toltecas y chichimecas y sujetos a éstos últimos, se prepararon a sucederles en el dominio del territorio y de los hombres.

Con los mexica se repite la historia de conquistas, engrandecimiento militar y extensión del territorio dominado. Dentro de éste había no sólo una tribu, sino docenas de ellas, diferentes, todas divididas entre sí y con la idea común de desprender-

se del yugo de los mexica. En este momento fué cuando se presentaron los españoles que guiaba Hernán Cortés.

Las tribus dominadas por los mexica deseaban desprenderse de ellos, y cualquier medio que se les presentara lo aprovecharían para conseguirlo; llegó Hernán Cortés, y fué el instrumento de venganza y destrucción de los señores de México. Los conquistadores realizaron su obra solamente por la división que reinaba entre los diferentes grupos y tribus que componían la población indígena; ésta se dió a sí misma un amo y señor, al utilizar a los españoles para destruir la dominación de los mexica.

El hombre tiene que llenar, primeramente, sus necesidades vegetativas: cosecha los frutos naturales; es pastor, para asegurarse de los productos animales, que, de otra manera tendría que obtener de la caza, y después, se hace agricultor, para cultivar la tierra y dejar de depender de la Naturaleza.

La agricultura y las artes del vestido son las primeras manifestaciones de la civilización, y con ellas encontramos ya a las tribus que iniciaron la historia de los pueblos de México.

Pero las tribus que solamente se dedican a estas artes no pueden vivir independientes, porque otras, guerreras, pronto las dominan y a los hombres libres los hacen esclavos. De aquí el militarismo.

IV

Por otra parte, el hombre nunca está contento con permanecer ignorante de lo que pasa a su alrededor, y ve en todas las manifestaciones la presencia de algo superior a él, que gobierna a los elementos a los cuales se encuentra sujeto y sufre. La religión nace de esos temores y esa ignorancia. Los sacerdotes aparecen.

Militares y sacerdotes gobiernan a las tribus; unos por la fuerza y otros por el temor.

La guerra, las conquistas, son primero llevadas por los caudillos y militares y sostenidas por los sacerdotes; el pueblo es la plebe, es el trabajador de la tierra, el productor de los objetos necesarios para la vida, la carne que sufre y se sacrifica.

El pueblo, siempre en el trabajo o en la guerra, no tiene tiempo para pensar, para sentir y elevarse sobre lo que es: el militar, el sacerdote y el grupo que los rodea, la aristocracia, inician el estudio de la Naturaleza, de la vida y de las cosas. Mientras los pueblos son tribus, las ciencias están en manos de la aristocracia; las artes manuales están en las de la plebe.

Las tribus de México siempre estuvieron en la condición de grupos dominados y gobernados por militares y sacerdotes; la masa solamente trabajó para ellos y peleó por ellos.

Hasta la dominación de los acolhuas y de los mexica, encontramos atisbos de un estado superior; el pueblo empezó a ser juzgado por leyes, el rey dejó de ser autócrata en el manejo del estado y en la administración de justicia: un consejo de nobles realizaba estas funciones; los conocimientos adquiridos por la aristocracia empezaron a trascender a la plebe, en escuelas sostenidas por el Estado, donde la enseñanza de la música, la pintura, la adivinación, la astronomía, la medicina y la ingeniería eran usuales.

La cultura de estas razas fué creciendo; la historia y los hechos más notables dejaron de ser leyendas y se consignaron en la escritura jeroglífica, y la numeración fué oral y escrita. La familia estaba constituída a base de matrimonios monogámicos; la moral elevada que practicaban no correspondía a tribus salvajes: el robo, la mentira, el asesinato, la embriaguez y la suciedad eran castigados.

La tierra se encontraba dividida entre tierras del rey, que daba en usufructo a los nobles y a las iglesias, y tierras comunales o calpulli, en las cuales todo hombre tenía derecho a cultivar, siempre que guardara las reglas especiales que gobernaban su uso.

Este estado de cosas fué el que encontraron los conquistadores españoles, y el que destruyeron para establecer sus costumbres, su idioma, su religión y su cultura; por entonces, la mejor de los pueblos europeos.



CABRAS Y BORREGOS

A las ocho de la mañana estaban don Juanito y Pachito, el viejo pastor, frente a la Escuela Ejidal esperando que muchachos y muchachas llegaran a clase. A los pies de Pachito estaba echado un perro, tan viejo como él, que ya por varios años lo había acompañado cuidando las ovejas y cabras del rebaño: era el último de los perros, porque ya otros lo habían acompañado, y habían envejecido y muerto en el trabajo. El perro que ahora tiene Pachito se llama Pachón. Pachito y Pachón son inseparables.

¿Qué andará haciendo Pachito en la Escuela?

Nadie sabía que el día anterior habían llegado de la hacienda de La Cañada unas cabras y unas borregas que de allá habían mandado especialmente para la Escuela. Don Juanito estaba buscando la manera de tener animales que pudieran ser manejados por los muchachos, y encontró que el dueño de La Cañada, don Ricardo, le había hecho ofrecimiento de cabras y borregas, que éstas sí podrían ser atendidas por los alumnos de la Escuela. "Don Juanito —le había dicho don Ricardo— he estado siguiendo con toda atención los trabajos que está pasando, las obras que han llevado a cabo, y no puedo menos que sentirme inclinado a cooperar con usted y con los muchachos agraristas. Cuando los hombres quieren trabajar, cuando tienen entusiasmo bastante para hacer producir las tierras y organizarse debidamente, los hacendados no podemos menos que ayudar a quienes han tomado las tierras que antes eran nuestras. Hay que ayudar a México; no importa quién cultive la tierra, pero hay que hacer que la tierra siempre esté produciendo, ya sea con hacendados o con agraristas; lo que interesa al país es que la tierra produzca; que los rebaños y ganados se multipliquen, porque solamente así dejará de haber miseria. Ya sabe, don Juanito, que estoy con ustedes, y para muestra, le

voy a mandar unos animales a su escuela. Nada tengo que decirle, porque usted ya sabrá la manera de aprovecharlos."

Pachito era el más viejo del ejido: sabía cómo hacer que las cabras engordaran donde apenas se veía un poco de pasto: las ovejas crecían a su lado, que gusto daba verlas, así daban de borreguitos y crecía su lana, que siempre era la mejor y más limpia que se encontraba en el contorno. Los coyotes no llegaban a echar el diente sobre ninguno de los animales a su cuidado, que para eso educaba a sus perros y los hacía que se adelantaran al rebaño para oler el rastro de coyotes y lobos que merodeaban por los montes. Pachito sabía tantas cosas de las plantas, de los animales, de la tierra y de la luna, que cuando se sentaba a la vera de los caminos sabía entretener a cuanto chiquillo o grande se le acercaba. Pachito iba a ser el adiestrador de los niños, para inducirlos al cuidado de los animales y enseñarles lo mucho que había aprendido en su vida de soledad.

Ya apenas se veía la Escuela, pues unos árboles la ocultaban a medias, y de allá no se distinguía nada, ni Pachito ni los muchachos que fueron con él ni los animales aparecían por ningún lado: habían emprendido el camino de la montaña, donde los pastos crecen sanos y frescos; donde hay sol para que se calienten y sombra para que reposen a mediodía, cuando el sol quema; iban buscando los mejores pastos y los aguajes o manantiales en que las cabras y los borregos podían apagar su sed; porque estos elementos: pastos, sol, sombra y agua, son indispensables para que los animales puedan mantenerse sanos, y producir.

Pachito iba platicando con los muchachos que le acompañaban esta vez. Pachito se sentía padre de todos esos pequeños y sabía comunicarles la experiencia y los conocimientos que había adquirido; no había ido nunca a la escuela, pero tenía la sabiduría de los hombres que han observado, que han leído directamente en la Naturaleza, y sentía en lo más hondo de su corazón la obligación que tenía de formar espíritus sanos y abiertos, y participarles los conocimientos que su observación le había enseñado.

"...Los caballos comen la yerba muy arriba del suelo, muchachos, y todas las bestias son iguales: las mulas, las yeguas y los burros; y dejan siempre pasto pegado a

la tierra, que no aprovechan; las vacas y los toros no comen así: éstos arrancan la yerba con los labios, y si la planta está tierna la sacan de la tierra, y el potrero se acaba. Las cabras y los borregos se comen todo lo que encuentran, y donde los demás animales se mueren de hambre, éstos hallan manera de mantenerse gordos; y no sólo comen los pastos en la tierra, sino también las hojas tiernas de los árboles y de los arbustos; del huizache y del palo blanco; y parece que por donde pasan cabras y borregos la yerba se calienta y sale más aprisa para que los otros animales puedan encontrar qué comer.

"Estos animales son magníficos, son la bendición de Dios para el pobre; no hay otros que paguen tan bien los pocos cuidados que se les dan: carne y leche sanas, cabritos y borreguitos para que la cría no se acabe, y pieles, y lana, y también el estiércol que dan... ¡Si vieran cómo se dan las plantas que se siembran donde se hacen corrales para el rebaño! ¡El maíz, el trigo y el chile y todas las demás legumbres, se dan lozanas en los corrales. Las hojas de las plantas se ven azulosas de tan verdes que se ponen!

"Miren, muchachos, ya las borregas se están echando en la sombra, y dentro de un rato tenemos que llevarlas a beber al arroyo..."

Así fueron pasando los ocho días que el primer grupo de muchachos ejidatarios estuvo con Pachito. Esos ocho días fueron de verdaderas vacaciones. Un regocijo nuevo cada día y muchas cosas nuevas que aprendían sin tener que estar sentados en la clase y sin que, aparentemente, tuvieran que hacer esfuerzo alguno para retener las palabras de Pachito. Aprendieron los nombres de cada animal, supieron distinguir, después de algunos días, los pastos buenos de los malos; conocían las condiciones de cada animal con sólo observar cómo comía y se echaba; aprendieron cuándo necesitaban agua; hicieron corrales para que el rebaño pasara las noches, y con gusto se quedaron a dormir a la intemperie, para estar listos en cualquier momento en que su presencia fuera necesaria. Las estrellas empezaron a serles familiares y aprendieron a conocer el tiempo por el movimiento del sol, y a predecirlo observando las nubes y los vientos.

¡Cuánto sabía Pachito!

Pero lo que nunca olvidan los muchachos que fueron con Pachito, son las palabras que una vez les dijera, emocionado:

"Muchachos, la Naturaleza produce todas las cosas de la vida para que las disfrutemos, para que hagamos que, a su vez, produzcan y trabajen como nosotros tenemos que hacerlo. Es un crimen contra la humanidad que las tierras queden sin producir lo que pueden, con sólo el trabajo del hombre; la humanidad tiene que comer y el agricultor debe buscar la manera de que sus tierras no se queden de flojas, que los animales se multipliquen, y que no se anden muriendo de hambre cuando por dondequiera puede encontrarse qué coman. Ustedes, muchachos, tienen la obligación de trabajar y de aprender, ya que tienen tierras en el ejido y que tienen escuela y acuérdense que solamente conociendo la naturaleza es como se la puede utilizar. Aprendan mucho, para que cuando sean hombres sepan aprovechar las oportunidades y las cosas que nos rodean."



EL TRABAJO Y LA TIERRA, UNICOS FACTORES DE PRODUCCION

El trabajo es el hombre, pero hombre con inteligencia, con discernimiento, con voluntad: hombre que persigue un fin en sus acciones, que arregla sus actos y movimientos para alcanzar algo que desea o necesita. El trabajo no es la máquina ni la herramienta, que sólo llegan a ser algo cuando tienen tras sí una inteligencia humana o son manejadas por el hombre. El trabajo no es dinero; pues éste no es sino una mercancía creada por el hombre mismo y que desaparece con él. El trabajo no son los bienes que se acumulan, las riquezas, sino que son producidas por él, es decir, por el hombre.

La naturaleza toda, lo que nos rodea y permite al hombre vivir y actuar, llamámosle tierra. De la naturaleza saca el hombre todo lo que necesita aplicando su trabajo inteligente: la tierra que le permite obtener cosechas de todas clases; la vegetación, que, por medio de los animales, transforma en carne, en grasa, en lana; el agua, de lluvia o de riego, que auxilian al hombre en la producción de cosechas; el mar, que le proporciona peces para su alimento; el aire, por el cual vive; el sol, con su calor y sus rayos de diversas cualidades que permiten la vida sobre la tierra; los metales que el hombre arranca de las entrañas de la tierra, para realizar obras y cosas que de otra manera no habrían llegado a existir, también forman parte de lo que llamamos Tierra, cuando estudiamos las actividades económicas del hombre.

El hombre trabaja, y la tierra, la naturaleza entera, le ayudan a producir, y el hombre logra obtener cosechas de las cuales vive, casa en que guarecerse, pieles para cubrirse y, más tarde, fibras con qué confeccionar sus vestidos. La herramienta ha salido del trabajo y de la tierra. Los excedentes del consumo se acumulan, y van formando el capital. El capital, las riquezas, han salido de la unión del hombre y la naturaleza o tierra.

Los hombres han tenido deseo y necesidad de cambiar unas riquezas por otras, de cambiar los productos de actividades o habilidades diferentes y productos de su trabajo en condiciones naturales diversas: el que ha obtenido pescados del mar, necesita cambiar parte de su pesca por parte de las cosechas de trigo que ha obtenido el agricultor; el agricultor ha necesitado herramientas y ha tenido que ceder o cambiar parte de su trigo, maíz o frutas, con el artesano que dedica su vida a la hechura de esas herramientas que el agricultor necesita. Esos bienes, esas riquezas, se han transformado en mercancía; pero siguen siendo producto del trabajo y de la tierra.

En los cambios o trueques ha habido necesidad de una medida para estimar el valor de esas mercancías, y ha nacido el dinero, que es otra mercancía que se cambia por cualquiera riqueza y también por tierra y trabajo; pero nunca el dinero será tierra o trabajo.

Es posible vivir sin riquezas, es posible vivir sin dinero; pero el hombre moriría, desaparecería del planeta, cuando la naturaleza simplemente cambiara de lo que es en la actualidad; el hombre perecería si dejara de tener inteligencia y voluntad para realizar su trabajo.

Sin embargo, el hombre mismo se ha apocado y ha erigido en dios al dinero y a las riquezas, y vive por ellas y para ellas trastornando el orden natural y haciéndose esclavo de sus propias obras como antes lo era de los ídolos que fabricaban sus manos.

El hombre tiene una vida interior aún más valiosa que su cuerpo; su cuerpo vale mucho más que todas las obras que realiza, y sin embargo, ha abandonado todo, pisotea todos sus sentimientos de familia, de hogar, de patria y de humanidad, persiguiendo el dinero y tratando de enriquecerse a toda costa. Ya no tiene como fin su propia elevación y el mejoramiento de la humanidad, sino el dinero, para hacerse dueño de cosas y de esclavos.

Tiempo es ya de que el hombre deje la adoración del dinero y se adentre en sí mismo y enaltezca su alma y cultive las nobles cualidades y forme hogares y pueblos y patrias: solamente así se podrá vivir realmente y así mejorará la humanidad.

SOLAMENTE EL QUE TRABAJA TIENE DERECHO A LA TIERRA

I

—¿Dónde está el censo del ejido?, dijo Gejo al Secretario del Comité.

PAULINO.—En la Resolución Presidencial está el censo que sirvió para la dotación.

GEJO.—¿Y tú, Ambrosio, tienes la lista de los que han estado entregando el quince por ciento?

AMBROSIO.—Está en los papeles del Tesorero.

GEJO.—Primero vamos a sacar una lista del censo; después, hay que comparar la lista del Tesorero con el censo; y finalmente, vamos a comprobar quiénes tienen parcelas y cómo se encuentran cultivadas, porque me imagino que a pesar de la buena voluntad de Antonio, muchos hay que no deben estar ni en el censo, ni en el ejido.

Estos primeros trabajos de Gejo iban directamente contra los malos elementos del ejido, porque no se puede hacer obra buena con los que no son verdaderamente ejidatarios.

El resultado de la investigación no fué del todo mala; unos cuantos de los compañeros tenían que ser examinados muy cuidadosamente; pero Gejo no iba a hacer eso por sí mismo y a juzgar a sus compañeros él solo: convocó a una Junta General de Ejidatarios a la que asistió el Jefe de Zona, don Manuel, quien no solamente iba representando a la Comisión Nacional Agraria, sino como consejero de Gejo en el trabajo que se había echado a cuestas.

Casi ninguno de los ejidatarios faltó a la cita. Gejo pudo, desde luego, decir a sus compañeros de qué se trataba:

"Los compañeros del Comité nos hemos comprometido con todos ustedes a hacer lo más posible por mejorar el ejido; estamos resueltos a cumplir, pero necesitamos la ayuda, la cooperación de todos y de cada uno de ustedes, y la pido completa para que el ejido de Río Florido salga de la condición en que se encuentra. Lo primero, pues, que vamos a hacer, es seleccionar a todos los ejidatarios, estudiando las condiciones de cada uno. Hemos visto que en el ejido hay algunos que están trabajando la tierra, que tienen parcela, y que sin embargo, no están apuntados en el censo de la Resolución Presidencial. ¿Qué vamos a hacer con ellos? ¿Vamos a permitir que sigan en el ejido? ¿Hemos de aceptarlos, ya que trabajan junto con nosotros, que se han avecindado en el pueblo, y que contribuyen honradamente para formar el Fondo de Impulsión y el pago de las contribuciones? Si la tierra con que contamos es bastante para los jefes de familia que habemos en Río Florido, creo que sí debemos aceptar a los compañeros, que siendo buenos agricultores y elementos deseables entre nosotros, trabajan las tierras con sus brazos y llegan a dar ejemplo de laboriosidad a los demás.

"Pero lo mismo que tenemos nuevos compañeros, los que seguramente serán aceptados por ustedes para que formen parte del ejido, hay ejidatarios que nunca han estado en la parcela, que se han vendido con los hacendados, que trabajan como peones en parcelas ejidales que han dado a medias a don Cleofas, el Presidente Municipal; otros también, que no siendo agricultores, han dejado sus tierras abandonadas, y siguen trabajando en el comercio, en los talleres y en otras cosas. Tenemos parcelas abandonadas porque algunos se han ido del pueblo y otros han muerto.

"Necesitamos saber quiénes somos ejidatarios, y propongo a ustedes que aprobemos que *solamente tendrá derecho a parcela ejidal aquel que la trabaje con sus brazos y para sí mismo*, pues no es justo que tengamos tierras baldías, que se pueden dar a quienes quieren trabajar, mientras los que tienen derecho a ellas por la Resolución Presidencial, las abandonan; porque tampoco es justo que

no les demos derecho a ser compañeros nuestros, ejidatarios del Río Florido, a quienes han venido a trabajar con nosotros y como nosotros, a los que no fueron considerados en el censo de la Resolución Presidencial, pero que son más ejidatarios que algunos que figuran en él."

II

La junta aplaudió esta proposición de Gejo: *solamente tendrá derecho a parcela ejidal quien trabaje la tierra con sus brazos y para sí mismo.*

Don Manuel, el Jefe de Zona, quería hablar, pero los aplausos que recibieron la proposición de Gejo no se lo permitieron, sino hasta después de algún rato.

"Compañeros ejidatarios: Ustedes han aprobado una resolución que es la esencia, el espíritu de nuestras leyes agrarias: la tierra debe ser de quien la trabaja; pero yo, en mi carácter de Jefe de Zona, no puedo aprobar lo que han resuelto: las leyes agrarias no permiten a las Juntas Generales de Ejidatarios quitar el derecho a parcela a quienes figuran en el censo de la Resolución Presidencial, ni aceptar nuevos ejidatarios si no hay parcelas ejidales vacantes por muerte o salida definitiva del pueblo de los primitivos ejidatarios. Pero me parece que la resolución de ustedes se ajusta perfectamente al espíritu de la ley, y después que se haga la depuración del censo pediré a la Comisión Nacional Agraria que acepte lo propuesto por Gejo y aprobado por ustedes."

Si las primeras palabras del Jefe de Zona desagradaron a los ejidatarios, las últimas los dejaron más tranquilos. Los ejidatarios de Río Florido no entendían de leyes, pero su sentido común y el cariño a la tierra les decían que estaban obrando justamente.

La sesión siguió su curso. Se llamó uno por uno de los censados; se ratificó la condición de cada uno de ellos, cuando los ejidatarios aprobaban que las parcelas de cada quien estaban trabajadas; dejaron vacantes las parcelas de los ejidatarios que habían abandonado la tierra; aprobaron quitar la parcela a

quienes la habían dado a medias a los enemigos del ejido; cuando uno de los ejidatarios había muerto, se pedía a los presentes que señalaran quién de los que figuraban como sucesores tenía derecho a la parcela y haría buen uso de ella, cumpliendo con el ejido: unas parcelas se dieron a las viudas, otras a hijas o hijos de los difuntos; los que habían salido del pueblo se consideraron sin derecho a la tierra.

Hubo parcelas para todos; pero ya quedaron en ellas solamente los ejidatarios trabajadores, los que no habían traicionado al ejido y quienes habían llegado a él y tenían derecho a parcela de acuerdo con las leyes agrarias.

Todo mundo quedó en su parcela; pero hubo un ejidatario que pidió a la Junta que se les señalara definitivamente su parcela, para que no hubiera cambios constantes y permitieran que cada ejidatario mejorara la suya y pudiera vivir tranquilo.

Gejo tuvo que hablar a la Junta:

> "Compañeros: No pienso que debamos tratar este asunto en esta misma asamblea; ya hemos hecho mucho por el ejido; el tiempo se ha acabado, y les propongo que la semana que entra tengamos una nueva junta para que acordemos la forma en que hemos de repartir las parcelas y que éstas queden indefinidamente en manos de quienes las tengan, siempre que sigan cumpliendo las obligaciones del ejido."

Tal fué el entusiasmo de los ejidatarios cuando acordaron "limpiar" al ejido de Río Florido, que pidieron que en las paredes de la troje donde tenían sus primeras reuniones se pintaran las siguientes frases:

"En el ejido no deberá haber caciques."

"El ejidatario trabajará su parcela y no explotará a los hombres."

"Las tierras del ejido son solamente para los ejidatarios."

"En Río Florido no habrá acaparamiento de parcelas."

"En el ejido no debe haber compadrazgos ni favoritismos, cada quien según sus merecimientos."

"Todos los ejidatarios para el ejido."

"El ejido se engrandecerá por el trabajo de todos y cada uno."

"En el ejido de Río Florido no admitimos parásitos."

SI TALAS EL BOSQUE, TE ARRUINAS

I

Aquel día tocaba excursión a toda la escuela. En otras ocasiones era un grupo u otro el que salía; pero sucedió que en ésa hubieron de salir juntos todos los alumnos; de manera que fué un día de fiesta para ellos. Pero a esa fiesta de la escuela se unieron los padres de los alumnos; era fiesta del ejido mismo.

Los ejidatarios ayudaron a sus mujeres a llevar el bastimento a un claro del bosque por donde corría un arroyuelo de aguas claras; con ellos se fueron los hijos más pequeños que aún no tenían la suerte de ir a la escuela. Los otros, más afortunados, formaron los grupos de alumnos, que bajo la dirección del maestro rural y su ayudante, habían de hacer observaciones en el camino.

En el claro del bosque habían de reunirse todos a mediodía para sentarse a comer; un grupo de alumnos se iría por las lomas y otro seguiría el fondo de las barrancas. Los alumnos tenían que observar todo y apuntar las preguntas que se les ocurrieran para que el profesor las resolviera a la hora de la comida.

Cuando el sol penetró hasta el fondo del claro y las sombras de los árboles dibujaban su contorno con toda exactitud, las mujeres levantaron la cabeza y se dijeron:

"Ya es mediodía, no han de tardar en llegar los muchachos."

Efectivamente, a los pocos momentos empezaron a llegar los más adelantados, y no había pasado mucho tiempo cuando todos estaban jugando esperando a que se les llamara a comer.

El cabrito asado, la salsa de chile picante y los frijoles esperaban a los excursionistas, junto a montones de tortillas olorosas y calientes.

Entre chistes y guasas pasó la comida. Todos estaban felices y esperaban ansiosos el fin de la comida, para oír las preguntas y las respuestas sobre los temas de la excursión.

—Las tierras de las faldas del bosque son muy delgadas, dijo uno de los alumnos.

—Las milpas que están arriba de las lomas son más chicas que las que están en los planes, dijo otro.

—En el fondo de las barrancas se ve la piedra en trechos, y grandes piedras en encuentran allí, como si las hubieran rodado de muy alto, dijo el de más allá.

—Todavía hay algunos árboles raquíticos y los troncos de otros que fueron cortados hace tiempo, agregó otro de los alumnos.

—El año pasado, antes de las aguas, no había visto una barranquilla que encontré ahora, señaló otro que no quiso quedarse atrás en la observación.

—La temperatura de las lomas es más caliente, a mediodía, que dentro del bosque, y se siente el aire más seco allá que abajo de los árboles, comentaron más lejos.

II

Don Juanito estuvo esperando pacientemente que acabaran las observaciones de sus alumnos. Los ejidatarios estaban atentos a lo que el maestro rural iba a contestarles, ya que todos ellos habían estado aprobando cada una de las frases que dijeron los chicos de la escuela. ¿Qué iba a decir el maestro a tanta cosa? ¿Tendría cómo explicar lo que había pasado o diría que las observaciones no eran justas?

Cuando todo acabó y le tocó su turno a don Juanito, éste habló así:

"Solamente dentro del bosque se siente que hay vida; aquí entre los árboles sentimos que los pulmones se nos dilatan, que la sangre camina más aprisa y que el cerebro piensa mejor. El sol no llega a quemar ni la atmósfera a secarse, como sucede en las tierras de labor; las flores, que se marchitan con el sol de mediodía al rayo del sol, siempre están frescas bajo la sombra de los bosques; los rayos del sol secan las tierras y los vientos levantan nubes de polvo que al contacto de los bosques se calman y desaparecen. El frío que hace en los planes descubiertos lastima

más que el que llega a sentirse en el bosque. En fin, el bosque aminora las desigualdades del clima y hace que la vida se desarrolle más regularmente, tanto para los animales como para las plantas.

"El hombre que tala el bosque, que saca de él la riqueza que se ha formado a través de muchos siglos de esfuerzo de la Naturaleza, destruye todos los beneficios que hemos mencionado y solamente aumenta, en poca cosa, las tierras de labor de que dispone.

"El bosque conserva la tierra que va formando; con sus raíces los árboles van preparando la capa de tierra que habrá de ser arable después de muchas, muchísimas generaciones; las hojas de los árboles impiden que el agua de lluvia caiga a torrentes sobre la tierra y la arrastre al fondo de las barrancas, como sucede cuando el bosque ha sido talado; la tierra vegetal que se forma en el suelo de los bosques conserva la humedad e impide que esas mismas aguas de lluvia pasen rápidamente a formar el caudal de los arroyos y los ríos.

"La riqueza de los bosques es para que la aproveche el hombre, pero no para dilapidarla en la forma que acontece ordinariamente: hay árboles que deben ser cortados por haber llegado a la edad madura; otros, por estar demasiado juntos entre sí, quitándoles luz a los más jóvenes; y otros, en fin, porque ya han muerto. Pero hay que cortar solamente aquellos que se oponen al desarrollo uniforme del bosque o los que ya no deben estar en él, como se sepulta un cadáver, por más que el individuo que fué haya sido un gran hombre. Pero si por una parte se cortan algunos árboles, con otros más jóvenes hay que cubrir las fallas que van quedando o que la naturaleza no cubrió oportunamente; hay que secundarla, para mejorar lo que ha hecho, pero siguiendo sus propias leyes.

"La explotación ordenada de los bosques deja la riqueza para todos los que vendrán después de nosotros; pues estos bosques no pertenecen a la generación presente, sino que son la riqueza para todas las generaciones venideras, y nosotros no tenemos derecho a destruirlas. Y cuando tengamos la necesidad de talar un pedazo de bosque para au-

mentar las superficies de cultivo, por haber encontrado una buena tierra, debemos reponer las plantas cortadas por arbolillos jóvenes que cubran las tierras delgadas o inaprovechables para el cultivo, que el bosque se encargará de entregar, ya listas para ser explotadas, a las generaciones posteriores.

"Los pueblos que talan sus bosques se condenan a sí mismos destruyendo la fuente de vida que la Naturaleza les brindó espontáneamente.

III

"Las observaciones que han hecho los muchachos, demuestran claramente lo que estoy diciendo:

"Las tierras de las lomas son delgadas debido a que no se permitió a los bosques terminar la formación del suelo; a que los trabajos agrícolas, los barbechos y las escardas y demás no se han hecho convenientemente para defender las tierras del arrastre de los vientos y de las aguas. Estas tierras tienen que ser trabajadas en forma diferente de como se hace en el fondo de los valles, donde las tierras son planas. ¿Para qué se taló el bosque que había en esas lomas si los productos de las tierras no iban a compensar la pérdida de los árboles que había? Hay tierras que no deben ponerse en cultivo de plantas como el maíz y el trigo, sino que su mejor utilización es dejar el bosque y explotarlo debidamente.

"Ya los muchachos y ustedes han observado que a los lados de las lomas se van formando barranquillas y barrancas, que día por día aumentan en número; que las chicas se hacen más anchas o más profundas; que la tierra va desapareciendo y queda desnudo el tepetate y la roca viva; después el mismo tepetate se va; las piedras, chicas y grandes, no tienen manera de sostenerse y se precipitan hacia el fondo de las barrancas. Este trabajo lento y constante de la naturaleza es el castigo que impone al hombre por no estudiar las leyes que la rigen ni seguirlas debida-

mente. El pueblo que destruye sus bosques locamente pone a sus tierras en condiciones de tener una vida pasajera y después las perderá, y con ellas la base de su existencia.

"El hacha del leñador es como el bisturí en manos del médico: puede llevar la salud al enfermo, si es manejado con acierto y prudencia, o bien, ocasionarle la muerte; el hacha sirve para cuidar el bosque fomentando su buen desarrollo; pero también sirve para talarlo y destruirlo."



SIEMBRAS DE TEMPORAL Y SIEMBRAS DE RIEGO

¡Hay que ver cómo se desarrollan las plantas, anuales o perennes, que están a lo largo de las corrientes de agua, de los ríos, de los canales, o alrededor de los pozos y fuentes! Siempre frescas y lozanas, siempre más desarrolladas que las que van quedando fuera de la influencia de la humedad.

¿Es indispensable el agua, para la vegetación?

Ciertamente que, sin ella, los campos de cultivo dejarían de ser tales; los grandes valles llenos de vegetación se convertirían en desiertos, a pesar de que el suelo contuviera todos los elementos, menos el agua, que son indispensables para el desarrollo de las plantas. El agua da turgencia a sus tejidos; las plantas se marchitan y ajan cuando no hay bastante humedad en el suelo o cuando el fuerte calor de nuestros climas agota momentáneamente la humedad que deben tener. Las semillas no podrían germinar por la falta del agua; las soluciones del suelo, que llevan a las raíces los alimentos indispensables para la vida, no existirían; y no podría haber vegetación alguna.

En los climas en que las tierras no reciben agua en forma de riego o en que no hay condensación de la humedad del aire, como en las costas, las plantas se encuentran atenidas exclusivamente a la humedad producida por el agua de lluvia. Según la cantidad de agua, según lo copioso de las lluvias, y también de acuerdo con la distribución de éstas en la vida de la planta, es como viene la cosecha: lluvias de poca importancia, cosechas malas; lluvias abundantes, buenas cosechas; lluvias oportunas para la planta, magníficas cosechas y buenos rendimientos; temporales inoportunos, pérdida de cosechas por falta de agua en los momentos precisos, o por exceso, en otros.

Las siembras de temporal, que así se llaman cuando los cultivos están atenidos a las lluvias, siempre están sujetas a las

alternativas de buenos y malos temporales y a la cantidad de agua que corresponde al clima de la localidad.

Hay cielos buenos y cielos malos, como dice el campesino: los buenos son los que corresponden a climas en que las lluvias son casi seguras en cantidad y en distribución; cielos malos son, por lo general, aquellos climas en que las lluvias son escasas e irregulares.

El clima gobierna al hombre por medio de las cosechas que permite levantar; su vida depende de las nubes y la acción del hombre es, prácticamente, nula.

Pero si el hombre no tiene hasta ahora oportunidad de cambiar sensiblemente el clima de una región, sí puede, en muchos casos, llevar agua a las tierras ricas en otros elementos, en los minerales y orgánicos, pero sedientas. Las represas de agua, las derivaciones de las corrientes de arroyos y ríos, la perforación de pozos, son los medios de que el hombre se vale para llevar a la tierra el agua que las nubes le niegan.

Las siembras de riego no están sujetas a los caprichos de las nubes; el agua llega por los canales y las regaderas hasta el pie de las plantas; penetra por la tierra, disuelve los elementos vitales para el vegetal y los lleva hasta ponerlos en contacto con las raíces, a fin de que puedan ser absorbidos por éstas. Lo mismo es que las lluvias sean escasas o que sean irregulares; allí está el agua corriente, que satisfará todas las necesidades del cultivo. La marcha regular de la vegetación asegura las cosechas; el riego permite que los cultivos no carezcan de humedad, y las cosechas se aseguran.

Las zonas de agricultura de riego son siempre regiones prósperas, de vida activa, de desarrollo indefinido, donde el hombre deja de depender del clima hasta hacer lo que su voluntad y los demás elementos naturales le permiten.

México tiene que desarrollar todos los recursos de que dispone para poner las tierras de temporal en riego, y asegurar los cultivos, de manera que su población y sus industrias dejen de estar sujetas a las alternativas de las buenas y malas cosechas. No todas las tierras de temporal pueden hacerse de riego, pero sí hay que aprovechar todos los medios de que dispone la ingeniería moderna para llevar a las tierras el agua que necesitan; pues hay que pensar que la mayor parte de las tierras de

cultivo, de México, se encuentran dentro de las zonas semiáridas y áridas, y que su población vive una vida miserable, esperando solamente las lluvias del cielo y sin poder, por ahora, poner remedio a semejantes condiciones.

Las tierras de riego se pueden sembrar en cualquiera época, y pueden ser explotadas con muy diversas plantas, asegurando altos rendimientos por hectárea, y haciendo que el hombre pueda vivir mejor de una pequeña superficie. Las tierras de temporal no permiten una gran variedad de cultivos, debido a que tienen épocas muy limitadas para las siembras, y sus rendimientos están sujetos al clima.

El campesino debe tender a trabajar tierras de riego, si quiere salir de las condiciones de vida, condiciones miserables, de la agricultura de temporal.



CORRIDO DEL AGRARISTA

Marchemos, agraristas a los campos,
a sembrar la semilla del progreso;
marchemos siempre unidos, sin tropiezo,
laborando por la paz de la Nación.

No queremos ya más luchas entre hermanos;
olvidemos los rencores, compañeros;
¡que se llenen de trigo los graneros,
y que surja la ansiada redención!

Voy a empezar a cantarles
la canción del agrarista;
les dirá muchas verdades
señores capitalistas.

Es el cantar de los pobres
que en el campo trabajamos,
los que con tantos sudores
nuestras tierras cultivamos.

Mucho tiempo padecimos
la esclavitud del vendido,
hasta que al cabo pudimos
ver nuestro triunfo reunido.

¡Ay!, ¡ay!, ¡ay!,
luchando por nuestro anhelo,
murieron muchos hermanos,
que Dios los tenga en el cielo.

Don Porfirio y su gobierno
formado por dictadores,
nunca oyeron de su pueblo,
las quejas y los clamores

Siempre trabaja y trabaja,
siempre debiendo al tendero,
y al levantar la cosechas
salía perdiendo el mediero.

Nuestras chozas y jacales
siempre llenos de tristeza,
viviendo como animales
en medio de la riqueza.

¡Ay!, ¡ay!, ¡ay!, etc.

HABLADO

(Décima del compañero.)

Si en una fonda o café
se presenta un arrancado,
luego sale cualquier criado
diciendo: "¡dispense usted!"

Pero si un decente fué
quien pidió plato o licor,
dicen: "¡mande usted señor;

diga usted qué se le ofrece!,"
porque en este comedor
siempre el pobre desmerece.

CANTADO

En cambio, los hacendados
dueños de vidas y tierras,
se hacían los disimulados
sin escuchar nuestras quejas.

Vino el apóstol Madero
y al grito de redención,
todo el pueblo por entero
se fué a la revolución.

Mataron a don Panchito,
y subió Huerta al poder;
pero el pueblo verdadero
no dió su brazo a torcer.

Era la lucha del pobre
que sin miedo fué a la guerra,
a pelear sus libertades
y un pedacito de tierra.

¡Ay!, ¡ay!, ¡ay!, etc.

Pasó Carranza a la Historia,
y el General Obregón
nos repartió nuestras tierras,
por todita la nación.

El General Calles luego
con su fuerte voluntad,
protegió nuestros derechos
y nos brindó su amistad.

Mas la ambición escondida
hizo otra guerra vivir,
cuando ya era Presidente,
don Emilio Portes Gil.

¡Ay!, ¡ay!, ¡ay!, etc.

Y todos los agraristas,
como un solo ser humano,
defendimos al Gobierno,
con las armas en la mano.

Nuestro lema es el trabajo;
queremos tierras y arados;
pues la Patria necesita
de sus campos cultivados.

Cantemos todos unidos
la más bonita canción:
la canción de la Esperanza,
de Libertad y de Unión!

¡Ay!, ¡ay!, ¡ay!, etc.

Marchemos, agraristas a los campos,
a sembrar la semilla del progreso;
marchemos siempre unidos sin tropiezo
laborando por la paz de la nación.

No queremos ya más luchas entre hermanos,
olvidemos los rencores, compañeros;
¡que se llenen de trigo los graneros
y que surja la ansiada redención!

MEJORAS EN EL EJIDO

I

Los veinte ejidatarios de Metepec, que habían recibido tierras en el ejido de Río Florido, aceptaron todas las condiciones que se les pusieron en la Junta General de Ejidatarios, empezando por ser vecinos y floridenses de hecho. Habían traído sus chozas miserables y unos cuantos palos que componían su mobiliario. Su pequeña arca de Noé los acompañó hasta la instalación definitiva en las parcelas que les tocaron. Pero este aumento de la población ejidal no podía hacerse sin los trámites oficiales ante la Comisión Nacional Agraria; así es que el Comité hizo un largo oficio que mandó por correo a México. El oficio iba caminando hacia México, cuando los nuevos ejidatarios ya estaban trabajando la tierra con ahinco.

Pronto tuvieron que comprender los ejidatarios de Río Florido que su generosidad los había arrastrado demasiado lejos: tenían tierras para los que eran jefes de familia; podían desprenderse de algunas cuantas hectáreas; pero no habían visto que los chicos estaban creciendo, que pronto estarían en condiciones de formar nuevos hogares y de pedir su parcela en el ejido. ¿De dónde les darían?

El Comité pasó varias veladas en junta con el maestro rural, don Juanito, y el Jefe de Zona, don Manuel, para resolver qué es lo que podía hacerse para ir preparando la forma de dar parcelas a los jóvenes que iban creciendo y querían casarse. Una excursión por las tierras ejidales podía dar la solución y se aplazó la visita al ejido para el domingo siguiente.

Muy de mañana salieron los del Comité, don Juanito y don Manuel, a recorrer las tierras, preferentemente dos porciones: una de temporal, que nadie quería, precisamente por ser temporal; y otra, que es una ciénaga, llena de tule y de junquillo, que todo el tiempo tiene agua. ¡Si estas tierras pudieran po-

nerse al cultivo! ¡Cincuenta yuntas podrían salir, y de buena tierra!

DON MANUEL.—A las tierras de El Sauce les sobra agua, y a las de El Polvorín les falta. Son buenas tierras, en efecto.

DON JUANITO.—¿No cree usted, amigo don Manuel, que algo se puede hacer para mejorar estas tierras? ¿Podríamos subir el agua del canal hasta dominar la punta de las tierras de El Polvorín?

DON MANUEL.—Vayamos a ver el canal, don Juanito; aquí traigo un nivel y podemos saber si es posible regar estas tierras.

Todos se fueron siguiendo a don Manuel, quien empezó a caminar hacia la parte más alta de El Polvorín, y de allí para adelante fué viendo con su nivel a una mira que llevaba Gejo en la mano, y que de trecho en trecho la paraba. Así caminaron como dos kilómetros, hasta que encontraron el canal de riego. Marcaron el lugar y siguieron caminando por el borde hasta llegar a la represa que había en el río.

Cuando llegaron a la represa, todos rodearon a don Manuel, pues deseaban saber qué es lo que había encontrado.

DON MANUEL.—Podemos regar las tierras de El Polvorín, muchachos; solamente que habrá que ensanchar el canal desde la bocatoma; hacer un partidor allí donde empezamos a seguir el canal, y luego abrir otro de allí hasta El Polvorín. Felizmente, la caída del canal está más abajo de donde lo encontramos, que si no, hubiéramos tenido que hacer un canal nuevo hasta llegar al río y construir una nueva presa de derivación.

GEJO.—¿Qué les parece que juntemos a los muchachos que quieren ya las tierras y los pongamos a trabajar en la hechura del canal? Así podemos dejar satisfechos a unos cuantos, desde luego.

DON JUANITO.—¿No te parece, Gejo, que mejor todo el ejido se venga a trabajar, contando también a los que quieren las tierras, y entre todos se hagan las obras? La mejora que se va a hacer no es solamente para los que van a recibir las parcelas, sino que es un beneficio para todo el ejido; así es que todos deben contribuir con su trabajo.

Y dígame, don Manuel, ¿cuánto saldrá costando el canal?

DON MANUEL.—Si una obra de estas la hiciera un hacendado, le costaría muchos miles de pesos; pero tratándose del ejido, la cosa cambia: los trabajos de terracería, que son los más caros, nada cuestan, aunque sí valen mucho; pero no es necesario pagar un solo centavo, sino que los muchachos se vengan a dar unas faenas, y en unos cuantos días quedará abierto el canal en toda su extensión. Que se traigan unas yuntas y arados para abrir la tierra, que otros traigan sus palas y picos, y pronto nos echaremos toda la obra. Lo único que podrá salir costando dinero, será la hechura del partidor, porque tenemos que comprar el cemento y la cal y pagar a los albañiles, que peones para ellos los podemos sacar del mismo ejido. En total, unos trescientos pesos habrá que gastar, y tendremos unos cuantos días de campo para hacer los trabajos del canal.

II

Las obras se principiaron pocos días después, y ahora el ejido de Río Florido cuenta con más tierras de riego para los nuevos ejidatarios que se han ido formando con la gente joven que no alcanzó a figurar en el censo de dotación.

El problema de las tierras de El Sauce, era más complicado; pero los conocimientos de don Manuel y los de don Juanito, pudieron resolver esta nueva cuestión de tierras de cultivo.

La ciénaga de El Sauce tenía un fondo de magnífica tierra de cultivo; pero esa capa de agua, que nunca se acababa, y la cantidad de moscos que allí había, evitaba que alguien intentara desaguarla y se atreviera a meterle el arado. Siguiendo el mismo procedimiento de trabajo que se empleó en la apertura del canal de riego, por faenas, y solamente gastando aquello que el trabajo de los ejidatarios no podía proporcionar, se hicieron las obras de desagüe: de la parte más baja de la ciénaga se sacó el trazo de una canal que había de dar salida a las aguas. El canal tuvo que hacerse hasta cerca de un metro de profundidad, con objeto de que las aguas que estaban empapando el suelo,

pudieran escurrir libremente. Este canal fué a desaguar en el río. En la ciénaga se practicaron algunas sangrías para cubrir toda su superficie, abriéndolas paralelas unas a otras, a distancias de cinco o seis metros, y todas ellas desembocando en el canal de desagüe, que se prolongó hasta encontrar la otra orilla de la ciénaga, y de allí al río.

Las aguas de la ciénaga salieron rápidamente, y siguió escurriendo el agua que había estado empapando la tierra; los tules y los junquillos se fueron marchitando y muriendo por falta de humedad, y los moscos, que antes formaban nubes, fueron desapareciendo, porque no tenían dónde desarrollarse. Ni agua sobrante ni moscos hay ahora en las tierras de El Sauce. Los cultivos mejores se encuentran en esas tierras, que nunca habían sido cultivadas, y el ejido aumentó sus tierras de labor.



ESCOGE LA SEMILLA QUE SIEMBRAS

Las plantas de cultivo que ahora se ven y se tienen en los campos, no siempre han sido iguales; la naturaleza no las ha hecho exactamente como son ahora: ha dado al hombre plantas semejantes y medios para reproducirlas y mejorarlas, adaptándolas a las condiciones del cultivo y permitiendo que el hombre las modele de acuerdo con sus necesidades. El maíz, según las investigaciones de los sabios, era una especie de zacate alto, con muchos tallos, y tanto en el elote como en la banderilla o panoja, daba granos; pero éstos eran pequeños, mal conformados, y las cosechas que se podían obtener eran escasas. El trigo. la cebada y la avena silvestres, eran más semejantes a las plantas que ahora conocemos; pero también daban escaso rendimiento; la papa, no formaba los tubérculos que ahora constituyen la base de alimentación de algunos pueblos, sino que eran pequeños nódulos y muy numerosos, de mala clase y sabor; la remolacha no formaba una raíz tan grande y pulposa, sino que era delgada, fibrosa y desabrida; la lechuga no tenía las hojas de la clase que ahora vemos, sino que apenas se diferenciaban de las de otras plantas; la col, tampoco arrepollaba y sus hojas no tenían el sabor actual; y así, sucesivamente, podemos decir de casi todas las actuales plantas de cultivo.

El trabajo del hombre, la observación constante de la naturaleza, la obediencia a sus leyes y principios, el cuidado continuo en el cultivo y, fundamentalmente, la selección de las mejores plantas, aquellas que mejor se acomodaban a las necesidades del hombre, han dado lugar a que ahora tengamos maíz con hermosas mazorcas llenas de granos; que el trigo, la cebada y la avena nos entreguen granos inmejorables, con cualidades especiales no soñadas en los primeros tiempos de la humanidad, cuando el hombre dejó de ser pastor y se inició en el cultivo de las plantas; la papa da, ahora, hermosos tubérculos de calidad inmejorable: grandes, lisos, bien formados, mientras que sus semillas han dejado de tener interés como medio de propagación; la remolacha, de desabrida que era y del pequeño vo-

lumen de su raíz, se ha transformado en una planta de enorme raíz pivotante, con jugo azucarado, que sirve de base a la gran industria azucarera de remolacha, en los países en que la caña de azúcar no se puede desarrollar; la lechuga nos da sus hojas apetitosas; la col y todas las demás plantas, han ido mejorando sus caracteres más importantes, para darnos lo mejor de ellas mismas.

¿Qué sucedería si el hombre dejara de cultivar esas plantas, de prodigarles sus cuidados, de rodearlas de un medio favorable para su desarrollo y, finalmente, dejara de seleccionar las plantas de donde obtendrá la semilla para la siguiente cosecha? La planta iría degenerando progresivamente, hasta llegar al tipo de la que le dió origen, a la planta silvestre, tal como la conocieron nuestros antepasados de hace muchos siglos.

Hay que escoger la semilla sobre las plantas de cultivo, cuando se ha establecido francamente la madurez de todo el campo. Habrá que seleccionar, no las mejores y más hermosas matas, sino aquellas que mejor representen el tipo que andamos buscando, por las cualidades que deseamos reproducir. No son las plantas excepcionales las que nos darán la mejor semilla; éstas podrán servir a los expertos en obtención de nuevas especies y variedades, para encontrar nuevas plantas, mejores tipos que, de tiempo en tiempo, aparecen espontáneamente en los campos de cultivo.

Esas plantas que se seleccionen, deberán ser cosechadas por separado, cuidadas perfectamente bien y su semilla recogida y guardada en buenas condiciones, para que ni la humedad, ni el frío, ni el calor, ni los ratones destruyan la vida que encierran.

Esas semillas serán la base de la nueva siembra; y, año por año, sin descanso y sin interrupción, hay que hacer exactamente lo mismo, para que constantemente vaya mejorando el cultivo, de acuerdo con esa mejora paulatina de la semilla que empleamos.

Hay que desechar toda la semilla que no sea seleccionada en estas condiciones; hay que huir de la que se recoge en los patios de las eras, o que queda en el fondo de los graneros, después de haber vendido la mejor y más limpia para el mercado.

Sólo una buena semilla puede ser la base de un buen cultivo y de una buena cosecha.

EL EJIDO Y LA POLITICA

I

Después de la reunión aquella en que se dividieron las funciones de quienes iban a trabajar en la organización del ejido, Pancho, comisionado especial para tratar y organizar la parte política, había tenido nuevas pláticas con los compañeros: don Juanito, Gejo, don Manuel y Ambrosio, para unificar completamente el criterio de todos ellos en cuanto a lo que se iba a hacer, y la forma de llevarlo a cabo.

PANCHO.—Nò, no hemos de permitir que los demás hagan política y que los agraristas, los que tienen la tierra ejidal y la cultivan y cumplen con la ley y con el país, se queden a un lado. Los ejidatarios tienen que intervenir en la cosa pública: orientando a la población del campo y de las ciudades, encauzando la opinión hacia la tierra y el trabajo.

DON JUANITO.—Está muy bien, Pancho; pero hay que cuidarse mucho que esa política en la que todos tenemos derecho y obligación de intervenir, para el manejo de todos los intereses comunes, no vaya a degenerar en politiquería local o regional, en camarilla de partido, en facción personal; porque entonces no haremos jamás patria, sino que seguiremos la historia de México, de disensiones, partidos personales, afán por el lucro, los honores y las prerrogativas, desentendiéndonos de lo más elevado que debemos buscar y perseguir: el bienestar de México y de todos nosotros, de nuestros hijos, y de todas las generaciones futuras.

PANCHO.—Usted ya me conoce, don Juanito, y no es capaz de decirme una palabra que pueda ser interpretada en el sentido que he andado haciendo labor personal; que tengo compromisos con alguien o cualquiera otra cosa que difiera de

como usted y yo entendemos la política. Nada de ataques personales, nada de quitar a uno para ponerme yo; hagamos lo que el país requiere, hagamos que todo mundo participe en la política de su país, de su Estado, del Municipio a que pertenece; que no es de justicia, siquiera elemental, permitir que otros, los que nada son entre los elementos productores, los que dan vida a un país, sean quienes se constituyan en sus gobernantes. ¿Quién puede entender los sufrimientos y las dificultades que experimenta un campesino, si no otro hombre que trabaje como él y sienta como él? ¿Qué importancia tiene para uno de esos políticos de profesión que el ejido siga como está, o que se organice para constituir una verdadera unidad dentro del país? ¿No ha visto que los comerciantes o industriales políticos siempre han gobernado para ellos, y por sus intereses, y éstos los han puesto sobre los de toda la comunidad? Aquí, en Río Florido, casi la totalidad de los habitantes, por no decir todos ellos, son campesinos, y de éstos, la mayoría es de ejidatarios. ¿Quién deberá gobernar? ¿Van a estar sujetos los ejidatarios, los agraristas, los campesinos, a lo que de ellos quieran hacer los que manden, sean comerciantes, doctores, ingenieros o industriales, o nada?

DON JUANITO.—Ya entiendo; pero solamente debo advertir que estaré con ustedes en la política que sanamente se desarrolle; pero que los dejaré seguir su camino cuando degenere en politiquería, y cuando se desentiendan de los compromisos que han adquirido y de la obligación que tienen de servir al pueblo en los puestos a que lleguen.

GEJO.—Mira, Pancho, don Juanito habla como los hombres: al pan, pan, y al vino, vino. Te tenemos confianza todos los del ejido; todos sabemos lo que has hecho hasta ahora, y lo que piensas hacer; pero ten cuidado de descarrilarte, venderte o pervertirte y querernos arrastrar detrás de ti, porque entonces te abandonaremos a tu suerte y te combatiremos si el caso lo requiere.

PANCHO.—Pero si ya parece que me estás enjuiciando, hombre.

GEJO.—No, Pancho, es que las cosas tienen que ser habladas en su lugar, y con toda claridad. Más vale que desde ahora nos entendamos, y que si no has de ayudarnos por el ejido, lo digas, y no que posteriormente quieras usarnos como instrumento para tus fines. Ya sabes que tenemos tristes ejemplos que poner; allí tienes, nada menos, al pariente de don Carlos: cuando andaba haciendo su campaña política nos ofreció el oro y el moro: muchos ejidos, mucha tierra para cada uno; tramitación rápida de todos los expedientes; todo había de arreglarse rápidamente y sólo en favor de los ejidatarios; porque él se decía agrarista. ¿Qué hizo y qué ha hecho? Nada, y peor que nada; porque ha servido los intereses de su pariente y nos hizo toda la guerra que pudo cuando andábamos tramitando el ejido, afectando a La Concha. Y después se ha aliado con don Nicomedes, con su mismo pariente y con todos los que a la postre han resultado enemigos del ejido. ¿Para qué volvernos a encontrar en caso semejante?

PANCHO.—Honradamente he de confesarles que no tengo más interés que el beneficio del pueblo y especialmente del ejido; que ahora hemos de trabajar intensamente por su organización; hemos de sacar adelante que alguno de los compañeros resulte electo presidente municipal; y más tarde, cuando ustedes hayan visto que he trabajado honradamente, y quieran que no sólo se trabaje aquí, sino también en la Cámara de Diputados, local, o en la de la Federación, entonces ustedes juzgarán si puedo respresentarlos dignamente e interpretar sus necesidades y sus sentimientos.

DON JUANITO.—Eso es lo que quería que usted dijera, don Pancho. Así sí vamos a entendernos. Y ahora, a trabajar en lo que le corresponde que ya no necesitamos más explicaciones.

II

Durante algunas semanas, Pancho no hizo otra cosa que andar platicando con los compañeros ejidatarios; ora con uno, caminando entre los surcos; ora con otro, cuando descansaba a la puerta de su casa; después al de más allá, en la corrida de

toros, en el mercado, en cualquier parte. Pero así fué como pudo comunicarse y convencer a los más importantes ejidatarios de Río Florido. La semilla había sido sembrada bien y sólo había que esperar la primeras aguas, y un ligero veranito para que empezara a verdear el campo, y llegara después la cosecha.

En la sesión que posteriormente celebró el ejido, Pancho habló así:

"Compañeros ejidatarios:

"Ya no estamos en los tiempos en que la política habían de hacerla unos cuantos; cuando en el campo los peones, los gañanes, los arrendatarios o los aparceros no votaban en las elecciones, sino que sus amos, los hacendados, y sus secuaces los políticos, hacían las elecciones en su casa, y así se la estaban barajando todos los días. Ahora, el ejidatario debe tomar el papel que la revolución le ha señalado; debe dejar de ser instrumento de unos cuantos, para ser hombre por sí mismo, hacer valer sus derechos y cumplir con sus obligaciones. El ejidatario es un ciudadano como todos los demás, con el agravante de que tiene más obligaciones que cumplir y más deudas con el país, desde el momento en que recibió el ejido: trabajar la tierra que recibió, cumplir íntegramente los deberes que tiene como ejidatario y como ciudadano y, finalmente, cuidar que los principios sentados después de tanta lucha no queden como letra muerta en los códigos y las leyes; sino que aquéllos y éstas se cumplan rigurosamente.

"En Río Florido, y así ha pasado en todas partes de México, desgraciadamente, unos cuantos se han apoderado de las presidencias municipales, como si fuera herencia de sus padres y abuelos, y han creído que deben gobernar para ellos y sus allegados; pero olvidan que son servidores del pueblo, y que en beneficio de éste deben ejercer su autoridad. Esos hombres no son mejores que cualquiera de nosotros, compañeros; esos hombres no han sabido lo que es andar tras el arado, día tras día, y esperar una cosecha que posiblemente no llegará si una helada se anticipa; esos individuos han sabido explotar al pueblo y especialmente al campesino, y siempre se han opuesto a que las leyes se

apliquen cuando son en beneficio de los campesinos. ¿Vamos a dejar que ellos sigan gobernándonos y echen a perder todo el trabajo de organización que se está haciendo en el ejido?

"Los ejidatarios, sépanlo ustedes, son los mejores elementos de los campos de México; en los ejidos se ha reunido la flor y nata de los agricultores que no habían podido salir de peones, de aparceros o arrendatarios, porque los terratenientes querían seguirlos explotando; son hombres que han puesto a prueba su valor civil en la tramitación de sus ejidos, y su valor guerrero en las campañas intestinas para defender las instituciones del Estado. Esto no quiere decir, sin embargo, que fuera del ejido no haya buenos hombres y buenos agricultores; pero no en tan grande proporción como en los ejidos.

"En Río Florido, compañeros, las autoridades, desde el presidente municipal, deben ser agricultores y preferentemente ejidatarios: el futuro presidente municipal de Río Florido tiene que ser el mejor hombre y agricultor entre los hombres y agricultores que hay en Río Florido; no debemos permitir que ricachones o desconocidos vengan a gobernarnos.

"Pero, antes que nada, antes que podamos pelear lealmente y dentro del terreno que las leyes nos señalan, la conquista de la presidencia municipal, debemos hacer que entre nosotros haya la misma idea, la misma ambición, el mismo sentimiento de justicia y de honor."

La junta de ejidatarios se venía abajo a cada una de las palabras de Pancho. Todos sentían que aquellas palabras se las habían expresado antes a sí mismos; que era indispensable que un día se diera ese primer paso que ahora se proponían; que el gobierno de agraristas quedara entre agraristas y en manos de los mejores de ellos; así es que no tenían para qué dar su palabra, para qué hablar. Sin embargo, hubo algunos que nada dijeron, pero que se fueron saliendo de la Junta mientras hablaba Pancho. Estos fueron los temerosos, los que todavía no se podían separar de sus sentimientos y costumbres atávicos de

obediencia y subordinación a quienes hablan más fuerte y explotan al campesino, por el miedo y por la tierra. Estos trabajaban de medieros con don Cleofas: eran los traidores.

En la asamblea se nombró un comité político que se encargaría de llevar a cabo todos los trabajos de unificación de los ejidatarios del valle, y posteriormente debería representar al ejido de Río Florido, en la asamblea en que se eligiría candidato a presidente municipal.



LA SEMENTERA

Escucha el ruido místico y profundo
con que acompaña el alma Primavera
esta labor enorme que se opera
en mi seno fructífero y fecundo.

Oye cuál se hincha el grano rubicundo
que el sol ardiente calentó en la era.
Vendrá Otoño que en mieses exubera
y en él me mostraré gala del mundo.

La madre tierra soy: vives conmigo,
a tu paso doblego mis abrojos,
te doy el alimento y el abrigo.

Y cuando estén en mi regazo, opresos
de tu vencida carne los despojos,
¡con cuánto amor abrigaré tus huesos!

Manuel José Othón.



LA CASA RURAL

I

No es poco el trabajo que tienen Juana, doña Carlota, la esposa de don Juanito, y éste: mejorar las condiciones de vida de la comunidad, empezando por el ejido. Pero ellos han resuelto hacer algo y siempre los encontramos, cuando no es hora de clase, a los tres juntos, y cuando don Juanito está dando las lecciones en la Escuela, solas andan por allí doña Carlota y Juana; ya entran a una casa, ya a la otra, viendo, observando y platicando con las mujeres de los ejidatarios.

Es muy fácil imaginarse lo que la gente necesita; pero duro trabajo es encontrar realmente cuáles son las necesidades que sienten aquellos a quienes tratamos de ayudar.

Muchas cosas faltan a los ejidatarios y a sus familias, pero ¿por cuál empezar? ¿La casa, la alimentación, los vestidos, el cuidado de los niños? Todo parece que tiene que ser lo primero; más por algo hay que principiar, y Juana y doña Carlotita se hacen cruces para dar comienzo a la obra que se les ha encomendado.

—Ya es tiempo de decidirse por algo —dice don Juanito en una de las pláticas.

JUANA.—Pero es que a nuestros amigos les falta todo y nosotras no hallamos por dónde empezar.

CARLOTITA.—¿Qué les parece que principiemos porque tengan una buena casa? De esta manera, el trabajo de las mujeres se facilitará mucho; podrán asear muy bien los cuartos, no tendrán que dormir con los puercos y las gallinas, y eso ya es mucho para mejorar la vida en el ejido. Después, seguiremos con la comida; más adelante, con la ropa o el cuidado de los niños y de las mujeres que están encinta; y después, ya encontraremos lo que habrá que hacer.

JUANA.—Si empezamos con la casa, forzoso será seguir con quitarles a las mujeres la tarea del metate, porque no hay trabajo más pesado que éste.

DON JUANITO.—Tienen razón ambas; pero principiemos porque tengan una buena casa.

El plan estaba ya trazado: empezarían por la casa rural, por cambiar las chozas desvencijadas, que más bien parecían guaridas de animales que casas para hombres. El hombre tiene, como primera necesidad, la de vivir en un medio higiénico, cómodo, saludable, que invite al descanso, que permita la llegada de las buenas ideas y de los buenos pensamientos; que aleje a la familia de la ociosidad y evite que los hombres vayan a otras partes a buscar un mejor ambiente que cerca del fogón y de la choza miserable, llena de humo y de inmundicias. Y cerca de la casa habrá que tener plantas, animales de corral y muchas cosas que van haciendo que la casa se transforme en un verdadero hogar.

II

Se tenía la idea, pero faltaba encontrar la manera de ejecutarla. La comisión pasó a ver a Gejo, quien a la sazón mantenía animada plática con Manuel.

JUANA.—Gejo, ya hemos discutido mucho lo que tenemos qué hacer: empezaremos porque todo mundo tenga casas, pero verdaderas casas, no jacales ni agujeros de tuza. Don Juanito te explicará todo lo que hemos resuelto, que a ustedes les toca decirnos la forma de hacer lo que tenemos pensado.

DON JUANITO.—Entre la escuela y el pueblo hay una lomita en donde la tierra no es muy buena y nadie quiere sembrar, pero que está que ni mandada hacer para construir allí el caserío del ejido. En la parte más alta, podremos poner, después, el depósito para el agua del pueblo, que también dará la que necesite la nueva colonia; y en la falda, que se encuentra protegida de los vientos, y donde no se podrá formar un solo charco en tiempo de aguas, ni con los riegos, podemos trazar las calles y separar los lotes de cada uno.

DON MANUEL.—Me parece muy bien, don Juanito, pues además de lo que usted dice, ese lugar tiene una vista esplén-

dida y estamos tan cerca del pueblo y de la escuela, que la colonia será una prolongación del pueblo, y todos estaremos juntos.

GEJO.—También yo estoy de acuerdo; pero ¿cómo han resuelto la manera de construir tanta casa, y cómo vamos a hacer para que todos se queden conformes cuando les vayamos dando una por una? Porque no han de pensar en que podamos hacer todas las casas al mismo tiempo, ¿verdad?

DON MANUEL.—Mira Gejo: Yo me encargo de trazar las calles, los solares para cada casa, la plaza y todo lo que sea necesario. Calles anchas para que los carros puedan caminar libremente; solares grandes, para que no solamente quede el lugar para la casa, como en las ciudades, sino que todas tengan un terreno donde puedan tener su cincolote para el maíz; los separos para los animales, un pedazo de corral y la huerta; que sin huerta y hortaliza no se van a quedar los ejidatarios de Río Florido.

GEJO.—Me gusta la idea, y desde luego hay que empezar a darle, ingeniero. Por mi parte yo me encargo de que se haga bastante adobe, ahora que estamos en tiempo de secas; traeremos morillos del bosque, lo mismo que el tejamanil para los techos y los postes para los corrales. Ambrosio se encargará de que tengamos suficiente madera para hacer las puertas y las ventanas...

JUANA.—Y a nosotras ¿no nos dejan nada que hacer?

GEJO.—No tengas cuidado, mujer, que va a faltar gente para todo el movimiento que vamos a tener. Ustedes, doña Carlotita y Juana, van a decirle al ingeniero cómo quieren que se hagan las casas, que para eso de que la cocina debe tener un fogón, la recámara dos ventanas, o siquiera una para que entre el sol; y la asistencia debe estar calientita para el tiempo de fríos y fresca en el verano, solamente ustedes, las mujeres; Juana sabe muy bien cómo habrá que hacer los pesebres para la boyada y el gallinero, y también tendrán que hablar con cada una de las mujeres para que cada casa sirva muy bien a los que la van a ocupar; que tendrá que ser chica, para los matrimonios que no tienen

hijos, y con dos o tres recámaras cuando la familia es grande y tienen muchachos y muchachas.

DON JUANITO.—¿Y ya sabes cómo vas a hacer para que tengamos todo listo y se puedan construir las casas, Gejo?

GEJO.—Déjeme eso a mí, que hoy voy a hablar con los del Comité, y en la noche, en la junta, trataré la cosa con todos los muchachos, y muy mal me ha de ir si no saco que me ayuden en este trabajo, que es para todos.

III

Los miembros del Comité estuvieron de acuerdo con todo lo que Gejo les propuso, pero dudaban que los compañeros se prestaran para trabajar en la forma que Gejo proponía. En la junta tenía que resolverse la cuestión.

Gejo tenía un modo de hablar a los muchachos, que no había quien se atreviera a pensar que no tenía razón; las palabras de Gejo eran el evangelio para toda aquella gente, que pensaba con la cabeza de Gejo, veía por sus ojos y trabajaba para él y por él. Apenas habían acabado de hacer la escuela, y ahora habían resuelto, sin saber ni cómo, pero sí estaban seguros de que iban a cumplirlo, todo lo que les había pedido Gejo y algunas otras cosas más, que otros ejidatarios habían propuesto para no quedarse atrás. ¿Cuál era el plan de trabajo?

Un grupo de adoberos se encargaría de hacer todo el adobe necesario para las casas; otro grupo, el de leñadores, cortaría los morillos, sacaría los tejamaniles y haría los postes; otro grupo más, trabajaría con el ingeniero en lo del trazo de la colonia y de las casas; los ejidatarios que sabían de herrería o de carpintería harían esta parte de las obras; y todos, los días de descanso, los domingos, tomarían sus carros y carretas y echarían unos dos viajes cada uno hasta traer del monte lo que los leñadores hicieran; también todos ayudarían a los albañiles a construir, aunque fuera sirviendo de peones.

¿Cuánto dinero iba a costar esa nueva ciudad ejidal? Nada o casi nada; pero mucho, si tomamos en cuenta el trabajo de tantos hombres y tantas energías; y esto lo calculamos en dinero. Pero el dinero no cuenta; es el hombre. La voluntad y

el entusiasmo de Gejo estaban haciendo maravillas donde otros solamente veían hombres y los hacían trabajar como bestias.

La parte más discutida no fué el trabajo, sino cómo se iba a hacer el reparto y la entrega de las casas a cada uno de los ejidatarios. Pero este punto fué resuelto tan satisfactoriamente como el anterior: los lotes se rifarían y así nadie podría alegar distinción alguna; las casas se irían construyendo en el mismo orden que salieran los lotes en la rifa, hasta que el último quedara satisfecho con su lote y con su casa, que tenían que ser de acuerdo con sus necesidades de familia.

En Río Florido, y estando Gejo de director de todo el movimiento, las cosas no se quedaban platicadas ni se volvían llamaradas de petate; la nueva colonia ejidal se empezó a construir desde luego y cuando se terminó la última casa y se puso la última mano a ésta, se celebró con una fiesta la feliz terminación del proyecto de Juana, doña Carlotita y don Juanito, pues allí nunca se festejaba la postura de la "primera piedra," y siempre se hacía fiesta cuando la última quedaba en su lugar.



LOS CONQUISTADORES

I

Las tribus indígenas realizaron la conquista de México; pues de otra manera no se puede explicar cómo un puñado de hombres, por arriesgados y valerosos que fueran, hubieran podido reducir a la esclavitud una población de millones de hombres repartidos en un territorio tan vasto como era el que ocupaban las tribus indígenas —decía don Juanito en la escuela ejidal.

Las tribus nahuatlacas y las demás que ocupaban la enorme superficie del territorio que ahora es México, se encontraban divididas, distanciadas, se aborrecían entre sí y continuamente estaban en guerras y conflictos de todas clases; los grupos dirigentes tenían intereses encontrados y los sacerdotes y los guerreros no podían acallar las voces de rebeldía de la masa plebeya.

A este campo propicio para la conquista, por extraños, llegaron los españoles, precedidos por una aureola de divinidad, en carabelas que por primera vez cruzaban el océano Atlántico, y lo mismo que ellos hubieran podido ser hombres de cualquiera otra nación europea.

El grupo mexica dominaba, y todas las tribus sojuzgadas por ellos fueron auxiliares poderosos para la labor guerrera y política de los conquistadores.

La historia sangrienta de la conquista no puede ser diferente de otras conquistas semejantes, y a la guerra y al fuego se unieron la hipocresía, la crueldad y la traición.

Los conquistadores salieron de todas las provincias de España y de todas las capas sociales, siendo en menor proporción los hombres cortesanos; no era empresa para ellos, sino para los hombres rudos, atrevidos y de trabajo y para los comerciantes que iban a invertir un capital y su vida para poder regresar a disfrutar en su país los beneficios recogidos en tierras de América.

Los conquistadores caminaron rápidamente hasta llegar al corazón de Anáhuac, donde la resistencia había de ser mayor, donde se encontraba el núcleo de la civilización y la cultura azteca, donde estaba el centro económico, político, religioso y guerrero de todo el país. Muchas tribus fueron vencidas y dominadas; otras, deseosas de obtener el desquite contra los aztecas, se ofrecieron dócilmente a secundar la acción de los guerreros que venían armados de fierro, lanzaban balas y montaban a caballo.

Las deslealtades y las traiciones dominaron a los aztecas; los españoles solamente fueron el medio para que las tribus dominadas pudieran abatir el coraje y el valor de los aztecas, señores del país.

Las tierras y los hombres pronto fueron pasto de los conquistadores; las encomiendas y los señoríos se multiplicaron; los indígenas fueron desposeídos de lo que tenían: la tierra, sus familias y sus dioses. El derecho de conquista aseguraba a los recién venidos el dominio de todo lo que encontraban a su paso.

II

La conquista es solamente el derecho del fuerte, porque a ninguna nación le asiste derecho alguno para destrozar un pueblo y apoderarse de él y de sus riquezas, sea bajo el barniz de la civilización, de la religión o de otro cualquiera; es solamente la debilidad y el grado inferior de cultura lo que hace que los conquistadores se sientan con el derecho de inmiscuirse en esos pueblos y asumir la dirección de sus destinos, incluyendo su destrucción.

La espada y la cruz caminaron paralelamente en la obra conquistadora. Las instituciones y los hombres fueron destruídos y en su lugar se puso una nueva civilización con otras lacras y otras virtudes.

El hombre fué explotado despiadadamente; las tierras, apenas tocadas, porque los conquistadores no venían precisamente a colonizar sino a tomar lo que encontraran de valor, el saqueo de las riquezas acumuladas y la explotación de los hombres y de las minas fueron sus miras.

Detrás de los conquistadores, hombres recios y valerosos,

llegaron los explotadores más inicuos, los que efectivamente iban a obtener de la tierra y de los hombres lo que los primeros no habían sabido explotar. El conquistador se concretó a dominar por las armas y a deshacer la cultura existente; el colono, el que no entró a las batallas sino que halló a los hombres ya sumisos y esclavizados, fué el que verdaderamente explotó a las tierras y a los hombres de América.

Los conquistadores casi no pudieron volver a España: las enfermedades y la guerra acabaron con los primeros que llegaron a América, y sus herederos españoles vinieron a cosechar la obra emprendida por los primeros: sin trabajo ni esfuerzo, se encontraron dueños de enormes extensiones de tierras y de grandes poblaciones de indígenas, a quienes la espada había puesto a punto de ser explotados libremente.

Con los colonos vino precisamente la cultura de España: la religión católica facilitó el encadenamiento completo de las voluntades y de los ánimos; la agricultura adelantada de Europa, que encontró en México la base para el desarrollo de la suya: la tierra virgen y los brazos baratos; las artes, que en el antiguo continente habían alcanzado un gran desarrollo, fueron trasplantadas a América; las ciencias se encontraban en caso semejante, y los prejuicios y los vicios españoles y de toda la cultura europea, hallaron asiento en estas tierras.

III

Con los españoles llegaron a México las semillas que servían de base a la alimentación europea: el trigo, las legumbres, el café, la alfalfa, etc., y los animales domésticos: el caballo, que hacía muchos siglos que había desaparecido del continente americano, el asno, el toro y la vaca, los cerdos, los borregos, las cabras, la gallina. El guajolote era silvestre en México.

Los destrozos de la conquista jamás son comparables con los que ocasiona la dominación, posterior a los hechos de armas. La codicia y la ambición se mezclan artificiosamente con la industria, el comercio y la religión, y las poblaciones conquistadas son estrujadas, exprimidas y agotadas hasta dejar de ser ellas mismas.

Los españoles, empezando por los conquistadores, mezclaron su sangre con la indígena, y así aseguraron la dominación más efectivamente que con las armas, al mismo tiempo que fueron forjando aquéllas que habían de combatir la dominación de los reyes lejanos.

El mestizo fué el resultado del cruzamiento de las razas europea y americana; en él incubó la independencia posterior de México.

El mestizo ha sido el arma contra las dos razas que le dieron vida; difícil de asimilar a la cultura indígena y no aceptado por los europeos, siempre ha desempeñado un papel peligroso en el desarrollo del país; con las virtudes y los vicios de ambas razas, presenta la inconstancia de carácter que lo hace capaz de las mayores hidalguías y de los más bajos procederes.

La sangre indígena es la única con que podemos contar en abundancia aún; es la que podrá ser capaz de reducir el porcentaje de sangre española, y posiblemente hará de México un país con cultura propia y con personalidad; acercándonos a la rama de que saliera el mestizo, es como podremos evitar los males de la cultura, la civilización y las instituciones creadas al amparo de un reducido núcleo de mestizos; para eso, tenemos que acercarnos más y más a la tierra, último reducto de las razas primitivas de México.



EL BOSQUE NO SOLO PRODUCE DINERO, SINO TAMBIEN ES FUENTE DE VIDA

I

Pocos días después de la excursión al bosque a que fueron Gejo, Juana y su padre, acompañando a los muchachos de la Escuela Ejidal, tuvieron que resolver un asunto que se les presentó en el Comité.

Don Jesús se presentó al Comité acompañando a un individuo que iba a proponerle un negocio: comprar el bosque del ejido.

DON JESUS.—Oye tú, Gejo: ¿Qué piensan hacer con el monte? Me imagino que no irán a comprar un aserradero; porque para eso se necesita mucho dinero, y con las hachas que ustedes tienen nunca van a sacar nada. Así es que aquí les traigo a don Pedro, que se los puede comprar desde luego.

GEJO.—Usted ya sabe, don Jesús, que la Forestal no da permiso para explotar el monte; apenas para ir sacando la leña que necesitamos, y nada más; y sólo de la madera muerta.

DON JESUS.—Eso no te importe, Gejo; ya sabré cómo me las arreglo para que don Pedro saque las guías que necesita para la explotación. Lo que queremos es que tú estés de acuerdo con la venta y la propongas al Comité y a la Junta de Ejidatarios, si es necesario.

GEJO.—Pues quién sabe, don Jesús; los muchachos parece que no quieren que se venda el monte.

DON JESUS.—¿Cómo? ¿Que no quieren?

GEJO.—Y si yo les digo que usted quiere que lo vendamos, me dirán que si fuera todavía el monte de La Concha, usted podría mandar en él y venderlo si quisiera; pero que

ahora es del ejido, y ellos son los que mandan; y ¿verdad, don Jesús, que tienen razón?

DON JESUS.—*(Dirigiéndose al comprador del monte.)* ¿No le decía que estos ejidatarios se han vuelto muy alzados, y no se acuerdan cuando estaban de peones, allá en La Concha, y no tenían qué comer si nosotros no queríamos? Ya me las pagarás, Gejo.

Gejo se quedó meditando en lo que había resuelto sobre la venta del monte, sin siquiera haber consultado al Comité Agrario. Pero es que aún tenía grabadas en la imaginación las palabras del maestro, de don Juanito, y también le enardeció la forma en que se le venía a proponer el negocio y la autoridad que quería don Jesús se le reconociera, cuando en el ejido solamente habían de mandar los ejidatarios.

II

En la noche de ese día tuvo lugar una junta del Comité Agrario, que se celebró en el salón de actos de la Escuela Ejidal, con asistencia del maestro rural.

GEJO.—Don Jesús me fué a proponer la compra del monte, y aseguró que a él sí le dan guías para la explotación. *Quiere* que se le venda el monte a su amigo.

—¿Y qué contestaste a don Jesús? —preguntó el secretario del Comité.

GEJO.—Que nadie manda en el ejido, sino los ejidatarios, y que pensábamos no venderlo.

Y ahora que estoy con ustedes, he de decirles que piensa efectivamente en que no debemos vender el monte, porque si eso sucede, pronto nos quedaremos sin madera para las casa, sin leña para las tortillas y, además, sin todo lo que nos dijo don Juanito el otro día.

En este momento, por buena o mala que sea la venta, tendríamos dinero, que no faltaría en qué gastar; y después tendríamos que comprar toda la leña y la madera que necesitáramos, y ¡a qué precio! ¿Qué haríamos con las tierras que nos dejen sin árboles? A los pocos años tendríamos

unas lomas pelonas, de puro tepetate, que para nada nos servirían, ni siquiera para las chivas. Y yo creo que no es a don Jesús a quien vamos a darle gusto, sino que tenemos que vigilar por nuestros hijos, por el ejido y por el pueblo; y que si a todos nos conviene que el monte siga como está y sea explotado regularmente, hasta para sacar madera, deben ser los ejidatarios quienes disfruten, no del dinero que nos han de dar por el monte, como dice don Jesús, sino que los ejidatarios tendrán en qué aprovechar su tiempo y podrán establecer una explotación que no solamente permita sacar lo que nos quieran dar por él, sino que lo mejoraremos para nuestros hijos y los hijos de ellos. Y, finalmente, debemos atender, más que al dinero que nos puedan dar, a los beneficios que el bosque ha de reportarnos, que siempre serán superiores al valor del dinero, habiendo muchas cosas que no se pueden comprar con moneda, que no tienen precio: como la dicha de que tengamos un bosque al que podemos ir a descansar, donde nuestras mujeres y nuestros hijos pueden disfrutar de una mejor temperatura y de aire sano; donde nuestros animales encuentran la sombra que tanto les hace falta cuando el sol les pega duro; donde los torrentes son regulados por los árboles; pues de otra manera Río Florido sería una catarata en tiempo de aguas y un cauce seco durante el invierno: las tierras de riego dejarían de ser tales y todo sería puro temporal, y el valle perdería con la venta que se nos propone.

La discusión de la venta siguió dentro del Comité; pero siempre dominó la idea que trajo Gejo y apoyó el maestro rural: el bosque no debe ser vendido a ninguno, porque con el dinero que den no se pagan todos los beneficios que el pueblo y el valle entero disfrutan en la actualidad. Antes bien, se sugirió que el Jefe de Zona, don Manuel, organizara a los ejidatarios para que empezaran la explotación metódica y ordenada del bosque, ya que en la Escuela Ejidal se ha establecido un pequeño vivero forestal que únicamente habrá que aumentar para dar abasto a los trabajos de reforestación.

AL CAER LA TARDE

Del bosque amé la majestad serena
cuando tramonta el sol y el mundo esquiva;
esta quietud, para otros repulsiva,
es lo que más me agrada y enajena.

En torno mío la última cadena
de montes se corona de luz viva;
de luz crepuscular que más se aviva,
si viene, no muy lejos, luna llena.

Este crujir de las caídas hojas
si las huello, los plácidos rumores
del maíz que ya cuelga sus panojas,

y estos del río acentos plañidores,
de mi espíritu amenguan las congojas
y adormecen del cuerpo los dolores.

Joaquín Arcadio Pagaza.



LA LEGISLACION AGRARIA

I

La Ley de 6 de enero de 1915 fué, en su tiempo, algo que pareció diametralmente opuesto a los principios de la Constitución de 1857; pero si la estudiamos con el conocimiento que ahora tenemos de las actuales leyes agrarias que han venido completando la primera, veremos que no es sino el apunte de un nuevo espíritu que se ha ido desarrollando y tomando cuerpo y fuerza, y que de una idea general, abstracta, se ha ido materializando, acercándose a la tierra y al hombre del campo. Como toda ley que emana de una revolución para derrocar a un partido o una camarilla imperante, tuvo que empezar por nulificar todos los actos de gobiernos anteriores que iban en contra de la idea que la ley establece. Se declararon nulas todas las enajenaciones de tierras de las congregaciones, rancherías, comunidades; todas las concesiones de tierras hechas desde el 1º de enero de 1876; todas las operaciones de apeo y deslinde, es decir, todos los actos que directamente fueron encaminados para desposeer a los campesinos de las tierras de que disfrutaban, y que fueron pasando a manos de los hacendados o constituyendo nuevos terratenientes a costa de las tierras disfrutadas por los pueblos y demás núcleos de población agrícola. Y en el artículo 3º de esa ley se sienta el principio de toda la legislación agraria posterior:

"Artículo 3º. Los pueblos que, necesitándolos, carezcan de ejidos, o que no pudieren lograr su restitución por falta de títulos, por imposibilidad de identificarlos o porque legalmente hubieren sido enajenados, podrán obtener que se les dote del terreno suficiente para reconstruirlos conforme a las necesidades de su población, expropiándose por cuenta del Gobierno Nacional el terreno indispensable para ese efecto, del que se en-

cuentre inmediatamente colindante con los pueblos interesados."

Las restituciones de tierras, que procedían de acuerdo con los principios de nulificación anteriores, presentaban un carácter legal y práctico tan difícil, que los trabajos posteriores y las siguientes reglamentaciones fueron haciendo desaparecer el trámite de restituciones, para dejar en pie solamente el espíritu del artículo tercero: las dotaciones.

La tercera parte de la Ley de 6 de enero solamente contiene disposiciones de carácter general y de aplicación inmediata, en vista del estado de guerra en que el país se encontraba por aquel entonces, y dejaba para posteriores disposiciones, leyes, decretos o reglamentos, el encargo de ir afinando lo que la Revolución había dado a luz, después de una sangrienta gestación.

Una serie de acuerdos tomados por el Primer Jefe de la Revolución, Venustiano Carranza, fueron completando la primera ley, que apareció como decreto del Ejecutivo revolucionario, y que el Congreso Constituyente elevó a la categoría de ley constitucional, que tiene a partir de 1917. Estos acuerdos fueron dando cuerpo al organismo administrativo que debería encargarse de la aplicación de esa ley: la Comisión Nacional Agraria.

La Constitución de 1917 no solamente ratificó el principio agrario, sino que hizo más aún, sentó la base general del carácter de la propiedad nacional y de la propiedad privada, los derechos que la Nación tiene para dar a la propiedad privada las modalidades que dicte el interés público, y estableció el principio constitucional para la dotación de ejidos a los pueblos, rancherías o comunidades que no tengan tierras, aguas y bosques, o que los tengan en cantidad insuficiente para sus necesidades; dió a las tierras ejidales el carácter de inenajenables; sentó el principio del parcelamiento agrario, a fin de formar el patrimonio familiar; hizo obligatorio que los Estados dictaran leyes en favor del fraccionamiento de latifundios y autorizó la creación de nuevos centros de población agrícola.

II

Si la Ley de 6 de enero de 1915, fué importante y salvadora, el artículo 27 constitucional amplió el criterio de la ley y sentó las bases de una política agraria que aún está desarrollándose sin

haber alcanzado todavía la amplitud que los Constituyentes le dieran.

Hasta el 10 de abril de 1922 se publicó el Reglamento Agrario y, mientras, decretos, acuerdos y leyes trataron de ir estableciendo métodos de tramitación y, principalmente, de indemnización para los propietarios que resultaren afectados. Lógicamente había que proceder en esa forma, ya que la reacción que surgió contra las leyes agrarias había que acallarla indicando la forma en que iba a efectuarse el pago de las tierras expropiadas.

El Reglamento Agrario es ya un conjunto de reglas o disposiciones que fijan un camino a toda la labor, y en él encontramos:

Quiénes pueden solicitar tierras ejidales, con la limitación del artículo 2º, en que se tiene que comprobar la personalidad política del solicitante, y que posteriormente había de ser modificado en forma más amplia, ya que, estando el país en formación faltaba, en muchos casos, la declaración de los Gobiernos sobre la personalidad política de los núcleos de población.

El artículo tercero, que exceptúa de derecho a tierras ejidales a los individuos y grupos de individuos que viven en las rancherías de las haciendas, y que posteriormente ha sido modificado; pero siempre dejando sin derecho a tierras a los individuos que trabajen como peones acasillados, desvirtuando, así, el criterio general de la Constitución.

El reconocimiento y calificación de la pequeña propiedad corresponde a este Reglamento, así como el señalamiento de la parcela individual dentro del ejido, y la base territorial para las afectaciones ejidales; pero deja la puerta abierta para las dotaciones miserables que se han hecho posteriormente, según el artículo 10.

El Reglamento ha tenido en cuenta, para las afectaciones a haciendas, la forma de explotación de las mismas, como si no se pudiera perjudicar a los pueblos cuando las administraciones son buenas o se ajustan a los principios agrícolas de moda en ese tiempo, y puso en boga el término de "unidad agrícola," que posteriormente habría de ser explotado para detener la acción agraria alrededor de las grandes y preferentes explotaciones.

Y, finalmente, estableció las características de los individuos que tendrían derecho a tierras ejidales y el ordenamiento de ellos para la formación del censo agrario, que serviría de base para la dotación.

III

A partir del Reglamento Agrario de 1922, se sucedieron una infinidad de decretos, disposiciones y circulares, ya sea del Ejecutivo Federal, ya de la Comisión Nacional Agraria, que fueron estableciendo caminos para la tramitación de expedientes, y criterio para la interpretación de algunos párrafos de las leyes anteriores y del mismo Reglamento. La tendencia de todo aquello fué mecanizar el sistema, previendo los casos que se podrían presentar durante el trámite de los expedientes. No encontramos nuevas ideas ni principios, hasta la aparición de la circular 51, de la Comisión Nacional Agraria, de 21 de octubre de 1921.

La circular 51 marca una etapa importante en materia agraria, ya que da cuerpo al grupo de ejidatarios y establece la forma democrática para las resoluciones que se toman dentro del grupo; deja de haber ejidatarios, y se establece el ejido; impide la aplicación de la circular número 22, que permite a los Comités dividir provisionalmente las tierras que han de ser disfrutadas por los miembros del ejido, particular e individualmente, y provee a la explotación ejidal dentro de un espíritu netamente económico, teniendo en cuenta el despilfarro de energías y de capitales en el ejido, cuando éste se divide en pequeñas parcelas. La explotación del ejido será comunal, dice la circular 51, y solamente tendrán derecho los miembros del ejido a una parte de los productos que se obtengan de esas organizaciones, en relación con el trabajo aportado por cada uno de los ejidatarios. El individuo no llevará a cabo su explotación individualmente, sino que se asociará en forma cooperativa, de acuerdo con los principios básicos de estas organizaciones; y de los productos del ejido comunal se formará un fondo de impulsión cooperativa, fondo colectivo, indivisible e inalienable, que será el indicado para efectuar las mejoras de carácter colectivo que el ejido requiera. Esa organización será obligatoria para los miembros ejidales, pero no podrá desaparecer por la separación de alguno o algunos de

los ejidatarios. Las contribuciones prediales se pagarán en común. Por otra parte, la Comisión Nacional Agraria ya veía la inconveniencia de entregar tierras a los pueblos y abandonarlos a sus propias fuerzas e iniciativa; deseaba que la institución ejidal fuera una fuerza más en la economía del país; fuerza que debería ser orientada, estimulada y auxiliada en todas las formas posibles; de allí la creación del Departamento de Aprovechamiento de Ejidos que indica la misma circular.

IV

Pero, de todo lo estatuído en la circular 51, ¿qué fué lo que se realizó? El encauzamiento del gobierno ejidal, la formación de cooperativas más o menos flojas, la formación del Fondo de Impulsión Cooperativa y la del Fondo para el pago de contribuciones. La explotación comunal quedó solamente escrita, pues las tierras fueron divididas entre los ejidatarios con o sin derecho a ellas; las explotaciones agrícolas, ganaderas y demás, fueron desarrollándose individualmente, y aun las forestales, en la mayor parte de los casos; sin embargo, el efecto de orientación general se realizó.

Posteriormente aparecieron diversas disposiciones que tendían a hacer más clara y precisa la aplicación de las leyes agrarias; pero, a la postre, complicaban todo el sistema con tanta orden, reglamento, circular, acuerdo o decreto, que había necesidad de terminar con semejante situación que iba haciéndose caótica, y se formuló la Ley de Dotaciones y Restituciones de Tierras, de 21 de marzo de 1929.

La Ley de Dotaciones y Restituciones de Tierras trató de englobar en un solo cuerpo todas las disposiciones sobre materia agraria, adicionándolas con aquellas que la experiencia había encontrado para asegurar definitivamente el ejido. Esta ley contiene todas las disposiciones de orden legal para la tramitación de expedientes y para constituir el ejido; pero deja fuera lo que corresponde al ejido como tal.

Un aspecto importante de esta ley es la nueva designación de los núcleos de población que tendrán derecho a dotación de tierras ejidales: deja de haber la lista de categorías de pobla-

ción y solamente se designa como poblado el núcleo relativo. Esta simple reforma a las leyes anteriores permitió dotar de tierras a un gran número de núcleos de población que hubiera sido difícil y largo calificar como rancherías, comunidades, pueblos, villas, etc. La actividad agraria pudo extenderse efectivamente y sin trabas para dotar de tierras a todos los individuos que las necesitaban en realidad, pero que se encontraban en condiciones legales difíciles de vencer.

Sigue existiendo la negativa para dotar a los trabajadores del campo que a la fecha se encuentren trabajando como peones acasillados y para considerarlos en los censos dotatorios.

Ya en la Ley de Dotaciones se especifican las calidades de individuos que tienen derecho a tierras ejidales, que antes había sido algo indeterminado y había dado lugar a abusos en las solicitudes y tramitación de expedientes agrarios, y se eliminan aquellos individuos cuyas características impiden que lleguen a ser efectivamente ejidatarios, dentro del criterio que se había ido estableciendo.

La superficie de tierras para constituir la parcela ejidal queda establecida, aunque imperfectamente; pero como, por otra parte, estas superficies no pueden ser menores, de acuerdo con restricciones para la afectación de propiedades, sigue en pie el peligro de que la tierra dotada sea insuficiente para los individuos, y el capítulo de ampliaciones cierra toda puerta de escape, toda posibilidad de corregir las deficiencias de las dotaciones primeras; pues las ampliaciones solamente podrán ser hechas cuando se trate de aumentar el número de parcelas por el correspondiente aumento de la población con derecho a ejido, pero nunca para aumentar el tamaño de las parcelas dotadas en la definitiva anterior. Otras leyes vendrán a corregir estas deficiencias, aunque también habrá algunas que las aumenten; pero estas son las alternativas naturales de semejante obra, que trastorna el orden previamente establecido.

V

La Ley de Patrimonio Ejidal, de 25 de agosto de 1927, vino a sentar sobre bases precisas la organización del ejido como tal; desconoció la organización comunal que había sido estable-

cida previamente, aunque fuera en la ley escrita, ya que en la realidad los ejidos habían sido divididos entre los componentes del ejido, salvo los pastos, los bosques y las aguas, que habían permanecido comunes a todo el grupo de ejidatarios. En esta ley se previene el funcionamiento de la institución ejidal a base de los ejidatarios que disfruten individualmente de sus parcelas; sanciona la constitución del Fondo de Impulsión creado por la circular 51 y las contribuciones ejidales, que no serán superiores al cinco por ciento de la producción; establece penas para los ejidatarios que no cultiven sus parcelas o para quienes constituyan obstáculo para el libre desenvolvimiento del ejido; y reglamenta la administración de los bienes comunales, en forma democrática, con todo el sistema que formula para el ejido.

Las leyes anteriores se habían contentado con la dotación de las tierras; la circular 51 tendía hacia la organización y las explotaciones, mas la Ley del Patrimonio Ejidal asienta la necesidad no solamente de la organización de los ejidos y de sus explotaciones, sino que, viendo la realidad, impone al Estado la obligación de vigilar por la mejor explotación de las tierras y ganados; por la educación de los ejidatarios, y de la organización económica de éstos; señala a la Dirección General de Agricultura el papel que tiene que desempeñar dentro del ejido; y más aún, establece la relación que los ejidos tendrán con la organización económica que para ellos ha sido creada anteriormente: los Bancos Agrícolas Ejidales; pues ya se ha visto palpablemente que los campesinos recientemente dotados de tierras, con explotaciones independientes, deben gozar del crédito y de la organización que con él se crea, para que el campesino tome rápidamente el lugar que le corresponde dentro de la economía de los campos, ya que no se trata de que siga viviendo al margen de la vida y de la civilización actual, como sucedería si cada ejidatario hubiera de recurrir a métodos primitivos para la explotación de la tierra de que ha sido dotado.

VI

Pero estas leyes que hemos visto no han tenido en cuenta la realidad de la obra agraria, no han visto los defectos de las obras resultantes de la aplicación de los preceptos en los cam-

pos y por los hombres: los ejidos han sido mal dotados en muchos casos; las parcelas han sido señaladas sin tener en cuenta las necesidades reales de los ejidatarios y la población actual del ejido y, menos aún, previendo el crecimiento normal de toda población. El ejido existe teóricamente, pero en la realidad no hay una mayoría que responda a las exigencias del examen concienzudo de sus condiciones y organización. Habría que hacer que las nuevas leyes tomaran en cuenta, materialmente, la situación de la obra realizada, y ya que no se puede volver atrás para rehacer lo que debió hacerse bien, hay que mejorar lo actual.

Las modificaciones a la Ley del Patrimonio Parcelario Ejidal, de diciembre de 1932, han puesto la nota realista sobre la obra ejidal; han reconocido la irregularidad de las condiciones del ejido y han establecido el mecanismo de perfeccionamiento. Las primeras leyes veían en la parcela ejidal un punto de apoyo para el campesino que tenía que vender su trabajo; las modificaciones ya toman a la parcela ejidal y al ejido como explotación en sí que debe proporcionar al ejidatario los elementos indispensables para su vida, desarrollando sus actividades dentro del ejido, aun cuando piden que se tomen en cuenta los ingresos que tienen los individuos por actividades ajenas al ejido. Nuevas bases para la ampliación del ejido libran a éste de pobreza en tierras constante e indefinida. Pero no solamente se ha dejado a la Comisión Nacional Agraria el encargo de proporcionar tierras y demás superficies de común aprovechamiento a los ejidos, sino que el ejido mismo puede proporcionárselas mediante el libre juego de sus actividades e iniciativa, y se señalan como tierras de las que se puede tomar libremente para completar el ejido, las nacionales y las de aquellas instituciones que pertenecen casi por completo o completamente al Estado; y, por último, la organización de las cooperativas ya es forzosa y se aplica, para ello, la Ley de Crédito Agrícola para Ejidatarios y Agricultores en Pequeño, de 2 de enero de 1931; y la obligación que el Estado tiene, mediante su organismo económico adecuado, el Banco Nacional de Crédito Agrícola, de proporcionar la ayuda técnica y financiera necesaria para asegurar el desenvolvimiento del ejido en todas sus formas.

Aún no es perfecta la obra de la Revolución; pero mucho se ha logrado por las primeras medidas y leyes, y posteriormente con las últimas modificaciones a la Ley del Patrimonio Ejidal, que ha tenido la valentía de enfrentarse con la realidad y establecer bases más efectivas para la realización práctica de una de las más grandes conquistas de México, a raíz de la Revolución. Nuevos hombres traerán su contingente de conocimientos, hombría e ideales, para asegurar definitivamente y encauzar el ejido por el camino que pide el mismo pueblo de México.



LAS SOCIEDADES COOPERATIVAS AGRICOLAS

La Ley de Crédito Agrícola para Ejidatarios y Agricultores en Pequeño, de 2 de enero de 1931, fué hecha para señalar el camino a la organización del ejido. El Banco Nacional de Crédito Agrícola, S. A., en México, los Bancos Regionales, en algunas zonas agrícolas del país, y las agencias de uno y otro constituyen los organismos a través de los cuales se lleva el crédito a los ejidos, por medio de sociedades cooperativas agrícolas, para que éstas ayuden a sus miembros.

La Sociedad Cooperativa que se forme en un ejido, deberá contar con la mayoría de los ejidatarios; pero se ha encontrado que, cuando es la totalidad la que la forma, la organización es más completa y perfecta.

La cooperativa se encarga del desarrollo económico y social del ejido, quedando a cargo de los representantes legales de éste, el Comité o Comisariado Ejidal, las funciones que las leyes agrarias le señalan. Como para que dos organismos que están constituídos por las mismas personas puedan funcionar normalmente, la dirección del ejido, tanto en la parte agraria como en la cooperativa, está formada por las mismas personas.

La cooperativa ha de manejar los bienes comunales del ejido; ha de reunir los fondos para el pago de contribuciones; el 10% para impulsión cooperativa deja de existir, y queda, en su lugar, el 2% de sus productos brutos que ha de entregar el socio a la cooperativa, para formar el fondo social de ella.

La cooperativa facilita al socio todos los recursos que éste pueda necesitar para llevar a cabo la explotación de su parcela ejidal, dentro de los límites prudentes, y con la garantía personal del socio y la posterior de sus cosechas, cuando éstas ya se encuentren listas para la venta o estén en condiciones de ser cosechadas. La cooperativa responde al Banco con las ga-

rantías que los socios le han ofrecido, salvo el caso de compra de unas tierras, en cuyo caso, se hipotecan éstas a favor del Banco.

La cooperativa responde por todos sus miembros; pero cada uno responde por todo lo que él debe y por lo que deben todos sus compañeros; a esta forma de responsabilidad se le llama solidaria e ilimitada.

La cooperativa no solamente hace préstamos a sus socios, sino que les proporciona servicios: la venta en común de sus cosechas y productos, la compra al por mayor de todos los artículos que se necesitan para el hogar rural y la explotación de la tierra; la transformación o elaboración de los productos de la tierra o de los ganados o bosques; el trabajo en común, cuando el socio no puede tener para sí mismo la maquinaria necesaria para ejecutarlos; una organización que le permite hacer frente a todos los problemas comunes de los ejidatarios y del ejido mismo y, finalmente, la caja de ahorros del campesino, en donde puede guardar los centavos que le van quedando de cada cosecha.

Cuando la cooperativa se desarrolla y trabaja organizada, puede asegurar los ganados y las cosechas de sus socios y aun su vida misma, mejorar la vida de los campesinos en cada hogar y en el ejido, llevándoles todas las comodidades y ventajas de la vida moderna sin que salgan del campo ni otras personas se las lleven para explotarlas.

Para luchar en las actuales condiciones del mundo, se hace indispensable que los campesinos, tanto ejidatarios como agricultores en pequeño, se organicen formando núcleos fuertes, que así se harán respetar, ya que el individuo aislado se encuentra, al salir de la tierra, y aun sobre ella, dentro de un mecanismo en el cual desaparece, pero no así la organización que muchos de ellos pueden formar. Si el individuo desaparece en el mecanismo comercial y de negocios, la cooperativa viene a formar parte de dicho mecanismo, y no puede desaparecer.



LAS NECESIDADES ECONOMICAS DEL EJIDO

Don Manuel, el Jefe de Zona del Banco Regional de Crédito Agrícola, tenía algunos días de estar estudiando el ejido de Río Florido. Hacía tiempo que conocía a Gejo, y esperó a que éste fuera del Comité, pues el anterior nunca había querido hacerle caso para la organización de la sociedad cooperativa. Ahora, con Gejo como presidente del Comité, don Manuel abrigaba la seguridad de organizar una cooperativa agrícola.

Gejo y don Manuel, con don Juanito y Pancho, habían estado cambiando impresiones sobre la manera de proponer la formación de la cooperativa en el ejido. Don Manuel veía una oportunidad de cooperar en la organización de un ejido que iba a ser dirigido por un hombre tan entusiasta, tan decidido y recto como Gejo; Gejo veía que en la organización cooperativa esta la clave de muchos de los problemas ejidales y, además, esperaba poder conseguir el dinero del Banco para emprender algunas obras que había proyectado; don Juanito veía, por otra parte, en don Manuel, un magnífico compañero de los ejidatarios, un entusiasta colaborador de él para impedir que Gejo se fuera por la pendiente fácil de los éxitos económicos y del enriquecimiento, abandonando la acción social y educativa que tenía que realizar, y, finalmente, Pancho vislumbró la posibilidad de realizar la obra social completa de redención del campesino por medio de la tierra, la escuela y la organización integral del campo, del pueblo y de los hogares de Río Florido.

El ambiente ya lo había ido arreglando Gejo, y cuando se convenció que no iba a fracasar en su intento de organización de la sociedad cooperativa agrícola, convocó a una Junta General de Ejidatarios, a la que fué don Manuel como Jefe de Zona, Cajero del Banco Regional de Crédito Agrícola y representante de la Comisión Nacional Agraria.

La sesión tuvo lugar en la vieja troje del pueblo.

Gejo no tuvo que hablar mucho sobre quién era don Manuel, pues éste ya había estado platicando con la mayoría de los ejidatarios, los conocía, había ido a sus casas y a sus parcelas, y los había ayudado en muy variadas formas, en fin, ya era amigo de casi todo el ejido, y no había necesidad de presentación alguna.

Gejo se fué directamente al grano, y explicó en pocas palabras su idea de formar una cooperativa agrícola en el ejido de Río Florido, que sería la primera que el Banco Regional de Crédito Agrícola tendría en el Valle; así, podrían tener el dinero que necesitaran para llevar a cabo muchos trabajos que estaban pendientes en el ejido, y muchas otras cosas más; pero dejó que don Manuel explicara personalmente lo que se trataba de hacer al organizar la cooperativa, y también la forma de organizarla.

Don Manuel tomó la palabra:

"El ejido tiene los dos elementos importantes para vivir: la tierra y el trabajo de sus ejidatarios. De la tierra pueden obtener todos los frutos de ésta, trabajándola convenientemente; pero para llevar adelante la explotación, no como lo hicieron los primeros agricultores, sino como tenemos que hacerlo en estos tiempos, necesita herramientas buenas, animales que le permitan trabajar descansadamente, maquinaria para beneficiar las semillas que han de ir al mercado, bodegas en que estos productos se puedan almacenar para esperar la mejor oportunidad por los mejores precios; aperos, semillas, abonos y muchas otras cosas más. Ustedes pueden conseguir, a fuerza de trabajo y de tiempo, reunir todos estos elementos, pero mucho tiempo habrá de pasar, sin duda, y mientras, sus familias no tienen lo necesario para vivir cómodamente y ustedes tendrán que trabajar todo el día y todos los días, y muchos años.

"El crédito que el Banco Regional ofrece a los ejidatarios que se organizan, les permite acortar el tiempo para realizar todas estas obras y alcanzar estos beneficios; no es el crédito que les abre el tendero, a quien tienen que entregarle a la cosecha el doble de la semilla que les prestó para la siembra; tampoco es el dinero que les presta el usu-

rero para quedarse después con los bueyes, la casita o el pedazo de tierra. No, compañeros, el crédito que el Banco ofrece es la salvación del ejido, y lo que le permitirá llegar rápidamente a constituir un núcleo fuerte, organizado y feliz.

"El Banco no les pide la garantía de las parcelas ejidales; el Banco no vendrá a imponerles condiciones leoninas por el dinero que les presta; el Banco solamente quiere y toma la garantía que cada uno de ustedes tiene en su honradez, en su trabajo y en su empeño por producir. La garantía de cada uno de ustedes formará la garantía de la cooperativa que constituyan.

"Más beneficios pueden aún recibir del Banco: un sistema y una organización para comprar lo que necesitan para sus hogares y sus explotaciones; y otra, para la venta de sus productos, librándose, en esta forma, del tendero en cuyas manos se encuentran ustedes dos veces: cuando le venden sus productos y cuando le compran lo que han de consumir.

"La ley que creó el Banco no trata de beneficiar a unos cuantos en cada ejido o en cada pueblo, sino de ayudar a todos los ejidatarios, para, así, organizar el ejido sobre bases económicas y sociales que le permitan vivir plenamente.

"La cooperativa no va a explotarlos, sino que ustedes van a poder explotar el ejido más intensamente mediante la cooperativa que van a formar. La cooperativa dará iguales oportunidades a todos los ejidatarios, y por eso invito a todos a que formen la sociedad; nadie deberá quedar sin los beneficios de ella y del crédito y de la organización; ni uno tendrá que ir por allí pidiendo prestado; cuando haya una cooperativa que estará obligada a ayudarle, nadie tendrá que ir al mercado llevando su carga de maíz o de frijol, sino que la cooperativa hará el trabajo por él, y le dará más dinero que el que él hubiera podido conseguir; nadie tendrá que hacer largas caminatas para comprar un arado ni una reata, porque la tienda cooperativa tendrá todo eso para sus socios.

"Todos para la sociedad y la sociedad para todos. Unidos será la única manera como los ejidatarios podrán triun-

far, como podrán combatir contra todos sus enemigos y contra muchos que se dicen sus amigos para explotarlos mejor."

José María está conforme en que la sociedad se organice, pero pide que todos los ejidatarios entren a la sociedad. Juan Francisco no quiere entrar porque dice que no necesita de la cooperativa para trabajar: tiene yuntas y semillas, aperos y herramienta, y un compadre que le presta, cuando le hacen falta, unos cuantos pesos. El egoísmo de Juan Francisco ha sido bien comprendido por los ejidatarios, quienes ven en él a un enemigo de su organización cooperativa y ejidal, y lo silban.

La Junta General de Ejidatarios aprobó por unanimidad que se organizara una sociedad cooperativa agrícola en el ejido, y que todos los ejidatarios formarían parte de ella.

En una sesión posterior se discutieron las bases de la cooperativa, se eligió la mesa directiva y la comisión de vigilancia, y todos los ejidatarios firmaron el acta constitutiva, que el Jefe de Zona, don Manuel, firmó como notario.

El ejido de Río Florido nació a una nueva vida, de orden, de progreso, de ideales, de esperanzas y de grandes y nobles ambiciones.



TODO EJIDATARIO DEBE TENER SU EQUIPO

I

En el ejido de Río Florido ya hay organizada una cooperativa agrícola, y parece como que va a iniciarse una nueva vida; los ejidatarios sienten que ha acontecido algo tan importante como cuando recibieron las tierras ejidales. Una idea ha venido a reanimar los ánimos; la idea va camino de la realización.

El problema de la cooperativa iba a ser discutido en esa primera junta a la que sólo faltaron los que habían salido del ejido en la *limpia* aquella que se hizo días antes.

Durante los primeros momentos todos querían pedir algo; quién una cosa, quién otra, y nadie se ponía de acuerdo; por fin el Jefe de Zona, don Manuel, habló en estos términos:

> "Todos los socios necesitan algo; pero es conveniente que la Asamblea se dé cuenta de las condiciones de trabajo de cada uno, para así poder aprobar los créditos que hayan de solicitarse al Banco Regional.
>
> "Vamos a pasar lista, y cada socio dirá lo que tiene y lo que le hace falta.
>
> "Amador Eulogio; ¿cuántos años tiene? ¿Qué familia sostiene? ¿Solamente tiene la parcela ejidal? ¿Qué animales tiene? Dígame, ¿qué herramienta, arados, aperos, tiene? ¿Qué es lo que necesita para trabajar bien su parcela? ¿Qué gastos tiene que hacer? ¿Cuántas cargas de trigo? ¿Cuántas de maíz y qué otros productos tiene o va a levantar? ¿Cuánto va a pagar por la parcela que tiene? ¿Cuánto gasta para mantener a su familia?"

Lo mismo fué preguntando a cada uno de los socios, hasta que acabó con la lista. Y a cada pregunta que hacía, anotaba las contestaciones que le daban los llamados, y escribía en una hoja de papel.

Cuando terminó con todos, hizo cuentas y resumió así las condiciones del ejido-cooperativa:

> "Todos los ejidatarios tienen necesidades que llenar; pero mientras unos tienen yunta con qué trabajar, otros carecen de ella y tienen que pagar renta por las yuntas que les prestan o arriendan los *ricachones;* a otros les faltan algunas herramientas, y hay otros que necesitan ayuda para comer y no pueden dedicarse al cultivo de la parcela por la falta de maíz para comer, de herramientas y animales para trabajar.
>
> "Primero tenemos que hacer que todos estén en condiciones de trabajar la parcela, que a nadie le falte qué comer en su casa, para que no tengan que andar por las haciendas y ranchos buscando trabajo; que si el jornal les ayuda a vivir, la tierra les dará bastante para cubrir todas sus necesidades cuando a la parcela dediquen todo su tiempo, su trabajo y sus energías; la tierra se irá mejorando a cada labor, mientras el jornal que ganan en otras tierras se acaba, dejándolos en la miseria."

II

GEJO.—Propongo que aprobemos que se pida al Banco un préstamo de avío, para que los que no tienen semillas en sus casas, puedan trabajar sin temor en la parcela. Cada ejidatario necesitará unas cinco cargas de maíz para esperar que vengan los elotes y haya qué comer. Veinte necesitarán maíz, a cinco cargas cada uno, hacen cien cargas de maíz, que a diez pesos la carga, son mil pesos para el préstamo de avío.

DON MANUEL.—El préstamo se hará a la cooperativa; ésta comprará las cien cargas de maíz, y en la tienda que se forme se entregará el maíz que semanariamente necesite cada socio de los apuntados; pero siempre con la condición

de que trabajen su parcela; porque tan pronto como la abandonen, se suspenderá la entrega del maíz. Para esto, la Comisión de Vigilancia cuidará de dar parte a la tienda de quiénes pueden seguir recibiendo el maíz y a qué otros habrá que suspender la entrega por haber abandonado sus parcelas. La Comisión de Vigilancia es la responsable de estas entregas.

FACUNDO.—Pero, ¿qué vamos a hacer si solamente nos dan el maíz y no tenemos yunta ni arado para trabajar?

GEJO.—Primero hemos de ver que todos tengan qué comer, que después habremos de proporcionarles las yuntas y arados que sean necesarios, que no hemos de seguir en estas condiciones, arrendando yuntas a los ricachones.

OTRO EJIDATARIO.—Pero, ¿cómo nos vamos a endrogar con tanto dinero? ¿Cuándo vamos a poder pagar? ¿El Banco no se echará después sobre las cosechas?

GEJO.—¿Con qué pagamos las yuntas que arrendamos a los ricachones? Con la cosecha, ¿verdad?; pues con la misma cosecha podemos pagar al Banco lo que le pedimos. Ahora las yuntas están baratas, una buena cuesta ochenta pesos; y por ella pagamos de arrendamiento doce cargas de maíz, que en cosecha valen a cinco pesos. Con los sesenta pesos a que resultarían vendidas las doce cargas casi podemos pagar lo que nos presten para la compra de la yunta. Arrendándola nunca la acabamos de pagar y nunca será nuestra y, además, tenemos que pagar el buey que se llega a morir o perder.

EJIDATARIO.—Así sí podemos pedir prestado, siempre que nos dejen dos años para pagarlos.

DON MANUEL.—En las condiciones en que está Río Florido no necesitan sino dos años para pagar las yuntas, así es que el crédito que se pedirá para su compra y solamente para los ejidatarios que no tienen, será para pagar en dos abonos anuales. En esta forma cada año, cuando vendan sus semillas, pagarán al Banco cuarenta pesos en lugar de entregar doce cargas al ricachón; y además, ese maíz lo podrán vender cuando suba el precio, y entonces se tendrá diez pesos por carga, en lugar de venderlo en tiempo de cosecha

en que solamente vale seis pesos. La economía que se tiene es muy fuerte, y las ventajas que da el Banco nadie las puede ofrecer.

GEJO.—Entonces, vamos a pedir un préstamo de refacción, a pagar en dos años, para comprar yuntas para los compañeros que no tienen.

Cuando tengamos el dinero, nombraremos una comisión de los conocedores en ganado que vayan a comprar los bueyes, y así nos saldrán más baratos y mejores.

Mas no solamente hacían falta las yuntas, sino también los aperos correspondientes y los arados. El crédito que solicitó la sociedad cooperativa agrícola de Río Florido fué por cinco mil pesos, para pagar en dos años, dando abonos cuando se vendieran las cosechas. Pero éstas deberían quedar almacenadas para garantizar el pago al Banco Regional, desde la pizca hasta que se pudiera vender a buen precio, hecha la venta, se pagaría el abono.

Con el dinero del préstamo se pondrían en iguales condiciones a todos los ejidatarios; cada uno tendría la yunta y su apero y el arado necesario para hacer producir la parcela, que solamente con equipo se puede trabajar la tierra, y un ejido en que no hay los elementos necesarios para explotar la tierra no podrá mejorar ni dar de comer a los ejidatarios a quienes se les dotó.

Antes que otra cosa hay que poner a los ejidatarios y al ejido en condiciones de trabajar la tierra y producir, después vendrán los demás adelantos y mejoras; pues no puede mejorar el ejido mientras los ejidatarios tengan necesidad de alquilar sus brazos o pagar arrendamiento por bueyes, que son los que ayudan a producir.



POTREROS Y PRADERAS

I

Los ganados del ejido de Río Florido no se distinguían de los otros ganados de la comarca: gordos y rozagantes en tiempo de aguas, cuando los potreros estaban verdes y abundaba el pasto, y flacos y enjutos cuando se venía la siembra del trigo, y las secas empezaban. Este cuadro es el que encontramos en todas partes; así es que nadie se preocupa porque las cosas cambien: así tendrá que ser, seguramente —se dicen los campesinos—, pues de otra manera siempre habría pasto verde y abundante para los animales.

Pero Gejo no descansa y quiere ver que la mano del hombre mejore las condiciones de la Naturaleza, y le desagrada ver que los animales están flacos y débiles cuando más tienen que trabajar, ora en la siembra del trigo y más tarde en los barbechos para maíz y en la siembra.

GEJO.—Tenemos que hacer algo para que los animales del ejido no estén en estas carnes, que vergüenza da verlos como arpas y todavía teniendo que tirar del arado.

DON MANUEL.—Ya te he dicho, Gejo, que la solución está en que los ganados tengan forraje verde o tierno todo el año; así ya los animales no tendrán que estar esperando que caiga agua del cielo para poder comer.

PACHITO.—Fíjate, Gejo, cómo mis cabras y borregas siempre andan tan gordas que da gusto verlas; pero es que siempre encuentro pastos verdes y tiernos: en verano, en los planes, y en invierno las llevo al monte, donde los aguajes hacen que siempre haya pastos.

GEJO.—Pero es que los pastos del potrero no son muy buenos y gastaríamos mucha agua en regarlos, y mientras, no tendríamos la suficiente para los trigos.

DON MANUEL.—Si hay que sembrar menos trigo, hay que hacerlo; pero eso sí; los ganados no tienen que andar sufriendo por hambre y por culpa de ustedes. ¿Qué te parece, Gejo, que vayamos con Pachito a escoger un buen pedazo de potrero, lo reguemos este invierno y lo cerquemos bien. para que solamente los ganados del ejido tengan donde pastar?

Los tres echaron a andar desde luego, en busca del potrero que habían de regar. Pocos días después, se había cercado con alambre de púas y con cuatro hilos, y hecho las regaderas.

DON MANUEL.—El pedazo de potrero apenas te ajustará, Gejo, para los bueyes de trabajo, y es menester que tengamos un cultivo de forraje para que las vacas de ordeña tengan verde en invierno; los cerdos y las cabras, lo mismo que las gallinas, también necesitan de forrajes tiernos todo el año; si no, la leche se acaba, los huevos escasean, los cerdos no engordan y todo se acaba.

GEJO.—Pero no sólo ponga peros a lo que tenemos, sino quiero que dé el remedio.

DON MANUEL.—Aquí está el remedio, y si quiere el trapito, también se lo traigo: voy a encargar a mis amigos de México que me manden unos cuantos kilos de semilla de alfalfa; la sembraremos ahora que viene el mes de septiembre, en que se acaban las aguas, y ya para enero tendremos un alfalfar que nomás habrá que regar y cortar, hasta que de puro viejo haya que voltear la tierra...

"Y para el monte, en las tierras de temporal, podemos sembrar otras semillas que también nos darán buenos forrajes, mezclando las gramas y zacates con carretilla y otras plantas. Estas praderas serán de temporal y nos darán mejores forrajes que los potreros, y necesitaremos menos tierra para los ganados o más ganados para esas praderas que te digo."

II

Así como se arregló el pedazo de potrero para regarlo y cuidarlo, así también se sembró la alfalfa que recomendó el Jefe de Zona del Banco Regional.

Pero esta siembra dió lugar a que en el ejido se tuvieran muchas discusiones por cómo había de sembrarse la alfalfa y quiénes habían de cuidarla y cómo había que pagar a los que se encargaran de ella. De las discusiones se llegó a la siguiente conclusión, que habría de normar la vida económica del ejido de Río Florido:

Como sería imposible que cada uno de los ejidatarios tuviera un pedazo de alfalfar en su parcela, solamente se sembraría en un solo lugar, de manera que la atención de todos estuviera concentrada y cada uno usara de la parcela ejidal en la forma que creyera conveniente: un alfalfar para el ejido, así como se puede tener uno para una hacienda; y todos tendrían derecho a tomar del alfalfar el forraje que necesitaran para sus animales, siempre que éstos no pasaran de diez por cada ejidatario.

Pero el problema fundamental estuvo en quién había de encargarse del cuidado del alfalfar; la siembra la harían entre todos, lo mismo que habrían de hacer los barbechos, pero ¿después?... Para atender el alfalfar se hacía necesario que tres hombres se ocuparan constantemente de él; mas el ejido no tenía dinero para pagarles un jornal y quedaba después el problema que había que cobrar por cabeza de animal que entrara, o bien, habría que vender la alfalfa, a tantos centavos el kilo, y las cosas, en lugar de simplificarse, se estaban complicando más y más. La solución fué que la cooperativa se encargaría de dirigir los trabajos del alfalfar, y de que todos los socios habían de dar iguales jornadas cada uno; las parcelas de los que se quedaran en el alfalfar serían cultivadas por todos; así que sus familias y ellos no carecerían de lo necesario; la leña la traerían entre todos, para los alfalferos, y el transporte de los productos de las parcelas se haría en la misma forma. El ejido no tenía dinero, ni los ejidatarios tampoco, pero sí tenían trabajo con qué pagar el trabajo que los alfalferos iban a dedicar a un cultivo con el que saldría favorecida la comunidad. Para tener los productos de la naturaleza no se necesita dinero, sino trabajo, y si aquél escaseaba en Río Florido, el trabajo lo había en buena cantidad y con muy buena voluntad.

A UN JORNALERO

Lírica gracia exorna y ennoblece
¡Oh proletario! tu mansión mezquina:
el tiesto con la planta que florece,
la jaula con el pájaro que trina.

Sospechoso el tugurio no parece,
cuando hay en él, como señal divina,
el tiesto con la planta que florece,
la jaula con el pájaro que trina.

¡Lúgubre la morada que guarece
miseria que no luce, por mohina,
el tiesto con la planta que florece,
la jaula con el pájaro que trina!

¡Siniestro el pobre que de hogar carece,
o a su triste refugio no destina
el tiesto con la planta que florece,
la jaula con el pájaro que trina!

Salvador Díaz Mirón.



CADA CASA CON SU HUERTO

I

La construcción de casas en el ejido adelantaba a gran prisa. El trazo de la población, con sus calles anchas, con los solares para cada casa bien distribuídos, su plaza y campo de juegos, la sala de reuniones y las oficinas de la cooperativa y del ejido, la tienda cooperativa y las bodegas para almacenar los productos de las cosechas; todo había sido previsto para que la nueva población tuviera todas las comodidades y encerrara dentro de ella todo lo que la cooperativa y el ejido habían de necesitar.

Había material de construcción en varias partes de la población para que el trabajo fuera más aprisa; pero todo en forma tan ordenada, que aparecía aquello como una gran fábrica más que una nueva población que iba surgiendo del suelo. El adobe había sido hecho en grandes cantidades; pero solamente había un montón en cada manzana, para la construcción de las casas que allí habían de hacerse. Los adobes habían sido hechos a gran prisa, para aprovechar la temporada de secas y se habían cubierto con zacate para que no se deterioraran. Los morillos habían sido cortados y traídos del monte, y mientras unos estaban cortando troncos, otros hacían tablas y tablones; otros los traían a la nueva población, y aquí iban siendo acomodados para dejarlos secar por completo. Después, cuando la madera estuviera sazonada, se iniciaría el trabajo de los carpinteros para hacer las puertas y las ventanas.

Algunas casas estaban ya construídas, y aunque les faltaban puertas y ventanas, las familias ya se habían cambiado del pueblo a la nueva población. Entre las primeras familias que se cambiaron, había una que, con mucho trabajo, pero también con mucho entusiasmo, había querido llevar a su nueva casa todas las plantas que tenía en la anterior que dejaba; y así ya podían verse las macetas con rosales, claveles, geranios, huele-

de-noches; siemprevivas, madreselvas y otras plantas más. Primero se formó un jardín con las macetas; pero como ya no estaba aquello en forma conveniente ni vistosa, dado que tenían tierra bastante para poseer un verdadero jardín, fueron sacadas las plantas de las macetas, y plantadas en plena tierra. La casa cambió de aspecto, y a pesar de no estar terminada, daba gusto pasar enfrente de ella para deleitarse con las flores, que ahora, mejor que antes, se abrían para embellecer el paisaje. Esta misma familia a que me refiero, había llegado hasta sacar algunos arbolitos frutales que tenía en su antigua casa y los había trasplantado en el nuevo solar iniciando la hechura de una huerta.

II

La familia de Felipe no era precisamente una excepción entre los ejidatarios de Río Florido; pues había muchas otras que se le parecían: desde el padre y la madre eran trabajadores y diligentes, la mujer, hacendosa, y los hijos y las hijas seguían el ejemplo de sus padres, y a cual más se esforzaba porque en su casa nada faltara y porque en ella se encontrara todo lo que era necesario para una familia campesina: limpieza en todas partes; trabajo, en toda la casa y en el solar que la rodeaba; cuidado y esmero, en todo lo que hacían, y un sentimiento de belleza y de orden flotaba por doquier.

"No hay más que la ociosidad para engendrar vicios y pasiones," decía Felipe a los de su casa. El hombre o la mujer que tienen en qué trabajar, y que todo lo ejecutan con gusto; no como una tarea fastidiosa que hay que cumplir, bien o mal, sino como un placer, hallan diversión y contentamiento en todo lo que hacen. Todas las cosas que hay que hacer, hay que hacerlas bien; que da el mismo trabajo que hacerlas mal. Vivamos siempre contentos, pero no solamente con la sonrisa en los labios, sino con la alegría en el corazón. La vida se pasa ligera en esta forma, los trabajos se convierten en deleite y las penas y amarguras de la vida se hacen menos duras y pesadas.

Dentro de esta filosofía de la vida, Felipe y su mujer habían criado a sus hijos, y en su casa era la alegría la que dominaba invariablemente. Pero también hay que decir que nadie estaba

de ocioso; las mujeres se ocupaban en las labores de la casa; la cocina, la costura de la ropa, su aseo, y también participaban con los muchachos en la atención de los animales de la pequeña granja en donde había gallinas, patos, unas cuantas cabras y el indispensable marrano con su hembra y sus correspondientes crías; no habían tenido dinero suficiente para darse el lujo de tener una o dos vacas; mas esperaban que un día habían de llegar a tenerlas. El jardín siempre era cuidado por las mujeres, y aunque éstas no tenían a su cargo la hortaliza, no dejaban de dar sus vueltas por allí y ayudar a su padre y a sus hermanos, quienes, aparte de la hortaliza, cuidaban el pequeño huerto de frutales que habían ido formando poco a poco.

III

"Es mucho el trabajo que tienes en el campo, y todavía vienes a trabajar a la casa," decían a Felipe sus hijas. "Deja esos árboles, que los muchachos sean quienes los atiendan." A lo que siempre respondía Felipe: "¿Cómo quieren que deje a mis arbolitos, si ellos me han ayudado a vivir, si ellos les han dado su sombra a ustedes y todavía podrán dársela mejor a sus hijos? ¿Voy a ser ingrato con ellos, que cada año me dan fruta sabrosa para comer, y que algunas ocasiones me han dado dinero para vestirlos? ¿Cómo podré pagarles a estos árboles el bien que me han hecho de aprender a cultivarlos y de tenerme aquí al lado de su madre y cerca de ustedes en los días que no se puede ir al campo, con la lluvia o con el frío, que me han hecho preferir la vida del hogar a las reuniones de la cantina?

"Todos esos ratos perdidos que otros ocupan en diversiones fuera de su casa y que siempre llevan consigo penas y decepciones, amén de la pérdida de la salud y aun de la vida, yo los he ocupado con ustedes y con su madre. Con ustedes he aprendido a leer y a escribir y contar cuando los tenía en mis rodillas y me decían lo que habían aprendido en la Escuela. Y si no fuera por esas plantas que me han tenido constantemente con ustedes, ¿qué sería de nosotros, qué sería de esta casa?

"Al ir cuidando los perales, los manzanos, los duraznos y la caprichosa vid, he ido pensando en la vida, he aprendido a apreciarla como un grande bien, y en cada planta veo a uno de ustedes, y al podarla y abonarla todos los años, y al regarla, lo hago con el gusto y cuidado como si fueran mis hijos, como si estuviera ayudándolos a dar los primeros pasos; como si al podarles las ramas sobrantes y los chupones estuviera rodeando de cuidados y dando consejos a ustedes, y, finalmente, en la cosecha es la fiesta anual en que todos nos reunimos para saborear lo que hemos trabajado y hecho juntos en la vida: los árboles no me dan sus palabras, sus abrazos y caricias, pero me entregan el fruto que han trabajado en todo el año. Esta fruta es la expresión de sus sentimientos y el reconocimiento de mis cuidados.

"No puedo abandonar esos frutales, hijos, sino hasta que no pueda moverme, cuando ya haya enseñado a ustedes cómo viven y cómo hablan y expresan sus sufrimientos y sus alegrías esos árboles que forman la huerta de la casa."

Efectivamente, el viejo Felipe no abandona sus árboles y ya está enseñando a sus hijos lo que él ha aprendido.

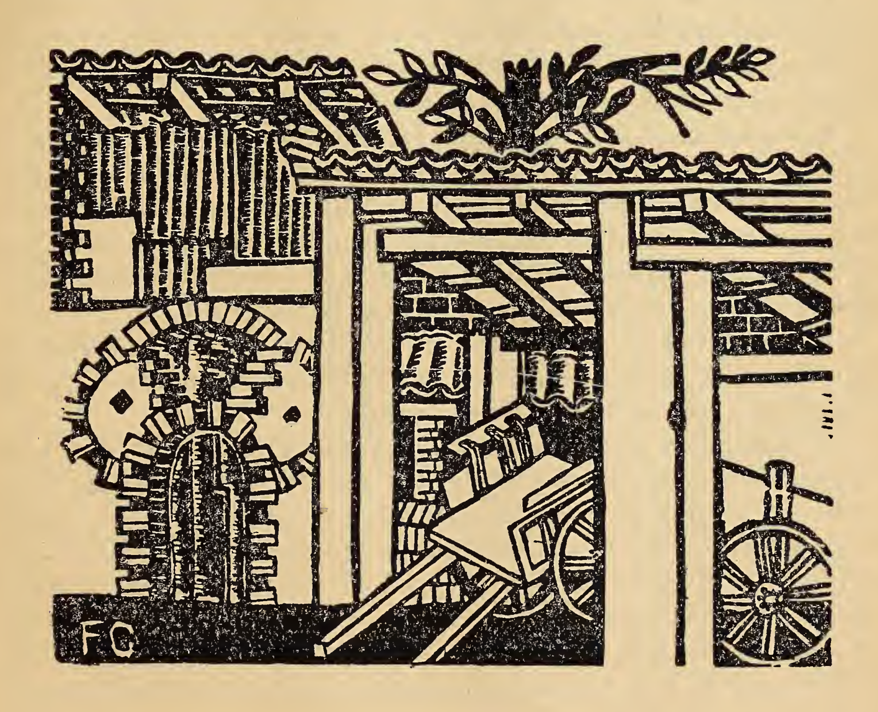
IV

El huerto frutal, la hortaliza y el jardín, como decía Felipe, es la bendición más grande que tienen los campesinos que saben vivir como tales. No podemos pensar en una casa de campo sin que desde luego nos imaginemos una pequeña casa alegre y humilde rodeada toda de plantas, entre las cuales se destacan las flores del jardín y las frutas del huerto, quedando, humildes, las plantas de hortaliza que día con día nos dan sus productos para vivir.

Para Juana no pasaron inadvertidos el trabajo y la vida de Felipe, y desde luego lo puso de ejemplo a todo el ejido para que en la nueva población no hubiera casa alguna que dejara de tener unos cuantos frutales, la hortaliza y un pequeño o minúsculo jardín. Felipe y sus hijos iban a convertirse en los directores

del movimiento y enseñarían a todos los demás, que aún ignoraban el manejo de las plantas delicadas, lo que de su padre habían aprendido.

La nueva población del ejido de Río Florido sí podía llevar orgullosamente el nombre de su valle y de su río, porque por todos lados habían de verse las flores de los jardines de los hogares campesinos.



NO PRODUZCAS BARATO, SINO MAS Y MEJOR

En tiempos pasados, el hombre trabajaba para vivir y también por el placer que le causaba aplicar sus energías y su gusto a la hechura de una obra; aún vemos cosas que representan un trabajo inestimable y que el artesano vende por cualquier cosa: primero ha gozado de su obra y después, obtiene de ella lo suficiente para vivir y hacer otra mejor.

Las fábricas de hoy, lo mismo que los campos, que lentamente se están transformando en fábricas de productos agrícolas y ganaderos, tienden a producir *barato,* lo que significa mucho y de mala calidad. Aplicación de poco trabajo a cada cosa que se vende; rapidez en la manufactura; materia prima de calidad inferior: éstas son las bases de la baratura.

La baratura es un medio de obtener dinero, de alcanzar riquezas, cuando que debe ser la resultante de un trabajo más inteligente y de un gusto más elevado.

El agricultor que quiere producir simplemente mucho, siembra enormes superficies y malgasta sus energías y las de la naturaleza; el manufacturero que quiere producir en cantidad aplica máquinas y obtiene productos iguales, sin gracia, sin personalidad, y que duran tanto como el dinero que se gasta en ellas. Pero hay modo de obtener productos baratos mejorando siempre: cultivando las mejores tierras con los mejores procedimientos, para que la tierra compense los trabajos del hombre; hay semillas seleccionadas, que producen mayor cantidad de granos o de frutos que las ordinarias; hay vacas y cabras que producen más leche y de mejor calidad que las que usualmente se tienen; hay cerdos que en menor tiempo y con la misma cantidad de forrajes, y aun menos, entregan al hombre más carne y grasa que los primeros descendientes del jabalí.

La baratura, en esos casos, es el fin que llega sólo con la aplicación de trabajo lento y constante, dando al productor ma-

yor cantidad de productos y de mejor clase, y si el productor no desea enriquecerse, sino simplemente llevar su vida en el mismo medio en que se encuentra, el resultado será la baratura.

La baratura es solamente un reflejo de los deseos y miras del productor, no es el resultado de la producción y de los métodos. El productor que con la misma cantidad de energías produce como 100 (cien), cuando antes obtenía 60 (sesenta), está en condiciones de vender más barato; pero si persigue su enriquecimiento, deseará seguir vendiendo al mismo precio que antes, y entonces, la mayor producción, con el mismo trabajo, no querrá decir baratura. El productor que toma sus actividades como medio para vivir, no para enriquecerse, dará al consumidor parte de su mejoramiento en la producción reduciendo sus precios de venta, abaratando el producto.

Hay baratura cuando el productor entrega mejores productos por el mismo precio que antes pagaba el consumidor por artículos de calidad inferior; esta baratura es la que tiene que perseguir el agricultor. Hay baratura cuando el trabajo se paga barato, sacrificando al hombre y dejando al empresario la misma ganancia. Hay que mejorar los medios de producción para no sacrificar al trabajador: así debe hacerlo el agricultor. Hay baratura cuando el productor no trata de enriquecerse a costa de los consumidores, sino de vivir su vida. Nuestro campesino tiene que mejorar sus métodos y sus medios de trabajo, para seguir vendiendo sus productos a los mismos precios y hacerlos de mejor calidad, al mismo tiempo que esta condición le permite mejorar su vida. El campesino mexicano aún tiene que mejorar su vida, antes de pensar en vender más barato; y cuando deje de llevar la vida miserable y triste de hoy, ya tendrá que pensar en establecer, junto con los mejores procedimientos de producción, mejores precios de venta, para que el consumidor pueda, también, mejorar su vida.

Nuestros campesinos tienen, primero, que disfrutar del aumento de producción por medio de mejores semillas y animales y mejores métodos de explotación, antes de que se les pida que abaraten sus productos. Primero tienen que elevar su nivel de vida, aplicando para ello los resultados de mejores productos y mayores rendimientos. Después podrán vender más barato; pero no a los intermediarios, sino al consumidor.

EL COMERCIO DE LOS PRODUCTOS AGRICOLAS

I

Aún hay productores, campesinos y artesanos que entregan sus productos directamente a los consumidores, con quienes establecen el precio de sus artículos en transacción libre o regateo que se fija entre ambos. Esos productores aislados están reproduciendo o siguiendo las formas primitivas del comercio cuando las zonas en que se realizaba eran demasiado pequeñas y limitadas: los productores sabían a quiénes habían de vender sus productos, y los consumidores sabían perfectamente que el suministro de artículos sería más o menos constante y las condiciones en que tenía lugar la producción. Pero esos límites del mercado local se fueron ampliando, las superficies grandes sucedieron a las pequeñas; el número de productores y consumidores aumentó junto con la superficie dentro de la cual habían de realizarse las transacciones, y fué siendo, poco a poco, más difícil que los productores se entendieran directamente con quienes habían de consumir sus artículos. Las necesidades de la población se diversificaron. Ya no fué posible que se contara con la producción local, demasiado uniforme, y se pidió que mercancías de otros lugares, muy distantes algunas ocasiones, fueran llevadas al mercado aquél. La dificultad de entenderse productores y consumidores y las necesidades o caprichos de las nuevas poblaciones, hicieron que apareciera un nuevo elemento en el mercado: el comerciante.

El comerciante es el individuo que se coloca entre el productor y el consumidor, encargándose de proporcionar consumidores al productor, y artículos deseados a quien los necesita. El productor y el consumidor dejaron de entenderse directamente; el intermediario apareció en escena prestando un servicio, mu-

chas veces demasiado caro, a los elementos extraños: productor y consumidor.

El productor entrega sus cosechas al comerciante de la localidad, quien hace las operaciones por su cuenta y riesgo o bien obra como agente de otros comerciantes más poderosos que viven en poblaciones de más categoría, pero para el caso es lo mismo. Ese comprador de cosechas lleva en sus manos la vida de los campesinos y la maneja a su antojo, casi lo mismo que el cielo gobierna las cosechas según llueva oportunamente o fuera de tiempo: cuando se acercan las cosechas, los precios son bajos, tan bajos como lo permiten la abundancia de productos o la pobreza de los campesinos, cuando acaba de salir el producto de los campos, los precios van subiendo; pero ya nada o poco le queda por comprar al comerciante o por vender al campesino. Cuando las existencias que han dejado para sí los productores se están agotando, los precios de venta suben y suben, sacando al agricultor lo que les fué entregado como precio de las cosechas que le habían vendido. Nuevamente hay cosechas que comprar, y vuelta a bajar los precios. Este es el abecedario de los comerciantes, y como se ve, no deja de ser sencillo, pero altamente perjudicial para los productores, de los cuales viven, y de los consumidores, a quienes posteriormente venden; y si el agricultor es vendedor y comprador, simultánea o sucesivamente, dos veces se encuentra en manos del comerciante: cuando vende y cuando compra.

II

Pero si ese movimiento de precios de los productos agrícolas fuera lo único de que se valieran los comerciantes para explotar a los agricultores, las cosas serían más llevaderas de como acontece en la realidad; y en ésta es así: el precio a que anuncia que compra un comerciante no es muy bajo; aún deja algo para vivir al productor; pero que llegue un vendedor de su cosecha y sabrá realmente lo que pasa: el precio aquél era el gancho, porque en la compraventa aparecen otros detalles: baja el precio porque la semilla no está muy seca (aun cuando lo esté); baja el precio porque la semilla está revuelta (aun cuando sea uniforme); baja el precio porque acaba de llegar otro com-

prador que paga menos (aun cuando nadie se haya acercado a comprar); y baja el precio porque las básculas para comprar son diferentes de las que se utilizan para vender; los kilogramos son de mil doscientos a mil cuatrocientos gramos para comprar y de novecientos gramos o menos, cuando el comerciante vende al consumidor. Aquí está el mecanismo del mercado de productos agrícolas en el primer grado, en la localidad.

Ese comerciante local generalmente compra más productos de los que puede vender a sus consumidores directos, y entonces, parte del volumen de sus compras sale de la localidad para ir a acumularse con otras cosechas que se han ido concentrando en lugares de más importancia, en donde aparte de obrar como concentradores, también compran directamente a los agricultores.

Puede, todavía, presentarse otro escalón más de concentración hasta llegar esas cosechas a los centros más importantes de concentración y distribución. En México sirven de centros de concentración y distribución las siguientes poblaciones: México, Puebla, Guadalajara, Torreón, Monterrey y San Luis Potosí.

Los precios a que sucesivamente van comprando unos comerciantes a otros, van siendo aumentados por las ganancias de los comerciantes vendedores, comisiones a los empleados, gastos de maniobras, mermas y transportes. El comerciante, que es al mismo tiempo concentrador y distribuidor, es el que paga los precios más elevados; el comerciante local es el que paga más bajo.

Se inicia la distribución de aquellos productos que primero fueron concentrados en unas cuantas manos; pasan los artículos al mayorista, siguen los grandes volúmenes que maneja el mayorista dividiéndose, hasta llegar la mercancía a poder del comerciante que vende al detalle, y que está en contacto directo con el consumidor. Cada paso de descenso y de mayor división de los volúmenes trae consigo un aumento de precio de los productos; las comisiones o ganancias, las mermas, los gastos de manejo y los transportes; así es que cuando ha pasado por dos, tres o cuatro manos antes de llegar al consumidor, ya éste no tiene idea siquiera de los precios a que se inició la distribución, y ni sospechar puede el precio a que el agricultor vendió a aquel comerciante local que empezó la cadena.

III

El comercio y el comerciante ciertamente prestan un gran servicio al poner en manos del consumidor las mercancías que necesita y en el momento en que las va a ocupar o las desea. ¡Pero a qué precio!... El servicio es demasiado caro, y, muchas veces, también malo.

No solamente los productores agrícolas han visto lo malo y caro del servicio de los comerciantes o intermediarios entre el productor y el consumidor, sino también los productores industriales, que muchas veces no pueden sostener el movimiento de sus fábricas, por las comisiones y gastos que representa ese *servicio.* Las ganancias se quedan en manos de los comerciantes, sin que éstos expongan nada, a menos que se metan a la especulación o juegos de bolsa, confiados en sus conocimientos o en su poder adivinatorio.

Tan es así el mecanismo comercial, que productores de todas clases han estudiado la manera de resolver el problema del comercio y han resuelto evitar a los intermediarios, estableciendo sus propios mecanismos de distribución, para poner directamente en manos de los consumidores los artículos que producen. Los grandes manufactureros lo han resuelto, como la casa Ford, que fabrica y vende automóviles; la compañía Singer, que fabrica y vende directamente en todos los lugares de la tierra máquinas de coser. Los agricultores, en cambio, no se encuentran en la misma situación: las cosechas que ellos individualmente levantan son poca cosa en relación con el consumo y no pueden establecer personalmente su servicio de distribución; pero sí lo pueden lograr reuniendo las cosechas de muchos y encargando a unas cuantas personas o a una sola la venta y distribución de sus productos. La organización cooperativa permite realizar este milagro; y así es como la mitad de los cultivadores de trigo del Canadá pueden vender su trigo en cualquiera parte del mundo por medio del Pool Triguero que han organizado.

Pero hay que tener en cuenta que las organizaciones de agricultores que tienen por objeto la venta en común de sus cosechas, no deben tomar el aspecto de comerciantes, sino que presten el servicio eliminando al intermediario, evitando las fu-

gas de dinero por las maniobras y transportes inútiles, obteniendo un buen precio para los productores y otro precio más bajo para los consumidores de esos productos: las organizaciones de agricultores para venta de sus productos no deben solamente substituir al comerciante conservando los mismos defectos y encareciendo la vida del consumidor, sino que deben tender a realizar utilidades reduciendo los gastos y ganancias que tendrían los intermediarios, para hacer la vida más barata para el consumidor y la industria más remuneradora para el productor.



NUNCA DEJES QUE LA YERBA INVADA TUS CAMPOS

¿Has visto alguna vez la cantidad de semillas que tienen la lengua de vaca, la grama, el nabo, el rabanillo y las demás plantas silvestres? ¿Te has fijado en las raíces del pasto chino, del zacate Johnson, y en los filamentos amarillos de la cúscuta o zacatlaxcal?

Las plantas silvestres tienen un gran poder para el asemillamiento; sus raíces son resistentes y más que las de las plantas de cultivo, y pueden vivir en tierras tan secas en que aquéllas se marchitan; otras, tienen, en la parte subterránea, tallos con yemas que les sirven para la multiplicación, y poder para resistir la falta de humedad, las inclemencias del tiempo, las heladas, el exceso de agua y muchas otras cosas más. Con estas cualidades de resistencia y de multiplicación ¿qué sucedería si dejáramos que las yerbas crecieran libremente? ¿Qué pasa, simplemente con los cultivos que se dejan sin labores? Las plantas silvestres invaden todos los espacios desocupados de la tierra de cultivo y aprovechan rápida y eficientemente las menores oportunidades para desarrollarse, florear y asemillar. Y cuando el agricultor va a levantar la cosecha, se encuentra con que las plantas de cultivo no han podido luchar con las silvestres: éstas se han desarrollado y han ahogado a las otras. Las cosechas se pierden por la invasión de las plantas silvestres y yerbas.

Mas no es necesario que las yerbas estén precisamente dentro de las tierras de labor para que su acción se haga sentir: en las besanas, en las cabeceras de los campos, asientan su vida y poco a poco se van insinuando entre los cultivos y la superficie se ve reducida por esta circunstancia.

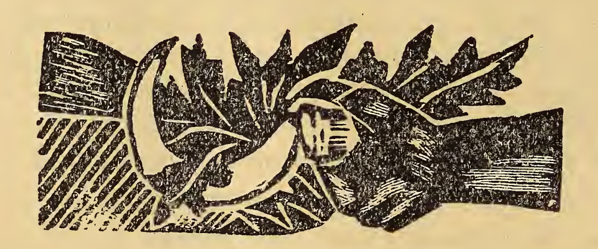
Las aguas de riego, el viento, y todos los agentes naturales se encargan de repartir la semilla de las yerbas; los animales y los hombres también les sirven de vehículo, aunque incons-

cientemente; pero siempre llevan de una parte a otra los elementos que han de servir a las plantas silvestres de medio de reproducción y propagación.

Si destruyes las yerbas que salen en tus campos, ¿habrás hecho todo lo necesario para librarte de ellas? No, que aún has dejado las que están fuera, y en continuo acecho para entrar. Debes destruir toda la yerba que se encuentre en tus campos, y hay que incitar a todos los campesinos a que hagan lo mismo; pues solamente una labor conjunta ha de dar el triunfo a las plantas de cultivo, las cuales no se pueden defender.

Las yerbas no solamente quitan a las plantas de cultivo el sol y la luz, sino también la humedad del suelo y los alimentos que el hombre ha destinado a las plantas que han de nutrirlo. Hay que destruir las yerbas.

Pero si el fin de las yerbas fuera solamente competir con las plantas de cultivo, el mal no sería muy grave; hay que ver que algunas también sirven de nodriza a enfermedades que posteriormente han de atacar a los cultivos, y de albergue a los insectos que después destruirán las plantas, comiéndolas, perforándolas, echando a perder las semillas y los frutos. Destruyamos las yerbas, para salvar las cosechas.



COMPRAS EN COMUN POR LA COOPERATIVA

I

Don Manuel desapareció de Río Florido por algunos días, después de haber obtenido las firmas en sus documentos y la solicitud de préstamo que la cooperativa hacía al Banco Regional. Como el ruido de la cooperativa había trascendido a todo el pueblo, los principales de él, el Presidente Municipal, el tendero, el doctor y el dueño de La Concha se reían a sus anchas diciendo que el Jefe de Zona les había tomado el pelo: "¿Cómo piensan que el Banco les va a prestar dinero a unos cuantos desharrapados que ni siquiera pueden hipotecar las tierras que cultivan? ¿Quiénes son ellos para que un Banco se ocupe de sus negocios? Yo he andado por todo México, he visto a mis amistades y a las influencias que tengo cerca de los banqueros y no he podido conseguir un solo centavo, decía don Carlos; y ¿éstos van a conseguir que les presten para yuntas y para comer?..."

Y por ese camino seguían las conversaciones en el pueblo, y todos veían con lástima y burla a los ilusos que habían pensado y creído que alguien se había de ocupar de ellos.

Hasta Gejo llegaron los rumores y no pudo aguantarse más, y fué a ver a don Juanito, a la Escuela.

GEJO.—Oiga, don Juanito, los del pueblo dicen que quién nos ha de prestar dinero, que no hay para los ricos, los hacendados, y qué va a haber para nosotros, ¡los pobres!... Tanto dicen y tanto se tarda en escribir el ingeniero, que ya lo voy creyendo... ¿Se imaginan nomás lo que pasará, si efectivamente no nos prestan lo que hemos pedido? Usted vió que no era exagerado lo que pedimos, y que en la cosecha seguramente podremos pagar eso y más. ¿Nos habrá engañado el ingeniero?

DON JUANITO.—No pienses eso, Gejo, los que dicen que nos han engañado, quieren que el ejido desaparezca; que todos se salgan de la cooperativa; que nadie siembre las tierras; que las yuntas no sean de los ejidatarios. ¿No ves que cuando la cooperativa tenga dinero ya se les acabó su negocio: arrendar las tierras del ejido, arrendar las yuntas a los que no tienen y quieren trabajar la parcela; comprar las cosechas; y, finalmente, desbaratar lo que se lleva emprendido, que es la vida misma del ejido? Yo hablé muy seriamente con don Manuel, después de la asamblea en que se discutieron los préstamos, y me dijo que veía muy bien la operación y que pondría todo su empeño y diligencia para que cuanto antes se resolviera el asunto y tuviéramos el dinero aquí. Porque tienes que pensar que él no va a ser quien preste, sino que la solicitud tiene que ir al Banco, allí la tienen que estudiar y después la pasan a los jefes del Banco Nacional de Crédito Agrícola, en México, en donde aprueban en definitiva el préstamo.

"Lo que hay que hacer es animar a los compañeros y decirles que tengan paciencia, que todo tiene que llegar a su tiempo, que no anden creyendo los decires de la gente del pueblo, que solamente desean el mal de la cooperativa y del ejido, que es el bien de ellos."

GEJO.—Ya me dan ganas de escribirle a don Manuel...

DON JUANITO.—No hagas eso, que no tardará en llegar o en mandarnos decir lo que resolvió el Banco.

II

Otros días más pasaron en la incertidumbre y con las correspondientes angustias de Gejo y de sus demás compañeros; hasta que un día llegó una carta del Banco Regional, dirigida a Gejo, "Presidente de la Cooperativa Agrícola de Río Florido, Río Florido."

Esa carta corrió por muchas manos y hubo que sacar una copia para fijarla en el Comité Ejidal, y que todos pudieran darse cuenta de lo que decía, que en términos concretos era así:

"Tenemos el gusto de participarles que nuestro Consejo ha tenido a bien aprobar un préstamo de avío a un año de plazo por la cantidad de $ 1,000.00 (un mil pesos) y otro de refacción, a dos años de plazo, por $ 5,000.00 (cinco mil pesos). La garantía para ambos créditos serán las cosechas que se levanten en las tierras cultivadas por los miembros de esa Cooperativa."

Así como fué de amarga la burla que tuvieron que aguantar los ejidatarios, los enemigos del ejido hubieron de soportar los desdenes y las indirectas de los ejidatarios, ahora triunfantes, que tenían ya la seguridad de haber conseguido el crédito en el Banco. ¡Para qué mencionar las palabras de los que veían defraudadas sus esperanzas de lucro y de explotación; para qué decir los comentarios que hicieron los que perdían, y tal vez para siempre, aquel grupo de hombres que habían venido explotando desde sus antepasados!

La llegada de don Manuel, que ahora, más que nunca, era el "ingeniero," fué un triunfo. Ya venía con las órdenes de recoger el dinero y entregarlo a la cooperativa.

A la asamblea de la cooperativa concurrieron todos; querían saber cómo se les iba a entregar el dinero; querían tenerlo en sus manos para saborear el placer de tener tanto dinero junto. Ya algunos ejidatarios habían empezado a tener ofrecimientos de venta de maíz o de yuntas, los enemigos de ayer eran los amigos de hoy: ya que se perdía la explotación, se quería vender el instrumento que servía para ella. Pero las cosas pasaron de otra manera:

—Ya solamente falta firmar los contratos de los préstamos y pasar al Banco a recoger el dinero— dijo don Manuel, en la asamblea; pero tenemos que pensar en la mejor forma de hacer las compras, porque de otra manera nos exponemos a que este dinero se vaya sin hacer el beneficio completo al ejido y a la cooperativa.

"Don Nicomedes, el tendero, que es el único que ahora tiene maíz, lo quiere dar muy caro: quiere doce pesos por la carga; pero me he informado en otros pueblos, y en la hacienda del Venado me dan la carga de ciento cincuenta

kilos a nueve pesos cincuenta centavos; nomás que hay que ir a recogerlo. Ya saben que la hacienda está a medio día de camino. Pero si podemos conseguir que algunos de los muchachos vayan por el maíz, no gastaremos nada, y aquí tendremos maíz a dos pesos cincuenta centavos más barato que el que vende don Nicomedes."

III

No faltaron ejidatarios que se prestaran a echar la caminata con sus bestias para ir a traer el maíz barato que vendían en la hacienda del Venado; pues pensaban que no solamente tendrían barato el maíz, sino que también hacían que don Nicomedes se quedara con el suyo. Los arreglos que se hicieron en la cooperativa fueron terminantes y rápidos; el domingo saldrían tres socios, con burros y mulas con costalera bastante para recoger el grano.

"...Ya que hemos resuelto la compra del maíz, continuó diciendo don Manuel, vamos a tratar la compra de los bueyes: he sabido que han estado ofreciendo yuntas a los compañeros; pero el precio que piden es exagerado: cien pesos por cada yunta, y no es justo que se pague tanto dinero por dos bueyes. En tierra caliente, que ya se toca a dos días de jornada, los bueyes y toretes están muy baratos; me he estado informando con don Matías, el padre de Gejo, que es experto en eso de escoger animales para el trabajo. Así, pues, creo que podíamos nombrar una comisión de confianza, tanto en el conocimiento de animales como en la traída de ellos y en el manejo de los dineros; esta comisión se pone en camino, compra los animales que le alcance con el dinero que se lleva, y echa a caminar para Río Florido, donde los esperamos."

Desde luego fué aceptada la idea, y quedaron nombrados para ir a comprar novillos y bueyes, don Matías y los de la comisión de vigilancia. Total, tres personas que habían de salir desde luego, montados y listos para arrear los animales que se compraran.

Al cabo de ocho días de haber salido, la comisión llegó arreando una punta de toretes preciosos que había comprado en tierra caliente. Daba gusto ver a tantos animales hermosos, juntos; no había cuál escoger, porque tan bueno estaba uno como los demás. Hechas las cuentas de la comisión se encontró con que, cargando todos los gastos que hicieron en el camino y el precio de compra de los animales, salían, uno con otro, a veinticinco pesos, en lugar de los cincuenta a que vendían los bueyes en el pueblo.

GEJO.—¡Esto sí que es saber comprar, ingeniero! Nomás eche un vistazo a tanto torete! ¡Y pensar que nos íbamos a quedar con los bueyes ya trabajados que nos vendían en el pueblo, y tan caros!

DON MANUEL.—Lo que has visto ahora pasa siempre y todos los días: el pobre, el que compra poco y no tiene manera de andar buscando la forma más cómoda de comprar, es el que paga más caro las cosas; el rico, el que compra en grandes cantidades, lo mismo que el comerciante, siempre saca los mejores precios y obtiene la mejor mercancía. Este ejemplo que ya han visto palpablemente, tiene que abrirles los ojos, para que dejen de comprar en el pueblo uno por uno, y de una vez se establezca la tienda cooperativa, que es la que se tiene que encargar de hacer todas las compras de la cooperativa y de los socios. Solamente comprando en grandes cantidades es como se puede tener una buena economía. Lo mismo da tener que comprar maíz y bueyes, que manta, azúcar o frijol y arados; siempre el procedimiento es el mismo: las compras en común, en grandes cantidades, dan buenos resultados, haciendo que el dinero realmente rinda.

"Y todavía se puede tener más economía si se tiene el almacén, porque entonces se puede aprovechar la época de bajos precios de algunos productos y comprarlos para tener existencia cuando los socios los necesitan y ya se encuentran caros, y entonces los compañeros podrán tener todo a precios razonables. Este es el mecanismo del comercio, sólo que extremado: comprar lo más barato que se dejan los

campesinos, y después venderles lo mismo, lo más caro que se puede; mecanismo que aprovechan los comerciantes, y así es como hacen dinero."

De esta manera, tan sencilla como práctica, la cooperativa de Río Florido pudo comprar maíz, toretes, aperos y arados para repartir a todos los que necesitaban estas cosas; sobró dinero y pudieron invertirlo en la adquisición de provisiones para empezar a formar una tienda cooperativa.



ESCOGE EL PIE DE CRIA DE TU GANADO

Habrás observado que los hijos se parecen a los padres; que aun cuando entre las familias hay algunos hijos que tienen poco parecido con ellos, si se hace historia de sus antepasados, siempre se encontrarán rastros de ellos, de los abuelos, de los tios, en los individuos aparentemente menos parecidos a la familia. En los hombres, podemos hallar estas semejanzas en su parte física, en la conformación de la cabeza, de los ojos, de la nariz, de la boca y demás partes del cuerpo, en la estatura y también en las costumbres, las ideas y los gustos. En los animales podemos hacer exactamente las mismas observaciones; encontraremos que habrá becerros blancos o colorados, de padres de esos mismos colores; que si se cubren hembras de un color con padres de otro, nacerán algunos de color del padre y otros del mismo de la madre, pero también aparecerán otros pintos; que si la madre de una ternera es buena lechera, habrá grandes probabilidades de que ésta también lo sea, y así sucesivamente. Los hijos heredan las cualidades y defectos de sus progenitores y antepasados.

Sin embargo, de tiempo en tiempo aparecen en los rebaños algunos animales que no guardan relación con los antepasados: con mejor conformación, con cualidades para desarrollar algo en más alto grado que sus semejantes; puercos que engordan rápidamente, vacas que producen mayor cantidad de leche; borregos de lana más fina y larga; y así por el estilo, en cualquier clase de ganado.

Si esos animales excepcionales se separan y el apareamiento se hace cuidadosamente; apartan los mejores hijos y nietos de esos primeros ejemplares, se realiza la selección y fijación de los caracteres, y más tarde o más temprano se tendrá una familia de animales con cualidades especiales, que los distinguirán del resto, de la masa de los ganados de la misma especie. Así nacieron las razas de animales que ahora conocemos.

Este trabajo de selección y formación de las razas es un trabajo lento y laborioso, y no todos los individuos están en condiciones de llevarlo a la práctica; no debemos pensar en que todos podemos iniciar ese trabajo y terminarlo; más bien, debemos aprovecharnos de las actuales razas ya mejoradas y seguir pacientemente esa labor de selección, dentro del ganado que poseemos. En todas las especies de animales domésticos se ha hecho este trabajo, y no es necesario que el agricultor de hoy se ponga a crear una nueva raza, pues ya hay en el mercado los animales con caracteres propios para cada una de las condiciones y necesidades del agricultor: vacas lecheras, vacas que producen mayor cantidad de carne que de leche; caballos para silla y caballos para tiro ligero, mediano o pesado; cabras lecheras y cabras para pelo; borregos para carne y otros en que la clase y calidad de la lana predomina; puercos que crecen rápidamente y rinden mucha manteca en la matanza, y otros cuya carne se presta admirablemente para la hechura de jamón; gallinas buenas ponedoras y otras en que la clase y cantidad de carne que producen no les permite poner muy a menudo, etc., etc.

Pero si no hay que meterse a creador de nuevas razas, el agricultor sí debe tener cuidado de seleccionar el pie de cría que ha de servir de base para su ganado. Primero escogerá la raza que más le conviene para el fin que persigue y dentro de las condiciones en que trabaja; después, irá a estudiar los animales que ha de comprar, averiguando sus antecedentes, las cualidades de sus padres y abuelos, y finalmente, los animales mismos que le ofrecen en venta. No hay que confiar en historias; hay que ver a los animales; hay que ver lo que producen y que se demuestren las cualidades que anuncian. Un buen pie de cría hará más por el buen resultado de la explotación, que muchos cuidados que se tengan después con animales mediocres o corrientes. El animal sin cualidades, ya no diremos con defectos, nunca compensará al agricultor el dinero que ha pagado por él ni los cuidados que se le prodiguen, y cada nueva cría aumentará las pérdidas, como cada nueva cría de un buen animal aumentará las ganancias.

EXPLOTANDO LOS PASTOS DEL EJIDO

I

Ya cada socio de la cooperativa agrícola que se formó en el ejido de Río Florido, y por tanto todos los ejidatarios tienen su correspondiente yunta aperada. Antes, los potreros se veían abandonados, pocos animales pastaban y cada invierno ardía el pasto seco que no había sido aprovechado en su oportunidad. Pero desde que se compraron los toretes la cosa ha cambiado, porque ya podemos ver que cuando los animales no están trabajando en el barbecho o el cultivo de las parcelas, se pasan el día gozando de los buenos pastos que tiene el potrero.

Mas los animales de trabajo no pueden aprovechar todos los pastos, y para que no maltraten todos los potreros, se ha cercado uno, de buen tamaño, que es el que ocupan, y los otros están de reserva. Ya uno ha sido destinado a las vacas del establo y a la becerrada, y todavía queda otro que aún no se ha tocado.

Las ideas que tiene la Mesa Directiva de la cooperativa son de aprovechar todo aquello que pueda ser explotable en el ejido, ya que consideran que es un crimen perder las energías de la tierra y de todos los elementos con que se cuenta; "Tenemos —dicen— que aprovechar todo lo que hay en el ejido; tenemos la obligación de explotar la tierra de cultivo, los potreros y el monte. Las tierras de cultivo, tanto las de riego como las temporales, las explotaremos sembrándolas con las semillas que nos den las mejores cosechas y las de más alto valor para nosotros mismos y para el mercado: tenemos que explotar los potreros con los animales que podamos poner allí, ya sean ganados para carne o para leche, y también rebaños de cabras y de borregos; el monte tiene que proporcionarnos leña, madera, resinas y todo lo más que podamos obtener sin que se agote, sino que se con-

serve produciendo indefinidamente, lo mismo que las tierras de cultivo y los potreros, que no vamos a cansar."

Las tierras están siendo cultivadas por los ejidatarios, de acuerdo con los conocimientos de cada uno, y se espera que poco a poco han de ir mejorando; el monte ya está en explotación, aunque leve; pero también ya habrá tiempo de organizarla; pero los potreros apenas si tienen los toretes y bueyes de trabajo que mantener.

Don Manuel, el Jefe de Zona del Banco Regional, está guiando a Gejo para poder establecer la explotación de esos potreros.

DON MANUEL.—De acuerdo con el proyecto de Juana, pronto tendremos las vacas y el establo; y para estos animales hay que separar un pedazo de potrero; pero aún quedará mucho terreno por aprovechar. ¿Qué te parece, Gejo, que pongamos una cría de ganado vacuno, para carne? Tendremos, desde luego, bueyes para los trabajos agrícolas, y así podemos ir reponiendo los que se mueran o se avejenten; y con estos hacemos la engorda solamente para tener carne en el ejido, y si hay algo más, para el pueblo. Ya ves que tienen que traer las reses de fuera del Valle, porque aquí no hay para la matanza.

GEJO.—Bueno, ingeniero, usted tiene razón y seguramente tendremos que hacer todo eso; pero ¿qué le parece que hablemos un poco de esas vacas que quiere Juana?

DON MANUEL.—Está bien. ¿Ya escogieron la raza que van a comprar? ¿Y la calidad de los animales?

GEJO.—Todavía no; pues yo esperaba que usted viniera para que me dijera algo de eso.

DON MANUEL.—Mira, Gejo: tenemos que empezar por saber qué es lo que se quiere. Principalmente, es leche. Pero como estamos en el campo también, hay que criar animales que después sirvan para el arado y tengan carne cuando se les sacrifique.

"La mejor de las leches, la más rica en crema, es la de la vaca Jersey, una vaquita chiquita, de esqueleto muy fino, con una cabeza pequeña de ojos saltones, de color café cla-

ro y manchada de café más obscuro. Pero esta raza no conviene para el ejido, porque los bueyes salen chaparros.

"La vaca holandesa es una hermosa vaca: grandota, blanca, con pintas negras casi siempre, que da mucha leche, pero delgada; los bueyes que se obtienen son buenos para el trabajo; pero no engordan mucho y no rinden en la matanza.

"La vaca suiza es casi tan grande como la holandesa, de color venado, da menos leche que ésta, pero más rica; los bueyes que se obtienen son muy buenos para el trabajo, resistentes y con buena encornadura para uncirlos al yugo. La carne que dan en la matanza es de buena clase.

"Hay otras razas menos conocidas en México; pero de aquéllas podemos conseguir un pie bueno y relativamente barato."

GEJO.—Pero ¿qué no será mejor tener vacas criollas? Las finas son muy delicadas, según me dicen, y las criollas están acostumbradas a la mala vida.

DON MANUEL.—No es que sean delicadas, sino que necesitan cuidados, como todos los animales: forraje, agua y un lugar en que se puedan guarecer. Pero, en cambio, te dan más leche que las criollas, por cada kilo de forraje que les des, y en lugar de tener dos vacas criollas o tres, con una de las finas es bastante.

GEJO.—¿Cuánta leche es lo más que llegan a dar?

DON MANUEL.—Hay vacas holandesas que dan al día hasta cuarenta litros, o sean unas dos cubetas.

GEJO.—¿Tanta leche?

DON MANUEL.—Sí, tanta; pero no son las vacas que te aconsejo, porque esas sí requieren más atención que la que pueden recibir en el ejido, y cuestan muy caro. Yo te aconsejo que compres unas buenas vacas suizas no muy finas, que ya estén acostumbradas al trato de la gente de aquí, y se hayan aclimatado. No darán mucha, mucha leche, pero siempre serán más costeables que las criollas. Y cuando ya sepan manejar estas vacas se podrán comprar otras mejores y de mayor producción; pero para entonces ya habrá

quienes las sepan cuidar debidamente, y apreciarán lo que es bueno.

GEJO.—Y ¿cuántos toros habrá que comprar? ¿No podremos usar los que tenemos aquí?

DON MANUEL.—No, Gejo. Hay que traer toros de la misma raza, porque si no, se cruzan y se pierden las cualidades. Hay que comprar siquiera dos toros, pero que no sean de la misma sangre, aparte de que trayendo dos toros se tiene la ventaja de que se podrán cruzar las vacas criollas que tienen algunos compañeros, y se van mejorando poco a poco las crías, hasta que sean casi iguales a la raza suiza que se traiga.

II

GEJO.—Mañana voy a proponer a la sociedad que hagamos la compra de las vacas que quiere Juana, y los dos toros, y usted les explica a los compañeros lo de las razas finas y las vacas criollas.

"Pero, ahora, dígame: ¿qué animales recomienda para la engorda?"

DON MANUEL.—Lo mismo que para la explotación de leche se necesitan buenas vacas, para utilizar bien los pastos del potrero de engorda se necesitan animales de razas que se han seleccionado para producir carne. Los animales de estas razas aprovechan tan bien el forraje que crecen más aprisa que los criollos, engordan rápidamente y su carne es muy sabrosa. La raza Durham es grande, de pelaje colorado, y los bueyes parecen unas verdaderas bolas de carne cuando están gordos y ni siquiera se les ven los huesos de la cadera. Son rústicos, aunque no mucho.

La raza Aberdeen Angus, negra como los cuervos, es también muy buena para la engorda. Pero sin duda es mejor y más rústica, y necesita menos cuidados, la raza Hereford o cara blanca, como se le llama odinariamente: el cuerpo lo tiene de fondo blanco con manchas coloradas que en ocasiones cubren todo el cuerpo; pero la frente siempre es blanca y tiene mucho pelo rizado. Este es un buen animal para la engorda.

GEJO.—¿Y dice usted que dan mucha y buena carne?

DON MANUEL.—¡Ya lo creo! Y debes tener en cuenta que la buena explotación de los pastos del potrero quiere decir producir los más kilos de carne por cada hectárea, y ninguno de los animales criollos te da tanta carne, y tan pronto, con el mismo forraje.

GEJO.—¿Y qué le parece, ingeniero, si hacemos la explotación de los potreros en la misma forma que organizamos la tienda cooperativa?

DON MANUEL.—¿Qué? ¿Dejar un compañero encargado de este ganado y hacer los trabajos de su parcela por él?

GEJO.—Sí; pues se trata de no gastar dinero y hacer las cosas que han de beneficiar a todo el ejido.

DON MANUEL.—Me parece que no tienes necesidad de emplear un compañero para que atienda solamente unas cuantas cabezas de ganado. Cerquemos el potrero de la engorda y allí echamos al ganado; y solamente hacemos encargo al que va a tener el establo, que les dé una que otra vuelta y vea que no les falte forraje ni agua; y con hacer un tejabán en el mismo potrero, los animales no tienen para qué caminar todos los días del corral al potrero. Hay que economizar el trabajo del hombre, aunque no hayamos de pagarle en dinero.



LA MAÑANA

Tiende el sol cuando amanece
gasas de oro en la esmeralda
de los campos, la humedece
con sus perlas, y parece
cada campo una guirnalda.

Caen sus nacientes fulgores
sobre el templo solitario,
y es florón de resplandores
la vidriera de colores
del esbelto campanario.

Del monte incendia el selvoso
laberinto de retamas,
y se alza el monte boscoso
como se alzara un coloso
con un turbante de llamas.

Matiza el cristal del río,
y lleva el río en sus ondas
copiando un pinar sombrío,
ramajes en que el rocío
se envuelve en doradas blondas.

De carmín tiñe el rosal,
de oro tiñe el girasol,
y es la escarcha matinal
una hamaca de cristal
bajo un velo de arrebol.

Sobre la cumbre riscosa,
en los témpanos de hielo
pinta ráfagas de rosa,
y hace de la mariposa
un iris que cruza el cielo.

Abrense cuando desata
a la fuente, cuyo rastro
es una estela de plata,
junto a adelfas de escarlata,
floripondios de alabastro.

Presta al rizado plumaje
de los pájaros colores,
da colores al encaje
de las nubes, y al paisaje
perlas, pájaros y flores.

Todo es luz, aves, aromas,
fuego el sol, llanto el rocío,
flores el juncal; las pomas
roja grana, las palomas
blanca nieve, espuma el río;

La oscura selva rumores,
el torrente centelleos
de divinos esplendores,
la alameda ruiseñores,
los ruiseñores gorjeos.

Toda la Naturaleza
cuando el sol la da calor,
palpitaciones, grandeza,
es mujer cuya belleza
entra a un tálamo de amor.

Lasciva al placer arroja
del pudor los blancos velos...
cesa su febril congoja,
y cuando ella se sonroja
ya tienen, bajo los cielos:

los arroyos más cristales
y los cardos más espinas,
más flores los florestales,
más espigas los trigales,
el torreón más golondrinas.

Agustín F. Cuenca.

EL DIA DEL EJIDO

El 6 de enero de este año tuvo lugar una fiesta organizada por el Comité Ejidal de Río Florido. No se crea que la fecha no fué ampliamente discutida en la Junta General de Ejidatarios, muy al contrario. Pero había que festejar la obra ejidal, que ha venido a cambiar la faz de las cosas en los campos: los hombres han dejado de ser esclavos; ya se ha quitado a los latifundistas la tierra que poseían como medio de esclavitud y de aniquilamiento; la tierra ha pasado de manos de quienes la disfrutaban, sin trabajarla, a quienes la trabajan para disfrutarla. "Hemos de hacer la fiesta el día en que se dió la posesión definitiva" dijeron unos; mientras que otros estaban más porque se hiciera cuando se les dió la posesión provisional, que fué cuando entraron a ser poseedores de la tierra que había de constituir el ejido; algunos otros, más tibios y que aún no se podían desprender de la herencia de los antepasados, iniciaron que fuera el mismo día en que se celebra la fiesta del pueblo de Río Florido. Mas en estas juntas nunca deja de estar presente el Jefe de Zona, don Manuel, quien les indicó que lo mejor era que la fiesta no correspondiera precisamente a ninguno de los actos materiales que se habían verificado en Río Florido, sino que bien podía festejarse la obra completa de la Revolución en la fecha de la ley de 6 de enero de 1915, que fué la que marcó de una manera decisiva la orientación social y económica que debía seguir el país de allí en adelante. La fiesta, según fué aprobado por aclamación en la Junta General de Ejidatarios, debía celebrarse el día 6 de enero de cada año; éste sería *el Día del Ejido*. Así llegaron al acuerdo de la fecha.

El día 6 de enero los ejidatarios de todo el valle de Río Florido acudieron al ejido de Río Florido, donde tenía que celebrarse la fiesta del ejido. De Metepec, de La Cañada, de San Pablo y de todos lados llegaron, desde la madrugada, caravanas de hombres, mujeres y niños; unos a caballo, otros sobre los

lomos de humildes asnos, y muchos más a pie. Las banderas tricolores ondeaban al viento, envueltas en la polvareda que levantaban los caminantes, mientras en el aire resonaban los acordes de la música que recorría las calles de Río Florido y despertaban a todo el pueblo.

Fuera de los ejidatarios, nadie esperaba semejante fiesta ni nadie se acordaba que hubiera algo que festejar en ese día; pero aquello invadió todo; las gentes salieron como si fuera domingo y nadie pensó en trabajar ese día. La fiesta ya no solamente fué del ejido y de todos los ejidos, sino de todo el pueblo. Ese día todo mundo fué agrarista.

El programa de fiesta para la mañana tenía lugar en la plaza del pueblo. Los números mencionaban canciones, discursos, recitaciones por alumnos de la Escuela Rural Ejidal, representaciones cómicas y, finalmente, la iza de la bandera patria al entonarse el Himno Nacional.

La tarde estaba destinada para el regocijo general: carreras de caballos, toros, palo ensebado y fuegos artificiales.

De todo lo que se dijo o hizo en la mañana del seis de enero, hemos anotado las palabras que dijera Pancho, y que no podemos menos que transcribirlas en seguida.

Pancho es la figura heroica del pueblo de Río Florido; hombre entusiasta y lleno de vigor y esperanza, pelea por las libertades del pueblo, por la mejoría constante del campesino, por el ejido, por todo lo que quiera decir libertad y armonía. Dos ocasiones ha entrado en la campaña electoral para diputado local y dos veces ha perdido, a pesar de tener todas las simpatías y el apoyo de la masa campesina. No desmaya y en dondequiera predica sobre el ejido y sobre el derecho que el hombre que trabaja tiene a los productos de la tierra que cultiva.

Discurso de Pancho Martínez el día seis de enero, *Día del Ejido:*

> "El ejido no es una invención de los hombres de la Revolución que se inició en 1910; no fué bandera para tener partidarios en la lucha armada ni arma de combate de políticos para llegar a las curules. El ejido, compañeros, es la herencia que nos legaron nuestros antepasados indígenas; las siete tribus que vinieron del norte y llegaron a estable-

cerse en este bello país. Aquellos hombres amaban la libertad y cultivaban la tierra con sus manos, y el conocimiento de la naturaleza del hombre los llevó a establecer lo que ellos llamaban calpulli, tierras que se encontraban alrededor de los pueblos y sobre las cuales todo campesino tenía derecho de cultivo sin llegar a ser, jamás, dueño de ellas. Nuestros antepasados sabían que el dar la propiedad de la tierra a unos cuantos, era dejar desheredados a los demás, era hacerlos esclavos de sus mismos compañeros y hermanos.

"En aquellas edades, el campesino tenía su lugar reservado y tenía asegurada su vida y su libertad. Mas a la llegada de los conquistadores, las instituciones indígenas se fueron perdiendo; la fuerza de las armas y el derecho divino que invocaban, así como las reglas internacionales de la propiedad de la tierra por el conquistador, redujeron el calpulli a nada o a casi nada. Los campesinos sufrieron la falta de la tierra y sintieron la opresión del tirano conquistador; unos salieron de ella a vagar por las serranías que los hombres blancos no conocían, otros se quedaron para llevar la carga de los esclavos. Falto de tierra, el hombre deja de ser hombre y se convierte en una cosa.

"Las condiciones de la Colonia de la Nueva España se iban haciendo cada día más graves; los indígenas pedían la devolución de sus tierras, y fué necesaria la intervención de algunos de los más notables misioneros, entre los cuales podremos citar a Bartolomé Las Casas, para que los reyes españoles dictaran medidas enérgicas, a fin de que fueran respetadas las tierras de los indios y se reconstruyeran las antiguas posesiones que habían perdido por la ambición de los capitanes y generales españoles. La real cédula de 4 de junio de 1687 y la de 12 de julio de 1695, establecieron una concesión mínima de tierras a los pueblos indígenas, consistente en 600 varas, medidas de la iglesia del pueblo a cada uno de los puntos cardinales; y así quedó establecido el fundo legal de los pueblos.

"El ejido, propiamente hablando, en los términos en que lo conocemos actualmente, fué establecido por Felipe II, en cédula de 1º de diciembre de 1573, y consistía en una

extensión de tierras concedidas a las poblaciones mexicanas para uso común y gratuito de sus habitantes, debiendo tener aguas, tierras, montes y pastos. El propósito de los soberanos españoles fué reemplazar la antigua propiedad comunal o calpulli de las antiguas poblaciones indígenas.

"Bajo la dominación española en México, el campesino tuvo la ayuda y el apoyo de los soberanos para que los conquistadores no invadieran los terrenos destinados a las comunidades indígenas. La guerra de Independencia pudo haber conservado y aun mejorado la situación de los campos; pero hasta ellos no llegaban las disposiciones o medidas que debían protegerlos. La Constitución de 1857, después de la ley de 25 de junio de 1856, dió el golpe de muerte a los ejidos establecidos por Felipe II. La Constitución de 1857, dentro de su espíritu de libertad y de competencia, abrió las puertas a los particulares, a los terratenientes y a los favoritos, para conseguir tierras de los ejidos, y aquéllos compraron a precios irrisorios o escamotearon los títulos de las parcelas a quienes por derecho les correspondía la propiedad de las tierras, que fueron fraccionadas por los ayuntamientos.

"El latifundismo mexicano fué fomentado vigorosamente en la última mitad del siglo pasado, por la misma Constitución de la República, cuando poco necesitaba para consolidarse definitivamente por la herencia de las grandes propiedades concedidas en merced u otro título por los reyes españoles.

"El año de 1901, el 27 de abril, fué modificada la Constitución y ya fué posible la existencia de ejidos y terrenos comunales, aunque solamente de aquellos que se habían escapado de la voracidad de los señores de la tierra.

"En 1912, el Gobierno de la República hizo esfuerzos por restablecer el ejido, pero solamente eran voces en desierto y lamentos tímidos ante los poderosos que controlaban las tierras confiscadas a las comunidades agrarias.

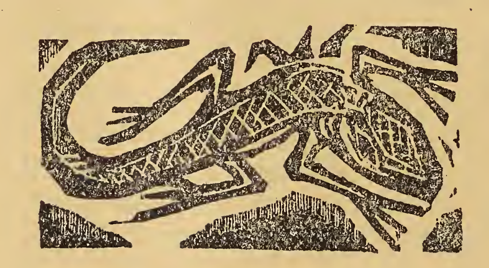
"Fueron, Zapata en Morelos y Carranza en Veracruz, quienes por dos caminos diferentes comprendieron la necesidad de tierras para el campesino y la urgencia de satisfacerla, pero en forma que ya no dejara lugar a que volviera

la misma condición anterior. La ley de 6 de enero de 1915, elevada a la categoría de ley constitucional por los constituyentes de Querétaro, de 1917, ha sido la gloriosa iniciación del ejido en la forma que lo tenemos en la actualidad: tierra para todos los hombres de buena voluntad; tierra para todos los que huyen de la opresión y del oprobio; tierra para los que tienen sed de justicia y de libertad.

"Todos los ejidatarios de México deben unirse en un solo haz de voluntades, para que puedan conquistar definitivamente la libertad y el derecho a la tierra. El espíritu de nuestros antecesores indígenas se encuentra entre nosotros, entregándonos la tierra que ellos heredaron de sus padres y que hasta ahora, después de cuatro siglos de opresión y de luchas, pueden entregar al disfrute honesto de sus descendientes.

"Es a ustedes. ejidatarios todos del valle de Río Florido, y es a los ejidatarios de México, a quienes toca la responsabilidad de lo que van a hacer de las tierras que heredaron de las siete tribus nahoas que bajaron del norte a establecerse en este país de ensueño y de libertad."

Aquí terminó el discurso de Pancho.



LOS MANDAMIENTOS DEL EJIDATARIO

I. Trabaja con tus propios brazos y tu inteligencia.

II. Coopera con tus hermanos ejidatarios; pero no los esclavices con el jornal.

III. Con toda la fuerza de tu voluntad y de tu inteligencia trabaja por el ejido.

IV. Aleja del ejido la politiquería, el chisme y los compadrazgos; el ejido debe ser un centro de trabajo y de vida.

V. No destruyas la tierra; cuídala, que ella te da la vida.

VI. Cultiva las plantas, cría los animales y cuida el bosque como si fueran tus propios hijos.

VII. Nunca estés de ocioso: aprovecha tu tiempo, tu inteligencia y tus energías, que son tu capital, y la miseria nunca llegará a tu puerta.

VIII. Aléjate de los vicios para que la pobreza y el deshonor no se te acerquen.

IX. Colabora en la organización del ejido, que solamente en ella está el secreto de la eficiencia y de la fuerza.

X. Educa a tus hijos en el amor a la Patria, a la tierra, al ejido y a la familia.



CASAS PARA ANIMALES

En esta buena temporada no hay cuidado que los animales se pasen la noche por el potrero; las noches son tibias, no llueve, y el campo está tan seguro que no hay quien se atreva a tocar un solo animal que no sea propio. De día no hace mucho calor: en el potrero hay algunos cuantos árboles que dan sombra, aunque escasa, a los animales, y en el mismo lugar en que hay pastos para que coman, pasan los caños que han de regar el potrero, y allí las vacas, los toros y los bueyes pueden beber en abundancia agua sana y limpia.

Pero no ha de tardar la mala temporada en que la temperatura desciende rápidamente, el frío se hace intenso, los vientos vienen helados, bajando de la sierra; uno que otro día escarchará y hay que tener a los ganados bien abrigados para que puedan dormir tranquilamente, descansen de los trabajos del día y se preparen, reposando cómodamente, a trabajar el día siguiente. ¿Para qué se han de quedar los ganados en el potrero, si no hay forraje bastante para que pasteen? Es mejor que tengan donde guarecerse del tiempo, donde encuentren forraje abundante y fresco y un lugar seguro para pasar la noche.

Para que los animales puedan dar buen trabajo; para que las vacas produzcan abundante leche; para que los pequeños becerros, potrillos y muletos puedan desarrollarse sanos, y deje de haber el temor de que se enfermen por el frío, las corrientes de aire y los descuidos, han de estar bajo techo durante los días en que el tiempo no es favorable para ellos.

El programa de Gejo consiste en que no solamente los hombres, sino también las bestias, han de tener en dónde pasar el mal tiempo, dónde se les pueda atender debidamente, dónde se les pueda tender forraje, y las vacas se puedan ordeñar cómodamente. Pues no es lo mismo echar el forraje en el suelo, entre la tierra y la basura, andar correteando a las

vacas a la hora de la ordeña, que tener un establo con su pesebre, su pileta y sus separos.

El pie de ganado lechero, que se compró para la cooperativa, no está formado por vacas corrientes, sino que ha sido escogido entre los buenos ganados, fuera del Valle; vacas que en lugar de producir dos a tres litros de leche al día, y que algunas ocasiones apenas alcanza para el becerro, se pueden ordeñar dos veces diariamente, y en cada ordeña dan de cinco a siete litros de buena leche. Estas vacas valen más dinero y no se deben dejar perder tan fácilmente.

El establo cooperativo, que estableció la sociedad de que forma parte el ejido, es un modelo en la región; una buena construcción de adobe, rodeada de buenos y grandes corrales cercados con morillos bien labrados; el establo es una gran construcción, con techo de tejamanil y teja de barro; en el muro se hicieron grandes ventanas con sus cortinas; el piso ya no es de tierra apisonada, sino que los tabiques recocidos que han salido en las hornadas, se han apartado para pavimentar el establo. En medio de él, y en toda su longitud, hay un camino de metro y medio de ancho, que sirve para repartir el forraje en los pesebres corridos, que están a los dos lados del camino central, y los pesebres son de tabique y están forrados con cemento, para que la tierra no se junte con el zacate y las vacas no se enfermen. Los animales quedan viéndose frente a frente, cuando están en sus lugares. En este establo los orines no se quedan formando charcos al pie de las vacas, sino que escurren por una canal que los lleva a un pozo, en el estercolero. Este establo parece un espejo cuando se acaba de asear por las mañanas. Las vacas están contentas y la ordeña se hace en un dos por tres.

En un separo se encuentra un toro y frente a él hay otro separo para el toro que se comprará el año entrante. Junto a cada separo de los toros, o toriles, hay departamentos para los becerros, que se llaman becerreras. Cuando todos los becerros están chicos, están juntos los becerros y las terneritas; pero más tarde se apartan, quedando los becerros en un separo y las terneras en otro.

La cooperación de todos los miembros de la sociedad y del ejido ha hecho posible la construcción del establo. El mismo

procedimiento que se ha seguido en otros trabajos ha permitido que dos ejidatarios se encarguen del cuidado de los ganados, sin que tengan que preocuparse del trabajo de sus parcelas. Lo mismo que ellos se dedican a trabajar para todos los compañeros, éstos atienden el trabajo de las parcelas que les han sido designadas.

La leche que se produce en el establo se divide en dos partes; una, que es la más interesante, sirve para que se alimenten los niños del ejido; cada familia tiene derecho a un litro de leche para cada niño que haya sido destetado, hasta los siete años; de allí en adelante, tomará medio litro diario, hasta llegar a los doce. La segunda parte de la leche, descontando la que necesitan los becerros, se vende en el pueblo.

Todavía no se tiene mucho dinero con la explotación del establo; pero lo primero que se logró fué que murieran menos niños en el ejido; que los que vivieran estuvieran sanos y gordos, y que las madres no tuviesen que sufrir buscando una buena alimentación para ellos. La leche es el mejor alimento de los niños y también de los adultos.

Junto al establo se construyeron también la cabrería, para las cabras; la zahurda, para los cerdos, y un corral con tejados bien dispuestos, para los borregos. El aprisco y la cabrería se usan de preferencia para las hembras que van a parir o están amamantando, y para los pequeños que todavía no pueden vivir a la intemperie.

El establo es la realización de una idea de Juana, que deseaba tener leche pura para los hijos de los ejidatarios, y el sentido práctico de Gejo, auxiliado por los conocimientos de ingeniería de don Manuel.



LA TIENDA COOPERATIVA

I

Aquellas primeras operaciones que hicieron con el Banco Regional y las compras de maíz y de animales dieron un fuerte impulso a la organización cooperativa del ejido de Río Florido. Gejo estaba más entusiasmado que nunca, y la fe en el triunfo de su causa, que era la causa del ejidatario que se liberta para siempre, le salía por todos los poros del cuerpo. Su entusiasmo era contagioso y ya todos los compañeros del ejido no esperaban sino una palabra de él para hacer lo que fuera necesario. ¿Cómo no habían de seguirlo si él había sido el iniciador de esos movimientos que habían señalado el camino de la libertad verdadera? Primero la organización y selección en el ejido y, después, la formación de la cooperativa y, más aún, las facilidades económicas conseguidas con el crédito del Banco para desprenderse de las garras de los eternos explotadores: el ricachón con sus yuntas, el usurero con su dinero, y el tendero con las provisiones.

Los directores del ejido estaban en junta con los amigos que con ellos trabajaban para hacer del ejido de Río Florido un modelo de organización, y la Escuela Ejidal abrigaba a esos hombres.

JUANA.—Mire, don Juanito, le he dicho a Gejo que no hay que perder la oportunidad; que ahora que la cooperativa ha hecho tan buenas compras, y le han quedado unos centavos, compre lo que necesitamos las mujeres, y abra una tienda. Si tenemos nosotros donde comprar lo que ahora buscamos en la tienda de don Nicomedes, ¿cree usted que vamos a seguir yendo con él? También las mujeres entendemos lo que hay que hacer; también nosotras tenemos ganas de luchar y de ayudar al ejido.

GEJO.—Juana, ya te dije: no es que no quiera proponer la cosa a la cooperativa; pero no podemos abrir una buena tienda en donde tengamos todo lo necesario, con unos cuantos pesos que han quedado. Se necesita más dinero.

JUANA.—Ustedes los hombres todavía no pueden entender que las cosas se hacen más con trabajo y buena voluntad que con dinero. Algunas veces desprecian el dinero y hacen todo lo que quieren; y otras piensan que solamente el dinero vale, y que con dinero se puede mover el mundo. ¿Qué harías, Gejo, si todo lo que hago en la casa lo tuvieras que pagar con dinero?... Nada, hombre, nada; que tendríamos que morirnos a los cuantos días. ¿Cuánto te cuestan las gallinas que te comes? ¿Cuánto los chicharrones? ¿Qué dinero gastas para tener toda la casa en orden y limpia, para que puedas llegar a descansar? Y, más todavía: ¿cuánto dinero estás ganando en estos quebraderos de cabeza en que te has metido? ¿Quién te va a pagar?

DON JUANITO.—Juana tiene razón: el dinero no es la fuerza que mueve el mundo; triste cosa sería este valle de lágrimas, si sólo el dinero pudiera hacer algo. Tener la seguridad, como te lo dice tu mujer, de que solamente el trabajo y la buena voluntad valen; el dinero tendrá que venir por añadidura; por sí sólo, nada vale.

DON MANUEL.—Han quedado quinientos pesos de los dos préstamos del Banco, y con esto poco podemos empezar a habilitar la tienda. A medida que se venda, iremos ampliando las existencias, mientras pedimos un nuevo préstamo al Banco. Este préstamo sería exclusivamente para habilitar la tienda cooperativa.

GEJO.—Ya me están acabando de convencer; pero estoy pensando la forma en que podemos organizar la tienda de manera que no nos cueste dinero, como dice Juana, sino que, con buena voluntad y trabajo, se despachen las cosas.

PANCHO.—No exageres, Gejo, que como dependiente no puede ir el trabajo y la buena voluntad; tiene que ser alguien quien se encargue de la tienda, y a ese alguien hay que pagarle.

GEJO.—No, don Pancho, ¿qué no se acuerda de lo que acaba de decir mi mujer? He comprendido que ella tiene razón, y por eso pienso aplicar ese mismo sistema a todo lo que se haga de hoy en adelante en la cooperativa y en el ejido. Y les voy a decir y explicar cómo he resuelto esta cuestión.

Paulino: ¿querrías tú encargarte de la tienda? Tú sabes muy bien de esas cosas, de comprar y vender, y de despachar todo lo que te pidan, ¿verdad? Sabes que no te hemos de pagar con dinero tu trabajo, sino que el trabajo lo pagaremos con trabajo, y la buena voluntad, con buena voluntad: mientras tú te ocupas en la tienda, de todos sus menesteres, yo consigo que todos los compañeros trabajemos tus tierras, como si fueran nuestras; traeremos leña del monte, y tus animales pastarán juntos con los nuestros. Es decir, aplicamos el mismo plan que con los alfalferos; nada te ha de faltar, y todo se hará como si tú mismo estuvieras trabajando con tus propios brazos y con tu inteligencia. Si algún día quieres que las cosas se hagan de otro modo que como lo has venido haciendo hasta hoy, nomás nos dices cómo, y se te hará. ¿Qué te parece la proposición?

DON JUANITO.—Le has dado al clavo, Gejo. En esto mismo he estado pensando hace tiempo y no había podido dar con esta solución, que es la única que se puede tener en el ejido, donde solamente podemos encontrar riqueza en trabajo y buena voluntad, pero no en dinero. Está muy bien resuelto el problema: Paulino trabajará en la tienda y los demás harán el trabajo de él en su parcela. Muy bien, muy bien.

DON MANUEL.—Tan completa razón tiene Gejo, que basta acordarse de que las mejores cosas que se hacen en el mundo no se hacen con dinero ni por dinero; pero quienes lo tienen han hecho creer a todo el mundo que solamente el dinero vale algo, y nada vale si no va detrás del hombre, no adelante de él: primero es el hombre y después su hechura, el dinero. Si Paulino, que es un hombre de buena voluntad y trabajador, pone la muestra, y los compañeros aceptan y cumplen lo que dice Gejo, definitivamente el ejido de Río Florido se habrá salvado para siempre.

II

Paulino tuvo el mismo parecer de todos, y se comprometió a trabajar la tienda tal y como había pensado Gejo, y después, en una nueva reunión que tuvieron en la Sociedad Cooperativa, se discutió el asunto, y todos quedaron conformes en hacer faenas para trabajar la parcela de Paulino, como si fuera su propia parcela. Gejo se entendería de dirigir los trabajos, atendiendo siempre a los deseos de Paulino.

Paulino salió al día siguiente, por ferrocarril, a la ciudad más cercana, donde tenía la seguridad de conseguir, a los mejores precios, todo lo necesario para la tienda. Se llevó los quinientos pesos que sobraron de las compras anteriores, que con su inteligencia y conocimiento del negocio le tendrían que producir más que a ningún otro. A los cuatro días volvió, cuando ya la tienda había sido arreglada de acuerdo con sus instrucciones, en una casa cercana a donde vivían todos los compañeros.

Nuevo alboroto causó la llegada de la mercancía que había comprado Paulino; tanto o más que cuando llegó la carta del Banco anunciando el préstamo que se había concedido. Varios compañeros ejidatarios ensillaron sus caballos, y otros arreglaron sus carretas, para salir a la estación a recoger las mercancías que habían de llegar por express.

La tienda se abrió, finalmente. Era una tienda muy humilde; pero en ella habían de encontrar las mujeres de los ejidatarios, y éstos mismos, todo lo necesario para vivir modestamente: piloncillo, arroz, garbanzo, especias, sal, dulces, galletas, harina, pastas para la sopa, manteca, hilo, manta, estampados, cordones y cintas, botones y muchas otras cosas más. Todo se encontraba arreglado y acomodado en los estantes toscos que habían hecho con tablas traídas del monte, y sobre el mostrador, hecho de tablones, lucía la balanza que sí había de pesar kilos de mil gramos.

Paulino despachaba a todos y a todos atendía, y la gente del ejido no se cansaba de admirar a Paulino y *su* tienda; y se sentían orgullosos de poder decir *la tienda del ejido, nuestra tienda,* que no tenía el nombre pomposo de las demás, sino que, según el letrero arriba de la puerta, era la "Tienda Cooperativa del Ejido de Río Florido."

EL CENSO

En la Biblia encontramos que ya en los más remotos tiempos los gobernantes se preocupaban por saber el número de habitantes que tenía o comprendía cada tribu, para saber cómo iba progresando, y los movimientos de la población; se contaban cuántos hombres de trabajo había; cuántos estaban incapacitados para realizar sus tareas; cuántos eran niños, y cuántas mujeres reunía la tribu.

¿Hay necesidad de conocer el número de habitantes de un país? Naturalmente, como que la capacidad productora y las necesidades de la población están en relación con el número de personas que habitan una porción de la tierra.

Pero ¿es necesario saber las condiciones en que cada indiduo está? Ciertamente; pues de otra manera los gobernantes no se pueden dar cuenta exacta de las condiciones precisas de la población y no pueden dictar leyes que corrijan los defectos que el censo hace resaltar. Si la gente muere joven, habrá que investigar las causas; si son niños los que mueren en mayor proporción, habrá que averiguar si hay defectos fundamentales en los padres, o son las condiciones de la localidad las que influyen para semejante mortalidad; el censo también nos tiene que decir si la población ha aumentado por razones naturales de la multiplicación o si elementos extraños han venido a aumentar la ya existente; también nos dice las razones de ese aumento, y la calidad de quienes han llegado a establecerse; y muchas otras cosas se pueden explicar por los datos que proporciona el censo; de aquí su utilidad y la necesidad de que todos los habitantes del país, pobres, ricos, viejos, jóvenes, hombres y mujeres, proporcionen a los encargados de levantar el censo los datos que se les piden.

Que las preguntas del empleado del censo sirven para hacer la *leva;* para averiguar quiénes están en capacidad de tomar las armas, es lo más peregrino que se ocurre y, sin embargo, muy a menudo se dice eso, y las gentes se resisten a decir la

verdad; algunos se niegan a recibir siquiera al empleado; otras, niegan su existencia; los de más allá se dicen enfermos; los de acullá, viejos y niños, y así, muchos elementos de la población no aparecen, o sus datos se encuentran torcidos en el censo. El censo nunca sirve para esas cosas y todo el mundo tiene la obligación de decir la verdad, porque solamente de esa manera se pueden establecer conclusiones que puedan ayudar a los gobernantes a dirigir al país, para que éste se mantenga en las mejores condiciones y prospere.

Pero también preguntan mucho sobre lo que hace cada uno, en qué trabaja, cuánto gana, qué sabe hacer; si trabaja por su cuenta, si está empleado con alguien, si tiene algún capital propio para su industria u oficio. ¿De qué manera se puede saber el camino que sigue la población del país, si se ignoran las actividades de los habitantes? ¿Podemos decir o encontrar en el censo que la población de un pueblo es agrícola, hortícola o industrial? ¿Podemos encontrar que en una población faltan elementos de trabajo y que los habitantes llevan una vida miserable, o bien, que en ella las haciendas o los grandes industriales constituyen la fuerza vital para la vida de la población; que estos patrones pagan bien a los obreros, que los tienen en la condición de esclavos o en una muy semejante? La riqueza de un país es su población, los brazos y las inteligencias que trabajan en él; de aquí la importancia de saber cuántos hombres y mujeres viven de su trabajo, en qué condiciones lo realizan, y si es posible prever un aumento de actividades o hay que corregir algunos elementos, para permitir un desarrollo más armónico de esas unidades.

La riqueza del país, por otra parte, está formada por las riquezas de los individuos que en él viven, más las propias del país, las propiedades nacionales, las estatales, las municipales, y todas las demás de carácter colectivo. Es conveniente que en el censo se puedan encontrar datos exactos a este respecto, que todos los habitantes expresen la verdad de sus propiedades, ya que en las condiciones actuales de la vida humana no se puede asegurar que un pueblo está en buenas condiciones para vivir y prosperar económicamente, si no tiene una base de riqueza o de bienes que le permitan desarrollar sus actividades en las condiciones modernas de la vida: un agricultor que solamente

tiene una pala, siempre estará en condiciones de inferioridad respecto del que posee una yunta de bueyes y un arado; el que tiene varias yuntas, buenos arados, rastras, desgranadora, trilladora y demás maquinaria, siempre estará en condiciones diferentes de las de un campesino que se alquila como peón. El artesano que trabaja en el taller ajeno, no constituye una fuerza vital tan importante al país, como el artesano que tiene su propia herramienta, y ésta es de la mejor que produce la industria actual. La propiedad de la tierra es tan importante que, por saber exactamente su distribución entre los diversos elementos de la población, el Estado estaría en condiciones de hacer los gastos que fuera necesarios, siempre que se pudieran obtener los datos exactos de las tierras de cada habitante. La revolución que hemos pasado, que ha dado como resultado un reajuste de la superficie de la tierra de México entre los elementos campesinos que la necesitan, tomándola de los hacendados que se estaban adueñando del país, hubiera requerido menos derramamiento de sangre, si se hubieran tenido datos exactos de esa causa fundamental de malestar social.

Lo que llevamos dicho da una idea de la importancia de los censos y la necesidad de que todos los habitantes de un país cooperen con los empleados encargados de recoger los datos; pues sin esos elementos de estudio, sin los datos que proporciona el censo, el país marcha a la ventura y no habrá gobernante, por sabio que sea, que pueda señalar un rumbo a su política de desarrollo económico, social o de cualquiera otra índole.

El censo nunca sirve para fijar contribuciones; los datos del censo siguen un camino completamente distinto, y es norma general que ni los empleados ni las oficinas del gobierno que recogen los datos del censo, deban proporcionar a las autoridades fiscales los datos que solamente tienen que ser utilizados en él.



LA MUJER, AUXILIAR EN LA CRIA DE GANADOS

I

JUANA.—¿Se ha fijado, doña Carlotita, en que la gente de Río Florido es fuerte?

DOÑA CARLOTITA.—Ya lo creo que lo es, como toda la gente de campo hace trabajos rudos y aguanta trabajando todo el día, de sol a sol. Pero lo que más tiene no es fuerza, sino resistencia, aguante, como se dice en el campo; porque en eso de fuerza, hay otras razas de hombres que la tienen muy superior a los mexicanos.

JUANA.—Es cierto, aguante es lo que tienen, pero también hay que tomar en cuenta que mientras en otras partes comen carne, jamón, pan y muchas otras cosas, aquí solamente hay las tortillas, los frijoles, el chile, y cuando bien nos va, se le echa una poca de manteca a los frijoles. En los días de fiesta, en las bodas, y en los velorios, es cuando vemos que se matan los cochinos, se les retuerce el pescuezo a las gallinas o a los guajolotes. Y entonces, solamente entonces, es cuando se come carne en mole, o cosa parecida. Porque si a nosotros nos quitan el chile, la comida no nos sabe a nada.

DOÑA CARLOTITA.—Así es que es la poca alimentación la que hace que nuestros campesinos no tengan la fuerza que sería de desear, que las enfermedades los dejen tan mal parados cuando llega a darles viruela, pulmonía o tifo. Hay que hacer porque en el campo, donde se tienen las mejores oportunidades para vivir bien y comer mejor, efectivamente el campesino tenga todo lo necesario para poder vivir sano y mantenerse en buenas condiciones de fuerza. En las ciudades la gente pobre no puede vivir como se puede hacer

en el campo, en los ranchos, en los ejidos: allí la gente pobre tiene que pagar renta por unos cuartos sucios, mal ventilados y ruines. Si llega a tener un pequeño patiecito, es para poner unas cuantas macetas, para tender la ropa y para que los muchachos juegen, sin tener que salir al arroyo. ¿Dónde poner un cochinito, unas gallinas o el guajolote? Allí las cosas no tienen remedio; las lechugas, la carne y todo lo que tiene que comer el obrero o el peón tiene que pagarlo con dinero y no tiene precisamente esta mercancía.

JUANA.—Pero aquí, en el campo, el dinero no cuenta para nada, doña Carlotita; hay ocasiones en que me paso meses y más meses sin tener que tocar un solo centavo de lo que saca Gejo de la venta del maíz o del trigo; únicamente cuando tengo que pagar la manta o cosa por el estilo; pero, para comer, a nadie tengo que darle un centavo.

DOÑA CARLOTITA.—Precisamente así tendrán que hacer todas las mujeres campesinas, Juana; así como tú, que tienes tus gallinas, los guajolotes, el puerco en engorda y la marrana con sus marranitos, y con Gejo, que bien te ayuda cultivando la hortaliza. Tampoco te falta la leche del par de vacas, y los quesos y la mantequilla te ayudan para hacerle a Gejo una buena comida.

JUANA.—Y, si viera, todo eso que comemos, lo mismo la leche que los huevos o las gallinas, no nos salen costando nada o casi nada; los puercos se comen los *suelos* de la cosecha de maíz; a las gallinas les aparto el trigo pequeño que queda al *aventar* el grano en la trilla, y además, les doy todo lo que va quedando del nixtamal, para los pollos, y de las legumbres, para las gallinas y los puercos. Todo lo que sobra de las cosechas o de la comida de la casa se lo doy a estos animales, y casi nada tengo que comprar para ellos. De tiempo en tiempo, cuando las crías abundan, tengo que quitarle algo de maíz al cincolote de Gejo; suelto a los animales a que busquen por todos lados, y ellos saben dónde hay que comer. Las vacas siempre andan sueltas por el potrero, y solamente cuando escasea el pasto les doy rastrojo, y les doy salvado cuando acaban de parir y necesitan dar buena leche para el becerro y para nosotros.

DOÑA CARLOTITA.—Todas las mujeres campesinas deberían hacer eso: ocupar su tiempo en atender a los animales del corral; que esto no cuesta nada y sí produce mucho; nada menos que alimentos para la familia entera.

JUANA.—Si viera, Carlotita, usted ya se habrá dado cuenta cabal de que aquí, cual más, cual menos, todos tienen sus animales; pero creo que los que criamos no han de ser muy buenos, y habría necesidad de cambiarlos por otros, por gallinas que pudieran dar más huevos y tuvieran buena carne; por marranos que engordaran más aprisa y dieran mucha manteca y carne; por vacas que dieran mucha leche y que no se secaran tan pronto.

DOÑA CARLOTITA.—Ya no tenemos que hacer nada con las vacas, porque con eso del establo de la cooperativa, habrá leche para todos.

JUANA.—Cierto; pero ¿qué importa que haya más en cada casa, si al fin con ella podemos hacer queso y mantequilla? Lo que abunda no daña, y si no nos cuesta ningún trabajo tener las vacas, ¿para qué atenernos a que nos manden la leche del establo? Todos tenemos obligación de producir más y más, porque así todos estaremos mejor, y también la cooperativa ganará más dinero y podrá hacer mayores beneficios en cosas que nosotras no podemos hacer.

DOÑA CARLOTITA.—Bueno; entonces, para las vacas habrá que seguir el ejemplo del establo y tener vacas de la misma raza y, si se puede, de mejor calidad aún. En gallinas sí se algo, Juana: hay unas llamadas Leghorn, casi siempre blancas, que dan una cantidad de huevos asombrosa; pues hay algunas que hasta más de doscientos ponen al año; pero, en cambio, su carne no sirve para nada, porque a fuerza de producir huevos, se quedan hechas el puro esqueleto; hay otras gallinas que solamente echan carne y más carne, pero que ponen muy poco, que se llaman Wyandottes; pero hay las Plymouth Rock, barreadas, las Rhode Island Red, a las que lo mismo les da producir huevos o engordar. De éstas son las que hay que traer para el ejido, porque en la casa debe haber tanto huevos como gallinas para la cazuela.

JUANA.—Y de los marranos, ¿qué me dice?

DOÑA CARLOTITA.—Mire, Juana, allí viene el ingeniero que sabe muchas de esas cosas de animales y de agricultura. Que nos diga lo que sabe de marranos; porque de ellos no sé nada.

II

DON MANUEL.—¡Ah! De marranos hay unos verdaderamente hermosos, colorados, grandotes, que en ocho a diez meses están listos para la matanza, en lugar de los que por aquí se crían, que hasta a los dos años se pueden sacrificar.

JUANA.—Es cierto, y lo malo es que después de dos años ya se ha encariñado uno con el animal, y da mucha lástima tenerlo que matar y echarlo en el perol.

DON MANUEL.—Esos puercos de que hablo, se llaman Duroc-Jersey; pero hay otros, muy parecidos, con pelaje negro y blanco, los Poland China, que son un poco delicados. Son más resistentes y rústicos los Duroc-Jersey.

JUANA.—Y qué, ¿estos marranos también se enferman del mal rojo y de las plagas que llegan por aquí?

DON MANUEL.—Naturalmente; pero como ya hay inyecciones para estas enfermedades, teniendo un poco de cuidado se evita la mortandad en las piaras.

JUANA.—Oiga, ingeniero, ¿usted va a ir pronto a México?

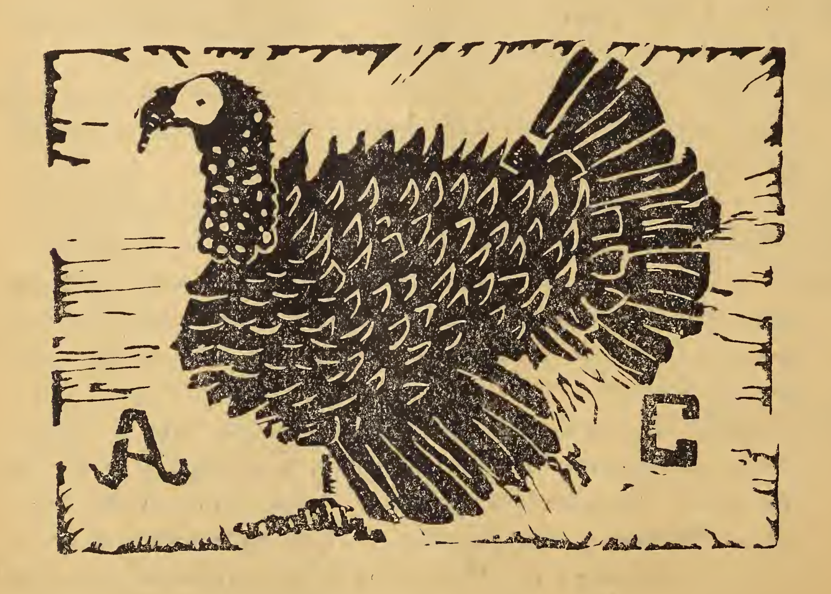
DON MANUEL.—Sí. ¿Qué se le ocurre que le traiga?

JUANA.—Le voy a encargar un gallo fino y tres gallinas de esas que dice doña Carlotita, unas Rhode Island, coloradas, y un par de marranos de los que dice usted que son menos delicados.

DON MANUEL.—¡Cómo no! Precisamente voy a México a ver la Exposición de Agricultura y Ganadería, y allí podré encontrar buenos ejemplares. Sabe que cada año llevan a México, a esa exposición, que es como una feria, los mejores animales de México, y a los mejores entre todos, los premian. Naturalmente que no le traeré de los premia-

dos, que cuestan mucho dinero; pero sí unos buenos, que ya después tiempo y oportunidad habrá de mejorar la sangre de las crías.

Tanto Juana, como doña Carlotita, pidieron animales; unos para ellas, y otros para la escuela, porque ésta no había de quedarse atrás de los ejidatarios, sino que debería dar ejemplo de tener buenos animales, saber cuidarlos y criarlos; además de que los gastos de ella hay que sacarlos de algún lado, y don Juanito no quiere estar siempre pidiendo a los ejidatarios, sino que en la misma escuela se produzcan algunas cosas, en plantas y animales, que ayuden a ponerla en buenas condiciones, ya que siempre debe ir mejorando. Al pie de cría de cabras y borregos, ha querido don Juanito agregar unas gallinas y cerdos para que los cuiden las muchachas; porque en la escuela también se tiene que enseñar, aparte de leer y escribir, a vivir: a los muchachos, a ser verdaderos hombres; y, a las muchachas, a ser compañeras de los campesinos que, seguramente, tendrán después como maridos.



VENTAS EN COMUN

DOCTOR QUININA.—Ya no se tire tanto de los pelos, que se va a quedar calvo, don Nico.

DON NICOMEDES.—Pero, ¿quién va a aguantar estas cosas? Ya no se conforman con quitar la tierra a los hacendados, sino que quieren meterse en todo; hasta en el comercio.

DOCTOR QUININA.—Pero que, ¿usted piensa que estas cosas van a durar? Son unos analfabetos que no saben lo que hacen y sus negocios no son lo que dicen: ya va usted a ver cómo no tardan en cerrar la tienda cooperativa.

DON NICOMEDES.—Quisiera creer lo que usted dice, doctor; pero el caso es que ya casi no vendo nada desde que se abrió esa maldita tienda, que en mala hora se les vino a ocurrir... Y la culpa de todo esto la tiene ese ingeniero del Banco... y el *maistro* don Juanito... y ese don Pancho, que se cree el apóstol de los agraristas... Pero el que más ruido ha metido, es ese tal Gejo y su mujer... Juana ya no se ocupa de atender su casa, sino de andar de puerta en puerta, diciendo a todas las mujeres que no vengan a comprar aquí, que para eso tienen su tienda propia... ¿Y quiere usted, doctor, que piense en que el negocio se les acabará?...

DOCTOR QUININA.—Pero ¿qué es cierto que el Banco les ha prestado dinero?

DON NICOMEDES.—Pues entonces, ¿de dónde piensa usted que han sacado para comprar esa partida de maíz y los toretes que trajeron de tierra caliente? ¡A poco cree que ha sido el usurero de la esquina, don Bonifacio!...

Aquí está don Carlos. ¿Qué tal, amigo? A ver, ¿qué dice usted de esos agraristas que se han insolentado más con los pesos del Banco y las peroratas de don Juanito y de Pancho?

DON CARLOS.—Nada, que las cosas se están poniendo como para no aguantarlos más. Ya no es posible sembrar en el ejido, ni arrendarles las yuntas, ni sacar leña del monte, y, dentro de poco, ni siquiera podremos mandar los animales a los potreros, porque ya nada quieren de nosotros. ¡Y pensar que si ahora tienen algo, es por las tierras que nos quitaron, y porque no se murieron de hambre cuando arrendábamos las tierras a los que ahora están de agraristas!

Imagínense que se me han quedado veinte yuntas sin hacer nada, porque ya no quisieron arrendarlas... ¡Como tienen sus toretes que trajeron de tierra caliente!...

Pero las cosas no han de acabar así; ya tendrán que volver más tarde, y entonces...

Entra don Cleofas, el presidente municipal, agente de compras de cosecha de don Nicomedes.

DON CLEOFAS.—Aquí tiene su dinero, don Nico. Ya no hay a quien comprar maíz; los agraristas no quieren vender un solo grano. Dicen que han de venderlo mejor que como usted paga.

DON NICOMEDES.—*(Volviéndose a tirar de los pocos pelos que le quedan.)* ¿Y todavía usted, doctor, me decía que me esperara?... Pero ¿qué es lo que tengo que esperar? ¿Que me maten de pura bilis? Ya ve usted, y está oyendo lo que dice don Cleofas; que nadie quiere vender el maíz.

¿Qué voy a hacer?... ¡Nadie compra nada, ni una mosca se para en esta tienda, y todavía no se contentan con eso, sino que tampoco quieren venderme la cosecha!...

DON CLEOFAS.—Por más que les hice la lucha, no fué posible sacar ni una carga. La cosa me parecía rara, y quise averiguar de qué se trataba: ese tal Gejo les ha ofrecido venderles el maíz mejor que como lo paga usted, y prestarles algo de dinero para que la vayan pasando. Naturalmente que lo que les da son unos cuantos centavos, y lo demás en mercancías de la tienda cooperativa.

DON NICOMEDES.—Pero ese diablo de Gejo ¿qué ha comido, o dónde ha aprendido tanta cosa? ¡Estas son cosas del verdadero demonio!

¿Y viste que efectivamente estaban vendiendo la cosecha a la tienda cooperativa? dijo dirigiéndose a don Cleofas.

DON CLEOFAS.—¡Vaya que si lo vi! Allí estaban Gejo y el ingeniero, ayudando a Paulino, el encargado de la tienda, a recibir el maíz. No ha faltado una sola carga del ejido; en las casas solamente se ha quedado lo del gasto en los cincolotes: todo lo demás ha ido a parar a las bodegas de la cooperativa. Ya poco les falta para llenar la bodega grande, y tendrán que alquilar una, por otro lado, para guardar tanto maíz.

DON NICOMEDES.—Pero dime, ¿a cómo les liquidan la carga?

DON CLEOFAS.—No sé; pero todos ellos salen muy contentos, y me imagino que ha de ser a buen precio, porque no los están engañando... La báscula de la tienda sí mide cargas de ciento cincuenta kilos, y los costales salen menos llenos que como usted los recibe en la tienda...

DON NICOMEDES.—¡No es posible, señores! Tengo que cerrar la tienda y largarme a otro lado, que aquí ya se acabaron los negocios para la gente decente. ¡Y tú, Cleofas, tendrás que dejar el negocio de la compra y también el de la presidencia municipal, porque dentro de poco, hasta de allí te van a correr!

Efectivamente, a los pocos días, las puertas de la tienda de abarrotes y ultramarinos "El Puerto de Bilbao," no se volvieron a abrir. Don Nicomedes había dejado el campo que los ejidatarios organizados habían ganado en buena lid. ¿Adónde se fué don Nico? A cualquier parte, menos donde encuentre agraristas organizados, que ya con ellos no puede.

La venta de la cosecha de maíz no se hizo en Río Florido al mismo tiempo que la pizca. En este tiempo, los precios que ofrecen por el grano son muy bajos, y no hay que perder el tiempo empleado en producir por las carreras de la venta. La tienda se encargó de recibir las semillas, de guardarlas en lugar seguro y realizarlas cuando los precios reaccionaran, allá por julio, agosto y septiembre, poco antes de la nueva cosecha.

Mientras la cosecha se vendía, los socios de la cooperativa recibieron un adelanto por el valor del maíz entregado, y casi tuvieron lo mismo que si lo hubieran vendido a don Cleofas o a don Nicomedes, y todavía esperaban recibir algo más, para cuando se hiciera la venta.

Gejo estaba orgulloso por el resultado de la cosecha, por la salida de don Nicomedes y el cierre de la tienda "El Puerto de Bilbao;" pero su contentamiento llegó al máximo cuando cerró la operación de venta de los miles de cargas de maíz que habían cosechado seis meses antes: ¡el precio a que se vendió fué el doble de lo que prestó a los socios de la cooperativa al entregarles el maíz! Esa venta hizo época en Río Florido. ¡Vender a tan buen precio, y solamente por haber esperado unos cuantos meses! No solamente por haber esperado, sino por haber organizado al ejido y haber controlado la producción total; por haber conseguido el préstamo del Banco y haber vendido en junto toda la cosecha.

Carros y más carros salieron de Río Florido a la estación del ferrocarril llevando la cosecha del año anterior; pero Río Florido no quedó escaso en maíz; las bodegas de la cooperativa se quedaron con el suficiente, para que todo el pueblo tuviera maíz barato hasta la llegada de las nuevas cosechas.

La organización de la venta de los productos agrícolas es tan importante como la organización en la producción. Las ventas en común aseguran el éxito de las organizaciones de campesinos.



EL METATE

Si Gejo trabajaba activamente para llevar adelante la obra que se había propuesto realizar en Río Florido, Juana no se dejaba ganar en cuanto a ideas prácticas y entusiasmo para conquistarse a todas las mujeres del ejido y tener los votos de los ejidatarios y la ayuda decidida de don Juanito y de su esposa. Juana movía cielo y tierra, pero siempre se salía con la suya, aunque tenemos que decir que todo era en bien de la comunidad y nada para sí. Las casas de que ahora empezaban a disfrutar los ejidatarios y el éxito de la nueva colonia ejidal, se debían, en gran parte, al empeño y al trabajo de Juana. El que los niños del ejido tuvieran leche pura, era otra prueba más de que Juana había sabido tomar su lugar, junto a Gejo, en todo lo que era la obra colectiva en el ejido.

Pero Juana no estaba satisfecha aún; quería hacer algo por las de su sexo; algo tan definitivo, tan claro que dejara recuerdo en todas las mentes femeninas, en todas las compañeras de sus trabajos y de su vida; pero, ¿qué hacer? Ya tienen casa y están en vías de formar verdaderos hogares; ya tienen la leche para sus hijos, y éstos no estarán expuestos a morir por deficiente alimentación; pero, ahora, algo debe hacerse para ellas, directamente. Para librarlas de algunos de los trabajos y penas diarias, debemos dejarles tiempo para que disfruten de la vida, de su casa, de sus hijos, de la sociedad en que viven, de mejores pensamientos, y que su corazón y su mente se hallen abiertos a nuevas sensaciones, dejando parte de las obligaciones que pesan duramente sobre ellas. ¡El metate!

La idea de Juana no podía ser mejor. La piedra dura que sale de la montaña y que, después de modelada a golpes de martillo, es el potro más duro para la mujer, es el amo más intransigente que tiene la mujer campesina; apenas amanece y ya tiene que servir de rodillas a su verdugo; y pasan horas y más

horas, y encorvada sobre la piedra, va dejando, en el nixtamal que muele, todas sus fuerzas, todos sus entusiasmos, toda la alegría del vivir. Las mejores ilusiones de su vida se apagan al contacto de la piedra, y de la mujer sana, fuerte y feliz, el metate solamente entrega un bagazo de sér humano, sin alma, sin esperanza, sin vida, y aún tiene que ser madre. No hay descanso para la mujer de nuestros campos, que desde pequeña empieza a ayudar, cerca de la lumbre, volteando las tortillas y gordas sobre el comal; sigue aprendiendo a echar las tortillas, y no empieza aún a sentir los primeros síntomas de la pubertad, cuando ya la encontramos rindiendo su cuerpo y su alma sobre la piedra de los sacrificios, piedra aún más sanguinaria que las que nuestros antecesores indígenas usaban para inmolar víctimas. La juventud se acaba sobre el metate; se inicia la maternidad, y el embarazo no es un obstáculo para que siga moliendo el maíz que convertirá en tortillas; nace el nuevo sér, y apenas se oyen los primeros vagidos al llegar a la vida, y ya podemos vislumbrar en la madrugada a la mujer inclinada sobre el metate. Las lágrimas de la mujer caen sobre la masa de maíz que se mueve sobre el metate, y van a evaporarse al contacto del comal. La vida de la mujer pasa junto al potro de su tormento, y su vida se apaga antes de destruir la materia inerte que la ha gobernado durante toda su vida.

Juana lleva su idea al Comité, que está trabajando por el mejoramiento y organización del ejido, y quiere obtener la solución de su problema: libertar a la mujer campesina del tormento del metate.

GEJO—¡Pero mujer, en qué te estás fijando!...

JUANA.—Es que tú no comprendes lo que es la vida de la mujer, Gejo; ustedes llegan a su casa cuando ya las tortillas y las gordas están listas y calientes en el *chiquihuite;* pero no saben lo que han costado a la mujer que ha tenido que estar en el fogón, preparando el *nixcómil,* primero; moliendo y echando tortillas, después. Los hombres siempre son injustos con las mujeres. Piensan que son los ángeles los que vienen a hacer las cosas, y que la mujer no tiene que hacer otra cosa que llevarles la comida como *tlacualeras* al campo y esperar que lleguen por la noche a cenar.

DON JUANITO.—Juana tiene mucha razón, Gejo; mientras no quitemos a las mujeres la esclavitud y el tormento del metate, no podemos esperar que sean buenas y felices compañeras del hombre ni madres de hijos sanos y vigorosos. Quitemos el metate a las mujeres, así como hemos comprado yuntas para que los hombres no tengan que trabajar con la pala y el azadón toda la milpa. Aquí es donde la máquina sí tiene que tomar el trabajo que el hombre ha de ejecutar para que el hombre viva. Dejemos que las mujeres tengan tiempo para vivir, y que puedan ser esposas, madres o hijas. El molino de nixtamal será el metate y en lugar de la fuerza de la mujer, hagamos que trabaje la naturaleza, proporcionando esa energía que, por cara que sea, siempre será más barata que el sacrificio que pedimos a las mujeres.

JUANA.—Sí, don Juanito, ya que los hombres no nos han de ayudar a moler el nixtamal, que trabajen para conseguir el dinero que ha de darnos libertad y dejarnos vivir como ellos. Ya no pido que pongan el *nixcómil* y hagan las tortillas; pero sí que se nos quite el martirio del metate.

GEJO.—Bueno, mujer, ¿qué es lo que quieres?

JUANA.—Pues nada, que se compre un molino de nixtamal y su motor, de gasolina o de lo que quieran, pero que sea motor. Ese molino bien lo pueden poner en la tienda cooperativa, a un lado del mostrador, y allí llevaremos el nixtamal, para que lo muelan todos los días. Por unos cuantos centavos, dejan vivir a muchas mujeres.

GEJO.—Pero nosotros no podemos encargarnos de la molienda, porque no tenemos gente para eso.

JUANA.—Ustedes compren el molino y el motor, y yo me encargo de que no falte quien haga el trabajo.

El Comité organizador del ejido no pudo resistir los argumentos de Juana, y votaron todos porque se comprara lo que Juana proponía. Pero como el asunto era de fondos y, además, importaba a toda la comunidad, se resolvió ponerlo a consideración de la asamblea de la cooperativa.

Esta asamblea fué famosa, porque no solamente fueron los ejidatarios, sino que Juana consiguió que todas las mujeres del

ejido fueran en masa a la Junta para apoyar sus ideas y proposiciones. Juana se había convertido en su salvadora. La asamblea aprobó, por unanimidad, que del fondo social de la cooperativa se tomara la cantidad necesaria para hacer la compra del molino y del motor que había de moverlo. Días después llegó por el ferrocarril un mecánico que llevaba la maquinaria y había de instalarla e instruir a quienes habían de manejarla.

Juana vigiló la instalación del molino y del motor; ella se encargó de formar grupos de mujeres que habrían de ocuparse, por turnos, en la molienda del nixtamal; y cuando todo quedó listo, las mujeres sorprendieron a los hombres echando a andar el motor y arreglando el molino de nixtamal. ¡Las mujeres del ejido de Río Florido se habían libertado de la esclavitud del metate!



EL JORNALERO

En las haciendas y los ranchos vemos pequeñas o grandes construcciones; unas, apenas acondicionadas para que los animales de trabajo y otras explotaciones puedan vivir, y otras, perfectamente adaptadas a las necesidades de los animales. Siempre tienen un techo que los protege de las lluvias; paredes que impiden que los vientos les perjudiquen; un pesebre en el que los forrajes esperan al animal para que los coma, sostenga su organismo y le permitan trabajar eficazmente en las labores a que está destinado: forraje grosero en tiempo de descanso y maíz quebrado y pastas de ajonjolí, cuando los barbechos y cultivos se imponen, y una pileta de agua para que el ganado apague su sed y no tenga que caminar hasta encontrar el río o el jagüey. Son las casas para los animales.

Buscamos por todos lados dónde viven los hombres, los peones o jornaleros que llevan a trabajar esos animales, y desperdigadas por todas partes hallamos chozas de zacate, sin puerta, todas ahumadas y cayéndose. La protección que esas chozas o jacales prestan a los hombres y a sus familias es casi nula: el agua entra a torrentes cuando llueve; el viento penetra por todas las rendijas; el frío hace presa en los cuerpos de esos hombres y mujeres, hacinados bajo el jacal. ¿Dónde está el agua? ¿Dónde está el alimento que consumirán esas gentes?

El amo compró los animales que tiene en el establo; los compró para el trabajo, y como le cuestan dinero, los cuida y alimenta, regula el trabajo que pueden hacer, los cura cuando se hallen enfermos, y se entristece y llora si llegan a morirse.

Los jornaleros no le costaron nada; ellos mismos se encargan de reproducirse y de cuidarse; llegan en grandes cantidades buscando trabajo. El amo los mide con la vista; toma a los que están fuertes y jóvenes; desecha a los niños y a los viejos. Entran al trabajo. Adelante, siempre adelante; hay que seguir trabajando hasta que el sol se pone; después de haber salido junto

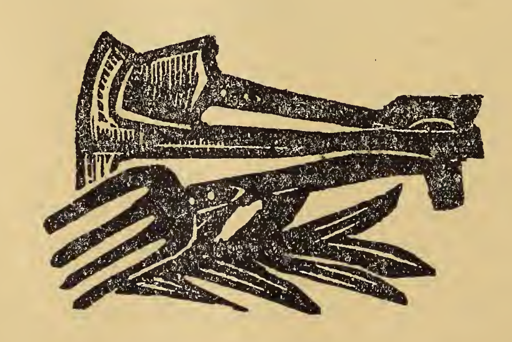
con él. Los animales fueron cambiados a mediodía, para que no se fatigaran y se cansaran y pudieran seguir trabajando el día siguiente y los demás; pero el jornalero ha de seguir en la tarea, ya que para eso le paga.

Al fin de la semana, el jornalero recibe la raya, ¿cuánto es? Unos cuantos centavos. ¿Le alcanzan para vivir? Ese no es negocio del amo; allá el peón sabe lo que hace con ese dinero. Y el peón y su mujer tienen que hacer milagros para mantener el cuerpo y el alma unidos, cuando trabaja y cuando no trabaja.

El peón enferma, enferma la mujer; los hijos sienten necesidades que no pueden satisfacer. Eso tampoco tiene que ver nada con el amo.

No hay trabajo en la hacienda, ¿dónde conseguir lo indispensable para vivir? Tampoco es negocio del amo; el jornalero sabrá lo que hace, que si muere, hay muchos otros que podrán tomar su lugar.

El esclavo antiguo llevaba la misma vida que ahora llevan los animales de trabajo; el jornalero de hoy, hombre libre (?), es menos que un animal. Solamente es hombre libre el que cultiva tierra propia y produce lo que sus necesidades requieren; todos los demás son máquinas humanas que explota el amo, el dueño de la tierra.



EL ANIMAL, COMPAÑERO DEL HOMBRE

I

Supongamos que en este mismo instante todos los animales domésticos de que se sirve el hombre, pasaran del estado de domesticidad a su primitivo estado silvestre y salvaje. ¿Qué quedaría de nuestra cultura y civilización? Muy poco: las máquinas solamente, que por cierto fueron inventadas precisamente para imitar a los animales en algunos de los servicios, y hasta para sustituir algunos de los productos que de ellos obtenemos, como la manteca, la lana, la mantequilla, etc.

¿Qué habría hecho el hombre, sin el asno y el caballo, que sucesiva o simultáneamente lo han acompañado en sus correrías y en su movimiento de expansión? Las distancias hubieran necesitado más tiempo para ser recorridas; las cargas no hubieran sido movidas con tanta facilidad; la tierra, no hubiera podido ser trabajada sino con las manos del hombre y sus escasas herramientas, y el cultivo de los grandes campos hubiera sido imposible: la humanidad no habría podido ampliar sus provisiones, y su vida se hubiera visto amenazada.

La vaca ha amamantado al hombre, y es su segunda madre; sus ubres han servido para que la humanidad tenga un alimento que la ciencia no ha podido sustituir; la mantequilla y el queso, productos derivados de la leche, han constituído otros tantos alimentos y placeres que el hombre no hubiera podido gustar. Y ¿qué vamos a decir de los bueyes? Las cargas más pesadas, los trabajos más duros del campo, han quedado reservados al buey; los transportes han sido hechos con la fuerza de estos animales que aún son insustituíbles en nuestros campos, a pesar de los inventos y descubrimientos científicos del hombre. La carne del ganado bovino ha estado alimentando a la humanidad, y la cultura de los pueblos llega a medirse por el consumo que hacen de este producto animal. Y, en fin, todo

lo que producen estos animales, lo utiliza el hombre en las formas más diversas: la carne, para la alimentación; las entrañas y la sangre, en la fabricación de alimentos para las aves; los huesos han de servir para la fabricación de abonos que fertilizarán los campos de cultivo y los harán rendir buenas cosechas; la piel se transformará en suela para el calzado de los hombres y bandas para comunicar el movimiento de los motores a las máquinas, y aun el estiércol que produce durante su vida, irá a aumentar la fertilidad de los campos, etc.

Los cerdos son, materialmente, fábricas de carne y de manteca. Por medio de ellos, el hombre transforma los forrajes y los desperdicios, propios y ajenos, en esos productos que mejorarán su alimentación.

Los borregos dan al hombre todo su sér, que aprovecha en diferentes formas: la carne, para alimento; los huesos, como los de los demás animales, para abonos de la tierra; las pieles, para ser curtidas y utilizadas posteriormente en la indumentaria; la lana ha vestido al hombre desde que la civilización inició su desarrollo; su estiércol es de los más apreciados en el campo, por la rapidez de su acción y la cantidad de elementos fertilizantes que contiene.

Las cabras son la vaca del pobre; le dan leche en condiciones en que las vacas morirían de hambre. Los cerros y planicies de nuestras regiones desérticas se hacen productivos mediante la explotación del ganado cabrío: entre las piedras y entre el polvo encuentra siempre alimentos bastantes para mantenerse y para dar productos vivos al hombre, aparte de su leche. La carne, la piel, los huesos y todo lo de la cabra, entra en juego para proporcionar al hombre comodidades que, de otra manera, no podría tener.

Las gallinas, los guajolotes y los patos, son las aves que el hombre ha logrado domesticar, para obtener de ellos alimentos que no ha podido, tampoco, sustituir con productos de laboratorio: los huevos, la carne, las plumas son los principales productos, y la población de los campos y la de las ciudades recurre a estos animales, para hacer la vida más llevadera y mejor.

Si queremos continuar la enumeración de los animales que el hombre ha domesticado para su uso, no podemos dejar de mencionar otros que, no por ser exóticos, son menos importantes

para las regiones en que se utilizan ampliamente: el zebú, que a semejanza del toro y del buey presta servicios en la India, donde no han podido suplirlo otras especies animales; la llama, que en las cordilleras de los Andes desempeña el papel que el caballo o el burro tienen entre nosotros, llevando la carga que de otra manera el hombre estaría obligado a transportar sobre sus hombros; el elefante, que transformado en bestia de carga y de pasajeros, presta aún sus servicios en la India; el camello, de amplio uso en Africa, para el transporte de carga y pasajeros...

II

Habíamos olvidado a otro compañero del hombre, que si entre nosotros solamente sirve de amigo afectuoso y agradecido y vigilante de nuestros hogares y de los animales que constituyen los rebaños, en otras regiones es utilizado para el transporte de carga y de pasajeros, como en Bélgica, donde tira de pequeños carros, y en las regiones árticas, para conducir los trineos sobre las enormes superficies heladas. Este animal es el perro. Después de su muerte lo sentimos y llegamos a llorarlo, aunque no utilizamos ninguna parte de su cuerpo.

No podemos decir precisamente que el hombre ha domesticado otros animales que utiliza ampliamente; pero los ha colocado en condiciones de que lo sirvan al desempeñar las funciones que la naturaleza les ha fijado; y el hombre utiliza los productos de dichas funciones: así tenemos el gusano de seda, que durante muchos siglos ha estado proporcionando la fibra más fina para las telas usadas por el hombre, y que ahora vemos ampliamente sustituída por un producto industrial que tiene su aspecto, pero no las cualidades intrínsecas de la seda: la abeja ya no tiene que construir su panal en las ramas de los árboles y buscar las flores que han de sustentarla y permitirle, simultáneamente, producir la cera y la miel: el hombre ha construído casas para estos pequeños insectos, ha reducido el trabajo que tienen que hacer para edificar sus maravillosas construcciones, y los ha puesto exclusivamente a producir cera y miel, rodeándolos de jardines y cultivos florales, que les proporcionan abundante material para sus actividades.

Este trabajo de domesticación, de que no se tienen registros en la historia de la humanidad, porque no se sabe cuándo empezó a utilizar a ninguno de ellos, y cómo lo logró, fué el paso más importante del hombre, que abrió amplio sendero a las generaciones posteriores.

En la actualidad, la máquina ha tratado de invadir todas las actividades, y hasta el campesino ha soñado, alguna vez, en quitarse el trabajo de cultivar forrajes y de atender y cuidar a sus compañeros, que le han dado, sin escatimar nada, lo mejor que ellos han tenido, y que si no han dado más, es porque el hombre no ha sabido cuidarlos y entenderlos; pero, felizmente, eso no es más que un sueño: la máquina nunca llegará a sustituir a los animales en las funciones que están desempeñando cerca de la tierra y al lado del hombre, y más que pensar en sustituirlos, debemos aprender a cuidarlos y mejorarlos continuamente, porque ellos nos pagarán con creces todos los esfuerzos que hagamos en su favor.



E L G A L L O

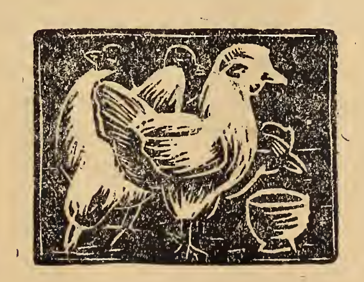
Hombre, descansa. De tu hogar ahuyento
el nocturno terror y estoy en vela.
Sombras de muerte cuyo soplo hiela,
con mi agudo clarín os amedrento.

Huya la luz y te descuide el viento
por preludiar su dulce pastorela.
Contra el mal, poderoso centinela,
a su paso espectral estoy atento.

No te inquiete el horrísono alarido
que escuches en tu sueño, por la vana
pesadilla maléfica oprimido.

Ya pondrá fin a su croar la rana,
y yo con alegrísimo sonido,
entonaré la jubilosa diana.

Manuel José Othón.



HISTORIA DE UN GALLO

Eramos varios hermanos y hermanas, que habíamos salido de la última pollada. Nuestra madre, una hermosa gallina, de líneas finas y graciosas, nos había dado como padre a un fino gallo todo músculos y nervios, y hermoso plumaje. Nuestro padre lucía en el gallinero, y ningún otro hubiera podido estar con las gallinas que formaban su familia. Cuando alguno osaba penetrar en el gallinero, nuestro padre se enfurecía, sus plumas se encrespaban, sus ojos brillaban como brasas y se lanzaba sobre el intruso hasta matarlo con el pico y con los espolones largos y puntiagudos.

Un día llegó al gallinero un hombre y nos dejó sin padre. Ya nada volvimos a saber de él, pero nuestra madre nos contaba muchas cosas que nos hacían presentir que aquel hermoso gallo que nos dió vida, había tenido su fin en un combate. Pero ¿contra qué gallo había sido? ¿Qué desconocido gallo había osado enfrentarse con nuestro padre, que solamente se encolerizaba cuando otro entraba al gallinero para apoderarse de alguna de sus gallinas, o iba directamente contra él, para echarlo de sus dominios? ¿Qué motivo habría podido existir para ese combate? Todas esas preguntas me las hacía yo durante los ratos en que parecía dormir, pensando siempre en la desaparición de mi padre. Un día, por fin, en que el frío nos había hecho correr presurosos a protegernos debajo de las alas de nuestra madre, le pregunté qué había sucedido con mi padre y por qué no regresaba, y este fué su relato:

II

Entre todos los gallos que había en el gallinero, hijo, tu padre era el más fuerte, el más valeroso, el más noble que he visto en mi vida. De aquí que se distinguiera entre todos los de-

más, y que nosotras, sus gallinas. estuviéramos orgullosas de él y nos envaneciéramos cuando salia en nuestra defensa, enfrentándose con cualquiera de los gallos que se atrevían a entrar en nuestro gallinero.

Yo misma no quisiera pensar en lo que le habrá pasado a tu padre; pero no se aparta de mi imaginación todo lo que he visto y lo que he oído decir a los hombres y muchachos que vienen a espiarnos todos los días, cuando nos traen agua y nos echan el maíz. A veces no puedo creer que esos hombres, que parece que nos quieren como si realmente fuéramos sus hijos, puedan haber imaginado nada más cruel que explotar la valentía, el arrojo y la nobleza de los gallos, para hacer una diversión con su sufrimiento, y servirse de sus vidas para cruzar apuestas y ganar dinero, unas veces limpiamente y otras, peor aún, valiéndose de las trampas más sucias y villanas que se puedan haber forjado.

Las cualidades de nuestros gallos son explotadas para el vicio y con la crueldad que solamente los hombres pueden tener. Ahora que tú y tus hermanos están creciendo, siento frío cuando veo venir a esos hombres con ojos curiosos que nos miden, nos pesan y califican con la vista. ¿Qué andan buscando? ¿Habrán ya elegido alguno de mis hijos, que apenas tiene unos cuantos meses, para sacarlo del nido, separarlo de mí, de tu madre, para llevárselo quién sabe adónde?

Las palabras melosas, los ofrecimientos de grano y las caricias que nos hacen, sirven solamente para embargar nuestra voluntad, y para que así nos entreguemos, indefensas, en sus manos. Así vendrán a buscarte un día; así te llamarán con sonidos armoniosos y dulces, y te ofrecerán manjares; y temo por ti y por mí, que en tu inexperiencia los vayas a aceptar, te acerques a ellos, y, finalmente, te cojan y te lleven consigo. Los hombres son falsos, hijo; cuidate de ellos, que sus lisonjas y sus caricias son engañosas y siempre ocultan el interés. Piensa que así he visto irse a muchos de mis hijos, de los cuales no vuelvo a ver sino sus plumas tintas en sangre y cubiertas de tierra. A todos los que han ido saliendo en cada una de las polladas, de ese trabajo de semanas que me agota hasta dejarme hecha un esqueleto a fuerza de dar mi sangre y todo mi sér para calentar los huevos, les he hecho el mismo encargo, les he

dado los mismos consejos, y siempre, siempre, se han ido detrás de las falsas promesas y los halagos de los hombres.

Esos hombres se llevan a los pollos más hermosos; a los que tienen mejores músculos; a los nerviosos que andan buscando el continuo batallar; a los que son ágiles y tienen una vista rápida y movimientos seguros y precisos. Los demás se quedan en el gallinero. Pero esos pollos no van a disfrutar mejor vida y a estar entre gallinas hermosas y coquetas, y ser padres de hermosos polluelos, sino que son acomodados en cuartos incómodos y oscuros, muy arriba del suelo, sin que siquiera se puedan mover como lo hacen aquí. Después los alejan de todos los gallos que están con ellos, los hacen solitarios, para que el enojo aumente en su corazón, y los someten a un tratamiento que ha de darles más fuerzas para el combate, más agilidad para el salto; pero, también, hacen que unos aborrezcan a los otros gallos, que son hermanos; que se odien, aun cuando estén juntos padres e hijos, hermanos con hermanos; ese odio que el hombre sabe infiltrar en el corazón de los gallos, no puede ser más artero, más pérfido y maldito.

¿Qué va a ganar el hombre al sembrar el odio entre los gallos? ¿En qué ha de servirle que nuestros padres, maridos o hijos se maten entre sí?

Una ocasión llegó al gallinero un gallo muy hermoso, que ya había estado aquí; pero al que casi no conocíamos: venía lisiado, herido por todas partes y sangrando aún. Cuando lo echaron al gallinero, perdió el conocimiento, y hasta varios días después, por los muchos cuidados que con él tuvieron todas las gallinas, empezó a caminar y a platicarnos lo que le había sucedido. Y para que te des cuenta de cómo son los hombres, aduladores y traidores, crueles y malvados, te voy a contar lo que supe por aquel gallo, que más bien era una piltrafa que un animal.

III

Durante algún tiempo, después de que salí del gallinero, dijo, me estuvieron cuidando tan bien, me hacían ejecutar ejercicios tan fuertes y constantes, que día por día me sentía más ágil y fuerte: mis músculos se hicieron tan duros y elásticos co-

mo el acero; la vida corría por mis venas más aprisa que antes, y entonces, sentía estar lejos de las gallinas y del gallinero. ¡Qué hermosos y fuertes pollos hubiera podido engendrar entonces! Pero estaba encerrado y solamente veía, una vez al día, a otros gallos que estaban en las mismas condiciones que yo: pobres animales todos nosotros, sujetos a los caprichos de los hombres, ¡quién sabe para qué fin! Y era de ver el coraje que me daba cuando veía a otros gallos, todos tan fuertes y ágiles como yo. Quería que me dejaran suelto, porque desde que salí del gallinero, no tuve libertad; con una cuerda atada a una de mis patas, se me detenía para que no fuera a provocar a los otros gallos. Nunca me he considerado demasiado pacífico; pero entonces, qué deseos tenía de pelear! ¡Qué ganas de echarme encima de los otros gallos y de arrancarles las plumas, de picarles la cresta y aun de enterrarles el espolón! ¿De dónde me había venido semejante espíritu de combate? Posiblemente de la carne sanguinolenta que me daban a comer, y de la falta de libertad y la compañía de gallinas. Porque me imaginaba estar entre ellas, y hubiera dejado de pelear por estar a su lado.

Un día, finalmente, el hombre que nos cuidaba me tomó a mí y a otro gallo en sus brazos, y se echó a caminar por calles y plazas, hasta que llegamos a un lugar en que otros gallos cantaban, y sentí que algunos tenían algo raro en su canto. Ese *kikiriki* salía gozoso de algunos pechos; pero de otros se alargaba y acababa casi apagado, y les temblaba la voz. En esos *kikirikis* había triunfo y miedo; temor y dolores; no sabía qué era lo que sucedía allí; era un estrépito espantoso; ya que a los cantos de los gallos, compañeros míos, se unía la voz aguardentosa de algunos hombres, las risas de mujeres y el sonar de dinero en el mostrador y en las bolsas de los hombres que estaban sentados alrededor de una pared de madera, que rodea un pequeño espacio que se llama palenque.

¿Qué estaba haciendo yo allí? ¿Para qué se me había llevado? Nada sé todavía; pero es el caso que, pocos momentos después de mi llegada, me suspendieron de un cordel y dijeron que pesaba 2.750, y que para mí estaba muy bueno el gallo giro de enfrente.

Nos amarraron, uno frente a otro. Cada uno de nosotros hacía esfuerzos por aparecer tranquilo y confiado; pero bien sabía yo que los dos, el giro y yo, teníamos nuestros temores y ya sospechábamos lo que había de sucedernos.

Nos levantaron del suelo, entre los gritos de aquellos hombres salvajes y borrachos; me cortaron uno de los espolones; y en su lugar me ciñeron mucho, mucho, casi hasta hacerme daño, con un pedazo de cuero de algún animal que también había muerto a manos de aquellos hombres, y me colocaron una lámina de acero con una punta tan aguda, que parecía que cortaba el aire, y un filo, que bastaría pasarla por el cuerpo de algún gallo, para cortarle las plumas, la carne y aun los huesos. ¿Para qué eran todos aquellos preparativos?

Después de aquello, nos enfrentaron en los brazos de un hombre cada uno de nosotros. El otro gallo me picó la cabeza, y yo le dí un picotazo. Tenía enojo y miedo; quería atemorizarlo; quería infundirle miedo, también; pero sentí que no podia pelear con ese hermano mío que estaba en las mismas condiciones que yo. ¿Por qué iba a pelear con él? ¿Qué gallina me había quitado, o bien, qué insulto me había inferido? No; no he de pelear, me dije; pero al sentir que me arrancaban unas plumas, mi sangre me corrió más aprisa, como cuando tengo coraje. No puedo dejar que me toquen las plumas, y sobre todo si son de la cabeza, sin irritarme. Entonces me cegué y quise pelear y matar, y ver sangre o morir...

Nos dejaron sueltos. Medí al otro gallo, lo estudié rápidamente, y me lancé sobre él. Unos cuantos golpes de ala, otros con el pico, y finalmente con el espolón; pero en lugar de éste tenía la navaja, y, sin querer, sin tener siquiera intención de matar al otro, ya le había hundido la navaja en el vientre, y el gallo yacía en la tierra desangrándose. Yo también estaba herido en varias partes del cuerpo; pero aún pude agitar las alas y cantar el *kikirikí* del triunfo.

Me levantaron del suelo con más caricias que antes, y al salir estaba oyendo las palabras de aquellos hombres que habían ganado y las de los que habían perdido con nuestra pelea. Para ganar unas cuantas monedas se nos había irritado y se nos había sacrificado.

LA MAQUINARIA EN EL EJIDO

I

Cuando llegó el agente viajero de la casa de maquinaria agrícola "Trabaje Con Motor," S. A., a Río Florido, preguntó por las personas que podían comprarle maquinaria y tractores. Los hacendados y Gejo eran los únicos que se podían interesar, porque eran los que tenían tierras en qué ocuparlos; pero don Carlos, desde luego, despidió al agente y ni siquiera quiso oír una palabra de él. ¿Para qué quería maquinaria, si él trabajaba con medieros? Estas máquinas que se llaman medieros nunca se descomponen, no tienen necesidad de refacciones ni de aceite, y ellos mismos saben cómo han de trabajar la tierra, sin que nadie tenga que dirigirlos: para explotar al mediero, lo que hace falta es la tierra; mientras que para explotar la maquinaria y la tierra, se necesitan muchas cosas de que carecen los hacendados que explotan medieros. El dueño de la hacienda de La Cañada era de otro modo: tenía tierras que cultivar, y las cultivaba; primero con peones, y después, había encontrado que el número de peones podía ser reducido, que los ejidos le habían quitado muchos, y que necesitaba mejorar el trabajo de los pocos que le quedaban. La maquinaria resuelve esta clase de problemas; la maquinaria permite que el trabajo de muchos obreros sea realizado por unos cuantos, cuando a éstos se les agrega una máquina: un peón, con una yunta, apenas barbecha las dos quintas partes de una hectárea; pero si se le ponen arados convenientes y en lugar del par de bueyes se le proporcionan dos troncos de buenos caballos percherones, puede barbechar una hectárea diaria, o poco menos; cuando, en cambio de los animales, se le pone en condiciones de trabajar con un tractor y con su equipo de arados apropiado, la superficie barbechada al día puede ser de tres a cuatro hectáreas para los tractores chicos, y de diez, veinte o más, para los tractores de muchos ca-

ballos de fuerza. El dueño de La Cañada necesitaba comprar tractores y otras máquinas agrícolas, porque ya no tenía gente suficiente, y las tierras que quería cultivar eran muchas aún.

Gejo también fué entrevistado por el agente de la "Trabaje con Motor." S. A.; oyó como música celestial las palabras del agente; se quedó atónito al contemplar las ilustraciones de los catálogos de maquinaria, y al saber que con ella se podía hacer el trabajo de muchos hombres en el tiempo en que un hombre almuerza a la vera del surco. Las palabras del agente lo tenían sugestionado, y la cabeza le daba vueltas por tantas ideas que se le venían en tropel; pero cuando se llegó a la cuestión de los centavos, la sangre le empezó a correr más lentamente, la cabeza, a funcionar con más regularidad, y él mismo sintió que había bajado del cielo y que ya tenía nuevamente los pies en tierra. Nada habló durante la perorata del agente, y cuando le preguntó éste por el pedido que haría, dijo que lo iba a pensar, que resolvería después.

El agente estaba seguro de que iba a colocar un buen pedido con Gejo; que el agrarista ese tendría que caer, y que después de vendida, entregada y pagada la maquinaria, era cuestión de ellos y no de él ni de la "Trabaje Con Motor," S. A.

Gejo tenía mucho que pensar antes de resolver la compra, y, además, quería platicar con el ingeniero don Manuel, que casualmente andaba por allí.

II

GEJO.—¿Qué me dice si compramos maquinaria para el ejido, ingeniero?

DON MANUEL.—¿Maquinaria para el ejido? Pero, ¿qué clase de maquinaria?

GEJO.—Pues esos tractores que hacen a un lado a los bueyes y jalan del arado con tres, cuatro, cinco y más rejas... ¿Se imagina lo que podemos trabajar con ellos? También trae unas máquinas que dice que se llaman cultivadoras y sirven para hacer las escardas del maíz, y muchas otras máquinas más, que no conozco, pero que el agente dice que sirven para economizar el trabajo de la gente.

DON MANUEL.—Dice bien el agente, Gejo, y te has fijado bien: economizando-el-trabajo-de-la-gente. Piensa bien en estas cuantas palabras y tú mismo vas a poder resolver la cuestión. Imagínate que ya tienes el tractor en el ejido. ¿Qué vas a hacer con él? ¿Quién va a cuidar de esa máquina? Habrás de tener necesidad de un mecánico; y a éste tendrás que pagarle un jornal, mientras la gente, los compañeros, se quedarán parados a la orilla del campo, esperando que el mecánico haga el trabajo que ellos debieron haber ejecutado; tendrás que comprar gasolina para el tractor, porque si no le pones, no camina ni un milímetro. La gasolina te cuesta dinero, y, mientras tanto, los pastos se quedarán en los potreros y habrá que quemarlos junto con el rastrojo del maíz y la paja del trigo; el aceite también es indispensable para el tractor, y tendrás que sacar más dinero y, finalmente, cuando el tractor ya no sirva, si es que lo has trabajado la vida que tiene, lo tendrás que tirar al basurero, porque no habrá quien te dé un centavo por él, mientras que el buey, cuando esté viejo, lo engordas y te lo comes o lo vendes al carnicero. ¿De dónde vas a sacar dinero para hacer tanto gasto? En el ejido lo único que hay es trabajo, que son los mismos ejidatarios, y éste no lo utilizas, dejando que se pierda por la falta de uso, mientras que el dinero te hace falta y no tienes de donde sacarlo, si los hombres no tienen oportunidad de trabajar con sus brazos. El tractor está bueno para el hacendado que trabaja a base de dinero, pero no para el ejido, que explota la tierra con los brazos del ejidatario y tiene que utilizar primeramente los productos naturales, como los pastos, los rastrojos y otras cosas más, y después podrá comprar la gasolina que le haga falta.

GEJO.—Estoy viendo que yo soñaba, pero no pensaba. Usted tiene mucha razón, ingeniero. Pero le voy a explicar lo que yo mismo me decía: las máquinas han de quitarle trabajo al hombre, le ayudan a trabajar; la vida será mejor cuando, en lugar de ir detrás del arado, podamos dejar que las máquinas hagan lo que el hombre está haciendo ahora; pero usted me dice muy claro: los hombres no tendrán que trabajar, pero habrán de pagar por lo que dejan de hacer.

¿Y de dónde han de sacar el dinero? El hacendado sí puede hacerlo; el ejidatario no. Pero, ¿qué me dice de las cultivadoras y de las rastras?

DON MANUEL.—Las máquinas que ayudan al hombre mejorando el trabajo de la tierra; que disminuyen la fatiga del hombre durante el trabajo, pero que permanecen a sus órdenes y no tratan de dominarlo, imponiéndole cargas extrañas a la vida que lleva, esas sí deben formar parte del equipo del ejidatario. El arado de fierro, en lugar del criollo; las rastras de dientes de acero, en vez de la de ramas; el rodillo de lámina sustituyendo al de madera, que apisona imperfectamente las tierras; la seleccionadora de semillas, que hace mejor trabajo que el aventador con su pala; y muchas otras máquinas que sí vienen a permitir un mejor trabajo y, por lo tanto, un mayor rendimiento en la cosecha a una mejor preparación del producto para el mercado.

Cuando el trabajo de las tierras en el ejido de Río Florido sea tanto que los ejidatarios no se den abasto para hacerlo, habrá que pensar en las máquinas que hayan de ser compradas, y, entonces, cualquier precio que pidan por ellas será bueno, mientras que ahora, cualquiera cantidad que se gaste es un despilfarro de dinero y de trabajo. En cambio, fíjate que en La Cañada ya han comprado tractores, y seguramente les van a dar buen resultado: pero allí no tienen gente para los trabajos, y las máquinas van a sustituir a toda la gente que ha salido de la hacienda. En los campos, como en las ciudades, las máquinas han venido a formar una nueva clase de hombres: los desocupados por las máquinas. Este nuevo problema que tiene el mundo no era conocido por nuestros padres y menos por nuestros abuelos: es la enfermedad que aqueja al mundo en la actualidad: las máquinas han venido a esclavizar al hombre, en lugar de libertarlo, como se pensó en los primeros tiempos de su desarrollo; pero tampoco hay justicia al atribuir a la máquina todos los males que aquejan por ahora a la humanidad. El hombre no ha usado de la máquina, sino que ha abusado de ella. Las consecuencias las estamos palpando hasta hoy.

PRIMERO DE MAYO

I

Gejo y Juana fueron a la ciudad con objeto de ver las fiestas que se celebrarían con motivo del día 1º de mayo, según la invitación que había recibido el Comité Ejidal de Río Florido. Poco, naturalmente, le importaba esa fiesta, de la que jamás había oído decir una palabra; pero tenía ganas de ir a la ciudad, de ver una fiesta y, de pasadita, darle gusto a Juana, que ardía en deseos de ir del brazo de su Gejo, contoneándose por las calles de la ciudad, la más inmediata a ellos, la capital del Estado a que pertenecía Río Florido.

Como paseo, no estuvo malo; pues tuvieron oportunidad de ir al cine, al teatro, a los paseos y juegos que allí había, y vieron aparadores luminosos llenos de mercancía, y, finalmente, compraron ropa, para ellos y los chicos; alguna herramienta que le faltaba a Gejo, y unos cuantos trastos que a Juana le parecieron de plata, pero que no eran sino de simple aluminio.

Pero eso no fué todo: Gejo venía impresionado con aquella fiesta a que asistió; había visto a muchos compañeros campesinos junto con él, a muchos obreros de distintas fábricas, banderas con colores rojo y negro, y había oído discursos a los que no estaba acostumbrado. El había ido en la larga columna de manifestantes, había visto y oído todo aquello; pero no había entendido palabra y ardía en deseos de ver a don Juanito y a su amigo el ingeniero, porque ellos dos sí podrían explicarle qué significaba eso.

GEJO.—Don Juanito y usted, don Manuel... ¡Qué gusto de haberlos encontrado juntos!

DON JUANITO.—¿Qué tal te fué de paseo, Gejo? ¿Qué me cuentas?

DON MANUEL.—¿Con que vienes de paseo y ni siquiera me dijiste que ibas a salir, la última vez que nos vimos?

GEJO.—Ya usted ve, ingeniero: tuve que ir a la capital, a la fiesta del 1º de mayo, a la que invitaron al Comité. Y precisamente de eso quiero hablarles y que me digan qué es eso que vi.

DON JUANITO.—¡Cómo! ¿Que te digamos qué viste?

GEJO.—No, don Juanito; que me explique por qué es día de fiesta el primero de mayo; por qué las banderas que llevaban no son tricolores, sino roji-negras; por qué en los discursos que oí se habló solamente de trabajadores, capitalistas, revolución y socialismo, y quién sabe qué cosas más por el estilo, a las que no estoy acostumbrado aquí, en el pueblo...

DON JUANITO.—Desde hace muchos años, casi desde que apareció la primera máquina en el mundo, cuando los talleres fueron desapareciendo, porque los hombres no tenían mucho que hacer con sus herramientas, sino que las máquinas empezaron a hacer el trabajo de los hombres, los obreros sintieron que las máquinas eran sus enemigos; que entraban a las fábricas sólo para quitarles el trabajo y el jornal miserable que ganaban. Entonces destruyeron esas primeras máquinas; pero las fábricas siguieron produciendo nuevas, y nada valió acabar con las primeras. Las fábricas fueron creciendo y multiplicándose; los obreros fueron aumentando en número. Las máquinas sirvieron, primero, para ayudar al hombre; pero, después, fué el hombre el que se convirtió en servidor de ellas. Los capitalistas, los dueños de las máquinas y de las fábricas, dejaron de tratar a los obreros como hombres, los jornales se fueron reduciendo, la vida se hacía cada vez más difícil...

Las condiciones del obrero se hicieron cada día peores, y tenía que suceder que sintieran y comprendieran, y tomaran un día la resolución de cambiar ese estado de cosas. Unos cuantos de ellos, allá en Chicago, enorme ciudad industrial de Estados Unidos, donde el aire está viciado por el humo y el vapor de miles de chimeneas, se agitaron pidiendo que las cosas cambiaran, que se les pagaran mejores jornales, que se les reconociera el derecho de unirse en sindicatos, y todos los que les correspondían como hom-

bres libres... Pero aquel intento fué ahogado en sangre, y en memoria de los obreros sacrificados, los del mundo entero han acordado celebrar todos los años, el día 1º de mayo, la fecha memorable. Este es el Día del Trabajo y del Obrero.

GEJO.—Y eso, ¿qué tiene que ver con nosotros, los campesinos?

DON JUANITO.—Es que no solamente los obreros de las fábricas se encuentran en condiciones deplorables, sino también los del campo; sólo que tú ya no estás sintiendo la miseria de ser peón, porque ya estás en el ejido y vives como hombre libre.

GEJO.—Bueno; ¿y qué quiere decir esa bandera roji-negra? ¿Por qué no traen solamente la tricolor?

DON JUANITO.—Mira, Gejo: la bandera tricolor es la enseña de la Patria, de México; la roji-negra es el emblema del movimiento obrero en todo el mundo, pero independiente de la patria, del país o nación en que los obreros se encuentren; la bandera roji-negra es, también, la de los revolucionarios comunistas, y en Rusia, es la bandera del país.

GEJO.—Pero, entonces, los obreros mexicanos no deben traer solamente la bandera roji-negra, sino también la tricolor; pues son obreros, pero obreros mexicanos, y nada más deberán usarla cuando la manifestación del 1º de mayo. ¿No es así?

DON JUANITO.—Efectivamente; así debería ser: los obreros han sido mal aconsejados, y en muchas ocasiones olvidan que son mexicanos y solamente exhiben y usan la divisa de la clase a que pertenecen. Siempre la Patria debe estar sobre todo lo demás; la bandera tricolor debe ondear aun cuando sean los obreros mexicanos los que celebren la fiesta o hagan uso de la bandera roji-negra.

GEJO.—Ya le entiendo, don Juanito. ¿Y esos discursos revolucionarios y comunistas que nos echaron? ¿Qué quiere decir todo ello?

DON JUANITO.—A ver, don Manuel, explíquele esas cosas a Gejo.

II

DON MANUEL.—Todos los movimientos sociales tienen lugar cuando los directores de los pueblos no han podido preverlos, por medio de revoluciones, como en México, para la cuestión ejidal y el reparto de los latifundios. Los obreros forman una gran clase, que comprende no sólo a los que trabajan con sus manos y detrás de las máquinas, sino a todo aquel que tiene que vender su trabajo, material o intelectual, a un patrono. La organización del trabajo ha sido formidable, la industria ha puesto un círculo de hierro a los trabajadores, y los gobiernos están hechos al gusto de los capitalistas, y para servirlos. ¿Cómo se podrá, en estas condiciones, hacer que los obreros tengan la libertad que merecen y participen en la organización de la producción y de la sociedad? La revolución se ve ahora como el único camino, porque los capitalistas no van a entregar a los obreros las prerrogativas y preferencias de que gozan en el mundo; pero debemos ver con claridad que la crisis por que atravesamos está llevando al mundo a un lugar en que tiene que reajustar todos sus sistemas y hasta la organización de los pueblos. Los capitalistas mismos no encuentran la salida a esta situación; su sistema se está haciendo añicos, y tanto ellos como los obreros y la población entera, están sufriendo por una organización que pensaban que había de ser eterna y única.

El comunismo, Gejo, es difícil que lo comprendas y lo apruebes, como sucederá a todos los campesinos. La teoría o idea de una organización social en donde todo es de todos, nació a causa de las fábricas. En ellas se hace indispensable el trabajo de cada uno de los obreros, para dejar terminada la obra; y si uno falta, ésta no puede realizarse. Pero en el campo las cosas pasan de otra manera: cada uno se considera suficiente para hacer todos los trabajos de campo sin ayuda ajena; cada quien quiere ser dueño de *su* tierra, y que los demás se ocupen de sus cosas, pero dejen las ajenas. Ya ves que ha sido difícil organizar la cooperativa, que se ha necesitado todo el empeño de ustedes para formarla y llevarla adelante, y para eso han te-

nido que quitar a los flojos, a los viciosos y a los enemigos del ejido. ¿Qué podrías haber hecho con toda la gente que allí estaba? Nada, Gejo. Pues bien, ponte ahora en el caso de un país entero, y tendrías que establecer una dictadura como jamás se ha visto en el mundo, para que cada quien cumpliera con su deber; pues aunque todos lo conocemos, no todos queremos cumplirlo. Por otra parte, tendrías que organizar la producción y el consumo, en forma de poder dar abasto al trabajo de todos los habitantes, ya que todos ellos querrían trabajar para tener derecho a disfrutar de los productos, y, por otra, habrías de tener que repartir los productos en relación con el trabajo, o bien, de acuerdo con las necesidades de cada quien, si es que no había trabajo para todos.

GEJO.—Pero todo eso es muy complicado, ingeniero.

DON MANUEL.—Pues más que decirlo, es hacerlo, y si en los tiempos actuales y con la desorganización que hay se cometen muchas injusticias, otras tendrían lugar si se pusieran en práctica las teorías comunistas.

GEJO.—Yo no estoy porque las cosas se queden así, porque sigan los explotadores y los explotados; pero quisiera encontrar alguna manera práctica de hacerlo.

DON MANUEL.—Los comunistas, también han deseado lo que tú quieres, y para eso han hecho su teoría; pero ésta aún no trabaja en la práctica como parece cuando se platica. Todos estamos de acuerdo, menos los explotadores, en que hay que cambiar las cosas; pero mientras no se encuentre una manera efectiva de realizar lo que se piensa, tenemos que contentarnos con ir evitando los defectos de la organización actual, que de esta misma tiene que salir la futura.

GEJO.—Y ¿que medidas se toman? ¿Qué hace el Gobierno para impedir esa explotación?

DON MANUEL.—En la tierra, con los obreros del campo, con los peones, ha recurrido a los ejidos, al fraccionamiento de las haciendas, a la ayuda y organización de los ejidatarios y los agricultores en pequeño; en las ciudades, favorece la formación de sindicatos obreros y establece normas y tribunales para las dificultades y conflictos entre obreros

y patronos; en otros aspectos es bien poco lo que se ha hecho hasta la fecha y, seguramente, tendrá que intervenir en los negocios de las grandes empresas que tienen que ver con todo el público, como los ferrocarriles, o tomar los servicios directamente a su cargo, como la moneda, el Banco de México, el correo y los telégrafos, y así, poco a poco, las actividades de interés social irán pasando al Estado, que representan al pueblo mismo de México.

GEJO.—Pero qué lejos veo que esos cambios puedan tener lugar; posiblemente en las ciudades se den mejor cuenta de esas cosas, porque nosotros aquí, soterrados en el pueblo, poco sabemos de lo que sucede y cómo se van haciendo esas cosas.

DON JUANITO.—Ya no sucederá lo que dices, Gejo, porque para eso ha de servir la Escuela, para ponerlos constantemente en comunicación con el mundo y que nunca estén ignorantes de lo que sucede fuera de Río Florido.



INDUSTRIA DOMESTICA

I

JUANA.—¿Sabe, ingeniero, que en el pueblo las mujeres se dedican a tejer, en sus casas, puntas de rebozos; otras, lo hacen en los talleres, y algunas más hacen encaje de bolillo?

DON MANUEL.—Sí. Y ¿cuánto salen ganando a la semana?

JUANA.—Apenas unos cuantos centavos, después de haber trabajado muchas horas... todas las que les quedan libres de sus quehaceres. Imagínese que, por hacer puntas de rebozo, les pagan a seis centavos las dos puntas de los rebozos corrientes, y apenas hacen un rebozo diario, y cuando se trata de rebozos de bolita, de esos muy finos, con hilo del cien, entonces les dan veinticinco pesos. ¿Pero sabe cuánto tardan en hacer esas puntas? En un año apenas salen con la tarea. Así es que ganan veinticinco pesos al año haciendo las puntas.

DON MANUEL.—De modo que la ganancia del trabajo la tienen los dueños de los talleres, que también son comerciantes. ¿No es así?

JUANA.—Sí, y figúrese que desde que pusimos el molino de nixtamal, las cosas se han puesto peor, porque como todas llevan su nixtamal al molino, les queda más tiempo para tejer, y dicen los dueños del taller que van a rebajar la paga del tejido, porque ya hay muchas tejedoras. Pero ellos no bajan el precio de los rebozos, así es que lo único que hacen es aprovecharse del trabajo barato, para aumentar sus utilidades. Y no me parece justo que dejemos que se siga explotando en esa forma a las mujeres. ¿Qué es lo que usted nos puede aconsejar?

DON MANUEL.—Primero contésteme esta pregunta: ¿Usted cuenta con todas las mujeres tejedoras? ¿Tiene la seguridad que harían lo que se les dijera?

JUANA.—Ya lo creo que sí, y más si se les demuestra que todo va a ser para su bien.

DON MANUEL.—Entonces, la cosa tiene remedio. Lo primero que hay que hacer, es no entregar el trabajo que tienen pendiente; al mismo tiempo, aconsejar a todas las demás que sepan tejer y no han recibido obra, que vayan a recoger rebozos, y se queden con ellos hasta que dejemos arreglada la cuestión del pago por el trabajo. Cuando los reboceros pidan la obra, hay que decirles que solamente la entregarán cuando hagan contratos de destajo y se fijen los precios justos por el tejido; no esos cuantos centavos que dan, y dicen que han pagado. Mientras eso sucede, que todas las mujeres nombren una comisión que las represente, y sea con ellas con quienes traten los patrones; que formen, por decirlo así, un sindicato de tejedoras, para defender sus derechos, porque de otro modo siempre serán explotadas por esos patrones disimulados.

JUANA.—¿Y después?

DON MANUEL.—Pedimos que la cooperativa les adelante un poco por el trabajo que van haciendo, para que así no las sujeten por hambre; y cuando se arregle el asunto con los patrones, entregan los rebozos terminados, cobran, y pagan lo que les adelantó la cooperativa.

JUANA.—Por principio de cuentas, me parece muy bien lo que dice; pero no me conformo con que sigamos trabajando para esa gente que ha estado explotando a todas las mujeres del pueblo y a los hombres que trabajan en los telares.

DON MANUEL.—Bueno, eso será asunto que arreglaremos después, Juana.

II

Juana comprendió perfectamente la idea que le dió el Jefe de Zona y empezó la propaganda entre las mujeres tejedoras, hasta ganar todo su parecer y la promesa de hacer lo que se había platicado.

El programa se desarrolló tal como se había ideado, y pronto los patronos se dieron cuenta de que estaban siendo combati-

dos por las tejedoras, y que Juana, la mujer de Gejo el agrarista, estaba en el asunto y dirigiendo la campaña contra ellos.

Algunas semanas pasaron en estas dificultades; la cooperativa estuvo haciendo esos adelantos por trabajo, para ayudar a las mujeres, y los patronos, viendo que la cosa iba para largo, por la ayuda de la sociedad cooperativa, tuvieron que entrar en francos arreglos con las mujeres, que ya entonces tenían formado su sindicato, al que los tejedores entraron también, para mejorar sus jornales y destajos.

El primer paso del sindicato fué el arreglo de los jornales y destajos; pero su proyecto final era más importante y definitivo, y debía iniciarse algunos meses después, según consejo de don Manuel: todos los miembros del sindicato estaban de acuerdo en formar un fondo común, con todo lo que fuera mejoría ganada en jornales y destajos. Ese fondo común se emplearía en comprar telares y establecer la industria del rebozo y de los encajes de bolillo, por cuenta de los mismos trabajadores: la tienda cooperativa se encargaría de la compra del material para trabajar, y, posteriormente, de la venta de los productos.

La mejoría que consiguieron por la acción del sindicato, fué de un 25% sobre los jornales y los destajos que se tenían anteriormente; y asi fué como se inició el capital del Sindicato de Reboceros de Río Florido, que después debía ser una de las industrias más importantes del pueblo.

Al cabo de unos cuantos meses de trabajo, en las nuevas condiciones obtenidas por el sindicato, éste pidió a la cooperativa del ejido de Río Florido que le diera un solar, en la nueva colonia, para empezar la construcción de una fábrica de rebozos. El permiso fué otorgado y la construcción la hicieron los ejidatarios, a cambio de la concesión de venderles siempre la materia prima y ser los agentes de ventas de sus productos, ganando una comisión muy pequeña, en cada operación.

El Sindicato de Reboceros abrió su fábrica y se desprendió completamente de los antiguos patronos que estaban explotando inicuamente el trabajo de las mujeres y de los hombres. Y ahora éstos podían entregarse tranquilamente a su trabajo de tejido, con la seguridad de que no habría más utilidades para patronos, sino que ellos personalmente iban a manejar su negocio y a

disfrutar de sus ganancias, lo mismo que los campesinos habían hecho en el ejido.

La fábrica de rebozos y de encajes de bolillo sirvió a todas las mujeres para ocupar sus ratos libres, y a los hombres les proporcionó trabajo cuando en el campo las tierras no podían ser cultivadas: durante la temporada de aguas en que el trabajo de campo se suspende, y durante la de secas, cuando las siembras de trigo terminan y aún no es tiempo de preparar la tierra para el maíz.

La industria doméstica, la pequeña industria que se establece en los campos, sirve eficazmente para regularizar las entradas del campesino y para permitirle que ocupe los días en que no trabaja en la tierra. De esta manera, la vida del campesino es mejor y sus entradas más regulares.



EN CAMPAÑA POLITICA

El Comité Político Ejidal de Río Florido empezó a funcionar inmediatamente después de la sesión memorable en que los ejidatarios habían aprobado entrar en la campaña política, para ganar la Presidencia Municipal.

Desde luego se nombraron comisiones que habían de visitar a sus compañeros y ejidatarios de los otros pueblos del valle, ya que todos ellos correspondían al mismo municipio. En cada ejido habían de formar un nuevo comité, asociado al de Río Florido. Cuando se hubieran formado todos los comités locales, cada uno de ellos nombraría una comisión, con amplios poderes para elegir, en una gran asamblea de representantes que tuvieran, al candidato que habrían de apoyar todos los ejidatarios del municipio.

La propaganda política se significaba por los nuevos conceptos que tenía, por la importancia que se daba al ejido y al campesino y a los intereses de la tierra; pero, más que nada, era de distinguirse la ecuanimidad de los términos y la seriedad de esa propaganda.

> "Los agraristas tenemos que formar un núcleo fuerte y vigoroso para combatir a los enemigos del ejido y del proletariado."
>
> "En un pueblo de campesinos deben gobernar campesinos."
>
> "Solamente un gobierno formado por agraristas puede defender y hacer respetar las leyes agrarias."
>
> "La justicia solamente la pueden aplicar quienes están en contacto con la tierra y aún no se encuentran viciados por los intereses y las ambiciones."
>
> "Llevaremos a la presidencia municipal a un ejidatario de corazón, que haya sabido explotar su parcela, haya respetado al ejido y lo enorgullezca por sus conocimientos, experiencia, justicia y claro juicio."

"El campesino, y especialmente el ejidatario, tendrá el lugar que le corresponde en la comunidad."

"El engrandecimiento del valle de Río Florido no depende de los hacendados ni de los comerciantes, que nada han hecho hasta ahora que no sea enriquecerse, sino de los campesinos y ejidatarios que trabajamos la tierra y que somos la base de la prosperidad del valle y contribuímos al engrandecimiento de México."

La campaña se llevó a cabo ordenadamente, y ni los más fuertes enemigos pudieron decir ni hacer nada en su contra, a pesar de que buenas ganas tenían de emplear los medios coersitivos más enérgicos, a la menor señal de desorden que se notara; pero nada, nada pudieron hacer.

La Asamblea de Representantes de los Comités Locales se reunió en la Escuela Rural Ejidal de Río Florido; allí discutieron largamente los diferentes candidatos que se presentaron, y finalmente, eligieron a Pablo, ejidatario de Río Florido, por las cualidades que reunía: serio, cumplido, honrado, leal, modelo de hombre y de ejidatario, y magnífico agricultor.

Pablo tenía que llegar a la presidencia municipal sustituyendo a don Cleofas. El ricachón sería substituído por el ejidatario.



SOLO UNA EXPLOTACION COMPLETA SALVARA AL EJIDO

Cuando los hombres tienen a su disposición enormes extensiones de tierra, ya sea de cultivo, de pastos o bosques, fácil es para ellos vivir sin tener que trabajarlas en forma tal, que entreguen el máximo de producto: pequeños rendimientos, y, por tanto, aplicación de poco trabajo a la tierra, es suficiente para que los hombres puedan vivir. Pero a medida que la cantidad de tierra de la cual han de vivir se reduce, las condiciones del trabajo han de cambiar: más y más trabajo habrá que aplicar a la tierra, para que ésta pueda sostener al hombre; y si esa superficie llega a ser materialmente insuficiente para asegurar el sostenimiento del trabajador, el problema se complica para el campesino, no sólo en cuanto a la mayor aplicación de trabajo a la tierra, sino también en lo relativo a la mejor utilización del tiempo de que dispone.

Las dotaciones ejidales para un poblado siempre se calculan sobre la base del número de personas que necesitan tierra, y también llegan a señalar superficies de pastizales y bosques, aparte de las tierras de labor, sean éstas de riego o de temporal. Así, pues, las tierras en el ejido son en cantidad limitada.

En esas condiciones, que no podrán ser otras, el problema del ejido estriba en el mejor aprovechamiento que se pueda hacer de las tierras de que dispone: cultivar las de labor y sembrarlas con las semillas mejores y de más altos rendimientos; combinar los cultivos, de manera que la tierra nunca deje de estar produciendo; destinar las tierras de riego a cultivos que requieran la aplicación de agua, independizando a las plantas de las alternativas de las lluvias; cultivar, en las tierras de temporal, plantas que resistan las variaciones del tiempo y se acomoden a las temporadas de lluvia; utilizar los pastos, para el desarrollo de los ganados; aprovechar las tierras pedregosas e

impropias para el cultivo, con frutales o bien con árboles forestales, y explotar los productos que se puedan obtener de los bosques.

Pero esta explotación de las tierras, en las formas que les corresponde, no será precisamente para agotarlas, sino tomando la explotación en su significado de aprovechamiento, sin destruir la riqueza que encierran, y que está destinada a todas las generaciones presentes y futuras: talar el bosque es destruirlo; introducir los ganados desordenadamente y en grandes cantidades en los pastizales, es destruirlos; cultivar las mismas plantas en las tierras de labor, sin abonarlas, es agotarlas; dejar que las lluvias y el viento obren sobre las tierras de labor, abandonadas, es perderlas. El hombre tiene obligación de cuidar las riquezas naturales que están a su disposición, para entregarlas a las generaciones futuras, de modo que puedan vivir; y para eso, hay que aprovecharlas y no destruirlas.

El problema del ejido es ese, y para resolverlo se requiere que el ejidatario cultive la tierra, aproveche todos los productos que ésta le proporcione: los frutos y las semillas, las raíces, los tallos y las hojas: unos los tomará para su consumo inmediato; otros, para ser consumidos previa elaboración o industrialización; otros más, transformándolos en trabajo, carne, grasa, leche y demás productos animales, por medio de los ganados: desde la gallina y la paloma, el cerdo, las cabras, los borregos, los asnos, las mulas y caballos, hasta las vacas, los toros y los bueyes. Los frutales deberán formar parte integrante de las plantas cultivadas destinando para ellos las tierras que mejor les acomodan y que menos se prestan para los cultivos anuales; aun cuando los primeros años estas plantas solamente requieren cuidados y no dan frutos, después de tres, cuatro o diez años, a lo más, inician la fructificación, y pasan años y más años dando al hombre sus frutos sin gran exigencia de trabajos y atenciones. Los bosques serán explotados por sus resinas, cuando las tengan; por su madera, leña o carbón, cuando la explotación así lo permita; pero jamás deberá atentarse contra la vida de un árbol, si no se repone inmediatamente con otro que después formará el bosque.

Si el problema del ejido requiere, para su solución, la explotación más amplia, completa y medida de los bienes naturales,

mediante el trabajo y la industria del ejidatario, el problema de éste es más agudo: encerrado dentro de una parcela pequeña, de la cual no puede ni podrá por algún tiempo salir para buscar trabajo agrícola en los campos de las haciendas, tendrá que dedicar todas sus energías a la explotación de la tierra en todas sus formas y a sacar el mejor provecho de sus fuerzas, su energía y la inteligencia y cultura que tenga. En muchos casos, la tierra apenas podrá darle parte de lo que necesita y el resto tendrá que obtenerlo de otras fuentes distintas. En otros casos, el clima y la clase de cultivos que hace, apenas ocupará parte de su tiempo anual y el resto, muchas ocasiones la mayor porción, cuando cultiva tierras de temporal, tendrá que vivir de la cosecha única que levanta o bien dedicarse a otra cosa: el comercio, el trabajo asalariado y las pequeñas industrias domésticas, que son la salvación que tienen por ahora; pero mucho hay que hacer por esos lados: el comercio es pobre, las necesidades exiguas, los comerciantes, numerosos; el trabajo asalariado lo liberta del hambre, esclavizándolo, cuando logra encontrarlo; y las industrias domésticas aún no se han desarrollado lo suficiente para que en cada hogar, en cada rancho y en cada poblado haya las que puedan servir de ayuda al ejidatario. Sin embargo, esta línea es la que hay que desarrollar, y no solamente las industrias domésticas, sino también las grandes industrias deben ir a los campos y no concentrarse en las grandes poblaciones, y su sistema de trabajo puede organizarse a base del tiempo libre de los campesinos.



RECAUDO HACE COCINA Y NO DOÑA CATARINA

I

Aquel día en que se efectuó, en los salones de la Escuela Rural Ejidal, la exposición de cocina y costura de las mujeres campesinas ejidatarias de Río Florido, fué la consagración de los esfuerzos de Juana y de doña Carlotita, como líderes entusiastas y progresistas de la comunidad. Allí no solamente se vió que ambas sabían hacer unos buenos frijoles, unas enchiladas coloradas con sus hojas de lechuga y sus rebanadas de cebolla, sino también el ya famoso mole de guajolote de doña Carlotita; las carnes frías de cerdo y la cecina de res, la barbacoa de borrego y el cabrito al pastor, y las tortillas blancas y calientes hacían competencia al pan hecho en el horno de la Escuela, y a los pasteles almibarados y enchocolatados que habían sido preparados en la cocina de doña Carlotita. También se presentaron algunas legumbres y frutas secas, unas, y en conserva, otras. Y al final de las mesas estaban los trabajos de costura y las labores manuales: la ropa para niños recién nacidos, con mantillas, gorras, fajeros y sábanas; los trajecitos para niños y niñas, y la ropa para personas mayores, hombres y mujeres; las puntas y encajes de bolillo, que parecían filigranas de hilo, competían con las puntas de rebozo; y en rebozos había primores que en las ciudades ni siquiera habían sido soñados.

Todos los trabajos de la exposición, así de cocina como de costura, habían sido ejecutados por las mujeres ejidatarias; no había allí la mano extraña, y dondequiera se sentía el aliento y el espíritu del campo.

¿Cómo había podido realizarse ese milagro? ¿De dónde se había sacado tanta cosa para reunirla allí? ¿Cómo, se preguntaban los ejidatarios, nuestras mujeres han podido hacer tanta maravilla desconocida para nosotros?

Había sido necesario, para realizar esto, que Juana y doña Carlotita idearan un plan completo de organización de los hogares campesinos y lo llevaran firmemente a la práctica, venciendo cuanto obstáculo encontraron, poniendo lo mejor de ellas mismas, en su obra; convenciendo, entusiasmando, ayudando a todas y encaminándolas y enseñándoles lo que ignoraban. Primero fué la casa habitación, después, el cultivo de la hortaliza y la cría de animales de corral, y ya teniendo ésto, produciendo la hortaliza, y creciendo y multiplicándose los animales, mejorar las condiciones de vida de las mujeres, aliviándolas del trabajo diario, libertándolas del metate; y después, mucho después, organizándoles sus quehaceres y sus tareas, para que se dieran, cada día el tiempo destinado a pensar en algo más que la casa y los diarios problemas.

Primero fué necesario darles esparcimientos útiles, manuales, como el parchado y remiendo de los vestidos; después, la hechura de ropa; pues las mujeres, por falta de tiempo y de aprendizaje, habían empezado a abandonar la aguja y el hilo y principiaban a comprar la ropa hecha, de colores chillantes, de corte ridículo, parodia de los trajes de las mujeres de la ciudad; y hubo que enseñarles a cortar la ropa, a coserla y a hacerse vestidos que se avinieran más con sus costumbres y sus necesidades, al mismo tiempo que con su gusto muy particular, no dejando a los talleres de la ciudad el encargo, siempre costoso, de hacerles la ropa. Las cosas que se hacen por dinero o que hay que comprar no tienen el gusto y el espíritu de quienes han de usarlas.

Después de estas cosas necesarias, como el comer y el vestir, hubo que llegar a las cosas de adorno, como los tejidos, y de eso sabían hacer maravillas, que ni doña Carlotita había podido mejorar en nada.

Y aún se había hecho más; pero ésto no aparecía en la exposición sino en forma indirecta, sobre todas las cosas expuestas: una labor social, tan amplia y profunda, que se habían borrado las enemistades entre las familias, creando un espíritu de confraternidad y de buena voluntad entre todas las mujeres, que el ambiente todo de Río Florido había cambiado por completo. Los hombres se habían dedicado al trabajo, a mejorar

materialmente Río Florido, y las mujeres, en una labor más difícil, y casi sobrehumana, habían tratado de unir a todos los espíritus y a todos los corazones, creando la confianza de unos a otros, habían preparado lo más hondo de la comunidad: habían ido formando su espíritu, empezando desde el hogar. Allí estaba el trabajo de aquellas dos mujeres.

Pero aquellos hombres sólo pudieron apreciar el resultado final, aparente y material, condensado en aquellos platillos olorosos que incitaban a comer. Lo mejor, lo que no se exponía, y que, sin embargo, era la exposición misma, los había ido invadiendo insensiblemente, de manera que parecía no haberse efectuado cambio alguno, aunque para el visitante ocasional aquel no era el mismo grupo de personas que había conocido: una población como cualquiera otra, con sus chismes, maledicencias, envidias y pequeñeces; ahora era una comunidad perfectamente unida, trabajando por el bien común y aspirando a una vida mejor, en todos sentidos.

II

La comida, aprovechando los platillos de la exposición, vino a cerrar los festejos.

Los hombres deseaban que las comidas fueran así todos los días, no sólo cuando hubiera exposición y fueran a la Escuela Rural; pero aprendieron que solamente puede haber buena comida cuando hay los elementos necesarios para hacerla: para hacer guisado de liebre, hay que tener la liebre.

El resultado de la exposición fué muy claro: los campesinos aprendieron a ayudar a sus mujeres, tanto en el cultivo de las pequeñas hortalizas en sus solares, como en el manejo de los animales domésticos. En cada casa hubo un huerto y un corral. En el huerto, las hortalizas, las frutas y las flores; en el corral, las gallinas, los guajolotes y los cerdos, en amable compañía. Y así fué como las mujeres del ejido de Río Florido pudieron hacer a sus maridos una mejor comida; que poco o nada se parecía a la que tenían anteriormente; en las mañanas no habían de tomar sólo las hojas, el cedrón, el té de milpa, las hojas de naranjo, la canela o el café de olla, sino un almuerzo abundante y sano,

que antes no se había soñado: leche, huevos y pan, con sus frijoles y chile; a mediodía, la comida, sin ser muy abundante, porque siempre habrían de ser frugales, sopa, carne guisada, legumbres frescas y guisadas, frijoles y café y, por las noches, tampoco se acostaban con la taza o el jarro de hojas, sino que también tenían leche, carne, frijoles y pan o tortillas.

Aquella comida, de haberla comprado, habría costado un capital; pero el trabajo de todos había hecho que el dinero no saliera, que los más pobres pudieran comer lo mismo que los más ricos; porque a todos les costaba su trabajo cada platillo que comían.



LA LEY Y LOS JUECES

I

Todos los pueblos, al formarse, han ido estableciendo sus costumbres, de acuerdo con sus inclinaciones, su modo de ser y sus actividades; de esta suerte han ido formando una serie de reglas o preceptos que regulan las relaciones de unos hombres con otros, y de éstos, con la entidad superior, que primero es la tribu, y, después, el Estado. Estas reglas, que al principio están solamente en la memoria de los hombres, después pasan a ser escritas, y constituyen las leyes. La ley separa lo bueno de lo malo; lo justo, de lo injusto; protege a quien obra con apego a ellas y castiga a quienes obran fuera de sus preceptos.

En la tribu, imparte la justicia el jefe de ella; sus decisiones son inapelables, y en muchas ocasiones se resuelven a su capricho o según sus preferencias los asuntos que sobrevienen en las relaciones de los hombres de la tribu. Pero el deseo de los hombres de que la justicia se imparta siempre en forma ajustada a los preceptos de las costumbres, de lo bueno y de lo malo reconocido por ellos, ha dado lugar a que la jefatura del grupo, de la tribu o de la comunidad, quede a cargo de hombres reconocidos como probos y justos, y conocedores de las leyes escritas que han sido sancionados por el pueblo. Los hombres conocedores de las leyes, que se encargan de aplicarlas, son los jueces.

El juez no ha de juzgar a los hombres y sus acciones de acuerdo con su parecer, que es simplemente el de un hombre, sino de acuerdo con las leyes que rigen al pueblo, que son la voluntad de todo él, presente y pasado. Cuando el juez limita sus actos a la aplicación estricta de las leyes, es un buen juez; cuando sus pareceres personales, sus inclinaciones, sus intereses, obran simultáneamente a la consideración de los preceptos legales, deja de ser juez y constituye un estorbo para el desarro-

llo de las actividades de los hombres y el progreso del estado o del pueblo.

Los pueblos que saben elegir buenos jueces, son pueblos felices.

II

La justicia en Río Florido no había sido del todo buena; pues el juez no se concretaba a la aplicación de la ley, sino que sus simpatías e intereses en los negocios de algunos de los principales del pueblo daba lugar a que los juicios no siempre fueran favorables a quien tenía la razón y la justicia, sino que se inclinaran en favor de esos cuantos que gobernaban directa o indirectamente en el pueblo. Ninguno de los humildes quería llevar sus asuntos al juez, porque sabía que los perdía irremisiblemente; los poderosos sí eran partidarios de poner al juzgado enfrente de sus contrincantes, porque sabían la forma de ganar siempre los pleitos. Grande injusticia era la que gobernaba en Río Florido.

A la llegada del nuevo juez, el licenciado don Enrique, los juicios se detuvieron, las gestiones para activar las sentencias no fueron tan apremiantes. Se esperaba saber quién era el nuevo juez y hacia dónde iba a hacer que la balanza de la justicia se inclinara; pero con don Enrique las cosas no durmieron: los juicios empezaron a caminar velozmente y las sentencias comenzaron a recaer sobre los asuntos que se ventilaban en el juzgado. Los campesinos fueron los primeros en reconocer que las sentencias de don Enrique eran justas; ellos no conocían las leyes; pero sabían intuitivamente quién tenía razón y quién llevaba un asunto al juzgado para hacer valer la injusticia y las influencias. Las influencias dejaron de tener valor en el juzgado: don Enrique no aceptó ni la amistad, ni los obsequios ni temió las amenazas de quienes buscaban sentencias favorables para sus negocios poco limpios. Don Enrique era un buen juez, probo, inteligente y modesto. Buscaba la justicia y la encontraba siempre en la ley y en su corazón. Para el nuevo juez, sí existían la igualdad de todos los hombres ante la justicia, como lo dice la ley.

¿Qué deseaban el Presidente Municipal, don Carlos y otros más, cuando fueron a acusar a Gejo y a Pancho ante el juzgado?

¿Dónde estaban los delitos por los que los acusaban? ¿Por qué se traían al juzgado asuntos olvidados hace muchos años, cuando no se podían tener testigos de aquellos supuestos delitos que habían sido cometidos por ellos?

Don Enrique, el juez probo, no iba a ser instrumento de unos cuantos que deseaban inhabilitar a los acusados para que siguieran trabajando en la campaña por el nuevo Presidente Municipal de Río Florido. Esas artes que estaban empleando los enemigos de los agraristas se estrellaron ante la rectitud del juez. No pudo haber componendas, no podía haber encarcelamientos por supuestas faltas cometidas: la justicia caminaba rectamente donde antes no era siquiera conocida.

Después de haber agotado los recursos de acusación ante el juez, los enemigos del nuevo orden de cosas; los enemigos del establecimiento de una nueva era de vida para Río Florido; los que deseaban perpetuar los sistemas ya apolillados y las personas que habían sido los explotadores del pueblo, recurrieron a todos los demás argumentos, para hacer fracasar a los noveles en las lides políticas: la amenaza, el atraco y todos los demás expedientes. Pero si los ejidatarios eran nuevos en la política, eran y seguían siendo valientes: nadie se amedrentó, nadie abandonó el campo que había querido ocupar; así es que los trabajos de propaganda siguieron con todo empeño y los partidarios del ejido aumentaban en número y habían dejado a un lado su tibieza, para entrar valientemente a la conquista de sus derechos, ignorados hasta entonces.

Tampoco fué don Enrique un partidario del ejido; era juez. Pero sus simpatías estaban con los de abajo, y Gejo y los suyos tuvieron sus consejos y su auxilio para evitar los lazos que les tendieran sus contrarios.

En esta lucha, que por primera vez se veía en Río Florido, el representante de la justicia permitió el libre juego de todos, y el resultado tendría que estar con quienes tuvieran la razón, el derecho y la justicia.



EL PERIODISMO

Allá en los primeros tiempos de la civilización, los pueblos estaban separados unos de otros, las comunicaciones eran difíciles, los grupos de hombres eran cerrados y los asuntos de un grupo no interesaban a los demás: cada pueblo, cada tribu, llevaba su vida independiente. Por otra parte, dentro de las tribus y los pueblos o ciudades, los individuos constituían dos grupos o entidades diferentes, sin comunicación entre sí: un pequeño grupo que formaban los directores, y otro, el más grande, los trabajadores, los esclavos, la plebe, la masa general. A los primeros, poco les importaban las opiniones o los deseos y necesidades de los segundos; y éstos, para nada tenían que hablar, puesto que de nada servían sus palabras. Los directores de la tribu o los gobernantes del pueblo o de la ciudad, se reunían para cambiar impresiones, para hacer proyectos o discutir las cosas del núcleo entero.

Las ciudades y los pueblos fueron creciendo, sus necesidades aumentando y haciéndose más variadas; se inició el intercambio de productos, y con el comercio principiaron a establecerse relaciones de toda índole entre los grupos humanos, antes separados por las distancias. Empezó a sentirse la necesidad de conocer la vida de otros pueblos, de seguir de cerca los acontecimientos notables y averiguar sus proyectos de guerra o de conquista. Los embajadores tuvieron correos especiales, que llevaban de un lugar a otro las noticias que obtenían los corresponsales en cada ciudad o pueblo importante.

Dentro de los grupos siguió existiendo la división de clases que hemos señalado anteriormente, y aun cuando se había iniciado la transmisión de noticias de pueblo a pueblo y de ciudad a ciudad, eso era solamente para los directores, los jefes, mientras la población seguía sumida en la ignorancia de su porvenir y del mundo entero.

Estos tiempos que vamos describiendo, duraron siglos.

La escritura, que había empezado por signos y figuras en los muros, pasó a telas y papel; y de las figuras que servían para expresar ideas se pasó a los signos, expresión de sonidos: nacieron las letras; el alfabeto fué una obra de civilización más avanzada.

La escritura sirvió para redactar documentos importantes; para la escritura de libros; pero el trabajo era tan arduo, y tan poca gente sabía leer y escribir, que las noticias siguieron circulando de boca en boca, y los hechos notables pasaban de padres a hijos, en forma de relatos y leyendas.

La invención de la imprenta abrió un vasto campo a las actividades de la humanidad: las ideas y las palabras se escribieron en forma tal, que un hombre era bastante para escribir suficientes libros que podrían ser leídos en una ciudad; las hojas impresas podían caminar rápidamente, y llevar de una a otra parte las palabras exactas que se querían transmitir.

Pero los pueblos siguieron su vida de gobernados y gobernantes, y no era posible que entre ellos se estableciera ninguna relación. La imprenta permitió que unos hombres se comunicaran con otros, que las ideas volaran por toda la tierra, y nació el deseo de libertad, y la idea de democracia. El Estado debía dejar de hallarse en manos del príncipe o del rey. El pueblo quería gobernarse y saber todas las cosas.

¿Cómo se iba a llenar esa necesidad y avidez de conocimientos y de noticias? ¿Cómo se había de realizar el gobierno de los pueblos por los pueblos mismos y no por los que se decían representantes de la divinidad? Se requería que todos los habitantes estuvieran al corriente de los sucesos del país, y como ya las naciones no podían vivir aisladas, sino que intereses de todas clases se habían establecido entre ellas, también era indispensable saber lo que estaba ocurriendo en el resto del mundo.

Para llenar estas funciones, de país a país, y dentro de cada nación, entre todos sus habitantes, nació el periodismo.

El periodismo llena una función dentro de la civilización moderna, y no se puede concebir una nación que no tenga órganos de publicidad, pues solamente de esta manera se puede

crear una conciencia colectiva y los gobernantes orientarse respecto a las necesidades, deseos o aspiraciones de los ciudadanos.

Pero el periodismo, como todas las hechuras humanas, está sujeto a los deseos, caprichos o intenciones del hombre, y no siempre responde a las necesidades de la población y a los intereses del pueblo. Un periódico que realmente desempeñe su función es tan raro; tan a menudo se encuentran manejados por intereses de toda especie y dejan a un lado la imparcialidad, que dejan de ser los elementos del progreso, de la paz y de la confianza entre los individuos y las naciones y se convierten en organismos perjudiciales. Un periódico es, pues, un órgano de la civilización y cultura modernas que refleja la opinión pública, que pone en contacto a los individuos y a los pueblos y que orienta al Estado para que llene debidamente sus funciones. El periódico que está en manos de intereses, de partidos o de sectas, jamás puede desempeñar sus funciones debidamente.



AL VIENTO

Cuando era niño, con pavor te oía
en las puertas gemir de mi aposento;
doloroso, tristísimo lamento
de misteriosos seres te creía.

Cuando era joven, tu rumor decía
frases que adivinó mi pensamiento,
y cruzando después el campamento,
"Patria," tu ronca voz me repetía.

Hoy te siento azotando, en las oscuras
noches, de mi prisión las fuertes rejas;
pero me han dicho ya mis desventuras

que eres viento, no más, cuando te quejas,
eres viento si ruges o murmuras,
viento si llegas, viento si te alejas.

Vicente Riva Palacio.



EL MONOCULTIVO AGOTA LA TIERRA

En las tierras del Bajío se levantaban hermosas cosechas de trigo y de maíz; pero ahora, el rendimiento de estos cultivos ha bajado tanto, que los campesinos ya no pueden casi vivir como lo hacían antes. Más de mil quinientos kilos de trigo se levantaban por hectárea y como dos mil de maíz, y en estos tiempos apenas si el rendimiento del trigo llega a quinientos y seiscientos kilos y el de maíz a mil doscientos y mil quinientos kilos.

Los campesinos actuales no son inferiores a los que había antes; pues aquéllos son hijos de los primeros agricultores, heredaron sus prácticas, sus enseñanzas en las labores campestres, y, antes bien, han aprendido nuevas cosas. ¿Qué pasa, entonces?

Sobre los campos de trigo han seguido sembrando trigo, año tras año; sobre los maizales del año anterior, se han preparado nuevas milpas y las cosechas de maíz se han sucedido unas a otras; una que otra vez la lenteja, el garbanzo, el cacahuate, el frijol, el chile y el camote, han venido a ocupar parte de esas tierras; pero siempre han dominado el trigo y el maíz.

Las plantas como el maíz y el trigo, se llaman cereales, y tienen prácticamente las mismas necesidades en alimentos, que extraen del suelo cada vez que lo ocupan; de tal manera, que lo van empobreciendo de las sustancias de que viven. Las plantas como la lenteja, el garbanzo, el cacahuate y el frijol, pertenecen todas ellas a la familia de las leguminosas, como todas las que tienen como fruto una vaina; y éstas, a la vez que toman alimentos del suelo, lo enriquecen con una sustancia que se llama nitrógeno, que es indispensable para las plantas.

Cuando se siembran repetidas veces los cereales, lo mismo que todas las demás plantas, las tierras se empobrecen; otro tanto sucede cuando se siembran leguminosas; pues aunque el suelo se vaya enriqueciendo en nitrógeno, las demás sustancias van disminuyendo.

Este empobrecimiento del suelo, lo mismo que otras causas, unas conocidas y otras no, hacen que las cosechas sucesivas vayan siendo cada vez más pequeñas, que las plantas se desarrollen menos y que los productos se vayan reduciendo. Naturalmente que ésto no se puede observar fácilmente de un año al siguiente, ni siquiera en cinco años; pero a través de las generaciones sí se puede comprobar la verdad de lo que estamos diciendo.

Si los cultivos se alternan, si un año se siembra una semilla, y al año siguiente, o después de levantar la cosecha anterior se hace un cultivo distinto, el empobrecimiento es más lento, aunque siempre se realiza. Pero si entre los cultivos introducimos alguna o algunas leguminosas, el empobrecimiento es más lento aún.

La rotación de cultivos, como se llama la forma de ir cambiándolos sobre la misma tierra, de modo que al cabo de los años se vuelvan a hacer los mismos y en el mismo orden, detiene el empobrecimiento de las tierras, aunque sin evitarlo.

No hay que sembrar todos los años la misma planta en el mismo terreno; hay que alternar los cultivos, y, mejor aún, introducir entre ellos leguminosas, como el frijol, el cacahuate, la lenteja o el garbanzo, y otras, como el trébol y la alfalfa, que dan buenos forrajes.



LOS AGRARISTAS GANAN LA PRESIDENCIA MUNICIPAL

La batalla había sido ruda, porque ante la pérdida de lo ganado por tantos siglos de dominar y explotar, los antiguos amos no se iban a dejar ganar tan fácilmente lo que consideraban el apoyo de lo que ellos sentían ser suyo; sus derechos, la herencia de todos sus antecesores. Después de las amenazas, del expediente de juzgado, que don Enrique, el juez probo y ecuánime, supo aplacar rápidamente, el dinero jugó su papel queriendo comprar a los directores del movimiento, y también fracasó: aquellos miserables no habían cedido ante las tentaciones del oro; y siguió la amistad, las relaciones de trabajo de don Carlos con Matías, el padre de Gejo, y finalmente, fué el cura quien intentó disuadir a Gejo y a Pablo por medio de sus mujeres de éstos.

Cuando don Carlos habló a Matías sobre el asunto, el padre de Gejo le contestó:

—No, don Carlos, ni siquiera se imagine que voy a decirle una palabra a Gejo. Yo fuí su mayordomo por muchos años; en La Concha murieron, trabajando, mi padre y mi abuelo. ¿Qué heredamos a su muerte? El trabajo en La Concha, porque murieron más pobres que unas ratas, después de haber dado a ganar mucho dinero a usted y a toda su familia. ¿Qué saqué yo de La Concha? Nada, absolutamente nada, don Carlos, y usted sabe bien lo que yo le di a ganar cuando trabajé con usted. Gejo tiene razón; yo le ayudaré para que gane, pues es muy justo que ya todos tengamos lo que trabajamos y que cada quien busque la manera de vivir sin explotar a los demás. ¿Por qué tiene miedo de que Pablo sea Presidente Municipal? Porque así no va a poder abusar y tendrá que trabajar y dejar trabajar

a los demás, ¿verdad? Es mejor que se vaya, don Carlos, porque ya nosotros no le hemos de servir para explotar a los demás.

Y cuando el cura decía a Juana que aconsejara a Gejo que dejara por la paz la política y se pusiera a trabajar, Juana tuvo qué contestarle:

—Mire, señor cura, Gejo trabaja como el que más, y no necesita de consejos para saber lo que tiene qué hacer; y si vamos a obras ¿qué han hecho ustedes por los pobres? Sacar el diezmo y vivir bien, mientras el pobre campesino tiene que trabajar de sol a sol para poder levantar una mala cosecha. Gejo, sépalo, señor cura, está haciendo por los pobres más que lo que han hecho todos los curas que ha habido en el pueblo, y, si no, pregunte a todos los ejidatarios. Y también, ¿qué han hecho los otros presidentes municipales que ha habido en Río Florido? Si nada han hecho, los agraristas harán algo; y si han hecho algo los otros, los agraristas harán más y mejor. Y finalmente, ¿qué tiene usted que ver, señor cura, con la presidencia municipal? Usted encárguese de su iglesia, que nadie lo molestará, y deje que los agraristas y mi Gejo hagan lo que quieran. Y en cuanto a mí, señor cura, usted me dijo, cuando nos casó, que tenía que ayudarle a mi marido en todo y obedecerlo, así es que no solamente no le diré nada de lo que usted me dice, sino que seguiré ayudándole para que gane.

Así, pues, todos los medios de que se valieron los enemigos de nada sirvieron, y tuvieron que esperar hasta el día de la elección, en que ya echaron mano del último expediente: la policía y los garrotes. Pero los grupos agraristas no se iban a dejar ganar por la fuerza, custodiaron las casillas, hicieron que las elecciones fueran hechas con la mayor limpieza e impidieron que los chanchullos electorales se consumaran.

Cuando se hizo la declaratoria de Presidente Municipal de Río Florido, el pueblo supo que había ganado Pablo. Los agraristas no cabían en sí de gusto, y ese día fué uno de los más felices que habían pasado.

Empezaba el gobierno de los campesinos, de los agraristas, en ese valle en que los campesinos constituían la casi totalidad de la población; un gobierno de campesinos para campesinos.

LA EXPLOTACION COLECTIVA DEL EJIDO

Gejo y sus amigos eran unos grandes soñadores, pero reconocían el aspecto práctico de la vida y, a pesar de sus sueños, procuraban ajustar sus ideas de organización, de vida y de trabajo, a las condiciones reales de Río Florido.

El éxito de la primera cosecha que se levantó teniendo los elementos que habían podido reunir, y el de la organización que habían sabido y podido hacer en el ejido, incluyendo aquellos trabajos colectivos y casi comunales en construcciones, en la atención de la tienda y el cultivo de forrajes y la atención del ganado, les hacía pensar que todo el ejido podía ser trabajado colectivamente. ¿Cómo no ha de ser posible, si ya hemos hecho todo ésto?

Las conversaciones entre la Mesa Directiva de la Cooperativa y los amigos consejeros que tenía, iban muy a menudo a parar sobre este tema.

GEJO.—A pesar de lo que me han dicho ustedes, yo sí creo que podemos organizar el ejido colectivamente. Los compañeros sienten que se puede hacer; que se ha formado el espíritu de grupo y que nadie sentirá dejar su parcela y tomar parte en todos los trabajos de cultivo del ejido entero.

DON JUANITO.—No te engañes, Gejo, que aún estamos en los primeros pasos de la organización social; el hombre está todavía muy cerca del animal y bastante lejos de él, para abandonar una idea que ha venido a formar su segunda naturaleza: la propiedad individual. Muchos miles de siglos, seguramente, han pasado, y en ese tiempo, millones de generaciones, tal vez, han tenido como base de su existencia la propiedad individual. Quitarla tan pronto daría lugar a trastornos muy serios y a perder, posiblemente, lo que se ha adelantado en este pequeño mundo que llamamos ejido de Río Florido.

GEJO.—¿Y tiene usted en cuenta, don Juanito, lo que nos ha dicho el ingeniero? También habrá usted visto lo que se ha hecho: cuando un hombre cultiva una parcela apenas para él, no tiene manera de hacer las rotaciones de cultivos en forma conveniente, porque está atenido a producir maíz antes que nada, porque de eso vive; no puede, tampoco, desarrollar todas sus energías, porque pronto se encuentra con el lindero de su parcela; no puede aprovechar la división del trabajo, como lo hemos hecho en la siembra de alfalfa y en las construcciones y en la tienda, porque en la parcela no cabe sino él solo. Estamos perdiendo trabajo por falta de una mejor organización de las actividades de los socios de la cooperativa.

DON MANUEL.—Pero no solamente hay que tomar en cuenta esas observaciones, Gejo, sino también las otras que hemos hecho: ¿Qué resultaría si reuniésemos a todos los ejidatarios y trabajáramos el ejido como si fuera una hacienda? Cada uno de los compañeros podrá trabajar más tierra, en conjunto, que si aplicara su trabajo a la parcela; en lugar de labrar diez hectáreas; sembrarlas, cultivarlas y cosecharlas, podrá trabajar quince hectáreas o más. ¿Dónde está el excedente de tierra ejidal para que todos tengan trabajo? ¿Dónde podemos conseguir esa tierra? Y si no podemos comprar más, el resultado será que la gente trabajará menos tiempo y no habremos logrado la mayor eficiencia del trabajo de los compañeros, que equivale a no haberla aumentado en el total. Acuérdate, Gejo, de lo que decíamos cuando se quería comprar el tractor; ¿qué hará el hombre que compre un tractor, si apenas tiene diez hectáreas que barbechar? Las barbechará muy aprisa: en dos días habrá terminado; pero como no puede sembrar sino a su tiempo, tendrá que esperar a que llegue la temporada, y, mientras, se quedará de ocioso.

DON JUANITO.—No hay que correr mucho, que no por mucho madrugar amanece más temprano.

GEJO.—Y ¿qué dirían ustedes si los compañeros pidieran trabajar colectivamente?

DON MANUEL.—¡Que te meterías en un berengenal!

DON JUANITO.—Y qué llevarías muchas probabilidades de perder lo mucho que se lleva ganado.

GEJO.—A ver, ¿qué berengenal sería ese?

DON MANUEL.—Tendrías que llevar cuenta minuciosa del tiempo que cada uno trabajara, para, así, darles iguales oportunidades a todos, porque todos tendrían derecho a trabajar para poder vivir. Habrías de llevar una verdadera contabilidad y rayar cada semana a los compañeros, como si fueran peones de una hacienda. Y cuando llegara la cosecha, tendrías que repartir los productos en relación con el trabajo de cada uno; y aquí está la mayor de las dificultades: ¿el reparto sería en relación con los jornales que cada uno hubiera ganado o según el número de días u horas trabajadas en el cultivo?

Además, Gejo, fíjate en que la explotación de la tierra deja de ser familiar y se convierte en capitalista, como la de cualquier hacienda. Nadie querrá hacer nada sin recibir una paga; y lo que ahora se hace sin tener que gastar un solo centavo, porque no hay con qué pagarlo, ni a quién pagarlo, de otra manera habría que tener dinero siempre en la mano. Si examinamos tu propia explotación, dime: ¿cuánto pagas por guardar tu cosecha de maíz?

GEJO.—Nada. ¿A quién había de pagarle, si se queda en la casa?

DON MANUEL.—Ten en cuenta que en la otra organización se necesitaría un bodeguero y un escribiente y un velador, y a todos habría que pagarles.

¿Y cuánto te cuesta el desgrane de tu mazorca?

GEJO.—Lo mismo que la cuidada del maíz, nada; porque entre Juana y yo vamos desgranando lo que necesitamos para el gasto.

DON MANUEL.—Ese desgrane, en la organización colectiva, también te costaría dinero. ¿Lo vas viendo claro?

DON JUANITO.—El peligro, muy serio, de esa organización está en la diversidad y el número de detalles de la explotación y de las cuentas, los gastos que habría que hacer, y también en que el sistema familiar de explotación de la tierra y la utilización de las energías y las fuerzas de todos, se

convierten en un sistema capitalista, con todos sus inconvenientes y ninguna de sus ventajas.

GEJO.—Entonces, no hay remedio: hemos de seguir como estamos, hasta que haya una manera de poder arreglar bien las cosas.

DON JUANITO.—No te desilusiones, Gejo. Sabes que en todo te hemos ayudado hasta en lo que los demás consideraban imposible; pero hay cosas que no se pueden mover y cambiar tan aprisa, y así es el espíritu del hombre. Dejemos que la organización cooperativa sea perfecta, que ya todo mundo trabaje en ella como en cosa natural; que vaya a pensar en voz alta a las asambleas y apechugue con la resolución que tome la mayoría y la atienda como si fuera idea propia, sin que haya que obligarlo a ello; que vea y sienta que la organización del ejido es indispensable para su bienestar; que nadie sea capaz de dejar de hacer el esfuerzo necesario para el engrandecimiento del grupo; que el egoísmo vaya desapareciendo, que se vayan borrando las fronteras de tuyo y mío, y cuando todos estos síntomas se vean, puedes estar seguro, Gejo, que estamos muy cerca de conseguir la organización en que sueñas. La humanidad se ha ido perfeccionando insensiblemente y un día llegará en que el ideal de una gran familia, de todo un pueblo y de todos los pueblos de la tierra sea una realidad; pero tenemos que pasar por todos los estados intermedios, desde el hombre igual al animal y al salvaje, hasta aquel grado en que el espíritu gobernará y la materia será su esclava. La cooperación es uno de los pasos, después de haber vivido en sociedad; y ésta, después de haber constituído la familia. Después de la cooperación llegaremos a la colectivización o a cualquier otro tipo superior, seguiremos otro u otros escalones más de la escala de organización hasta que nos hayamos despojado de todos los defectos humanos.

GEJO.—Ya que no podemos, pues, trabajar colectivamente, vamos a seguir mejorando nuestra organización; ya nuestros hijos piensan más y mejor que nosotros, y posiblemente adelanten algo sobre lo que estamos haciendo.

DON MANUEL.—¡Eso es! trabajemos hoy, para preparar la vida de mañana.

EL RESPETO A LAS AUTORIDADES

Por todas partes se esperaban los resultados del gobierno del agrarista, del campesino, del *pelado,* como decían los que habían salido derrotados. ¿Qué ha de hacer ese analfabeto? ¡Si sólo sabe uncir la yunta y chiflar a los bueyes! Está mejor que se vaya al potrero, con los animales. La gente *decente* no podía ver con buenos ojos un Presidente Municipal que no formara parte del grupo *decente;* así es que empezaron a hacer una resistencia sorda a todas las disposiciones que daba Pablo, y pronto, envalentonados porque nada se hacía contra ellos, se quisieron poner definitivamente frente a la autoridad constituída. Los más ilustrados de Río Florido estaban dando ejemplo de indisciplina y de incultura, cuando los campesinos rudos y analfabetos se agrupaban alrededor de su representante y de su autoridad, para reforzarla y permitirle cumplir con su deber. La cultura de los *decentes* no resultaba sino un barniz de sus intereses mezquinos, que se caía, como el oropel, cuando se trataba de gobernar por el pueblo y para el pueblo: ellos no eran *pueblo.*

Pablo y el grupo de sus consejeros, todos ellos gente que deseaba el triunfo efectivo y real del grupo campesino, y trabajaba para el pueblo en su forma más amplia, habían sabido guardar toda compostura y ecuanimidad ante la insolencia, cada vez más manifiesta, de los *decentes* contra los *pelados.* Pero había que aprovechar la primera cosa seria que se presentara, para meter al orden a quienes pretendía exigir que se guardara. Pronto llegó ese día.

Pablo mandó llamar a los notables del pueblo, que aparecían como los instigadores y sostenedores de los desordenados y desobedientes a las disposiciones de la autoridad. Pero ante su negativa para presentarse en las oficinas de la presidencia municipal, la policía los condujo a pesar de su resistencia.

"Señores, les dijo Pablo: El que les habla no es Pablo, el campesino que ustedes conocen, es el Presidente Municipal de Río Florido, es la autoridad del pueblo, elegida por el pueblo. Ustedes, aquí, no son ni el dueño de La Concha, don Carlos, ni el doctor Quinina, dueño de la botica, ni el señor cura, ni don Cleofas, ricachón y antiguo Presidente Municipal; aquí todos son ciudadanos de México, habitantes de Río Florido, que tienen que obedecer las disposiciones de la autoridad, cooperar con ella, y cumplir las leyes. En Río Florido se han acabado los favores, se han acabado las distinciones, se han acabado las influencias.

"Ustedes, los cultos, los que fueron a escuelas a instruirse, los que se dicen *decentes,* son los que están más obligados a cumplir las leyes, a respetar a la autoridad, y están dando ejemplo de indisciplina y falta de respeto a quienes, menos educados, analfabetos casi, están trabajando por el bien común.

"He de decirles, de una vez por todas, que no permitiré que se haga burla de las disposiciones de la autoridad, que lo que se ordene, que siempre será encaminado al bienestar de los habitantes de Río Florido, sin distinción alguna, sea cumplido fielmente; y que quienes, como ustedes lo han hecho hasta ahora, se opongan a esas disposiciones, serán consignados a las autoridades judiciales para que los juzguen y castiguen como den lugar.

"Señor Juez, dijo Pablo, dirigiéndose a don Enrique, sírvase abrir juicio contra estos señores, por desobedecer las disposiciones de la autoridad, pues la justicia tiene que ser pareja para todos y tenemos que empezar por quienes aparecen como directores del movimiento en contra de la autoridad."

Esta acción de Pablo tuvo consecuencias inmediatas: el juicio que se siguió contra los directores de la desobediencia a la autoridad; el movimiento de influencias cerca del Gobernador del Estado y del Presidente de la República; pero nada de esto sirvió para que el juez modificara la sentencia y la primera autoridad de Río Florido cambiara sus procedimientos y torciera

su línea de conducta. Tanto el Gobernador del Estado, como el Presidente de la República, después de haber investigado los asuntos de Río Florido, apoyaron decididamente a Pablo, porque sus actos estaban estrictamente dentro de la ley y la justicia, y porque en un país libre y de instituciones, los intereses personales deben hacerse a un lado, siempre que estén en contraposición a los intereses y conveniencias de la colectividad.

En Río Florido reinaba la justicia y la igualdad, y no se volvió a presentar un nuevo caso como el que hemos mencionado. La autoridad agrarista se había impuesto.



GRANDES COSECHAS, BAJOS PRECIOS Y CONSUMOS REDUCIDOS

Se ha llamado crisis agrícola mundial a un hecho que se ha presentado en los mercados internacionales, con repercusión dentro de todos los países agrícolas. Las cosechas de un año se han puesto al mercado, y no se han consumido totalmente; nuevas cosechas han llegado y aumentan la cantidad de productos almacenados; de tal suerte que ya no hay almacenes capaces de contener tantos productos, y los campos siguen produciendo más y más. Por otra parte, los precios de los productos agrícolas fueron cada día más elevados, a partir de los primeros años de este siglo, hasta ser máximos allá por 1920, y, naturalmente, los agricultores se pusieron a producir más y más; las tierras no eran suficientes y se pusieron en cultivo otras nuevas, y todas ellas subieron de precio; pero cuando la maquinaria de producción estaba en marcha a todo vapor, los precios empezaron a bajar, lentamente primero, y, después, de una manera catastrófica, hasta parecer que el agricultor ya no podría vivir ni sostener su explotación con los precios de sus productos. Y, sin embargo, los almacenamientos de productos agrícolas, las cosechas que año a año se cultivan y levantan de los principales productos del comercio internacional siguen subiendo y acumulándose, a pesar de la baja de los precios.

¿Qué ha pasado?

Durante siglos, y posiblemente milenios, la agricultura ha sido un modo de vida, como puede ser la del guerrero; los hombres cultivaban la tierra para obtener de ella lo suficiente para vivir, y pegados a ella y dentro de la naturaleza, nunca aspiraron a la riqueza. La vida era campestre por excelencia, y solamente se formaban poblados y ciudades cuando los agricultores tenían que vender los sobrantes y artículos qué comprar, de los que ellos mismos no producían. Las ciudades de la antigüedad

se formaban entre los campos de cultivo y vivían de sus productos; solamente las más grandes, las que llegaron a ser capitales del mundo conocido, vivían a expensas de los pueblos conquistados y sojuzgados, de los cuales extraían los productos agrícolas necesarios para la vida. Así vivía Roma, capital del mundo por mucho tiempo.

Pero llegó la era industrial del mundo y se iniciaron las grandes concentraciones de hombres alrededor de las ciudades industriales, que se formaron ya independientes de los campos de cultivo inmediatos. Las ciudades crecían rápidamente y los campos, simultáneamente, se despoblaban de los elementos más ambiciosos; hubo menos productores y el número de consumidores, dedicados a otras actividades, aumentó considerablemente. La escasez de productos agrícolas trajo por consecuencia su encarecimiento.

El aumento de valor de los productos agrícolas, por una parte, y por otra, el deseo, ya despierto en los hombres del campo, de obtener riqueza y las comodidades que se pueden conseguir con ella, y la necesidad de esas masas de población no agrícola, fueron los resortes más importantes para que los agricultores se lanzaran por el camino de producir para el mercado y abandonaran la vida anterior, y aun soñaran industrializar los campos y producir trigo y maíz como si fueran clavos o tachuelas con maquinaria y con sistemas parecidos a los empleados en las fábricas.

Los precios altos de los productos agrícolas fomentaron el aumento de superficie de los campos en cultivo, sin que los agricultores tuvieran para qué fijarse en que su costo de producción era alto: el precio que se obtenía en las ciudades era suficientemente elevado, para que no hubiera necesidad de ocuparse de semejante cosa.

La industrialización se inició en Europa, y ese continente bien pronto, no tuvo tierras de cultivo bastantes para abastecer a su población citadina; pero ya el continente americano había sido descubierto, las primeras naciones se habían establecido, y los campos de América, primero, y después los de Australia, entraron a producir para los habitantes de Europa. Las líneas

de ferrocarriles y las de navegación; los mejores sistemas de transporte y los fletes más reducidos permitieron a los agricultores del mundo entero mandar sus cosechas a los mercados de Europa, a competir con la agricultura local.

Después de haberse extendido las tierras de labor y de haber, así, aumentado las cosechas disponibles para toda la población, los progresos en la ciencia agrícola permitieron que esas mismas tierras aumentaran las cosechas: semillas selectas para producir mayor rendimiento; mejor cultivo de las tierras para asegurar las cosechas y aumentarlas, los abonos y mejoradores para evitar que las tierras se empobrecieran y aun permitiendo a los agricultores crear la fertilidad de sus suelos; animales mejores y de mayor rendimiento en carne, en grasa, en leche y en los demás productos animales; la prevención y combate de plagas para asegurar las cosechas y los ganados, y la maquinaria agrícola vino a sustituir a los hombres que habían salido de los campos, y se adelantó así el crecimiento de una población campesina poco numerosa que tenía sobre sus espaldas el consumo y la vida de todo el mundo.

La maquinaria de producción había sido echada a andar y no era cosa de un instante para su movimiento. La tierra siguió produciendo, a pesar de que había cosechas más que suficientes para alimentar al mundo.

Los precios bajos, es decir, la única palanca y el único freno que indirectamente puede obrar sobre la producción, funcionó en forma no prevista: se había pensado que esa baja haría que los agricultores sembraran menor superficie; pero las tierras de cultivo no se redujeron considerablemente. El campesino ya había aprendido los sistemas de la fábrica, ya había dejado de ser igual que sus antecesores, ya trabaja para ganar dinero, y pone todos los medios para conseguirlo. Ante la alternativa de abandonar la tierra o producir barato, produjo barato: redujo sus costos de cultivo, la menor utilidad por carga de trigo o de maíz la compensó con un aumento de sus cosechas, y así se explica cómo es posible que a pesar de los precios bajos, las cosechas se sigan acumulando en los almacenes. La única palanca de la maquinaria del sistema capitalista, el precio, falló.

Muchos siglos se habían necesitado para estabilizar la producción agrícola alrededor de las ciudades, y cuando la nueva vida llegó, la maquinaria de producción creció desordenadamente e invadió el mundo entero. Se necesita que pase un tiempo para que las cosas entren en el lugar que les corresponde con una nueva organización de la vida, de la cual no vislumbramos siquiera el camino.



EL LABRIEGO

A. SALVADOR TRASLOSHEROS.

...Ya pasaron de vuelta los pastores
por la inmensa llanura virgiliana;
ya murieron del campo los rumores
y a lo lejos también de una campana
el último lamento se ha perdido.
Duerme todo en el cielo y en la tierra:
las formas, los colores y el sonido.
En un crestón lejano de la sierra
la Estrella de la Tarde se ha dormido...

Pero aún quedan vibrando en el ambiente
atracciones magnéticas; se siente
palpitar en el surco la escondida
germinación de incógnita simiente
y es tan honda la calma indefinida,
que a través del silencio se presiente
el sagrado misterio de la Vida.

Parece que llenando el horizonte
con los brazos abiertos, de aquel monte
ha de surgir de súbito un Profeta
lleno de amor y de saber profundo.

Una noche como ésta vino al mundo
un Genio del Dolor, que fué poeta;
que en el humano surco, ayer impío,
el grano del amor sembró, fecundo;
que a todos calentó y él tuvo frío;
que las culpas ajenas con halagos
reivindicó, para morir por ellas,
y a quien fueron a ver Tres Reyes Magos
siguiendo el resplandor de las estrellas...

Y esta vez el silencio vespertino
es tan leve, tan diáfano y tan fino,
que parece aguardara la presencia
de un nuevo Dios como el que antaño vino.

¡Y algo dice también a la conciencia
que al estar aguardando su llegada,
se hizo más noble y plácida Natura,
la brisa más ingenua y delicada,
y que la vida se volvió más pura,
y hasta la noche se hizo más callada,
para escuchar mejor en la llanura
el rumor de la mística pisada!...

Pero en la ávida paz, no se oye nada.
La Esperanza es inmóvil....
solamente
a través de los cielos se presiente
la multitud de estrellas, acechando
el próximo y augusto advenimiento,
y un resplandor se inicia iluminando
la cerúlea oquedad del horizonte,
ignorándose si es, sobre la cima,
la diadema del Dios que se aproxima
o el halo de la luna, tras el monte...

II

Sólo en la calma vesperal se ha visto
un sembrador, subiendo solitario
el sendero, lo mismo que un Calvario.
A lo lejos, parece Jesucristo...

Cruzada en la cerviz lleva su azada;
en un extremo de ella reclinada
la siniestra, la diestra sobre el puño,
de modo que regresa del terruño
con los brazos abiertos. Nacarada
ilumina la luz al campesino
y proyecta su sombra, prolongada
como una cruz inmensa, en el camino...

...Es un pobre labriego; en la mañana
dejó su choza cuando el sol nacía
y en la fértil llanura virgiliana
se inclinó ante la tierra todo el día,
fecundando, en incógnita armonía
con sus manos y el sol, la sementera,
para en la tarde regresar al nido
llevándose a la cúspide altanera
el alma del terruño en su alma austera
y en los ojos la luz del sol hundido...

Y al mirar cómo asciende, se dijera
es una flor monumental y extraña
por un interno y poderoso anhelo
desprendida del fango en que naciera,
que en un heroico ímpetu de vuelo
emancipada del oscuro suelo
donde humillada estuvo y prisionera,
se va elevando hacia el azul del cielo...

¡Ved cómo sube! ¡cómo resplandece!
¡cómo se magnifica y embellece
y a medida que asciende, se depura,
hasta dejar, dispersa en el camino,
la terrena y humana vestidura
sin cuya carga vil, se hace divino!...

¡Un lampo inmaterial lo transfigura
y deflagra su escoria con su fuego,
de modo que al radiar parece luego
que es por propia virtud como fulgura!

El prosigue con mansa dulcedumbre
por la cuesta, sin pena y sin alarde;
y elevándose así, de cumbre en cumbre,
viene a la cuna mística y desierta
donde un instante se detuvo, incierta,
para dormir, la Estrella de la Tarde.
Cuando pasa al labriego, se despierta...

Ya llegó hasta la cima de la roca
cuyo fastidio gris al cielo toca.

Por un momento entonces y en suprema
visión, frente a la luna se coloca
y el halo de la luna lo diadema.

¡La noche en el milagro de su fuego
funde así las bellezas del labriego
con todas las bellezas del abismo!

Sigue después un mágico espejismo
y un éxtasis de luz se impone luego...
El labriego y los astros, son lo mismo.

III

Es que aquella bucólica figura
que de todo hizo luz a su llegada,
era el Dios que aguardaba la llanura.

Y para hacerse iguales en belleza,
se tornó más sutil Naturaleza,
la brisa más ingenua y delicada;
y hasta la Vida se volvió más pura
y hasta la noche se hizo más callada,
para escuchar mejor en la llanura
el místico rumor de su pisada...

Pero contrario al Dios que antaño vino
quien, para redimir al mundo insano,
de divino que fuera, se hizo humano,
para poder salvarlo, el campesino
de humano que era se trocó en divino.

...Jesucristo fué un lirio en una herida...
Una flor de piedad y de consuelo
con las raíces puras en el cielo
y la corola fúlgida invertida
a las duras miserias de la Vida
y a la inclemencia trágica del suelo...

¡El campesino sólo fué un anhelo!
¡un lirio tosco de mortal arcilla
que tuvo la corola vuelta al cielo
y al recorrer en actitud sencilla
del Dios antiguo la sagrada huella,
se depuró de toda su mancilla
para tomar el signo de una estrella!

Y es el supremo y óptimo consuelo
pensar que, sin saberlo, en cada hombre
forman un Dios sin leyes y sin nombre
dos brazos, una azada y un anhelo...

Y que contrario al que miraran otros
el nuevo mito no bajó del cielo,
sino que surge a redimir de abajo.
La redención del mundo está en nosotros.
¡El nuevo Jesucristo es el Trabajo!...

Joaquín Méndez Rivas.



NO TRATES DE ENRIQUECERTE, SINO DE ELEVAR TU VIDA

¿Qué te falta para vivir mejor que ahora?

Tienes tierra que cultivas, y cosechas de las cuales te alimentas; los productos que levantas de la tierra y los que te dan los ganados son bastantes para mantenerte y sostener a tu familia; la ropa que llevas es la necesaria para proteger tu cuerpo de las inclemencias del tiempo; tu casa te da abrigo del sol, del viento y de la lluvia. Entonces, ¿qué más necesitas?

¿Deseas una casa mejor? ¿Deseas alimentos más delicados y ropa más fina que la que usas? ¿No todo eso te da el mismo servicio que lo que ahora tienes? Las cosas más finas y delicadas no son, precisamente, las mejores, ni las que mejor servicio prestan al hombre. ¿Para qué quieres tener todo eso, que has de cuidar más que a ti mismo? ¿No tienes bastante que hacer con ocuparte de lo que corresponde a tu familia y a ti mismo, para que aún quieras tener nuevos motivos de cuidado y de desasosiego?

¿Lo que quieres es tener dinero? ¿Para qué te ha de servir, si no es para adquirir aquello que no necesitas, lo que te va a complicar tu vida y a llenarla de sobresaltos? ¿Vas a hacer lo que los ricos que hay en los pueblos, que tienen su dinero guardado en un agujero del corral de su casa? ¿Para qué te servirá? Sería mejor que nuevamente volviera a las entrañas de la tierra y nuevamente fuera sacado por el minero. ¿De qué servirá esa riqueza que quitas a la sociedad en que vives?

Muchas ocasiones te habrás preguntado: ¿para qué vivo? ¿para qué vine al mundo? Y ¿qué te has contestado?

Si únicamente fuera para vivir, trabajando y comiendo, como los animales, ¡qué pobre obra de la Naturaleza!

Quieres a tu mujer, a tus hijos, a tus padres, y finalmente, a tus vecinos y a todos los hombres que has encontrado en la vida; tratas de ayudarlos y servir para algo en su vida. Sientes

cuando haces una obra buena, y tu corazón y tu alma se llenan de gozo, y una dicha, no conocida de otra manera, inunda tu sér; si cometes una falta, ¿no sigues pensando en ella y deseas no haberla cometido? Conoces, pues, el bien y el mal, y en esto te distingues de los animales con que trabajas y los que cuidas para comer.

¿Has hecho algo por esa segunda persona tuya, por ese yo superior que no siente el frío ni el calor, que no requiere vestidos ni manjares, pero que goza con las buenas acciones y sufre por las malas? ¿Has estudiado tus acciones y las de tus semejantes, y sabes cómo mejorarlas? El bien y el mal siempre están revueltos y el hombre tiene qué escoger, entre todo lo que se le presenta, lo bueno, y dejar lo malo. ¿Sabes cómo tienes que ser con tus vecinos y con todos los demás hombres? ¿Sabes cómo tienes que vivir, ya que estás en sociedad? ¿Por qué te preocupas por saber cuál es la buena semilla y cuál la mala, en qué tiempo tienes que sembrar y en cuál otro trasquilar a los borregos, y, sin embargo, nada investigas respecto a tu alma, que ha de sobrevivirte cuando mueras?

¿Y qué me dices de la Naturaleza? ¿Ya la conoces y has aprendido sus secretos? La tierra, las plantas, los animales; todo ha tenido su principio y cada cosa ha nacido a su tiempo y de acuerdo con un plan, dentro del cual tú mismo te encuentras. ¿Has tenido la curiosidad de observar todas estas cosas, has pensado en ellas y te las has explicado? ¿No piensas que todo lo que nos rodea es digno de estudio y de consideración, y es más que la satisfacción de necesidades artificiales que nos hemos creado?

La semilla germina en el suelo, agota primero sus reservas en el trabajo de la germinación, toma de la tierra las substancias que necesita para su vida y se empieza a formar la planta, hasta que produce la cosecha que esperamos; y siempre cumple todo su ciclo, siempre llena todos los escalones de su vida; mientras que tú, hombre, ¿qué cosecha vas a entregar al final de la existencia? ¿Vas a ser como las plantas que se van de vicio por exceso de fertilidad de la tierra, y que nunca llegan a la cosecha?

Sin duda que tú, como muchos hombres, has sentido la belleza de las formas, de los colores, de los sonidos y de todo

lo que viene a herir nuestros sentidos; pero ¿qué has hecho para captar tanta belleza que nos rodea, y hacerla sensible a los demás hombres y hacerla permanente para ti mismo? Nuestros artesanos dan forma al barro, no solamente para que sirva de recipiente al agua, sino para dar gusto a la vista con esos jarros que modelan; el tejedor no solamente arregla los hilos de su trama para hacer la tela que ha de vestirte o el sarape que te ha de abrigar, sino que combina los colores para que tu vista goce también; las melodías de la naturaleza, las que cautivan el oído del hombre y lo embriagan, ¿las has tocado? Hay que embellecer la vida, hay que hacerla agradable, que solamente así nos podremos distinguir de los animales.

La vida no tiene por único objeto trabajar para vivir materialmente; bien poco valdría entonces; su valor es tanto más grande cuanto más llena está de aquello que no corresponde al cuerpo, sino al alma; y ésto no se obtiene con el dinero, sino tratando siempre de elevar el espíritu y el alma sobre la materia.

Antiguamente sólo los ricos podían darse el gusto y las facilidades de estar en contacto con los hombres que han sabido distinguirse por sus obras tendientes a elevar el espíritu: la música, las letras, la filosofía, las ciencias y las artes; pero en la actualidad, debido al adelanto de la cultura y los progresos de las artes, podemos disfrutar de todo aquello que antes estaba reservado a los poderosos y a los ricos: las mejores obras de música se encuentran constantemente en ondas que invaden los aires; las pinturas las encontramos en las ilustraciones de periódicos y revistas; podemos estar pensando lo mismo que piensan los hombres que se encuentran en el centro de la civilización, y podemos seguir, con ellos, las investigaciones de los sabios. Las obras de los grandes pensadores, que antes solamente unos cuantos elegidos podían leer, ahora se encuentran en cualquiera parte del mundo, y no es necesario ser rico para poder disfrutarlas. ¿Para qué, pues, necesitamos el dinero? Las satisfacciones más grandes que podemos experimentar y los goces más hondos que podemos tener, no requieren las riquezas, sino la buena voluntad y deseos de mejoramiento, siempre en persecución de un ideal elevado.

EL PROGRAMA DE LA COMUNIDAD

I

DON JUANITO.—¿Qué asunto te trae por aquí, Pablo?

PABLO.—Nada, don Juanito, que quiero tener su parecer sobre lo que he estado pensando desde que soy municipal: ya me he calentado mucho la cabeza, he platicado con Gejo, con Pancho, con el ingeniero y con los del Consejo, y deseo que usted diga qué le parece lo que le voy a comunicar.

DON JUANITO.—Siéntate aquí, Pablo, debajo de está enramada que hicieron los muchachos; que el sol no se aguanta, y hay que buscar una sombrita.

PABLO.—Este negocio en que me he metido, ya casi no lo estoy entendiendo; todo el día me lo paso en las oficinas corriendo de aquí para allá, viendo a todo el mundo, buscando qué es lo que está malo; resolviendo chismes de viejas y de hombres que, entre paréntesis, éstos me han salido más chismosos que las viejas; y cuando menos pienso, ya se acabó el día y nada se hizo de provecho.

Yo creo que este oficio no ha de ser así, porque en estas condiciones nada se puede hacer por el municipio, ni por el pueblo, ni por nadie. Los días pasan muy aprisa: llevo quince de estar metido en esta trifulca, las labores las tengo tiradas, los animales ya se están enflaqueciendo, y creo que no voy a tener de que vivir cuando salga de la presidencia, porque no hay nada de cosechas, y habrá que empezar otra vez.

DON JUANITO.—Es que no tienes práctica, Pablo, y no es motivo de desesperarse en los primeros días, que hay que tomar experiencia y arreglar las cosas de manera que haya tiempo para todo y se haga algo efectivo.

PABLO.— Mire, don Juanito, con quitarme las molestias de esos chismes, tendré tiempo de hacer algo; pero mientras... ¡nada!

DON JUANITO.—Bueno, Pablo. ¿Ya conoces lo que son los asuntos municipales y a la gente que está trabajando allí?

PABLO.—Eso fué lo primero que hice; creo que ya conozco a todos esos holgazanes. Ya dividí el trabajo entre ellos; pero no quieren hacer nada; parece que los tienen solamente para estar platicando, murmurando y estorbando a todo el que llega, aparte de sacarles dinero a todos los que caen.

DON JUANITO.—Pues primero hay que limpiar la casa, Pablo; que en casa limpia, las cosas se ven más claro.

PABLO.—Bueno, ya empezamos. Este asunto es lo primero que me propongo hacer: limpiar, correr a todos los inútiles y llevar gente buena y trabajadora a esas oficinas, para que haya quien atienda esos negocios, sin cobrar indebidamente. ¿Qué le parece?

DON JUANITO.—Me parece muy atinada tu idea; pues mientras las cosas estén siendo enredadas por esos empleados, tú tendrás que ocuparte en enderezar todos los entuertos, y nada más eso podrás hacer. Si quieres, yo me encargo de buscar hombres honrados y trabajadores, que sepan de esos negocios; que no hay que desesperar; todavía hay hombres de esos; no más que los anteriores presidentes municipales estuvieron escogiendo lo peor que pudieron encontrar, que su negocio estaba en eso, no en tener servidores para el pueblo.

PABLO.—Ya que nos hemos puesto de acuerdo en este punto, hágame el favor de leer estos apuntes que llevo hechos, y después usted dirá.

Los apuntes de Pablo, decían así:

"Lo que hay que hacer en Río Florido:

1.—"Poner las cosas en orden y dar a cada uno su trabajo; ya que solamente así se les podrá exigir que cumplan y sean responsables.

2.—"Nada de tinterillos que enreden los negocios del vecindario, que el juez sabrá dar la justicia a quien la tenga, según las leyes.

3.—"Cobrar las contribuciones por parejo, y cuidar que ese dinero entre a las arcas del municipio.

4.—"Hacer una repartición del dinero pagando a los empleados y dejar una cantidad para los gastos en mejoras de la población y otros servicios de la comunidad.

5.—"Mejorar las escuelas del municipio.

6.—"Fomentar las organizaciones de campesinos, ejidatarios y obreros.

7.—"Fomentar los deportes y las ferias, y desterrar las cantinas y los juegos de azar.

8.—"Aliviar la condición de los pobres dándoles trabajo en las mejoras, y echando del valle a todos los flojos.

9.—"Las mejoras se harán, tanto en los pueblos como en los campos, ya que son los campesinos los que más trabajan y dan contribuciones.

10.—"Revisar la distribución del fundo legal y de las tierras y aguas del municipio.

11.—"Acomodar a los campesinos y obreros que necesitan tierras, en las municipales y fundos legales de cada poblado.

12.—"Ajustar las condiciones de arrendamiento y aparcería de las tierras, de las yuntas, el precio de las aguas y los jornales.

13.—"Fomentar las industrias en el pueblo.

14.—"Establecer premios para los mejores agricultores, ganaderos y artesanos.

15.—"Construir el mercado del pueblo.

16.—"Regularizar la producción del municipio y el mercado de los productos más importantes, para que no escaseen en los pueblos.

17.—"Fomentar la producción de lo que falta en otros mercados, para que los agricultores y ganaderos tengan qué vender.

18.—"Establecer un hospital."

II

Cuando don Juanito hubo acabado la lectura de los apuntes de Pablo, se quedó soprendido de haber encontrado en esas cuantas frases del campesino de ayer, las normas generales para el gobierno de un pueblo, expuestas en una forma tan clara y precisa que no daba lugar a duda sobre los principios que Pablo tuviera y los resultados adonde quería llegar; pero, sin embargo, quiso saber algo más de lo que pensaba Pablo, y empezó a platicar con él.

DON JUANITO.—¿Y cómo piensas realizar todo esto? ¿Te imaginas el trabajo que ha de costar la realización de cada una de las cosas que tú has apuntado?

PABLO.—Yo no voy a hacer nada, don Juanito. Será el pueblo todo el que trabajará en este programa, porque los hombres no quieren sentir que se les manda, sino sentirse independientes y libres. Si dejamos que a ellos llegue la idea, si logramos que ellos mismos sientan que necesitan todas esas cosas, lo único que tengo que hacer es encaminarlos, ayudarlos en su trabajo, dirigirlos y animarlos, que ellos se encargarán de ir pidiendo lo que les haga falta y, entonces, será la presidencia municipal la que se los dará.

DON JUANITO.—Me asombran un poco tus ideas de gobernar: tú no quieres hacer nada, sino que los demás obren; mientras que Gejo quiere hacer. ¿Quién de los dos tiene la razón? ¿Cuál será el mejor sistema de gobernar?

PABLO.—La autoridad no debe inmiscuirse en los negocios de los gobernados, sino guiar sus actividades; pero no para imponer su criterio. Un buen gobierno es el que menos gobierna y más deja a la acción del pueblo. A esto es a lo que yo llamo democracia, y así la entiendo. Los pueblos no necesitan dictadores, sino guías inteligentes y de clara visión de lo que tienen que hacer, y del fin que persiguen.

DON JUANITO.—Pero es que veo que también vas a reprimir algunos abusos; que quieres impedir que el alcoholismo prospere en Río Florido, y para eso, hay que mandar y hacer sentir el peso de la autoridad.

PABLO.—Se engaña usted, don Juanito: usted comprende que todo el mundo quiere que la administración del pueblo sea limpia, son deseos de él, y yo no haré otra cosa que cumplirlos. Tampoco he de imponer el cierre de las tabernas; pues bastará con que demos ocupación a los jóvenes y a los hombres maduros, de modo que no tengan que ir a tomar alcohol: les daremos juegos, les proporcionaremos diversiones, emprenderemos algunos de los trabajos que ellos mismos consideran como indispensables en la comunidad, y así, nadie pensará en ir a la cantina si tenemos ocupación para el pensamiento y los brazos de estos hombres, y negamos permiso para que abran cantinas, y si vamos poco a poco cerrando las que hay, el problema se habrá resuelto por sí solo.

DON JUANITO.—¿Sabes, Pablo, que encuentro que tienes razón, y que lo que todos nosotros hemos estado pensando e imaginando que es la autoridad es contrario a la vida misma? Los principios que vas a seguir son los mismos que se nos enseña para manejar y educar a los niños, y, efectivamente, los hombres no son más que niños grandes. Sin embargo, encuentro algunos puntos que aún he de necesitar que me expliques con detenimiento, porque no los he llegado a comprender perfectamente, sino que los he interpretado a mi modo. Y ahora veo que es diferente del tuyo.

PABLO.—Pero, dígame, don Juanito, ¿le parece bien lo que he pensado? Gejo y Pancho no son de mi opinión, sino más bien de la suya; sólo que ya usted se ha convencido y me ha dado la razón; pero ellos quieren que yo sea una especie de mandón en todo, y no puedo creer que así se pueda gobernar para el bien de los demás, sino únicamente para la satisfacción de caprichos o ideas personales, que no siempre puede uno estar seguro de que sean las mejores, a pesar de las buenas intenciones que se tengan.

DON JUANITO.—Después de lo que hemos platicado, no puedo menos que felicitarte y felicitar a Río Florido por tener un presidente municipal que ya quisieran para gobernante muchos pueblos de la tierra.

EL CLIMA Y LAS SIEMBRAS

I

—Mira Gejo —decía don Matías a su hijo— cuando mi padre nació, su padre sembraba maíz y trigo; cuando yo vine al mundo, mi padre hacía lo mismo que tú viste que yo hiciera entonces; y a nadie se le ha ocurrido pedir a la tierra otra cosa que maíz y trigo. ¿Para qué quieres sembrar otra semilla? ¿No te basta con que año con año podamos levantar unas buenas cosechas de maíz y de trigo? Tú siempre has de andar buscando problemas...

GEJO.—Pero ¿qué usted no ve, padre, que la gente ya no encuentra qué hacer con lo que saca de las cosechas? Algunas parcelas apenas dan maíz suficiente para que coma la familia; las tierras se van cansando y no tenemos otras donde cambiar. Hay productos que se dan mejor y valen más en los mercados de la ciudad, y, por otra parte, la gente no sólo compra y come trigo y maíz. Además, padre, ¿por qué hemos de estar comprando en el pueblo los jitomates y las lechugas que traen de otros lados? ¿Por qué nuestros hijos no han de tomar leche abundante, si lo que falta es tener alfalfa todo el año, para que las vacas tengan qué comer? Acuérdese de que don Juanito ha dicho que la leche es el alimento principal para los niños, y aquí nos sobra leche cuando es tiempo de aguas; pero cuando viene el de secas, las vacas apenas tienen leche para mal mantener a los becerros. El frijol y el chile siempre tenemos que comprarlos en la tienda...

DON MATIAS.—Con todo y eso, Gejo, no me convences. ¿Para qué te andas metiendo en honduras?

GEJO.—¡Qué quiere, padre, así soy! Pero... ¿quiere que vayamos a ver a don Juanito, para preguntarle qué es lo que piensa de todo esto?

Gejo y su padre tomaron el camino de la Escuela Ejidal; don Juanito se había constituído en el consejero de los ejidatarios, no solamente en cuestiones de enseñanza y de la comunidad, sino que había invadido el terreno de la agricultura y daba consejos a los campesinos que tenían una tierra en la que las siembras no prosperaban; indicaba los remedios para una plaga; decía cómo "pintaba el tiempo" para las siembras; y sabía conocer cuándo un buey estaba bueno para el trabajo. Este papel de consejero y mentor de los campesinos, sentaba a maravilla al humor bondadoso de don Juanito, y aunque las preguntas llovieran todos los días, siempre tenía un momento que dedicar a tanto preguntón que llegaba a la escuela o a su casa.

DON MATIAS.—Buenos días le dé Dios, don Juanito. Aquí nos tiene usted a este hijo y a mí, que ya no nos podemos entender; ¡se le ocurren unas cosas!... Yo nunca discutí con mi padre; pero este hombre ya me atosiga con sus preguntas y sus pareceres.

DON JUANITO.—¿Qué es lo que traes ahora, Gejo?

Gejo explicó al maestro rural las dudas que traía y que antes había consultado con su padre, y esperó a que el maestro le diera su parecer.

DON JUANITO.—Pues han llegado a tiempo, porque estoy precisamente esperando a nuestro buen amigo don Manuel, el Jefe de Zona del Banco que, como saben, tiene mucha práctica en cuestiones de tierras y de siembras, y sabe cómo anda el comercio de las semillas y demás productos del campo. Pero, mientras viene, platicaremos un rato, que él terminará lo que yo empiece.

Don Matías sacó su "totomoxtle" del morral y un puñado de tabaco "macuche;" lió su cigarro y se puso a fumar, indeciso en la actitud que debería tomar en la conversación, ya que no tenía seguridad en nada de lo que se iba a tratar, sino en que las cosas siempre las había visto y practicado en la forma usual y que jamás se le había ocurrido nada semejante a lo que decía Gejo. Este sí tenía ansias de ver confirmadas sus ideas y obtener luces en un asunto que le parecía de vital importancia para el ejido y para el pueblo.

DON JUANITO.—Efectivamente, no hay tierras que solamente puedan dar maíz o trigo; aquéllas en que se da, también pueden dar buenas cosechas de otras plantas; por ejemplo: en el potrero del Verde, donde tiene su parcela Tobías, las tierras son profundas y menos barrosas que en el Huizachal. Allí pueden tener siembras de alfalfa, con la seguridad de que durará muchos años sin que se eche a perder; en las vegas del río, las tierras arenosas que allí hay se prestan muy bien para la siembra de melón y de sandía; en las tierras coloradas de las lomas, el frijol se dará muy bien, sin peligro de que la conchuela se lo coma; y esas tierras pegadas al pueblo están que ni mandadas hacer para la siembra del jitomate.

II

Don Manuel, el Jefe de Zona, había llegado mientras el maestro rural platicaba con Gejo y don Matías, y se pudo dar cuenta cabal del tema de la conversación; así es que cuando terminó don Juanito, él siguió:

DON MANUEL.—Efectivamente, muchachos, don Juanito tiene razón en todo lo que les ha dicho. Ya hace tiempo que él y yo platicábamos sobre la conveniencia de que en Río Florido se cambiaran un poco los cultivos, de que la tierra se trabajara mejor y no tuvieran ustedes que andar comprando lo que pueden producir aquí mismo. Las tierras que tienen son muy buenas, y las hay de varias clases; así es que solamente hay que tener cuidado de que las siembras se hagan bien y a su tiempo.

Cada semilla requiere una época para su siembra; pues las plantas tienen una vida que no se puede alterar como uno quiera, sino que tiene que seguirse, al pie de la letra, lo que sus necesidades piden. No podríamos sembrar el maíz en agosto, porque no tendríamos cosecha, ya que las heladas encontrarían tierno el elote, si es que se llegaba a formar; el jitomate tiene que sembrarse a fines del año, cuando hay riego, pero cuidando las almácigas de los hielos, y trasplantando, cuando no hay temor de heladas, y el calor es bastante para que la planta crezca; aunque también podemos sem-

brar el jitomate de temporal, siempre que no se atrase mucho y haya el temor de los fríos. Todas las semillas, pues, tienen una época propia para la siembra; y esa época se adelanta o atrasa, según que el clima sea más benigno o más frío.

GEJO.—¿Y usted, don Manuel, nos puede decir en qué mes habrá que sembrar cada semilla en el Valle?

DON MANUEL.—Solamente de una manera aproximada, pues para ser verídico, la experiencia es la única que nos puede decir con exactitud las necesidades de cada planta en Río Florido. Si podemos hacer experiencias este año con algunas semillas, ya el que entra se podrán hacer las siembras en grande escala, con menos probabilidades de perder.

DON JUANITO.—Los muchachos no pueden estar haciendo experiencias en las parcelas del ejido: apenas tienen la tierra indispensable para poder vivir, así es que no podemos pedirles que se pongan a hacer experimentación, si no los queremos dejar sin comer; pero para eso está la parcela de la escuela; las experiencias las haremos aquí, con los muchachos; pero contamos con usted, don Manuel, para que las dirija y enseñe a los alumnos.

Una de las tablas en que se dividió el terreno de la Escuela Ejidal, se dedicó a la experimentación. Los alumnos atendieron todos los trabajos, guiados por el Jefe de Zona y el maestro rural. Don Manuel formó un calendario de siembras en que figuró desde el algodón hasta el zacate de pará. Para cada una de las semillas se fijó una época aproximada de siembra y ésta debería hacerse escalonadamente, cada cinco días, y por espacio de uno a dos meses. Esa experimentación también había de servir para determinar las labores que habían de darse a cada cultivo; y al final de la cosecha, había que ver qué planta daba mayor rendimiento bruto y neto por hora de trabajo ocupada en el cultivo.

Desde que el campo de experimentación quedó instalado, la atracción de la Escuela Ejidal aumentó; ya no solamente fueron los ejidatarios, sino que los agricultores y aun los hacendados iban a meter las narices en la Escuela Ejidal, para darse cuenta de las condiciones en que se iban desarrollando las plantas en experimentación. Muchos habían de ser los fracasos que

se tuvieran y darían lugar a la maledicencia de la gente; pero bastaba que uno de los cultivos *prendiera,* para que el éxito estuviese asegurado y la prosperidad del ejido de Río Florido fuera una realidad.

La caravana de visitantes no terminó ni cuando acabó la cosecha de la tabla de experimentación. El algodón se había dado de magnífica calidad; sin haber tenido que sentir la presencia del picudo ni la del gusano rosado; la alfalfa creció tan bien, que era un gusto pasar por las parcelas con las puntas de las matas hasta la cintura; y el frijol se cuajó de vainas.

La agricultura de Valle Florido iba a ser revolucionada por la introducción de tres nuevos cultivos: el algodón, el frijol y la alfalfa. El origen de estos cambios estaba en la inteligencia y el instinto de Gejo, el tino del maestro rural para guiar los trabajos de los campesinos y los conocimientos del Jefe de Zona. Estos elementos, reunidos, habían podido realizar un descubrimiento que iba a llevar el bienestar a todos los habitantes de Río Florido.



EXPORTACIONES E IMPORTACIONES

I

Plátano, henequén, chicle, ixtle, lechuguilla, raíz de zacatón, guayule, maderas preciosas, coco y copra; algodón, tomate, pieles; minerales diversos, plata y oro; café, vainilla, raíz de jalapa, lináloe, arroz, azúcar, etc., etc. Así es la lista de los artículos que México exporta: productos silvestres, como la lechuguilla, la raíz de zacatón, la raíz de jalapa; maderas preciosas; animales; productos agrícolas como el plátano, el henequén, el algodón, el tomate, el café, la vainilla, el coco, la copra y el arroz; productos de la industria agrícola como el lináloe y el azúcar; productos extractivos minerales como el estaño, el zinc, el cobre, el petróleo; y metales ya beneficiados como el oro y la plata.

Este tipo de exportaciones corresponde a la de todos los países nuevos, que aún se hallan en el período de colonia de otros más adelantados, de los que están luchando para independizarse económicamente. Esta es la herencia española de la que aún no nos podemos desprender: España siguió, con los pueblos de América, la política económica de permitirles que explotaran sus riquezas materiales: las agrícolas, para que pudieran sostenerse; y las mineras, para poderse enriquecer a su costa. Las industrias no eran permitidas en América; pues todos los productos industriales habían de llegar al Nuevo Mundo en los barcos que hacían el tráfico entre ambos continentes, y así ponían un obstáculo serio para la independencia de estos pueblos, a los que se trataba de explotar y ligar económicamente a España; y la política económica fué tan ruda, en este punto, que no se permitió a los europeos, franceses, ingleses o alemanes, que comerciaran con las colonias americanas o que se establecieran en ellas, por temor de que se les arrebatara el control económico, detrás del cual vendría la posibilidad de

segregación y de independencia de esos nuevos países. Esta política económica iba desarrollándose paralelamente a las demás, entre otras, la educacional, pues no se permitía que los indígenas aprendieran otra cosa que a trabajar, a rezar y un poco de escritura y lectura; pues no había de fomentarse en ellos ningún espíritu que incitara a la rebeldía y provocar el deseo de una vida mejor e independiente, y así también, estaba prohibida la entrada a México de libros europeos, los que, si llegaban a costas mexicanas, habían de ser previamente censurados por los frailes, controladores de la cultura indígena. Tampoco se permitía a los indígenas, mestizos y criollos, principalmente a los dos primeros, desempeñar puesto alguno en la administración de la colonia, para tenerlos constantemente incapacitados para un gobierno propio.

España no solamente sujetó a los pueblos de América, por las armas, sino que estableció todo un sistema de esclavitud y aislamiento, a base de la tierra, de la religión, de las industrias, el comercio y la cultura; y solamente por las grandes energías de los pueblos de América pudieron sus colonias hacerse independientes.

No habiendo industrias establecidas en México, los productos de éstas han de tener que comprarse en el extranjero y figurar en las importaciones: maquinarias de todas clases; productos de las industrias pesadas; telas; productos químicos; artículos para la vida diaria, artículos de lujo y, también, algunos productos agrícolas.

II

A medida que el tiempo ha pasado, a partir de la independencia, ha ido reduciéndose el número de artículos importados, con objeto de llenar las necesidades de la población; aquellas que son objeto de comercio intenso, como las telas, los zapatos, algunos productos industriales para la alimentación; pero han ido aumentando las importaciones de maquinaria industrial, agrícola y minera; los artículos de lujo han ido también en aumento; las importaciones de productos químicos también han aumentado en virtud del establecimiento de industrias en el país; y finalmente, la importación de productos agrícolas ha presen-

tado diversas alternativas en diferentes renglones, como adelante veremos.

Entre los productos agrícolas de importación, figuran el maíz, el trigo, el cacao, la canela, la manteca, los ganados, las semillas, etc.

México ha estado teniendo que importar constantemente maíz, para el consumo de su población, ora porque el cultivo, principalmente de temporal, está sujeto a las alternativas del tiempo, y fundamentalmente porque los hacendados no siembran la cantidad necesaria y usan métodos de cultivo completamente anticuados, que dan por resultado bajos rendimientos y elevados costos.

El trigo siempre se ha producido en cantidad inferior a la del consumo, y a medida que la población se va acostumbrando a comer pan, la diferencia entre la producción y el consumo del cereal se va haciendo mayor. Se estima que anualmente hay que importar alrededor de la cuarta parte del trigo necesario para sostener el consumo. Por otra parte, nuestros trigos son, casi todos, de variedades blandas, y eso da en la molienda harinas flojas, sin cuerpo, de donde se impone la necesidad de importar trigos duros, para efectuar mezclas con los nacionales, y producir harinas de buena calidad.

La escasez de maíz, por una parte, y la de cerdos, por la otra, dan lugar a que haya necesidad de importar manteca de cerdo y manteca vegetal, en cantidades enormes, anualmente.

Podemos decir que el cacao que se produce en Tabasco y Chiapas es el mejor del mundo; el más fino y delicado; pero la producción no es bastante para satisfacer la demanda en los mercados nacionales, y hay que efectuar importaciones de Java, en proporción muy respetable.

Mientras los países europeos y algunos americanos han ido mejorando sus semillas y ganados, México sigue explotando lo que heredó de España, y en pleno siglo XX tiene semillas y ganados iguales a los que se conocieron en el siglo XVI. Semillas de mejor calidad, que en plantas con cualidades diferentes de las primitivas, de alto rendimiento, no se producen en el país y tienen que ser importadas de Europa y Estados Unidos. Los ganados de todas las especies han sufrido modificaciones, selecciones y cruzamientos, y en la actualidad se encuentran

razas con cualidades especiales, altamente desarrolladas; también necesitamos importar sementales que mejoren los ganados del país y pies de cría para establecer nuevos ganados.

En México se encuentran condiciones para producir todo lo que actualmente importamos del extranjero; pero se hace necesario un reajuste de la economía general, que los campesinos y hacendados trabajen las tierras, que adopten métodos de cultivo que les permitan producir más y mejor; que para los ganados no se siga la explotación en agostadero o pastoreo, que no ha permitido el mejoramiento de las especies y razas; y que en los campos los mismos agricultores se encarguen de la primera transformación de sus productos. Si invertimos trabajo inteligente en la tierra, México podrá llenar con facilidad las necesidades de su escasa población y ésta podrá adquirir los productos alimenticios en condiciones tales de baratura, que permitirán el desarrollo de las demás actividades. La agricultura y la ganadería de México se han sostenido a fuerza de aranceles, de la imposición de derechos aduanales fuertes a productos semejantes a los nuestros, y así se ha embotado en los hacendados el espíritu de trabajo, de estudio y mejoramiento, y la población sufre, pagando con precios elevados, la incompetencia y el abandono de los explotadores de la tierra.



COLABORACION Y EQUILIBRIO EN LUGAR DE COMPETENCIA Y DESORDEN EN LA PRODUCCION AGRICOLA

I

DON JUANITO.—He seguido atentamente lo que has estado haciendo, Pablo, y veo que tienes perfecta razón en el método de gobierno que empleas: los ladrones que había en el municipio ya han salido de las oficinas; todo mundo ha aplaudido lo que has hecho; ven que te propones mejorar los servicios del pueblo, y así es que ya cuentas con el apoyo, no sólo de los ejidatarios, sino de todo el mundo.

PABLO.—No podía ser de otra manera, don Juanito. A toda esa gente se le pagaba para que atendiera al pueblo, no para darle oportunidad de lucrar con el puesto que ocupápaba; así es que los contribuyentes, los que tenían que arreglar asuntos en el municipio, que eran muchos, eran los primeros que salían explotados. Se iban a quejar de una injusticia de la misma presidencia y salían con otra nueva de los empleados. Ahora las injusticias han terminado, a cada quien se le aplica la ley; nadie tiene motivos de queja, y el trabajo de las oficinas ha disminuído considerablemente.

DON JUANITO.—Si sigues por ese camino, vas a llegar a hacer una labor como jamás he visto. Pero, dime, ¿cómo entiendes eso del mercado de los productos agrícolas, de las industrias y de esas más cosas? ¿Qué piensas hacer en esos asuntos? ¿Cómo crees que vas a resolver el problema del engrandecimiento económico de Río Florido? Me parece que en este asunto el método te va a fallar, y quisiera que antes me explicaras la cosa.

PABLO.—¿Usted piensa que todavía no se hace nada? Efectivamente, yo no he hecho nada; pero los demás, los campe-

sinos y los industriales, sí están trabajando ya. Yo no sé lo que quiere decir eso de económico, y antes de seguir adelante, explíquemelo.

DON JUANITO.—Económico, economía, etc., quiere decir todo aquello que se relaciona con la riqueza, el cambio, el consumo, las actividades de los hombres y la colaboración de la naturaleza en la producción. Cuando el hombre se pone a barbechar una tierra, no solamente está haciendo un trabajo agrícola al mover la tierra y ponerla en condiciones de producir una cosecha, sino que está realizando, también, una actividad económica que tiende a la producción, a entregar bienes para el consumo. El comerciante que trae productos de otras tierras, y pone los artículos del productor en manos del consumidor, también se dice que produce.

PABLO.—Ya entiendo; la economía es, entonces, el arreglo y ordenamiento de todas las cosas, para que el hombre pueda vivir bien, ¿no es así? Como en la casa: yo trabajo en la tierra y entrego mi cosecha a mi mujer; ella se encarga de atender la casa y criar a los muchachos; entre los dos nos ocupamos de la huerta y de los cochinos y las vacas. Si no hiciéramos esto, la economía de la casa se la llevaba el diablo. ¿No está bien?

DON JUANITO.—Así es, Pablo; y cuando decimos que hay que arreglar la economía del Valle, eso significa que cada quien haga alguna cosa y produzca algo, y que todo se haga ordenadamente, y que a nadie le falte nada y todos trabajen en la obra general de asegurar el bienestar de todos los habitantes del valle; cada uno en la medida de sus fuerzas, y siempre en armonía con el trabajo de los demás.

PABLO.—Yo no sabía eso de economía, pero sí entiendo lo que tiene que hacerse y lo que a la autoridad le toca en esto.

DON JUANITO.—Ya que entendiste lo de economía, explícame tu plan.

PABLO.—Bueno, don Juanito, voy a hacerlo; pero me dispensa si todavía no digo nada de economía y de económico, porque no he aprendido a ensartar esa palabra en la conversación.

"Mire, don Juanito, todo el mundo tiene que trabajar. ¿No es así? Pues bien, a todos y a cada uno les vamos a

dar la oportunidad de hacerlo: los que tienen tierras las trabajarán, porque todos tienen que contribuir con su producto a la vida de los demás; los hacendados, explotando sus haciendas; los ejidatarios, sus ejidos, y todos así, para lo cual las contribuciones las vamos a distribuir de manera que el que trabaje y produzca pague una contribución moderada, y la recargaremos al que no utilice las tierras; pues ya que no contribuye con los productos de ellas, al bien general, que la carga sea para él más pesada. A los que sepan cultivar y no tengan tierras, los acomodaremos en el ejido, si hay parcelas vacantes, y si no, haremos un reparto de las tierras comunales y del fundo. Hay otros, que aunque no saben cultivar bien, sí pueden hacer algo, como los obreros, a quienes daremos un pedazo de tierras de las comunales, donde puedan poner su casita y trabajar siquiera una huerta y hortaliza, como estamos haciendo en el ejido, que así menos tendrán que comprar, y su vida será mejor no estando sujetos exclusivamente al jornal.

"Pero también hemos de hacer que exploten las tierras todo lo que puedan dar, no solamente en cosechas, sino también en animales, como reses, cerdos, cabras, etc., para lo cual vamos a quitar las contribuciones por animal, por toro, como se está haciendo, y solamente pondremos contribuciones sobre el no trabajo de las tierras; sobre los potreros que no tengan animales, las lomas con pasto que no están sirviendo para las cabras o los borregos.

"Si como puede suceder, los que tienen esas tierras no cuentan con dinero para comprar animales y explotar los pastos, entonces deberemos permitir que esos pastos los explote el que tenga animales, y sea él quien pague las contribuciones. El dueño podrá rescatar posteriormente las tierras, cuando tenga elementos para hacerlas producir."

II

DON JUANITO.—Pero es que si esto se realiza, no habrá qué hacer con tantos productos del Valle, y todos nos arruinaremos por la baja de los precios de las cosas; y digo, nos

arruinaremos, porque casi me siento agricultor yo también.

PABLO.—No, don Juanito, ¿por qué nos hemos de arruinar, si todos tendremos qué comer? Y no solamente tendremos lo suficiente para comer, como lo estamos haciendo hoy día, sino que, además, habrá legumbres, carne, manteca, leche, quesos, mantequilla y todo. Que todo sea barato, nada quiere decir, puesto que los cambios se hacen dentro del mismo Valle y todos saldremos exactamente en las mismas condiciones que si todos produjéramos, vendiéramos y compráramos caro; porque el dinero menos que he de recibir por mis productos es también dinero menos que voy a pagar por los productos de los demás. Es como si yo le vendiera caro el maíz a mi mujer, y ella me vendiera caras las tortillas. Por otra parte, ya cuando todo se vaya arreglando, veremos la cantidad de maíz, por ejemplo, que hay que producir en el Valle, para todas las necesidades de aquí, y no permitiremos que se aumente la cosecha de este grano, si no tenemos manera de disponer de él, vendiéndolo para fuera, por ejemplo. Veremos en qué partes hace falta maíz, y aumentaremos el cultivo hasta poder satisfacer, o al menos, aliviar las necesidades que tengan en otra parte, sin tratar de ir a competir con los agricultores de allá, sino solamente llevarles el maíz necesario para que tampoco a ellos les haga falta.

DON JUANITO.—Y ¿qué se hará con las tierras, cuando ya se tenga la cantidad de maíz o de trigo necesario? ¿Esas tierras se quedarán incultas?

PABLO.—Pero, don Juanito, ¿qué nada más se puede producir trigo y maíz? Hay muchas cosechas que se pueden dar en esas tierras, y son muchos los productos que el hombre necesita para vivir bien; así es que hemos de encontrar otras semillas que sembrar, y que, aunque no tengan aplicación entre nosotros, las podremos cultivar y producir, para venderlas fuera de aquí; pues, por otra parte, necesitamos vender algo fuera del Valle.

DON JUANITO.—Pero, dentro del plan que tienes, el Valle va a producir todo lo que necesita, y más. ¿Para qué necesitan vender fuera?

PABLO.—Por dos cosas: la primera, porque tenemos que cooperar con los demás pueblos que están alrededor del valle de Río Florido; y tendremos que cultivar lo que a ellos les hace falta, sea por la corta cantidad o porque no se pueda producir allá; si nosotros estamos bien, ¿por qué ellos han de estar mal, si somos del mismo Estado y todos somos mexicanos?

La segunda es que no podemos producir en valle de Río Florido todo lo que necesitamos para vivir cómodamente; tenemos que comprar telas, zapatos, maquinaria, herramientas y muchas otras cosas, y, para eso, tenemos que vender algo de los productos fuera de aquí, para conseguir dinero y comprar lo que nos viene de fuera. ¿No le parece?

DON JUANITO.—Parece como que estás arreglando el mundo y no solamente el valle de Río Florido.

PABLO.—No me haga burla, don Juanito.

DON JUANITO.—Pero si no es más que la pura verdad: si todos los hombres y todos los pueblos y naciones hicieran lo que estás diciendo, no habría motivos para guerras, ni la gente se llegaría a morir de hambre, mientras otros no encuentran qué hacer con tanto dinero.

PABLO.—Pero, voy a seguir adelante, porque hasta ahora solamente le he dicho lo de la agricultura, y todavía falta lo de las industrias.

En los talleres y en las fábricas, solamente tendrá que producirse lo mejor, lo mismo que en los campos. Veremos quiénes quieren entenderse con establecer más industrias que las que hay ahora; que así tendremos trabajo para más gente y para los mismos campesinos, durante la temporada de aguas, por ejemplo, en que no se puede trabajar en la tierra.

Daremos todas las facilidades a quienes establezcan nuevas industrias; les rebajaremos o quitaremos las contribuciones por algún tiempo; pero siempre tendrán que cumplir bien con los trabajadores, pagándoles el jornal justo y tratándolos como gente. Ya hay quien quiera poner una fábrica de sarapes de lana; otro dice que quiere poner

un taller para hacer juguetes de madera, y otras industrias más.

DON JUANITO.—Pero tú vas a transformar el pueblo, y a hacer que los hombres cambien de amos: después de los hacendados vendrán los capitalistas, dueños de las industrias, y tendremos que trabajar mucho para libertar a los obreros.

PABLO.—¡Ah, que don Juanito! Déjeme que termine de explicarle, y después me dirá todo lo que quiera.

Lo mismo que se ha organizado el ejido en cooperativa, hemos de organizar a todos los campesinos, en las comunidades, en los ranchos, en las haciendas, y a cada uno de esos grupos, según sus necesidades y la conveniencia social. Y en los pueblos, los obreros y las mismas mujeres que trabajan en sus casas para los talleres y las fábricas, también los hemos de organizar, como hizo Juana con las tejedoras de puntas de rebozo y encajes de bolillo. Ya tenemos un ejemplo de cómo se pueden hacer las organizaciones y cómo los mismos obreros pueden llegar a establecerse y ser dueños de los talleres e industrias en que trabajaron antes.

Pienso que en Río Florido solamente hay organizaciones de trabajadores y no obreros sueltos; pues solamente podemos regularizar la producción y el trabajo cuando se tienen grupos de productores; y deja de haber conflictos entre el capital y el trabajo, como dicen los periódicos, cuando no hay explotadores y explotados, sino trabajadores dueños de su propia industria y en sus propios talleres o fábricas.

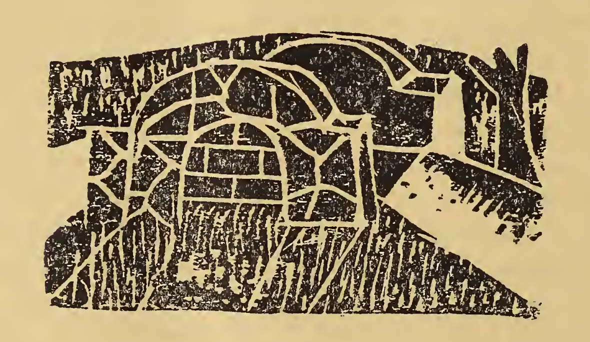
III

DON JUANITO.—¿Y teniendo todo ese plan, que me parece lo único que puede salvar, no solamente a Río Florido sino, como te decía antes, al mundo, dices que la autoridad no tiene que hacer nada?

PABLO.—Así es, don Juanito. Son los pueblos los que hacen las cosas, no las autoridades; que mucho pueden hacer si de-

jan que los hombres arreglen sus negocios de acuerdo con el plan general que siga la comunidad.

Aquí, en Río Florido, no quieren tener amos; no quieren que haya quien los venga a explotar; entonces, demos oportunidad, únicamente, de encauzar sus actividades: la acción será la de ellos. El pueblo se gobernará a sí mismo, como siempre ha sucedido, a pesar de que los gobernantes llegan a pensar algunas veces que ellos son los autores de las actividades de los pueblos que, más que gobernar, desgobiernan. Interpretemos las ambiciones y anhelos del pueblo; encaminemos, simplemente, sus actividades, y él sabrá labrar su propio porvenir, sin equivocaciones ni tanteos.



EL 16 DE SEPTIEMBRE

I

Desde que se preparaban las elecciones para autoridades municipales, el ambiente de Río Florido estaba cambiando; se sentía que la vida no pasaba en la misma forma en que se había ido deslizando hasta entonces. Antes, todo estaba bien, nadie comentaba los sucesos del pueblo ni los del Valle; las personas habían creído que su camino en la vida había sido trazado con teodolito, y seguían por él sin cuidarse de los demás, ni de nada; Río Florido, como muchas de nuestras poblaciones, estaba adormecida por muchos siglos de inconsciencia de su vida. La revolución pasó por allí como una nube de primavera: un poco de sombra en plena tarde asoleada; unas cuantas gotas de agua que pronto se evaporaron en contacto con la tierra calentada por un sol tropical, y nuevamente continuó la vida. Pero esos agraristas no eran cualquier cosa: bravos, ansiosos de vivir, con un ideal por realizar y con la libertad enfrente, y a punto de conquistar, habían puesto en movimiento a todo el pueblo. Los hacendados supieron de los agraristas, cuando les pidieron tierras para el ejido; pero eso solamente fué conocido por ellos, por el doctor, el presidente municipal y el peluquero, quienes encontraron eco muy fuerte en la tienda de don Nicomedes. En ese pequeño grupo, que encerraba las "fuerzas vivas" del valle de Río Florido, se formularon todos los escritos de defensa; se comentaron todos los movimientos de los agraristas y se estudiaban las disposiciones de la Comisión Nacional Agraria.

Mas cuando las cosas pasaron a mayores, cuando todo el pueblo se dio cuenta de que en Río Florido había agraristas, fué cuando empezó la campaña política para conquistar la Presidencia Municipal. Poco a poco la población fué cambiando de parecer acerca de lo que eran los agraristas, hasta que, a su

triunfo político, todo el mundo era agrarista. No todo el mundo, por cierto, porque aún quedaba el grupo aquel que dominaba y aun tenía deseos de echar a los triunfadores.

Los agraristas, al llegar a la Presidencia Municipal, llevaron un ideal, pero no un ideal de partido político exclusivamente, sino de un pueblo que sentía lo que decía y trataba, verdaderamente, de hacer de Río Florido una población con vida real, sin engañifas ni sermones. Hombres, mujeres y jóvenes y hasta niños, empezaron a sentir que en efecto podían pensar, que nunca habían conocido sus sentimientos, y solamente al contacto de estos hombres venidos de la tierra, pero con la verdad en la boca y un ideal en el corazón, habían empezado a conocer la vida real y verdadera, y no la que habían creído conocer hasta entonces: una vida convencional, de formulismos, de mentira e hipocresía.

¿Quién o quiénes guiaban y conducían a aquellos hombres toscos que nada sabían acerca de los modelos de la ciudad y de la ciencia de gobernar a los pueblos? Primero, era su ideal, eran ellos mismos; después, un grupo de hombres de ensueño que, al contacto de la tierra, habían empezado a vivir y sentir hondamente: el maestro de la escuela rural ejidal, don Juanito, el Jefe de Zona del Banco Regional de Crédito Agrícola, don Manuel, y Pancho, un hijo del pueblo que tenía entusiasmo y fuerza para conducir a hombres libres. Los tres guiaban a los agraristas que aún traían el olor de la tierra húmeda. Las fuerzas vivas estaban de este lado.

Desde julio se había intensificado y clarificado la acción de los agraristas: el espíritu de libertad y de justicia flotaba por todas partes; las actividades del pueblo y del valle entero habían tomado un nuevo rumbo; el ejido había entrado a la ciudad y el hombre del campo hablaba y obraba sabiamente.

II

El 16 de septiembre de ese año, la fiesta nacional fué diferente a la de los años anteriores, en espíritu y en obra. Se habló de cosas serias y profundas, y el pueblo todo acudió en masa, a oír la palabra de sus guías y a disfrutar ampliamente de la vida.

Lo más importante de la fiesta fueron las palabras del maestro rural ejidal, el modesto don Juanito, cuya palabra era oída atentamente por todos los que lo admiraban y en esta ocasión habló de este modo:

Compañeros:

"Hasta hoy hemos venido festejando esta fecha como la iniciación de nuestra libertad, de la libertad de México, creyendo que la conquista y la colonización española nos habían quitado las libertades que disfrutaban los habitantes de estas tierras, antes que esos hombres blancos desembarcaran en las playas de Veracruz. Pero algún día tenemos que asomarnos a la realidad, para vislumbrar lo que hay de cierto en las fechas y en los hombres, lo que ha sido de la verdadera población de México, de la masa campesina, que siempre ha representado la casi totalidad de la población de estas tierras.

"La masa campesina de las tribus indígenas de México, era esclava de unos cuantos hombres, guerreros, sacerdotes y reyes, los que, a su vez, por torpeza, eran esclavos de otros amos, duplicando la esclavitud de las tribus dominadas por otras Nuestros antecesores indígenas nunca conocieron la libertad. Los españoles que llegaron a México, primero en son de conquista y después a colonizar, borraron la esclavitud y la dominación de unas tribus sobre otras, sustituyeron a los dominadores y señores de su propia sangre, que tenían aquellos campesinos. La masa campesina cambió de amos, pero siguió siendo esclava.

"El campesino, dondequiera, salvo en los ejidos establecidos por Felipe II, de España, que fueron propiamente continuación de los calpulli indígenas, pisaba tierra extraña y era tierra doblemente extraña, porque no le pertenecía y porque los productos de esas tierras y de los hombres que las cultivaban salían para Europa dejando pobre este país.

"El 16 de septiembre de 1810 se inició la guerra de independencia, con el ánimo y la esperanza de que, rotas las relaciones políticas con España, México podía ser libre y soberano y crear su propio destino. Fué un simple en-

gaño. España no mandó más virreyes a México; sus soldados se retiraron de nuestro país; pero las tierras, las fuentes de riqueza de México, estaban en manos de españoles y, por tanto, de España. Los hombres siguieron siendo esclavos de España, por medio de los dueños de la tierra; el fruto del trabajo de aquéllos siguió navegando hacia Europa, mientras México se creía independiente.

"¿Cómo puede ser independiente el hombre que pisa tierra ajena y que, a voluntad del dueño de aquélla, tiene que vivir para trabajar o morir en una aparente libertad?

"La guerra de Independencia solamente engañó a los hombres de las ciudades. En el campo nada había cambiado; en las ciudades los trabajos se desarrollaron ampliamente; por los campos cruzaron las vías de los ferrocarriles, pero las tierras, lo único que puede servir de base para la vida de los hombres y de los pueblos verdaderamente libres, tenían dueños que no eran campesinos, ni siquiera mexicanos.

"Un auge aparatoso engañó a muchos; los edificios lujosos, los palacios, las escuelas de enseñanza convencional, lograron cegarlos, pero en la tierra, en el surco, hervían los fermentos de libertad. La masa de la población de México, el campesino, nunca estuvo quieto durante ese período de aparente prosperidad; se preparaba para una nueva y definitiva revolución que había de darle la tierra y, con ella, la vida y la libertad. Con sangre y fuego fueron ahogados intentos aislados y no maduros de conquista del ideal... Y fué necesario que transcurrieran más de cien años, para que un movimiento social, profundo y formidable, señalara la verdadera dirección de las necesidades de todo un pueblo y apuntara a la tierra. 1915 y 1917 fueron los años en que la verdadera libertad de México se inició; estamos en el principio de esa gran era de la vida de México, en que la tierra deja de ser de unos cuantos amos, dueños de vidas y haciendas, para ser de quien la trabaja. Esta es la libertad.

"Muchos siglos de lucha y la vida de muchas generaciones ha costado la libertad que tenemos en estos momentos y, por eso, mientras más grandes son los esfuerzos,

más largo el tiempo y más numerosos los sacrificios que cuesta una conquista de esta clase, mayor es la responsabilidad de quienes la gozan y disfrutan. Esta conquista, esta realidad que tenemos en las manos, no se debe solamente a nosotros; nuestro papel, en esta grande obra, ha sido el de cosechadores de las generaciones y los hombres que nos precedieron en la vida y en la obra de libertad: a ellos debemos el ejido que ahora es patrimonio de las masas campesinas, del nervio de México; la almáciga de hombres del país entero.

"Debemos pagar esa deuda que hemos contraído al aceptar las tierras ejidales; pero ¿cómo?

"La tierra nos señala claramente la obligación que tenemos hacia ella: trabajándola, pagaremos.

"La sociedad pide a los campesinos su sangre, su voluntad y su espíritu para darle vida a un nuevo México que está creciendo y se está formando. Demos todo lo que se nos pide: así pagaremos.

"Nuestras familias, nuestros compatriotas, nos piden que hagamos el sacrificio de todo nuestro sér, y debemos dejar nuestros egoísmos, nuestro bien personal, para entregarnos a la gran obra social que apenas comienza; así fortaleceremos la libertad que empezamos a paladear y haremos inconmovibles las bases del porvenir de nuestros hijos y de México entero. Así acabaremos de pagar la deuda; nuestros hijos seguirán por el mismo sendero, para hacerse dignos de la herencia que hemos recibido de todos nuestros antepasados."

Todos los habitantes del valle de Río Florido habían oído aquellas palabras, y todos lloraban, aplaudían, e interiormente se sentían con más ánimo, con más fuerza para continuar por el camino del ideal y del deber, que marcaba el verdadero guía de la comunidad: el maestro rural ejidal.



EL ATOYAC

(EN UNA CRECIENTE)

Nace en la sierra entre empinados riscos
Humilde manantial, lamiendo apenas
Las doradas arenas,
Y acariciando el tronco de la encina
Y los pies de los pinos cimbradores.

Por un tapiz de flores
Desciende, y a la costa se encamina
El tributo abundante recibiendo
De cien arroyos que en las selvas brotan.

A poco, ya rugiendo
Y el álbeo estrecho a su poder sintiendo,
Invade la llanura,
Se abre paso del bosque en la espesura,
Y fiero ya con el raudal que baja
Desde los senos de la nube obscura,
Las colinas desgaja,
Arranca las parotas seculares,
Se lleva las cabañas
Como blandas y humildes espadañas,
Arrasa los palmares,
Arrebata los mangles corpulentos;
Sus furores violentos
Ya nada puede resistir, ni evita...
Y en el seno del mar se precipita!

Ignacio M. Altamirano.

EL PROGRAMA DE MEJORAS EN RIO FLORIDO

I

La Tesorería Municipal de Río Florido, a pesar de los esfuerzos de Pablo, no aumentaba sus caudales en relación con la amplitud de los proyectos que se tenían. Siempre había que hacer esperar a unos, para que los otros pudieran ser realizados; y, aún así, dejando uno para primer lugar, otro para segundo, y así sucesivamente, siempre andaban cortos los dineros, en relación con el tamaño de cada proyecto. Dinero era lo que hacía falta en Río Florido, que ideas y proyectos había de sobra.

Los proyectos de obra se ordenaron según beneficiaran al campo, al pueblo o a ambos. Habían de empezar por estos últimos y, después, tomar uno para el pueblo y otro para el campo, hasta terminar la lista de mejoras que se había formado.

Los caminos, cuando no son de simple entretenimiento y para distracción de turistas y de vagos, constituyen una de las mejoras más importantes que pueden dar alivio al pueblo y al campo: el pueblerino utiliza el camino para transportarse a pueblos distantes; el comerciante usa el camino para llevar y traer las mercancías que faltan en cada mercado; el campesino no tiene más que salir de su parcela y encontrarse en un camino por el que puede ir con seguridad, llevando sus herramientas, cuando está trabajando la tierra y cultivando las plantas o, después, transportando las cosechas a las bodegas de su cooperativa, al mercado del pueblo, a la estación del ferrocarril.

Los caminos vecinales que comunican pueblo con pueblo, y van penetrando en los campos de cultivo, por veredas, vericuetos y pasos, y encauzan los productos de la tierra a los centros

de población, siempre están abandonados; polvosos en invierno y en primavera; lodosos y rebosando de agua en el verano y parte del otoño. Los animales y los hombres van formando sus propios caminos serpenteantes, con partes secas y otras que hay que salvar, las carretas y los carros se hacen sus caminos propios, bajo las aguas de los charcos, dejando huellas cada vez más profundas y complicadas, hasta que ya no se puede pasar. Una, dos o más carretas se quedan, por días y más días, a la intemperie, hasta que los bueyes trabajan para sacar a flote esas moles movibles de madera. Los caminos quedan irremisiblemente cortados por toda la época de aguas, y no hay sér viviente que se atreva a salir o entrar a Río Florido. ¡Y esas tolvaneras del invierno y de la primavera, que envuelven a los caminantes y los ciegan! ¡El sol que cae a plomo y que fatiga a hombres y animales! ¡Ese camino desnudo que se alarga indefinidamente y hace suspirar por la sombra bienhechora de los árboles!...

Este es el primer proyecto que se estudia, que se mide y se pesa para llevarlo a cabo. No se quiere remover la primera paletada de tierra ni poner "la primera piedra" sin tener la seguridad de que se pondrá la última; porque esos trabajos que se empiezan y quedan a medio hacer son simplemente desperdicio de energías, de entusiasmo y de dinero que a nadie aprovechan y sólo quedan como muestra de la falta de continuidad, de perseverancia y prudencia. El camino hay que acabarlo, si es que se principia.

¿Qué hace falta para hacer el camino? Dinero, dinero, dinero, dicen todos. Son varios los kilómetros de camino que hay que hacer, para comunicar la estación del ferrocarril, y después, los pueblos del valle. Se pregunta a un ingeniero, y hace el presupuesto a tantos pesos el metro, y son muchos los metros cuadrados. No hay dinero para tanto, y el camino parece que no se construirá.

Pablo, sin embargo, ha aprendido mucho de las obras que se han hecho en el ejido: ese pequeño grupo de hombres ha sabido hacer obras que hubieran requerido muchos cientos o miles de pesos, sin más que sus brazos, su voluntad y su organización. ¿No se podrá hacer lo mismo con una comunidad en-

tera? Naturalmente que costará trabajo; pero todo se puede hacer donde hay elementos como los que se logró reunir en el ejido.

El trabajo de la comunidad, encauzado, ordenado y dirigido, es del mayor valor; no hay nada que pueda sustituir la fuerza de una comunidad así; no hay dinero capaz de suplir a ese haz de voluntades, que siempre, en la historia de los pueblos, cuando han tenido guías, han sido irresistibles. Esos entusiasmos se han utilizado para la guerra, para el exterminio, y han tenido éxito en las conquistas y en las peleas; habremos de dirigir toda esa fuerza y esa voluntad hacia obras de beneficio común, y haremos de una comunidad cualquiera, la mejor de todas. El dinero, al que todos aspiran, y del que todos esperan los más grandes beneficios, no es nada cuando se tiene a mano y se regula y dirige la fuerza, la voluntad, el entusiasmo y la energía de toda una comunidad. El dinero será siempre una ayuda, pero jamás sustituirá al hombre. Debemos olvidar el dinero, y recurrir a nosotros mismos, al trabajo, único manantial inextinguible de fuerzas y energía.

Pablo sentía estas verdades, y él mismo había formado parte de los grupos de trabajadores y ejidatarios que habían hecho las obras, que de otra manera no se hubieran realizado, de seguir pensando que había necesidad de dinero, de mucho dinero para hacerlas. Y emprendió una seria campaña entre el pueblo, en la comunidad entera de Río Florido, en todo el valle, para realizar la primera obra seria y pesada de su presidencia municipal.

II

Todo el Valle estaba interesado en el camino de Río Florido a la estación del ferrocarril. De manera que todos los pueblos, todos los grupos de las diferentes partes del valle habían de dar su contingente de hombres para hacer el camino: Río Florido pondría veinte hombres; San Pablo, cinco; Metepec, dos, y así todos los demás, diariamente, hasta terminar las obras. Unos pondrían su trabajo personal, y se irían cambian-

do, de tiempo en tiempo, para que todos tuvieran oportunidad de trabajar en la obra común; otros, que no irían a remover la tierra y a conformar el camino, pondrían los árboles laterales, para formar un verdadero camino bordeado de vegetación; otros, que no podrían trabajar ni tenían árboles que plantar, conducirían sus yuntas para hacer los trabajos de acarreo, y, al último, los que no podían hacer nada de eso, darían una cuota que permitiría sustituirlos en el trabajo, o bien, dedicar esos fondos a la compra de material que hubiera de traerse de alguna parte no comprendida en el Valle.

Aquella obra fué, más que un trabajo, más que algo que iba a costar dinero y esfuerzos penosos, una verdadera romería, en la que se despilfarraron alegría y buen humor; fué un pretexto para reunir a las verdaderas "fuerzas vivas" del Valle, en una fiesta de amistad, de acercamiento, de mutua comprensión, en la que se aquilataron las energías del pueblo, largo tiempo dormidas; fué el desconocimiento del dinero para las obras; que, más que oro, lo que necesitan los hombres es entusiasmo, ideal de bienestar, de contentamiento y de vida. Lo que a aquella gente le hacía falta, es que se la tratara como a hombres, no como a unidades de un censo, ni como números de la cuenta de intereses del Municipio y del Estado. Ellos se sentían partícipes y beneficiarios de aquella obra común que había de darles placer y gozo sin cuento, no sólo para ellos, sino también para todas las generaciones venideras, para sus hijos, los hijos de sus hijos y todos los que llegaran posteriormente a un pueblo que estaba naciendo, que salía de la norma oficial y de una economía y una sociedad que estimaba en pesos a los hombres.

El camino adelantaba rápidamente; el orden imperaba y la disciplina del palo no existía, ya que era el corazón el que mandaba y el brazo obedecía. A medida que un trecho de camino iba quedando conformado y bien acondicionado, los jardineros, los hortelanos, los agricultores entendidos en el trasplante de árboles, seguían abriendo cepas y plantando los fresnos que, con unas cuantas hojas ahora, después darían sombra a las generaciones. Los más entendidos y de mejor gusto, hortelanos y albañiles, arreglaban plazoletas, que más tarde serían lugares de recreo de jóvenes y viejos, y descanso de caballerías.

El camino fué terminado tal como se proyectó; fué construído tal como se presintió. La obra de esos pueblos se encuentra cristalizada en aquel camino en el que los hombres no solamente pusieron su trabajo y su alegría, sino su alma entera, libre ya de estorbos y guiada por un hombre que no conoció más escuela que la realidad ni más libros que la naturaleza y su propio corazón.



AGRICULTORES EN PEQUEÑO, EJIDATARIOS Y PEONES

El ejido ha llegado a constituir la piedra de toque de los hombres del campo; de esa masa de peones, aparceros y arrendatarios que viven para el amo, para el dueño de la tierra. Tierra ejidal, tierra libre para vivir de ella; en ella el hombre es amo de sí mismo y no buscará hacer sus esclavos a los demás hombres. En el ejido hay la vida de trabajo independiente; con el producto de la parcela se vive, aunque no se pueda enriquecer. En la hacienda se puede tener una aparcería o un arrendamiento de tierras, que dará al agricultor la oportunidad de explotar a otros hombres y enriquecerse.

El amo significa vida tranquila, trabajo duro, jornal más o menos seguro, utilidades seguras, cuando se tiene tierra en aparcería o arrendamiento.

El ejido es vida independiente, trabajo duro, cosechas problemáticas; nunca habrá utilidades que aseguren la vida cómoda.

El hombre que ha adquirido o heredado su parcela en que vivir, ya se encuentra libre del yugo de la servidumbre, y ha tenido que luchar vigorosamente para no ser absorbido por el hacendado y librar su tierra del latifundista, del usurero y de toda esa gente que trata de enriquecerse adueñándose de la tierra para dominar a los hombres.

Los pueblos efectivamente libres, los que han podido luchar victoriosamente dentro de los sistemas actuales que dominan al mundo, son los que han podido conservar una población campesina independiente, dueña de la tierra que cultiva, arraigada en ella, y de la que no puede separarse sin dejar también la vida. Los pueblos en donde las tierras han sido acaparadas, donde unos cuantos hombres son dueños del suelo, no pueden llevar su propia vida, sino aquella que los dueños de la rique-

za natural desean: la población es, efectivamente, esclava de quienes detentan las riquezas naturales.

México llevaba el camino que estamos señalando; la absorción de las tierras por unos cuantos hombres estaba impidiendo que el país se desarrollara normal y libremente, y hubo necesidad de asegurar la propiedad de esas pequeñas parcelas, las pequeñas propiedades de los campesinos, por una parte, y crear, por otra, un nuevo tipo de pequeños agricultores, los ejidatarios, de los hombres que no habían tenido oportunidad de ser libres por haberse encontrado acaparadas las tierras desde el momento en que nacieron, y haber estado sumidos en la miseria, que los incapacitaba para soñar ser dueños de las tierras que habían de darles la vida.

Los agricultores en pequeño y los ejidatarios constituyen la base más sólida de nuestra nacionalidad. De allí el interés que el país entero tiene para constituir estas categorías de hombres y asegurar su situación en la tierra.

Aunque muchos de los mejores elementos campesinos ya se hallan en el ejido, en las haciendas todavía quedan otros más, que aún no han comprendido el ideal del hombre libre e independiente; pero que poco a poco tendrán que ir saliendo de la esclavitud en que se encuentran, para ir a engrosar la falange de los campesinos ejidatarios, que están constituyendo el nervio del país; y en las haciendas se quedarán solamente aquellos hombres que no pueden dejar al amo y prefieren la servidumbre a la vida independiente y feliz de la parcela propia o la ejidal.



LAS CONTRIBUCIONES Y EL DIEZMO

I

PABLO.—No, compadre Antonio; la cosa no tiene remedio ahora. Usted ve lo que hace, pero no le puedo perdonar las contribuciones. Usted verá dónde consigue los pesos; pero, junto con los demás, tiene que pagar.

ANTONIO.—Pero, compadrito; usted bien sabe que la milpa estuvo muy mal este año, y que, después de haber dado el diezmo, me he quedado casi sin mazorca en el cincolote...

PABLO.—¿De modo que tuvo usted para dar el diezmo al cura y ahora no tiene para pagar las contribuciones? ¿Y usted hizo eso, compadre? Parece que no ha entendido las cosas que nos dijo el otro día don Juanito. Y mire, compadre, no me repita lo del diezmo, porque entonces deja hasta de ser mi compadre; yo no quiero que en la familia haya todavía de esos que quieren seguir siendo esclavos y están ayudando a los curas a engordar con el dinero y el trabajo del pueblo. Si ellos quieren seguir en su iglesia, si quieren seguir viviendo sin trabajar, que se vayan a otra parte; porque aquí solamente comerá el que trabaje o el que esté materialmente imposibilitado para hacerlo; y, en este caso, todos tendremos que ayudarle y compartir con él lo que tengamos en las cosechas; pero los curas son hombres como usted y como yo, y deben trabajar para tener qué comer.

ANTONIO.—Y, entonces, ¿quién dice la misa y nos confiesa?

PABLO.—Mire, compadre; no voy a tener que darle clase, para hacerle entender lo que pasa con los curas; solamente le voy a recordar lo que ha sucedido aquí. ¿Qué tiene que agradecer al cura?; que se meta en su casa; que se meta en los negocios del pueblo: allí tiene lo que dijo a mi mujer

y a la mujer de Gejo, cuando andábamos en las elecciones. ¿Para qué tiene que meterse? ¿Qué interés tenía en que siguieran mandando los ricos del pueblo? ¿Por qué, también, nos ha aconsejado algunas veces que no obedeciéramos lo que mandan las leyes? ¿Por qué decía que las tierras del ejido eran tierras robadas, y que no deberíamos tenerlas ni aceptarlas siquiera? Eso que le digo, usted lo sabe muy bien, compadre, y así, todavía, ¿sigue entregando el diezmo, es decir, ayuda a que el cura siga engañando al pueblo y estorbando a que los pobres salgamos de la pobreza, y ayudando a los ricos para que nos sigan explotando? Si los ricos quieren seguir manteniendo a los curas, tienen la obligación de hacerlo, porque les están vendidos; pero nosotros, los que trabajamos en el surco y ganamos la vida sudando y sufriendo, nada tenemos que hacer con ellos.

ANTONIO.—Pero, compadrito, no diga usted esas cosas...

PABLO.—¡Cómo que no las diga! He de decir la verdad y todo lo que entienda de ella, tope donde topare, compadre. Acuérdese de que don Juanito nos dijo que con los diezmos y las herencias los curas habían adquirido la propiedad de casi la mitad de México; que ellos ayudaron a la intervención; y que todavía, últimamente, como dicen los periódicos, están moviendo el agua para que los otros países no vean con buenos ojos a México, y todo eso porque se le dijo al delegado apostólico que no se anduviera metiendo en lo que no le importa, y se le hizo salir del país. ¿Y qué me dice usted de esas combinaciones de los curas con los terratenientes, y de su desobediencia a las leyes?

Mire, compadre, yo no les quiero hacer ningún mal a los curas, si cumplen con las leyes y no se meten más que en sus asuntos; pero si quieren vivir, que trabajen como nosotros lo hacemos.

¿No le parece, compadre, que está muy mal que los curas quieran enriquecerse y mandar, cuando ellos mismos predican la humildad, la pobreza y el reino del cielo? ¿No le parece que tienen que imitar a Jesucristo, que salió a predicar sin llevar siquiera bolsa en que guardar la comi-

da o el dinero? Ellos predican la santidad del trabajo; pero son los primeros en no hacerlo, y dirán: que trabajen los bueyes, que tienen el cuero duro...

ANTONIO.—Bueno, compadre; no hay más que oírlo para comprender que tiene razón; pero siquiera deme un respirito para pagar las contribuciones. Ya no volveré a dar el diezmo; pero ahora ni manera de írselo a pedir al señor cura.

PABLO.—Ya le dije, compadre, que no puedo hacer ninguna excepción; así es que usted sabrá dónde busca y cómo encuentra lo necesario para pagar las contribuciones; porque yo no puedo ir a decirles a los empleados que mi compadre no ha pagado porque dió el diezmo al señor cura. ¿A ellos qué les importa el diezmo? Han trabajado y necesitan comer y vestirse, que para eso están trabajando para todos, y hay que pagarles. Aprenda del ejido; vea lo que es la gente entendida y que ayuda: lo primero que han hecho al cosechar, ha sido apartar lo que corresponde para las contribuciones: el cinco por ciento. Nadie les ha tenido que decir nada, y ya tienen ese maíz en la bodega, y cuando haya que pagar, ellos venderán el grano o lo pignorarán con el Banco, pero pagarán puntualmente.

ANTONIO.—Ya no insisto, compadre: voy a ver dónde consigo dinero, pero no quiero quedar abajo de los ejidatarios; pues si ellos saben cumplir como los hombres, yo también. Adiós, y saludos a mi comadrita...

II

En Río Florido, como en todos los demás pueblos de la República y, posiblemente, del mundo entero, el recaudador de rentas era mal visto; las contribuciones se pagaban de mala gana y muchas veces la gente esperaba a que llegara el recaudador, con gendarmes o soldados o bien con la orden de embargo de las cosechas. Pero, en el fondo, no había tal resistencia, sino ignorancia de lo que son las contribuciones, de lo que representan, y, más que nada, que nadie ve que el pueblo se beneficie con ellas: el dinero sale de los campos y llega a los pueblos, y éstos reciben alguna ayuda, aunque insignificante;

salen de los pueblos a las capitales de los Estados, y también reciben beneficio, mayor que los pueblos; y salen de las ciudades y van a la capital de la República, y allí es donde se perciben claramente los beneficios de las contribuciones: calles asfaltadas, buenos servicios de agua y de desagüe, magníficos edificios, jardines, teatros y muchas otras cosas más.

Don Juanito tuvo la idea de explicar a los ejidatarios lo que significan las contribuciones, que representan la participación de cada habitante de México, en los gastos que tiene que hacer el país, para organizarlo y mantenerlo en condiciones de que todo mundo pueda llevar una vida apacible, garantizando las propiedades y el trabajo de cada uno; reparando las injusticias que se han ido cometiendo; repartiendo los bienes de la naturaleza entre quienes pueden disfrutarlos y beneficiar a toda la población; organizando las actividades de los hombres para alcanzar un bienestar mayor para todos; difundiendo la enseñanza y la educación y haciendo que termine la superstición y el miedo a las cosas no entendidas; protegiendo al trabajador y al campesino; cuidando de la mujer y de los niños; estudiando los secretos de la naturaleza, para indicar a los hombres la mejor forma de explotar la tierra, de criar a los animales, de cuidarse de las enfermedades y prevenirlas, y muchas otras cosas más. Todo este trabajo corresponde al Estado, y sólo puede llevarlo a cabo cuando los habitantes del país ayudan a su sostenimiento. Esta participación es la contribución.

Todo lo entendieron los campesinos, que, sin el auxilio del Estado, jamás hubieran salido de su condición de esclavos-gañanes, para ser hombres libres en la tierra del ejido; pero no quedaron convencidos de la buena repartición de las contribuciones: comprenden y sienten que en los campos debe sentirse más claramente la influencia de la organización del Estado; que parte de los fondos que salen de los campos, se invierta precisamente en ellos, en sus pueblos; pues tienen derecho a disfrutar los beneficios de una civilización a la que ellos contribuyen grandemente. Quieren ver caminos mejores, en donde sus carretas no se atasquen; pues asfalto aún no pueden utilizar. Quieren pueblos con servicios de agua y de desagüe; desean mejores escuelas y más numerosas, para que sus hijos no carezcan de educación e instrucción; requieren los servicios agrícolas y vete-

rinarios; aspiran a organizarse debidamente, para poder prosperar, es decir, quieren sentir verdaderamente la influencia del Estado y recibir sus beneficios; quieren formar, efectivamente, parte de México.

A partir de la explicación que dió don Juanito, las contribuciones salieron casi espontáneamente; no hubo necesidad de obligarlos, y consideran una obligación imprescindible cumplir fielmente con el Estado, y así lo están haciendo, y cuando Pablo se hizo cargo de la presidencia municipal, quedaron encantados, porque el pueblo y el campo iban a sentir realmente lo que son las contribuciones y para qué sirve el Gobierno, haciendo las obras de beneficio común que los particulares no pueden ejecutar. Esperan que Pablo cumpla su programa de mejoras en Río Florido.



EL PALUDISMO

I

Como en gran parte de la zona templada de México, en Río Florido la gente no vivía plenamente; siempre estaba bajo el azote del paludismo, de los *fríos*, de las intermitentes y demás manifestaciones de la misma enfermedad. Los adultos no tienen los colores y el vigor de la gente de clima frío, en donde no existe esa plaga; y los niños, siempre demacrados y amarillentos, seguían el camino de los padres, aparte de que muchos que nacían dejaban el mundo antes de cumplir los cinco o los diez años.

Mejorar la vida de los habitantes, darles salud y fuerza, permitir y facilitar el desarrollo de niños sanos y fuertes, el nacimiento de una nueva generación no contaminada por el microbio que entra en la sangre y acaba con la vida del cuerpo que invade; esta es la idea de Pablo. Pero tiene que saber cómo ha de proceder para extirpar el mal de raíz; ya que la quinina, los menjurjes, no sirven para nada, y la enfermedad sigue su curso, a pesar de toda la medicina que ha traído al pueblo el doctor Quinina.

El Jefe de Zona, don Manuel, explicó a Pablo que el paludismo no proviene de comer fruta, ni de bañarse todos los días, ni de estar al sereno, ni de muchas otras cosas que se dicen por allí; sino de un microbio que entra al cuerpo, que llega hasta la sangre, en donde vive, y que es un mosquito especial el que infecta al hombre en el momento de picarlo. No hay otra manera de causar el paludismo. El remedio está, pues, en no dejarse picar; pero como es imposible que los individuos anden siempre cubiertos, cuidándose, lo más lógico es exterminar a los mosquitos que infectan con el microbio del paludismo. ¡Exterminar el mosquito trasmisor del paludismo! ¿Habrá manera alguna de hacerlo?

Para combatir a un enemigo, hay que conocer sus costumbres, su medio de vida, sus necesidades y todo lo que le atañe; pues de ese modo estamos en posibilidad de impedir que desarrolle alguna de las actividades que regularmente ejecuta, y atacarlo en el momento más propicio para causarle la muerte o impedir su reproducción.

El mosquito vive en el aire y se encuentra en todas partes; pero principalmente cerca de los charcos, los estanques, los pantanos y dondequiera que se tiene agua estancada por mucho tiempo; allí la hembra del mosquito pone sus huevos, todos juntos, formando una pequqeña barquita insumergible; y cuando el tiempo ha sido suficiente para que salga la larva, los huevos se abren por el fondo, y pasa al agua la larva del mosquito. Esta vive en el agua, y allí come desperdicios de materia orgánica; pero tiene que subir a la superficie para poder respirar por medio de unos conductos que tiene en la parte posterior, de tal manera que cuando estas larvas están respirando, forman un ángulo con la superficie del agua, y con la cabeza hacia abajo. Acabando de respirar, se sumergen por unos momentos, para subir tan pronto como vuelven a sentir la necesidad de aire. Del estado de larva, el mosquito pasa al de pupa; y durante este tiempo, casi siempre permanece cerca de la superficie, respirando por conductos traqueales que tiene en la cabeza; y cuando la pupa pasa a ser insecto perfecto o mosquito, tal como lo conocemos, va saliendo de la envoltura de la pupa, ésta cae hasta el fondo del agua, y aparece el mosquito, primeramente apoyándose en la envoltura pupal, desentumeciendo las alas, hasta que éstas lo pueden sostener, y echa a volar.

El mosquito no tiene en sí el microbio del paludismo, sino que lo adquiere cuando pica a un hombre que está palúdico; entonces, pasa el microbio de la sangre del enfermo a la saliva del mosquito, penetra a su estómago, donde se reproduce enormemente, y contamina su saliva. Cuando la mosquito pica (porque el mosquito macho no lo hace), deja, en la saliva que inyecta a la persona picada, microbios de paludismo.

II

Destruir el mosquito o sus larvas o pupas, es el remedio más sencillo que hay: tengamos peces que se coman a las larvas o a las pupas cuando están en el agua, en lugares en que puedan vivir peces; pero en los charcos, en los pantanos, en los pozos, y en otras partes por el estilo, pongamos sobre la superficie del agua una sustancia que impida que el aire esté en contacto con aquélla. De las sustancias que se pueden utilizar, la más barata es el petróleo. Este se extiende en una capa finísima, sobre toda la superficie del agua, e impide que las larvas y pupas de los mosquitos tengan aire para vivir. Así es como mueren, por asfixia.

No todos los mosquitos son transmisores del microbio del paludismo, sino una cierta especie que se llama *anopheles*, que se distingue de las demás, porque sus alas no son lisas, sino que presentan manchas, y, principalmente, por la postura que adoptan cuando están parados sobre alguna superficie. El mosquito *anopheles* se para como si tuviera las patas traseras al aire, no reposando sobre la superficie; y el cuerpo del mosquito se mantiene casi perpendicular a la superficie sobre la que se para, en lugar de estar paralela a ella.

Ya se conocía al enemigo: allí estaba, en las aguas estancadas y en el aire, volando y ejecutando el concierto que todos conocemos: pero, si en el aire es incombatible, lo tenemos a nuestra disposición cuando está inerme en las aguas: asfixiemos las larvas y las pupas, y así, cuando se mueran naturalmente los que están en el aire, ya no habrá más mosquitos. Esta es la solución del problema del paludismo, ¡y tan sencilla!

Pablo inició una doble campaña, interesando a toda la comunidad: en los campos, los hombres harían todo el trabajo de exterminio; y en el pueblo, en las fuentes, en los barriles de agua, en las casas, las mujeres y los niños. ¡Todo el mundo a combatir el mosquito y a evitar que siga perjudicando a los hombres y matando a éstos y a sus hijos!

En los campos se dió salida a las aguas de los charcos, y éstos se llenaron con tierra para que no volvieran a juntarse; las tierras que en crecientes inundaba el río, fueron bordeadas y se dió salida a las aguas; estas tierras no fueron cubiertas con

más tierra, sino que fueron barbechadas y sembradas, aumentando así las superficies de labor; se puso, también, vigilancia en los riegos, para que los agricultores no tiraran agua en los caminos, evitando así la formación de charcos, y se obtuvo, en consecuencia, un ahorro de agua y la posibilidad de regar más tierras; y dondequiera que había agua estancada se regó petróleo, para impedir la vida de las larvas y pupas de mosquito.

III

En los pueblos, las mujeres y los niños desplegaron una gran energía, ya que se trataba de salvar a los hijos de ahora y a los del mañana: no hubo agua que se escapara a las investigaciones de estos soldados en plena batalla: los pozos, los tanques de agua, los barriles en los que el agua permanecía días y semanas, los charcos que se formaban al pie de los lavaderos o en las caídas de los canales de las azoteas, todo, todo fué examinado y en todas partes hubo un remedio que aplicar: rellenar charcos, secar tanques, vaciar barriles, echar petróleo en donde, por el momento, no se podía hacer otra cosa; hasta que todo quedó en condiciones de que las larvas y pupas del mosquito no pudieran vivir.

En los pueblos el trabajo fué mayor; pero aquí estaban las mujeres y los niños, fuerzas siempre mantenidas aparte de la vida de la comunidad, y que nunca habían sido tocadas para hacer una obra de importancia para todos; así es que cuando Pablo pidió a esos elementos tan importantes de la comunidad su colaboración en esta obra salvadora, todos fueron con los deseos de cumplir y demostrar que las mujeres y los niños pueden y saben hacer lo que la comunidad necesita de ellos; estos elementos ignorados, fueron la palanca más importante para todo el movimiento iniciado por el Presidente Municipal. Pero éstos se tuvieron que detener cuando se llegó a la conclusión de que había que modificar el desagüe urbano de los pueblos: los caños siempre tenían agua estancada que llegaba a corromperse, a dar malos olores y en donde, sin duda, había lugar suficiente para formar batallones inmensos de mosquitos. Las mujeres y los niños echaron enormes cantidades de agua

para hacer correr la que había; pero quedaba por hacer un trabajo que solamente los hombres podrían ejecutar: el nuevo trazo y acondicionamiento de los desagües.

Otro nuevo problema para Pablo: la organización de esta obra, que había de beneficiar a todos los pueblos; porque ya no sólo se trataba de Río Florido, sino que todos los demás, siguiendo su ejemplo, también querían participar de los beneficios del conocimiento y de la organización que se había iniciado en el Valle. Nadie quería quedarse retrasado.

IV

Pero si la primera obra de exterminio de mosquitos solamente había costado unos cuantos pesos, invertidos en la compra de petróleo, y la ocupación de una semana entera de todos los habitantes de los pueblos del Valle: *la semana del mosquito;* las obras de desagüe requerían mayor inversión en dinero, por la compra de tubería y de materiales para hacerlas.

Hubo que esperar a que se reunieran fondos por el cobro de contribuciones; ajustar a unos cuantos alfareros de la localidad para que, en lugar de hacer jarros y cazuelas, se pusieran a fabricar tubos de albañal, que habían de ser utilizados en las obras proyectadas. Los más entendidos en Río Florido, decían que los tubos se hicieran de cemento, que son mejores y más modernos, sobre todo, más modernos; pero sobre la opinión de estos señores dominó el buen sentido de Pablo: primero hemos de utilizar las materias primas de la localidad y el trabajo de los habitantes del Valle; y solamente cuando esto no se pueda hacer, traeremos materiales extraños y obreros de otros lados. Los tubos de barro bien cocidos y vidriados, son muy superiores a los de cemento, aun cuando aquéllos sean más antiguos y éstos, modernos.

Cuando se tuvo la cantidad suficiente de tubos de albañal para construir el nuevo sistema de desagüe, y había pasado ya la temporada de aguas, que no hubiera permitido hacer ningún trabajo; y cuando ya se había hecho sentir el efecto de aquella primera campaña de exterminio del mosquito y los habitantes de los pueblos habían dejado de usar los mosquiteros para dor-

mir, y no tenían que hacer humaredas para poder platicar en las veladas, entonces todo estaba a punto para emprender los trabajos que habían de librar definitivamente del mosquito y del paludismo a los habitantes del Valle.

Don Manuel fué quien dirigió las obras de construcción y fué Pablo el que organizó al pueblo y a todos los demás, para establecer el sistema de desagüe en las casas, calles y plazas de todos los pueblos; en unos, como en Río Florido, para que esas aguas fueran a dar al río; y en otros, echándolas en terrenos de cultivo.

Esto explica por qué en Río Florido los hombres son ahora más enérgicos y trabajadores; por qué las mujeres son más hermosas y tienen hijos que causan envidia a las mujeres de los contornos; por qué el doctor Quinina ha tenido que dedicarse a agricultor, ya que pocos son los que se enferman y, generalmente, no les ha quedado otra enfermedad que la que se los ha de llevar de este mundo; los habitantes de Río Florido mueren solamente de vejez. En Río Florido y en todo el valle, no hay un solo mosquito *ni para remedio*, como dice don Matías, y el paludismo ha desaparecido.



SI QUIERES BUENAS COSECHAS, ABONA LA TIERRA

Los antiguos campesinos no se explicaban cómo vivían las plantas; creían que por las raíces pasaban partículas del suelo y que así era como se iba formando el organismo vegetal; después, viendo que el estiércol y, en general, la materia orgánica en descomposición, servía para mejorar el desarrollo de las plantas y daba lugar al aumento de las cosechas, pensaron en que el suelo no significaba nada para las plantas, que solamente era un sostén, y que el alimento de ellas era lo que llamaron humus. Pero cuando las ciencias mejoraron sus procedimientos de investigación y se pusieron a estudiar los sabios el porqué de todas las cosas, y especialmente de la planta y el suelo, encontraron que la planta, por medio de sus raíces, toma del suelo algunos elementos o sustancias que previamente disuelve el agua, y que, en solución, pasan por las paredes de las raíces, para entrar en el torrente de la savia y formar las sustancias que constituyen la planta.

Ya se estaba en camino para encontrar el secreto de la planta y del suelo. Se hicieron investigaciones sobre las sustancias que la planta puede tomar de la tierra, y se llevaron a cabo experimentos haciendo que una planta viviera y se desarrollara, hasta fructificar, en soluciones de diversas sustancias, pero cuyos componentes correspondían a los elementos encontrados al analizar las plantas.

Muchas sustancias son necesarias y aun indispensables para el desarrollo de las plantas; pero, salvo unas cuantas, las demás siempre se encuentran en todas las tierras de labor; esas cuantas que no siempre hay o que están en proporciones inferiores a las que la planta necesita, son las que vienen a decidir sobre las cosechas. Estos elementos son: el nitrógeno, el fósforo, el potasio y el calcio.

El estiércol, que desde hace muchos siglos se está introdu-

ciendo a las tierras de labor, contiene estas sustancias, aunque en proporciones variables y en cantidades no siempre bastantes para cubrir las necesidades de las plantas y, más aún, para compensar lo que las cosechas anteriores habían tomado del suelo. Habría que aumentar la cantidad de estiércol y poner aún otras sustancias que completaran la riqueza que en alimentos debe tener la tierra de cultivo, si no se quiere empobrecerla. Estas sustancias, que se agregan a la tierra y van a servir de alimento a las plantas, se llaman *abonos*.

El monocultivo agota las tierras y este agotamiento lo podemos remediar abonando; pero no podemos impedir que, a pesar del abono, por causas hasta hoy no conocidas, la fertilidad de las tierras, en relación con la planta que se cultiva no sea la misma que anteriormente. En las alternaciones de cultivo, los abonos sí ponen a la tierra en condiciones de poder seguir dando buenas cosechas y aun aumentarlas; y las rotaciones, dentro de las que se han incluído cultivos de plantas leguminosas, presentan la ventaja de no requerir los abonos completos, que contengan los cuatro elementos que hemos mencionado: (nitrógeno, fósforo, potasio y calcio), sino que únicamente con los tres últimos es bastante, ya que la leguminosa enriquece de nitrógeno las tierras en que se siembra.

Los abonos son la base para sostener la fertilidad de las tierras y también para aumentar la de aquéllas que la han perdido o crear la de aquéllas que nunca han sido ricas en alimentos para las plantas.

Los abonos comerciales tienen esos elementos en diferentes formas, y para cada suelo y cada planta habrá que establecer una mezcla de sustancias, a fin de que el resultado sea satisfactorio.

El agricultor tiene obligación de restituir a la tierra los alimentos que los cultivos han tomado de ella; de no hacerlo así, de no cumplir con esa obligación, la tierra castiga al hombre reduciendo el rendimiento de los cultivos y negándose, en último extremo, a producir.



LA CASCADA DE BARRIO NUEVO

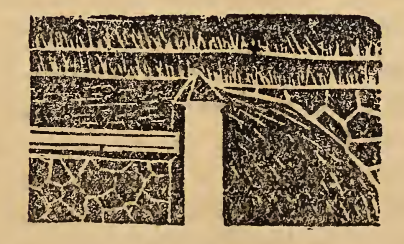
Crecida, hinchada, turbia la corriente,
troncos y peñas con furor arrumba,
y bate los cimientos y trastumba
la falda al monte de enriscada frente.

A mayores abismos, impaciente,
el raudal espumoso se derrumba:
la tierra gime; el eco que retumba
se extiende por los campos lentamente.

Apoyado en un pino el viejo Río,
alzando entrambas sienes, coronadas
de ruda encina y arrayán bravío,

entre el iris y nieblas levantadas,
ansioso por llegar al mar umbrío,
a las ondas increpa amotinadas.

José Joaquín Pesado.



EMIGRANTES Y REPATRIADOS

I

GEJO.—¿Qué hacemos, ingeniero, con estos muchachos que han llegado?

DON MANUEL.—¿Con cuáles?

GEJO.—Mire usted: Hace algunos años, antes de que empezara eso del reparto de tierras, cuando todavía había haciendas y mandaban los jefes políticos, salieron de aquí, de Río Florido, unos primos míos. Todos ellos eran muchachos trabajadores, voluntariosos, fuertes y valientes como pocos; pero no pudieron seguir viviendo aquí, porque no dejaban al administrador de La Concha hacer sus malcriadeces, y dondequiera que veían una injusticia o una arbitrariedad allí estaban ellos para castigar al culpable. Mi tío no tenía sino una tierrita, que apenas daba para comer a mis tíos y a mis primas; y como ya los primos no pudieron trabajar en ninguna de las haciendas, porque en todas ellas los conocían y no querían que alguno les pusiera el hasta aquí, y la tierra del tío no daba para que todos comieran, tuvieron que salir del valle; no solamente de Río Florido.

DON MANUEL.—Y ¿a dónde fueron a dar?

GEJO.—Primero se fueron del otro lado de la sierra, y allí pudieron trabajar a sus anchas; pero después se fué escaseando el trabajo en la labor y se metieron de simples peones del tajo y de comerciantes y arrieros, en fin, de todo lo que pudieron; pero no aguantando ya las condiciones del rumbo y la persecución de los hacendados, se fueron a Estados Unidos. Y se fueron con todo y familias; no dejaron aquí sino a mis tíos y a mis primas.

DON MANUEL.—¿Y desde entonces no habían vuelto ni se habían ocupado de ustedes y de los tíos y las primas?

GEJO.—¡Cómo no! Se fueron enganchados a los campos de remolacha y a los algodonales; y cuando se asentaron por allá, empezaron a mandar dinero, ropas y muchas chucherías, que dicen que les salían muy baratas. Escribían a menudo, y cada año o cada dos, venían ellos o sus mujeres a visitarnos. Los jornales de allá eran muy buenos y juntaban su dinerito para los viajes y tenían su alcancía en un Banco.

Pero después el trabajo faltó; ellos no quisieron volverse gringos, como les decían por allá que hicieran; el Banco en que tenían su alcancía quebró y se quedaron prácticamente en la calle y sin tener a quién volver la cara.

¡Para qué le cuento los trabajos que pasaron! La miseria, las enfermedades, la cárcel y, después, los gringos los empujaron hasta la frontera. De allí han venido caminando, comiendo lo que encuentran, trabajando en lo que se les presenta, hasta llegar al pueblo.

DON MANUEL.—Y ¿solamente vienen tus primos?

GEJO.—Allí está la cosa; que con ellos vienen otros que también se fueron de aquí hablando mal de México: que aquí no se podía vivir, que todo era miserable, que nomás los gringos y los dólares; y otros que son unos holgazanes y viciosos y mucho tiempo lo pasaron en las cárceles gringas.

DON MANUEL.—Mira, Gejo; creo que este asunto debe resolverlo el Comité Ejidal, porque es cuestión de saber a quiénes se puede recibir en el ejido; pero creo que solamente tus primos pueden tener parcela, si es que son como los pintas y el ejido los quiere.

GEJO.—Yo le aseguro que no va a haber uno solo que se oponga a que entren; pues apenas llegaron y ya algunos me fueron a ver para que se les diera parcela y que ellos les ayudarán a trabajar mientras encuentran cómo acomodarse. Todo el mundo los quiere y no va a haber dificultades. Pero, ¿y los otros?... Esos sí que caen mal dondequiera, por agringados, y los demás, por ser elementos perjudiciales en el ejido. ¿Qué hacemos?

DON MANUEL.—Ciertamente que es un conflicto; no por el caso de los malos elementos, flojos y viciosos, sino por lo agringados. Yo, personalmente, pienso que esos individuos

que empezaron por renegar de su patria, cuando vivían en ella; que salieron del país casi para buscar otra patria que les acomodara; que en nada están de acuerdo con lo que hacemos y pensamos en México; que fueron en busca de fortuna y patria y vuelven sin una ni otra cosa; esos, Gejo, creo que no deben entrar en el ejido, que es lo más mexicano que tenemos. Sin embargo, antes de resolver cualquiera cosa de estas, es bueno que hablemos con don Juanito; él las ve más prudentemente, con más calma, y es posible que nos pueda aconsejar alguna cosa mejor. Vamos a verlo.

Don Manuel y Gejo se encaminaron hacia la Escuela Rural Ejidal y llegaron a ella precisamente a tiempo que los alumnos salían al recreo, así es que pudieron cambiar impresiones y tomar consejo de don Juanito.

II

Ya que el profesor hubo oído a don Manuel y a Gejo, escuchando atentamente y sin decir una sola palabra, les dijo:

—Todos somos mexicanos y si entre nosotros hay algunos hijos pródigos, debemos recibirlos y brindarles lo que México está haciendo por sus hijos...

GEJO.—Pero usted sabe, don Juanito, que esos tales... son unos renegados, no hijos pródigos.

DON JUANITO.—Con todo y todo, Gejo, son mexicanos; y aunque ellos aparenten no querer la tierra que los vió nacer, ¿no crees que en el fondo siguen siendo hermanos nuestros, ya que en lugar de ir a otra parte vinieron a México, y a su pueblo, el mismo de donde salieron?

Está bien que ustedes no quieran recibirlos; pero tenemos que darles una oportunidad; tenemos que dejar que trabajen para vivir. Y solamente que sigan pensando que el yanqui es mejor y que el dólar vale más que todos nosotros, entonces Gejo, hay que separarlos del ejido, porque ese es lugar solamente para mexicanos de cuerpo entero.

GEJO.—¿Así es que usted piensa que debemos recibirlos en el ejido y darles parcela?

DON JUANITO.—Sí, y ayudarlos en todo lo que necesiten, como si fueran tus primos, que van a entrar. Después... ya veremos.

GEJO.—Y ¿si el ejido no los acepta?

DON JUANITO.—Mira, Gejo, no te dejes llevar por los impulsos ni por tu primer pensamiento; porque entonces ¿para qué fuiste a preguntarle qué harías, al señor ingeniero? ¿Para qué viniste a verme? Tú tienes obligación de ver por todos tus compatriotas; a menos que realmente haya motivo de separarlos del grupo de ejidatarios. Tienes que ver cómo entran a trabajar, y solamente después de algún tiempo, cuando se les haya observado, se les aceptará definitivamente o se les dirá que salgan a buscar fortuna en otra parte.

GEJO.—Pienso que usted tiene razón, don Juanito; pero no se imagina lo que se me resiste tener que trabajar para esos... y tener que aguantarlos; pero como lo que usted dice es justo, voy a ver cómo convenzo a la asamblea, para que permita que demos tierras a estos compañeros.

Pasado algún tiempo, estos repatriados que habían renegado de su patria y salido en busca de otra, se dividieron en dos grupos: el que fué sintiendo la influencia del trabajo, del cariño, de México; y el renegado, que no podía sentirse a gusto en lo que antes había sido su casa y su patria. El primer grupo se estableció definitivamente en el ejido; el otro tuvo que salir, porque nadie quiso aceptarlos como compañeros y ejidatarios.



MEDICINA VETERINARIA

El animal ha dado todo lo que tiene al hombre; se ha entregado a él, para que lo modele a sus necesidades, y en muchas ocasiones, también a sus caprichos: ha engordado para proporcionarle más carne y más grasa, ha desarrollado hembras con grandes ubres, para entregarle la leche con qué criar a sus hijos; se ha cubierto de lana, desde la punta de la nariz hasta el rabo y las pezuñas, y, también, ha dado animales que solamente sirven para correr en los juegos que organizan los hombres. Ante esta demostración de obediencia y flexibilidad a los manejos del hombre: ¿vámos a dejarlo abandonado a las enfermedades, a las plagas y a los accidentes que le pueden ocurrir durante su vida de servicios? ¿Vamos a dejar consumirse al animal, que ha sido carne de laboratorio, para que el hombre pueda descubrir el origen de las enfermedades que lo atacan y proporciona su vida misma para salvarlo? No.

Los animales sienten como el hombre; su carne sufre lo mismo que la de la humanidad, y es justo que ésta prodigue cuidados a quienes han sido sacrificados de múltiples maneras para ella.

La higiene puede prevenir muchas enfermedades; el cuidado en el manejo de los animales, puede evitar muchos accidentes; y las plagas que azotan a los ganados pueden ser más o menos fácilmente destruídas y aniquiladas, para libertarlos.

Al cuidar a los animales no solamente pagamos el servicio que ellos hacen al hombre, sino que les permitimos que continúen ayudándonos. Así, pues, el hombre se beneficia a sí mismo, atendiendo a los animales que lo auxilian.

Mejores casas para que se guarezcan; campos mejor acondicionados para apacentar y libres de plagas; mejores forrajes para que no sufran por hambre o mala alimentación; y cuidados durante sus enfermedades, son obligaciones que el hombre tiene en relación con los animales.

La medicina veterinaria, o sea la que se aplica para la atención de los animales, es el conocimiento que debe tener todo campesino, desde la medicina rudimentaria o simple curandería, hasta los conocimientos más prácticos de la medicina que se pueden ofrecer en las atenciones diarias de los ganados; pero hay que tener cuidado en las prácticas que sólo han nacido de la ignorancia, con las que se sacrifica a los animales inútilmente y se les hace sufrir con curaciones que están muy lejos de llevar alivio al enfermo y con medicinas que sólo curan en la imaginación de quienes las aplican. Lo mismo que se recurre al médico y no al curandero, lo mismo que un dolor de estómago se puede aliviar con carbonato o una infusión de cualquiera yerba, y cuando es más grave, se lleva al médico para que atienda al paciente con medicinas apropiadas y cuidados especiales, igual habrá que hacer con los animales; recurrir al médico veterinario, recurrir a los conocimientos científicos de quienes han estudiado el arte y la ciencia de curar a los animales.



EL QUINCE POR CIENTO EJIDAL

I

La circular número 51 de la Comisión Nacional Agraria obliga a los ejidatarios a entregar una parte de la cosecha que levantaran en las tierras ejidales al Comité que se encarga de la dirección general del ejido y hace efectivos los acuerdos de la Junta General de Ejidatarios. Esta parte de la cosecha alcanza a un quince por ciento de ella; y la misma circular indica que para su empleo se dividirá en dos partes: un tercio servirá para el pago de contribuciones al Estado y mejoras en el ejido; y los dos restantes, para formar un "fondo de impulsión cooperativa."

Fuera de las contribuciones, que se tienen que pagar en moneda, ¿tiene el ejido necesidad de dinero para gastar? ¿No es bastante con que estén reunidos el trabajo y la tierra para que se tenga todo lo que el hombre pueda necesitar?

En los pueblos en que el comercio con el exterior no existe, en que no hay cambios sino entre los miembros del ejido, el dinero no tiene razón de existir para el ejido mismo; pero cuando las mujeres no tejen las telas con que se visten; cuando el azúcar o el piloncillo y la sal tienen que ser comprados, porque no se producen dentro del ejido, el ejidatario necesita dinero y transformar parte de su cosecha en moneda que le pueda servir para adquirir aquello que no se produce dentro del ejido o en su casa. El ejido está en las mismas condiciones que el ejidatario: necesita hacer mejoras en sus terrenos, y posiblemente habrá de adquirir de fuera la cal, el cemento, el fierro, y muchas otras cosas. También llega a suceder que dentro del ejido no hay elementos suficientes para hacer determinados trabajos, indispensables para la comunidad, y tendrá que tomar obreros y artesanos, a los que tiene que pagar con dinero, a menos de que los llegue a asimilar al ejido.

El dinero no solamente tendrá que estar en manos de los ejidatarios como individuos aislados, sino que habrá necesidad de que la comunidad, que es el conjunto de los ejidatarios, tenga esos fondos; pues hay trabajos y gastos que no corresponden a cada ejidatario, sino al conjunto: la apertura de un pozo de donde se va a obtener agua constante para las necesidades de todo el pueblo, beneficia a todos por igual; la bodega en que han de guardarse las cosechas de todos los ejidatarios, los beneficia igualmente; de modo que los gastos efectivos que tengan que hacerse deberán ser efectuados por el ejido, representando a todos los elementos que lo componen. Unas ocasiones son las compras o pago de jornales a obreros expertos, lo que hay que cubrir con los fondos del ejido, y, en otras, los servicios de los mismos ejidatarios, que hacen gestiones que aprovechan al conjunto: arreglo de contribuciones con el Estado, regularización de su situación como ejido, obtención de concesiones para el uso de las aguas o del bosque, etc... En estos casos, el conjunto de ejidatarios sufraga los gastos que sus representantes hacen para obtener lo que necesitan o desean.

Legalmente, la tercera parte del quince por ciento ejidal, que así se ha llamado, o bien, el cinco por ciento de la cosecha del ejido, tendrá que servir para el pago de las contribuciones y las mejoras que el ejido tenga que ejecutar; pero, en la realidad, esa cantidad apenas basta para cubrir las contribuciones al Estado.

El "fondo de impulsión cooperativa" se estableció con la idea de constituir un capital en efectivo que sirviera para que los miembros del ejido tuvieran una fuente de crédito constituído en esa forma: el ejidatario podría obtener dinero sin réditos o con réditos muy moderados del mismo fondo en cuya formación participaba, evitándole caer en manos de los usureros pueblerinos que chupan la sangre de todos los que a ellos ocurren. Pero no es solamente éste el objeto de dicho fondo; los legisladores veían más lejos. El ejido, según ellos, había de tomar los mismos métodos de trabajo y explotación agrícola que emplean los hacendados, y, por tanto, requerirían maquinaria agrícola del tipo más moderno y costoso, para hacer las labores; tractores y grandes arados; desgranadoras, para manejar toda la cosecha de maíz; trilladoras para beneficiar las de trigo y de ce-

bada, etc., etc.; y como ninguno de los ejidatarios aisladamente podría tener ni el dinero ni el volumen de productos o la superficie de tierras necesaria para trabajar económicamente esa maquinaria, debería ser el ejido, como grupo, el que podría adquirirla y hacer el trabajo para cada uno y todos los ejidatarios.

Ese fondo también iba a permitir que el ejido tuviera almacenes propios, en donde los ejidatarios y sus familias podrían realizar las compras de todo lo que necesitaran para sus hogares y sus explotaciones agrícolas, y por medio de ellos podrían hacerse las ventas de las cosechas o productos de los ejidatarios, evitando así la explotación que de ellos hacen los comerciantes.

El 15% ejidal iba a servir de base para constituir un grupo económico y social fuerte, que pudiera bastarse a sí mismo cuando el fondo de impulsión cooperativa fuera suficientemente grande y bien manejado.

II

Si en muchos casos los ejidos han llegado a formar un capital colectivo de importancia y han obtenido algunos de los frutos que los legisladores esperaban, en muchos otros, el dinero solamente ha servido para sembrar la división dentro del ejido y formar caciques que se aprovechan de esos capitales a costa del conjunto de ejidatarios y del ejido. La honestidad de los comités que dirigen los ejidos, es la única garantía del buen manejo de los fondos y la realización de los fines de la circular 51. Cuando esos comités llegan a estar constituídos por hombres sin principios sociales y deshonestos, el fracaso es evidente.

Cuando el manejo de los comités ha sido eficiente, *el fondo de impulsión cooperativo* ha servido para constituir capitales relativamente fuertes en algunas zonas del país, hasta el grado de permitir el establecimiento de Bancos Ejidales, con el objeto de organizar el crédito entre los ejidatarios.

El ejido deberá cuidar que sus fondos sean constituídos por todos los miembros, y que el manejo de ellos sea tan claro y honesto, que no haya manera de que se pierda. Solamente la Junta General de Ejidatarios puede aprobar gastos que hayan de hacerse con dicho fondo, y debe recurrir a la Junta General

para que sea ésta la que apruebe o rechace los gastos o inversiones de los fondos colectivos.

La Ley del Patrimonio Parcelario Ejidal vino a ratificar los términos de la circular 51, y en todos los ejidos ya se hace obligatorio que los comités recauden el 15% de las cosechas de los ejidatarios, paguen las contribuciones, y apliquen el resto de lo recaudado a mejoras de interés colectivo.

La Ley de Crédito Agrícola para Ejidatarios y Agricultores en Pequeño, de 2 de enero de 1931, modificó, en parte, la constitución del *fondo de impulsión cooperativa*, pues estatuye que los ejidatarios organizados en Sociedad Cooperativa Agrícola dejarán de entregar el 10% para este fin, y solamente darán a su cooperativa el 2% de sus cosechas brutas. Las cantidades que la cooperativa recaude por este concepto, y otras, según esa misma ley, forman el "fondo social" de la cooperativa agrícola.

A fines de 1932, la Ley del Patrimonio Parcelario Ejidal fué modificada, suprimiendo para los ejidatarios establecidos en ejidos parcelados la obligación de formar el *fondo de impulsión*, y dejó a su criterio y resolución continuar o no esa práctica, y la fijación del monto de la cuota relativa.



LAS GARRAPATAS

GEJO.—Oye, Pablo, tú ya no piensas en otra cosa que en el pueblo y en la gente de allí; parece que se te ha olvidado que tú también estás en el campo, que saliste del ejido, y que volverás a él cuando se te acabe la presidencia.

PABLO.—No sé por qué lo dices, Gejo; pues ya sabes que entre los proyectos que tengo y de que hemos platicado, hay para todos: para el pueblo, para el campo, y para los dos.

GEJO.—Pero, hasta ahorita, lo más que has hecho ha sido para el pueblo; si no ahí tienes la campaña del mosquito.

PABLO.—Tú estás en la colonia, Gejo y hasta allá llegamos con esa campaña, y lo mismo que ya no hay mosquitos en el pueblo, tampoco se encuentran en los campos; así es que no puedes decir que solamente quiero al pueblo.

GEJO.—Sí, pero... ¿qué no piensas hacer nada por los animales? ¿Los vamos a dejar abandonados? ¿Podemos estar nosotros bien, si los animales que nos ayudan a trabajar y a vivir están flacos, enfermos y llenos de garrapatas?

PABLO.—Precisamente ya le toca su turno a los animales, y la gente del pueblo va a pensar lo mismo que tú has dicho hace un momento: solamente se ocupa del campo y de las bestias; ¿pero qué no comprenden que, al mejorar las condiciones de vida de los animales, se mejora la vida del hombre? ¿No aumenta la leche de las vacas, cuando les quitamos las garrapatas? ¿No engordan más los bueyes cuando los tenemos en potreros que no tienen pinolillo ni garrapata? Y la gente misma; ¿no se encuentra mejor si en los campos deja de haber esa plaga? ¿Cuánto animal se muere anualmente por la fiebre de Texas o lo que dicen que se llama *piroplasmosis?*

GEJO.—Así, sí. ¿Y cuándo vamos a empezar?

PABLO.—Desde luego. Pero hemos de hacer las cosas bien, porque si no, nomás trabajamos, gastamos el dinero, y las garrapatas y la enfermedad siguen como siempre.

GEJO.—Naturalmente que lo hemos de hacer bien. Tú, Pablo, te encargas de la cuestión de los baños garrapaticidas, mientras yo me entiendo con la cercada de los potreros y veo que haya orden al usarlos.

PABLO.—Ya el ingeniero me hizo los planos del baño y los albañiles lo están construyendo. Necesito que mandes cortar unos cuantos árboles o que, de la madera que tienen en el monte, traigan unos polines y unos tablones, para hacer los corrales, y ya tenemos lo necesario para terminar el baño. Ya encargué a México las sustancias que hay que ponerle al agua, y dentro de algunos días me llegarán; pero se necesita que para entonces, haya un potrero limpio de garrapatas a donde pueda ir el ganado saliendo del baño.

GEJO.—El potrero colorado que se quemó hace unas dos semanas ha de estar ya bueno, y solamente le voy a mandar echar agua para que retoñe y los animales encuentren qué comer.

¿Y cómo vas a hacer para que todos los animales entren al baño?

PABLO.—Mira: todos están ya convencidos que debemos hacer algo por los animales, que hay que bañarlos cada mes en esa agua que mata las garrapatas. El Municipio tendrá el baño por su cuenta y cobrará por cabeza de animal que entre. Sólo cobraremos lo indispensable para pagar los jornales de los que se encarguen del servicio y las sustancias que se usen. El municipio no quiere ganar con el baño; únicamente sostenerlo. No faltará un solo animal al baño, así sean los bueyes de trabajo que andan siempre en los pastos, o las vacas que están siempre amarradas en los establos. Cuando las reses salgan del agua, nada más se escurrirán y de allí irán al potrero que tú prepares.

GEJO.—Pero es que, con todo y la quemada, no faltará una que otra garrapata en el potrero y con eso será suficiente para que unos días después ya haya garrapatas de nuevo.

PABLO.—Naturalmente, como que cada garrapata, según dicen, pone de 100 a 1,000 huevos semanarios y a las seis semanas salen las larvas o pinolillos, que como hemos visto, se ponen en las puntas de las yerbas, para saltar a los animales cuando pasan; se quedan sobre los animales, cuatro semanas más, en que las larvas se cambian por ninfas, con cuatro pares de patas; pues las larvas solamente tienen tres pares. Las garrapatas, ya maduras, salen después de ocho semanas. Cuando la garrapata ha chupado la sangre del animal y ha sido cubierta por el macho, se deja caer al suelo, para poner sus huevos, y empieza otra vez la misma historia.

GEJO.—¿Y crees tú que con la matanza de las garrapatas se acabe aquí la fiebre de Texas?

PABLO.—Ya lo creo, porque, como me explicó el ingeniero, los animales enfermos, lo mismo que los sanos, tienen garrapatas; las que se suben a uno que está enfermo, chupa su sangre, que está llena de microbios de la fiebre; el microbio vive, entonces, en la garrapata, en su saliva, y al ir esta garrapata contaminada sobre un animal sano, le introduce los microbios que lleva, al chuparle la sangre. El microbio de la fiebre de Texas vive en la sangre de los animales.

Efectivamente, el municipio construyó el baño garrapaticida y en él fueron a bañarse todos los toros, bueyes, vacas y becerros del pueblo de Río Florido; de allí salieron sin garrapatas y fueron llevados a los potreros limpios que había preparado Gejo.

Después del trabajo constante de varios meses, se logró destruir tanta garrapata que ya era raro encontrar alguna en los potreros o sobre los animales. Las reses engordaron, su piel se puso flexible, grasosa y brillante; las vacas daban más leche en la ordeña; los bueyes trabajaban mejor que antes y los becerros crecían a gran prisa ya que no había garrapatas que les chuparan la sangre. La fiebre de Texas desapareció, y las muertes de los animales, en Río Florido, se debían a otras causas, pero ya nunca a la *piroplasmosis*.

EL PERRO

No temas, mi señor: estoy alerta
mientras tú de la tierra te desligas
y con el sueño tu dolor mitigas,
dejando el alma a la esperanza abierta.

Vendrá la aurora y te diré: "Despierta:
huyeron ya las sombras enemigas."
Soy compañero fiel en tus fatigas
y celoso guardián junto a tu puerta.

Te avisaré del rondador nocturno,
del amigo traidor, del lobo fiero
que siempre anhelan encontrarte inerme.

Y si llega con paso taciturno
la muerte, con mi aullido lastimero
también te avisaré... ¡Descansa y duerme!

Manuel José Othón.



LA CASA DEL CAMPESINO

I

Aquella construcción que se había hecho a iniciativa de Pablo, el Presidente Municipal de Río Florido, no se distingue de las demás del pueblo, sino por sus dimensiones, su blancura y los prados que la rodean; pero hay también otro elemento que permite que no se confunda con las demás: siempre se encuentran campesinos en sus cercanías: unos llegan con sus burros cargados con semillas, forrajes, canastos o gallinas; otros, salen con sus animales tan cargados como los anteriores, o bien sin carga alguna; y otros más, ejidatarios o agricultores en pequeño, hortelanos de las cercanías, campesinos acompañados de su mujer y sus hijos, a veces también con el perro. Aquello no parece un mesón, porque no se encuentra al mesonero ni a su mujer, ni comerciantes que lleguen a comprar los productos de los campesinos; no hay guardias ni mozos en las puertas: todos entran y salen como si estuvieran en su casa. Es la casa de todos; de los campesinos que tienen negocios en el pueblo, que vienen a vender sus cosechas en el mercado o a entregar sus productos a la tienda cooperativa; ejidatarios de los pueblos inmediatos, que vienen de compras con sus familias; campesinos que vienen en busca de las autoridades de Río Florido o del Comité del Ejido o de Gejo, o de la Cooperativa Agrícola de Río Florido.

Aquella casa, en la que, sobre el enorme portón acogedor hay un gran letrero negro que dice "*Casa del Campesino,*" es la realización de un sueño de Pablo, de una ilusión que cabe dentro del programa de trabajos de él, como Presidente Municipal: "Hay que hacer —se decía a sí mismo— que los campesinos lleguen a Río Florido y se encuentren como en su casa; hay que hacer algo por los campesinos viajeros, que en muchas ocasiones no hallan un techo donde pasar la noche ni un pese-

bre donde echar el pienso a sus bestias;..." y eso se convirtió en realidad: allí está la "Casa del Campesino."

Si recorremos los diversos departamentos que la componen y, quê, ocupan casi una manzana entera del pueblo, a inmediaciones de lo que habrá de ser, posteriormente, el mercado, veremos que hay razón para creer que aquello no es un mesón ni cosa parecida.

La "Casa del Campesino" tiene dos entradas: una que da a la calle principal de Río Florido, que es la puerta enorme que hemos visto, y sirve para las personas que van a pie, y otra puerta, que se encuentra en la calle transversal, que es grande y amplia, y sirve para que por ella pasen campesinos, a caballo o en burro; bestias cargadas, carros y carretas de todos tamaños. La puerta es lo suficientemente alta para permitir que los carros y las carretas pasen debajo de ella con todo y su enorme carga. Todo el derredor de la casa tiene muros o tapias de adobe enjarradas y pintadas a la cal.

Por la puerta principal entramos a un salón de grandes dimensiones, en el cual están la oficina de informes, mesas, bancas y sillas por todos lados, aunque distribuídas ordenadamente; en el fondo, a la izquierda, se ve un corredor, que lleva a una serie de cuartos para hombres solos; a la derecha está la entrada de otro corredor, sobre el que se abren las puertas de los departamentos en que pueden alojarse mujeres y niños. Entre esos dos corredores y con acceso por una puerta central, en el fondo del salón, está un comedor común, y, más atrás, la cocina y los demás servicios. Más allá de este primer cuerpo se extiende un pequeño jardín y en el fondo hallamos una serie de casitas blancas, independientes las unas de las otras, que sirven para alojar a los campesinos que llegan con todo y su familia y desean llevar la misma vida que en su ejido o pueblo. Cada casita tiene un alero por un lado, que sirve para alojar a las bestias, con pesebres y piletas de agua; por el otro, el alero sirve para depósito de su carga. Cada casita tiene dos piezas, que sirven para dormitorio; y una cocinita, que también hace las veces de comedor. A un lado están la pileta de agua y el lavadero, un excusado y un pequeño baño de regadera.

Por la puerta de carga se ven los pesebres comunes, para bestias y bueyes; un gran patio en que se alínean las carretas

y los carros, y las puertas de la bodega en que se almacena la carga que llevan los huéspedes.

Esa es una verdadera casa para campesinos: todo mundo se siente allí como en la suya y hay tal ambiente de limpieza, de confianza, de bienestar, que muchos verdaderamente han deseado que su casa se parezca a ella, y han llevado a su pueblo muchas de las ideas que han encontrado allí; han adquirido hábitos de limpieza y orden, al mismo tiempo que han tenido oportunidad de conocer a otros campesinos que para ellos no existían.

II

Juana, la mujer de Gejo; doña Carlotita, la de don Juanito, el maestro de la Escuela Rural Ejidal; y Mariquita, la de Pablo, son las que dirigen esta institución, en la que están poniendo cada una lo mejor de ellas mismas. Pablo y Gejo se encargan del movimiento comercial, podíamos decir, de la Casa, atendiendo a los campesinos que llevan carga, que van a vender o a comprar; cuidan de los animales, del almacén en que se guardan las mercancías, del servicio de herrar animales y de la compostura de carros y carretas. Pero quienes atienden directamente los servicios de la Casa del Campesino son Pedro y su mujer, Josefa, a quienes ayudan sus dos hijos, Trini y Lorenzo. Estas cuatro personas se encargan absolutamente de todos los servicios de la Casa, y tienen encargo muy especial de sus directores, de atender a todos los campesinos, y no como a personas extrañas que han de pagar una cuota para que se les asista, sino como a miembros de una gran familia.

En la Casa del Campesino nadie es un desconocido; allí todos son llamados por sus nombres; todos tienen su historia y se les recibe con grandes muestras de afecto: todo mundo entra y sale cuando le parece; todos tienen libertad de obrar, siempre que se guarden las pocas reglas de la casa:

"Limpieza, mucha limpieza: en las cosas, en los cuerpos y en las almas."

"Orden sobre todas las cosas."

"El vino no se conoce aquí."

"Los juegos de cartas no son para este lugar."

"Vea a los compañeros como si fueran sus propios hermanos."

"Aquí todo mundo se sirve con sus manos; no hay amos ni criados."

¿Que cuánto se paga por el albergue? Es la cosa más rara que hay en materia de hospitalidad: no hay cuota para los servicios de la Casa: cada quien que llega nada más se apunta o da su nombre a doña Pepita, como se llama la mujer de Pedro, que aquí ya es don Pedro; vive en la casa todos los días que quiere o necesita, y cuando va a salir, se despide de los encargados, don Pedro y doña Pepita. Las cuentas han quedado arregladas. Son los pollos, los cuartillos de maíz, las cargas de leña, el puerquito, las calabazas, y todas esas cosas que tiene el campesino, lo que va dejando en la casa; y eso sirve para sostenerla; y cuando alguno no tiene ni siquiera qué dejar, lo único que hace es ayudar a los trabajos que se ofrecen por allí. Pero todos, todos absolutamente, contribuyen en la forma en que pueden a sostener el servicio y hace meses que está funcionando y ni el Municipio ni la Cooperativa han tenido que ayudar para que la casa siga trabajando y dando albergue a todo campesino que se llega a sus puertas.

Es un milagro lo que se realiza en la Casa del Campesino; pero es que hay un espíritu en ella, que la guía y la cuida; pues no han sido el Presidente Municipal ni el Municipio los que cuidan de la casa; son todas aquellas gentes que han encontrado la manera de ser útiles a sus semejantes, dentro del espíritu de su propia vida; no reduciendo a pesos y centavos los servicios que allí se dan a manos llenas: la burocracia no ha entrado para nada, y aquí está su salvación, porque el día en que haya que hacer inventario, balances y llevar cuentas y calcular todo en dinero, la Casa del Campesino desaparecerá, agobiada por los trámites, los chismes, las envidias y el afán de lucro.

¡Benditos sean esos hombres que se han sentido a sí mismos, para servir a los demás!



ALCOHOLISMO

¿Qué han de hacer los domingos y los días de fiesta los habitantes de un pueblo? En esos días se suspenden todas las actividades; los campos se despueblan; las tiendas se cierran, porque sus dueños y los dependientes tienen que descansar por el trabajo de la semana; las mujeres se dan tiempo para platicar más largo y tendido con las vecinas y comadres; los chiquillos juegan ese día más que en todo el resto de la semana; los viejos del pueblo se reúnen para cambiar impresiones acerca del tiempo que hace, del estado de los cultivos, de los animales, y un poco de la política pueblerina, etc.; los jóvenes y hombres en pleno vigor de su vida, se reúnen en las cantinas, las piqueras y las pulquerías.

El pueblo duerme en esos días de fiesta y los hombres que se están haciendo y los que forman la masa trabajadora, se emborrachan y tienen pendencias. En esos días el trabajo más grande lo tiene la cárcel del pueblo, y, al día siguiente, el juez.

¿Qué queda como saldo de los domingos y las fiestas? Hombres aniquilados por el alcohol, que no pueden mandarse a sí mismos, que abandonan el trabajo, por el lunes y la *trasfiesta;* heridos, en el hospital, y uno que otro muerto.

En las ciudades no pasa la misma cosa, aunque también es cierto que algunos se emborrachan y otros pelean; pero siempre la proporción del vicio es mayor en las poblaciones pequeñas. ¿Qué diferencia puede haber entre unos hombres y los otros? No es que los hombres de la ciudad sean más puros y los del pueblo más viciosos, sino que en la ciudad, las diversiones son más numerosas y baratas: el cine, el teatro, los deportes, la música; todo eso distrae a la gente y la hace pensar en algo más que en el vicio del alcohol.

En algunos pueblos en que las autoridades han visto con horror la proporción de crímenes que se deben al alcoholismo, han prohibido la venta de licores, vinos y pulque; algunas nacio-

nes han hecho exactamente lo mismo que las autoridades pueblerinas, ¿pero qué resultado se ha obtenido? ¿Los hombres han dejado de embriagarse? No; solamente lo han hecho dentro de sus hogares, burlando la vigilancia de las autoridades y haciendo gente hipócrita de los que antes eran francos y leales; han pervertido los hogares, que antes no tenían el espectáculo del padre o del hijo o del hermano beodos: el vicio ha entrado hasta lo más puro que había para aquellos hombres, que, inconformes con la prohibición, no han tenido el valor de resistir a la tentación y, en lugar de beber en la piquera, han recurrido a la reserva del hogar para embriagarse, aun cuando den el ejemplo que nunca pensaron haber dado a sus hijos.

Los vicios no se contienen tan fácilmente ni se refrenan sólo por las medidas de la autoridad; el alcoholismo es un defecto social que tiene sus causas y cuyos remedios son muy diferentes de la abstinencia simple y sencilla. Cuando el cuerpo o la mente dejan de trabajar útilmente, el hombre tiene que trabajar en alguna forma, para su bien o para su mal; pero no puede estar inactivo. El alcohol hace que el hombre se sienta mejor, con más vida y con mayores deseos de actividad; pero viene después el período de embriaguez en el que pierde todas sus facultades, poco ha aumentadas por las primeras dosis del veneno. ¿Cuántos se quedan en el primer período y no caen en el segundo? Casi todos siguen bebiendo hasta perder el conocimiento y rebajarse hasta el nivel de las bestias.

A esos hombres que van a la piquera, porque no tienen quehacer, y que después siguen yendo a pesar de sus trabajos, les hace falta el trabajo o la diversión, los juegos y los deportes, en donde gastar las energías que de otra suerte tendrán que ahogar con alcohol.

El vicio, en los pueblos y en las ciudades, tiene como base la falta de diversiones y de juegos o deportes. Sin embargo, no se piense que estableciendo esas actividades, doblemente benéficas para el hombre, se va a acabar con el alcoholismo: hay hombres que no se desprenderán de la cantina o de la piquera a pesar de tener a su disposición toda clase de diversiones; pero los jóvenes, los hombres del mañana, sí encuentran la salvación en esa nueva fuente de distracción, en ese nuevo cauce para sus actividades y fuerzas juveniles.

Tenemos la obligación de cuidar a la juventud, de hacer que de ella salgan hombres fuertes, enérgicos y sin vicios, porque ellos serán los padres de nuevos hijos, y las generaciones deben purificarse a medida que el tiempo pasa, en lugar de ir degenerando, como sucede con las familias que, generación tras generación, se van embruteciendo con el alcohol.

De padres sanos tendrán que venir al mundo hijos sanos y fuertes; ya que los hijos de alcohólicos traerán la mancha que los padres les heredaron: idiotas, paralíticos, enclenques o enfermizos. Y en cada generación se acentuarán más los defectos y se irán borrando las características de los hombres enteros y sanos. Y si la sociedad tiene en su medio elementos de esta naturaleza, las bases mismas de ella se irán minando, porque la sociedad no puede ser mejor que sus componentes.

No podemos evitar los perjuicios que han hecho los viciosos, pero tenemos que poner un dique a la degeneración de la raza y de la especie. Aislemos a los jóvenes y démosles nuevas actividades en los juegos y los deportes.

En cualquier parte podemos hacer algo por los jóvenes que aún no se inician en el vicio; la organización de juegos y deportes solamente requieren hombres con buena voluntad y entusiasmo; el rebote, las excursiones, las carreras de caballos, el futbol, el basquetbol, el beisbol, la natación, etc., son los medios para atraer al buen camino a los jóvenes, alejándolos del vicio.



NO TE FIES EN LA RUTINA, ¡ADELANTA!

I

En la Casa del Campesino se reunían, de tiempo en tiempo, para platicar entre campesinos y con ellos estaban siempre don Juanito, el profesor de la Escuela Rural Ejidal, el ingeniero del Banco Regional; Pancho, Pablo, el Presidente Municipal, Gejo y otros. ¿Cómo iban a perder la oportunidad de seguir de cerca la vida de la gente del pueblo, de los campesinos y ejidatarios de todo el valle? Cuando los que dirigen las comunidades pierden el contacto con la población, con los elementos que sirven de base para la vida de la comunidad, deja de haber armonía entre ellos, y el desarrollo de la comunidad se detiene, las actividades y las energías se dispersan, por la pérdida del sentido de orientación de unos y otros. En otras ocasiones, el divorcio y aislamiento traen consigo terribles consecuencias para la vida de los pueblos, arrastrándolos a la revuelta y a la lucha, si los ideales y las necesidades de directores y dirigidos van por caminos distintos u opuestos.

Este fenómeno social lo presentían los directores intelectuales de Río Florido: ellos habían visto a campesinos y obreros, que al elevarse a capas superiores de la organización del país habían perdido toda noción de las condiciones que reinan en las capas de donde salieron; dejaron de sentirse campesinos y obreros y trataron de introducirse en clases sociales a las que no pertenecían; y ni llegaron a asimilarse a éstas, y sí dejaron de ser lo que habían sido antes. Semejante cosa no había de pasar en Río Florido.

Ya se había hecho allí costumbre buscar a los directores de la comunidad, a las autoridades de Río Florido y del ejido, en la Casa del Campesino; en ella se les podía encontrar, fuera de las horas usuales de trabajo; ya solos, conversando de los asuntos más importantes por resolver, ya dentro de un círculo

de campesinos enterándose del tiempo, de las siembras, de los ganados, de los precios de mercado y de las dificultades que tenían en sus campos y en sus pueblos; y no solamente de esas cosas generales y de interés material, sino que también en esas reuniones se arreglaban muchos asuntos que, de otra manera, habrían tenido que ir a parar a los juzgados o hubieran sido causa de pleitos entre vecinos. ¡Cuántos campesinos llegaron disgustados y salieron abrazándose! ¡Cuántos matrimonios desavenidos salieron de allí como si se hubieran vuelto a casar! ¡Cuántos novios salieron de allí para ir derecho al juzgado, a casarse! Más que la Casa del Campesino, era algo así como el tribunal de la comunidad: la Casa del Pueblo.

II

El día que llegamos estaban platicando sobre las cosechas, sobre los bajos rendimientos de las tierras, sobre el precio de los productos y la amenaza que se cernía sobre todos los agricultores del país si el Gobierno permitía la entrada de granos extranjeros, y así les hablaba don Manuel:

> "Nosotros tenemos la culpa de todas estas cosas, muchachos. ¿Por qué pueden venir granos de otros países, gastando enormes cantidades de dinero en fletes, por ferrocarril y barcos? Sencillamente porque los agricultores de Estados Unidos, Argentina y de otras partes producen esos granos en mejores condiciones, preparan mejor sus tierras, usan buenas semillas, cultivan mejor que nosotros en México, gastan menos que los agricultores del país y los mejores rendimientos de la tierra les permiten vender más barato el grano que producen.
>
> "Las tierras y el clima de otras partes no son mejores ni peores que los nuestros; pero mientras nosotros seguimos con la misma rutina de siempre; mientras nuestras semillas han ido degenerando por falta de cuidado en seleccionar la que hemos de sembrar; mientras seguimos utilizando los mismos sistemas de cultivo que heredamos de nuestros antecesores indígenas, desde el tiempo de la conquista; mientras nosotros agotamos las tierras sembrándo-

las siempre con las mismas semillas y no abonamos, los agricultores de otras partes del mundo han mejorado todo lo que nosotros hacemos; desde la semilla que se siembra, los abonos que se usan para aumentar la fertilidad de las tierras, la maquinaria y herramienta que se utilizan para las labores y los métodos generales de las explotaciones agrícolas.

"La rutina solamente debe servirnos de base para ir mejorando; pues esa rutina que tanto mentamos ha sido el producto de la observación, los trabajos y los fracasos de muchas generaciones, y nada podríamos hacer si no tuviéramos esa experiencia secular, heredada de nuestros antepasados; sin embargo, no dejamos que gobierne nuestros actos completamente, aunque tampoco la ignoremos, porque iríamos al fracaso. Sigamos estudiando y observando, como lo hicieron nuestros padres y abuelos, y ahora, mejor que lo que ellos pudieron hacer, traigamos las experiencias del mundo entero, traigamos las observaciones que están haciendo todos los agricultores en todos los países, dispongamos de los trabajos de investigación que por dondequiera están haciendo los sabios y estudiosos, y así podremos mejorar la agricultura de México, hacer más fértiles las tierras, que las semillas nos den plantas más vigorosas y que los rendimientos de los cultivos sean mejores y más grandes."

GEJO.—Pero ¿cómo hemos de hacer tanta cosa? ¿Quién nos podrá decir cuál camino deberemos tomar para hacer todo eso? Usted, ingeniero, que tanto ha estudiado y que camina por todas partes, díganos qué es lo que tenemos que hacer; porque todas esas palabras son muy bonitas; pero solamente nos quedamos sabiendo que todo lo hacemos muy mal y que tenemos que hacerlo bien o siquiera mejor que ahora.

DON MANUEL.—No creas, Gejo, que me voy a quedar como todos los que nada más hablan y hablan, critican y critican, pero nada hacen ni nada aconsejan prácticamente. En México, tienes razón, hay muchos discurseros; pero son pocos

los que enseñan a hacer las cosas. Vamos, pues, al grano. Los arados criollos hacen poco trabajo y no revuelven bien la tierra. ¿No es cierto? Cambiemos los arados criollos, por otros de fierro, para las tierras arenosas, o de acero, para las barrosas; y entonces podremos hacer mejores barbechos. No dejemos que las tierras se sequen después de las aguas, sino trabajémoslas cuando todavía están de punto. No demos un solo barbecho; ya que podemos aumentar los rendimientos de las cosechas dando dos, con sus correspondientes rastreos. Escojamos bien la semilla que hemos de sembrar la siguiente temporada; escojamos las mejores matas en el campo y cosechémoslas por separado, en lugar de tomar la semilla del montón o de las barreduras que quedan en las trojes, cuando los mejores granos se han vendido para el mercado. Sembremos un año maíz y otro frijol, después trigo y así sucesivamente, según las tierras y el clima, es decir, dejemos de sembrar la misma clase de semilla en las tierras y establezcamos rotaciones, metiendo siempre una leguminosa, como el frijol, el arvejón, el cacahuate, la alfalfa y otras plantas de esas que dan vaina. Juntemos el estiércol de los animales y guardémoslo bien, para cuando sea tiempo de abonar las tierras; y si ni así se mejoran los rendimientos, hemos de buscar otros abonos que completen el estiércol. Y, después, solamente nos quedarán por organizar las explotaciones, de manera que todos trabajen y usen la maquinaria indispensable para que los productos se puedan vender más baratos, y el agricultor siga vivendo bien y aun mejore.

GEJO.—Eso ya es otra cosa, ingeniero.

DON MANUEL.—Y todavía no acabo, Gejo. Hay que seguir trabajando en el campo experimental de la Escuela Ejidal, como lo estamos haciendo hasta hoy, y de allí han de salir los conocimientos que permitirán mejorar las explotaciones de Río Florido; porque, a pesar de lo que dicen los libros y le enseñan a uno en la Escuela, siempre hay necesidad de experimentar, para saber en firme lo que a cada región y a cada tierra conviene.

Dejemos la rutina, muchachos, hagamos nuestra parte de trabajo para que México deje de tener una agricultura tan deficiente y haya todo lo que el pueblo necesita para comer bien y barato. El hombre que no camina, retrocede. Hay que recordar aquello de "camarón que se duerme se lo lleva la corriente;" y seguir con la rutina es dormirse, como el camarón.



HAY QUE HACER LA TIERRA; NO DESTRUIRLA

El jardinero y el hortelano constantemente están trabajando la tierra, siempre tienen oportunidad, a cada cosecha que levantan, de removerla, airearla; y cuando las plantas han sido retiradas y los productos que se obtienen no son los esperados, la abonan, sea con estiércol, sea con productos industriales que tienen en sí los elementos que las plantas necesitan para su vida y desarrollo. Cuando han de cambiar de cultivo, cuando las plantas que van a sembrar son más delicadas y requieren atención constante, escardas y riegos, mejoran la tierra: le agregan arena, caliza, marga y aun paja; y, así, de una tierra fuerte, arcillosa, se tiene una suelta, fácil de trabajar, con desagüe natural, que se puede remover en cualquier tiempo. Es decir, el hortelano va haciendo la tierra a su modo, de acuerdo con las condiciones que exigen las plantas que cultiva; y de la tierra primitiva que encontró hace otra muy diferente, y a esto bien le podemos llamar "hacer la tierra."

Pero ¿qué hace el campesino común y corriente, con la tierra que va a cultivar?

El campesino recorre las tierras entre las que puede elegir; busca la que, según su criterio, tiene las mejores condiciones de fertilidad, la que se presta mejor para sus trabajos agrícolas, la que requiere menor inversión de trabajo, para ponerla en cultivo; pero supongamos que las tierras están *alzadas* o *enmontadas,* como llama el campesino a las tierras que tienen vegetación espontánea. ¿Qué hace? Principia por desmontar, por cortar los arbustos, rozar la vegetación menor, destoconar, desenraizar y, finalmente, llega el arado abriendo la tierra. Pero todo eso que ha hecho solamente le ha dado facilidades para sus trabajos; no ha beneficiado a la tierra misma: ésta conserva

la misma fertilidad que tenía antes, la misma naturaleza: arcillosa o arenosa, si así era primitivamente.

Como los cultivos que el campesino puede hacer no son precisamente los que quiere, sino los que le permite el clima del lugar, siembra la tierra que ha preparado y queda sujeto a las condiciones de ésta. Si la planta que ha sembrado o que tiene que sembrar se ajusta a la clase de tierra, las cosas van bien, pero si sucede lo contrario, si en tierras arenosas ha sembrado planta que requiere suelos fuertes, arcillosos, o bien, si la planta necesita, para su buen desarrollo, éstas y las que se han utilizado son arenosas, hay muchas probabilidades de que las cosechas serán malas, a pesar de que haga buen tiempo y de que el clima sea apropiado.

El campesino aquél sigue siembra y siembra; las cosechas van agotando las tierras; las lluvias se encargan de llevarse, en los arroyos que se forman en su superficie, parte de la tierra y de sus elementos de fertilidad, y por dentro del suelo, por infiltración, las sustancias que habían de haber servido para la nutrición de las plantas de cultivo salen de la tierra; los vientos también toman parte en la destrucción del suelo de cultivo; y las yerbas o plantas silvestres se encargan de impulsar el empobrecimiento de la tierra. ¿Cuál es el resultado a que se llega? La tierra primitiva va desapareciendo, se va destruyendo, hasta aparecer el tepetate, la roca o el fondo de la tierra que un tiempo fué de cultivo. ¿Qué sucede con el agricultor? Se empobrece y arruina, al mismo tiempo que la tierra que no supo cuidar y conservar.

¡Qué diferente es la actitud de estos dos agricultores! Uno, hace la tierra que cultiva, y el otro, la destruye! Como la tierra y el hombre forman una sola cosa, al desaparecer la tierra de cultivo, el hombre también desaparece y, en cambio, prospera dondequiera que sabe cuidar el suelo de que se nutre.



INDICES

INDICE GENERAL

INDICE DE MATERIAS

El Ejido

Escuela Rural

Ganadería

Geografía

Higiene

Historia Patria

ENMIENDAS

Como puede observarse en ambos índices, los títulos impresos en las páginas 193 y 246 deben ser, respectivamente, "El jornal" y "Grandes cosechas, bajos precios y consumo reducido," en vez de "El jornalero," y "Grandes cosechas, bajos precios y consumos reducidos."

PARA ORNAMENTAR ESTE LIBRO SE UTILIZARON LOS GRABADOS EN MADERA HECHOS EN EL CENTRO POPULAR DE PINTURA DE SAN ANTONIO ABAD, POR ALUMNOS DE ESE MISMO PLANTEL, ENTRE LOS QUE FIGURAN, DE MODO PREFERENTE, FERNANDO CASTILLO Y JESUS ESCOBEDO; POR EL DIRECTOR, GABRIEL FERNANDEZ LEDESMA —QUE GRABO LA PORTADA—, Y POR SU AYUDANTE EVERARDO RAMIREZ. LOS SELECCIONO, DE ACUERDO CON EL AUTOR DE LA OBRA, JULIO I. PRIETO




University of California, Los Angeles
L 006 793 714 4

ESTE LIBRO LO DISTRIBUYE GRATUITAMENTE
LA SECRETARIA DE EDUCACION PUBLICA

